
EN LOS
brazos de la
MAFIA
TABATHA FOSTER

EN LOS *brazos de la* MAFIA

TABATHA FOSTER

Índice

Portadilla
1. Sinopsis
2. Dante
3. Safira
4. Dante
5. Safira
6. Dante
7. Safira
8. Dante
9. Safira
10. Dante
11. Safira
12. Safira
13. Dante
14. Safira
15. Safira
16. Dante
17. Safira
18. Dante
19. Safira
20. Dante
21. Safira
22. Dante
23. Safira
24. Dante
25. Dante
26. Safira
27. Safira
28. Dante
29. Safira
30. Dante
31. Safira
32. Safira
33. Dante

34. Dante
35. Safira
36. Dante
37. Safira
38. Dante
39. Safira
40. Epílogo
41. Sobre la autora



Dante Barone es el sucesor de la Silla de Jefe de la Familia The Arm, en Nueva York. Iniciado desde joven en los negocios de la mafia italiana, Dante solo tenía trece años cuando tuvo que probar su lealtad a la organización al apuntar su arma a la cabeza de un traidor.

Safira Ortega fue criada bajo la protección de su padrino, el narcotraficante más buscado en todo México. Desde que puede recordar, trabaja cruzando la frontera llevando miles de dólares pegados a su cuerpo, utilizando su semblante angelical y su sonrisa sincera como aliados para engañar a la policía.

Enemigos por naturaleza, Dante y Safira tienen sus destinos sellados por los jefes de sus familias.

Dante asesinó a un miembro del cartel de Tijuana. Safira fue testigo. Ahora, solo hay un lugar donde pueden sellar la paz sin más derramamiento de sangre: el altar.

El Don de la Familia The Arm y el jefe del cartel de Tijuana invitan a todos a celebrar la unión de sus imperios a través del enlace matrimonial de Dante Barone y Safira Ortega.

Tú eres el invitado de honor.



— ¿Está seguro de esto?

Mi padre me lanzó una mirada de reojo, volviendo su atención al tablero de ajedrez frente a él, moviendo un peón blanco para deshacerse del mío.

— ¿Cuándo he dado una orden sin estar seguro de ella? — eligió responder, señalando el tablero con una de sus manos, como si lo utilizara como ejemplo de que todas sus elecciones, por simples que pudieran parecer, llevaban a algo más grande.

— No es eso lo que quise decir. Es solo que usted suele ser mucho más diplomático que esto.

Y eso era un verdadero eufemismo. A pesar de ser el Jefe de la Famiglia The Arm, un brazo de la *cosa nostra* en Nueva York, Don Barone, el hombre a quien también llamaba padre, era un pacifista, muy diferente de lo que los escandalosos medios estadounidenses solían hacer parecer cuando hablaban sobre los negocios de la *famiglia*.

Mi padre no encontraba placer alguno en quitar una vida; cuando llegaba a tal extremo, era porque había agotado todos sus recursos. Como su sucesor, me gustaría decir que sería tan bueno como él en este aspecto, pero mi temperamento me decía que tendría un largo camino por recorrer antes de alcanzar la ponderación de mi progenitor, en lugar de disparar primero y preguntar después. Esa

noche, sin embargo, no necesitaría hacer muchas preguntas antes de apretar el gatillo.

Un miembro del cartel de Tijuana había robado nuestro cargamento de cocaína en la frontera, faltando al nuestro código de buena vecindad y dejándonos en deuda con nuestros clientes leales, lo cual era pésimo para los negocios y para nuestra reputación, especialmente cuando en nuestra lista de distribución había decenas de senadores, gobernadores, empresarios importantes y celebridades que dependían de la pureza de nuestro producto y de nuestra discreción.

— Hay lugares donde el diálogo no puede llegar y hay personas que solo conocen la violencia como medio de comunicación — murmuró él, buscando con los dedos dos puros cubanos que siempre tenía listos. Me extendió uno de ellos, encendiendo el suyo y dando una larga calada.

Saqué mi Zippo del bolsillo interno de mi chaqueta, imitando el gesto de mi padre, inhalando el humo lentamente y sintiéndolo pasear por mi boca antes de finalmente exhalarlo.

— ¿Y usted cree que Tijuana está demasiado lejos para llegar a través del diálogo y que Quintanilla es una de esas personas que solo se comunican mediante la violencia? — arriesgué una suposición, observando cómo una sonrisa aprobadora se dibujaba en los labios de mi padre.

— Exactamente. Me gustaría estar equivocado — admitió él, moviendo los dedos que sostenían su puro —, pero no lo estoy. En todos estos años en que Quintanilla ha ocupado el lugar principal del cartel de Tijuana, el número de enfrentamientos y muertes entre los carteles ha crecido desmesuradamente. Quintanilla no tiene respeto por la jerarquía ni por el concepto de familia ni por la vida de las personas que le sirven. Cree que puede tomar lo que quiera cuando le plazca y necesitamos enseñarle que las cosas no funcionan así. No cuando se trata de algo que pertenece a la *famiglia*, al menos. A diferencia de los mexicanos, tenemos sentido común. Eso es una de las numerosas cosas que nos hacen diferentes a ellos.

— Tenemos honor y principios — observé yo, porque la *Ormetà* iba mucho más allá de la promesa de nunca volvernos unos contra

otros; eso era lo mínimo esperado de alguien nacido dentro de los valores de la *famiglia*.

A pesar de nuestros negocios ilegales, no éramos ni remotamente parecidos a los inmundos carteles mexicanos, que no respetaban su país, sus costumbres ni a sus mujeres.

— Mucho más honor del que esos bastardos jamás podrían tener — concordó Don Barone mientras llevaba su puro a la boca nuevamente y disfrutaba sus notas antes de soltarlo. — Lo cual también significa que no nos quedaremos con los brazos cruzados mientras el enemigo roba lo que nos pertenece justo bajo nuestras narices.

No tenía idea qué esperaba conseguir Quintanilla con el robo de nuestra mercancía, pero si su propósito era guerra, eso es exactamente lo que le daremos: guerra contra esos malditos mexicanos, porque incluso un pacifista como el Jefe de la *famiglia* The Arm sabía cuándo derramar sangre. Quizás Quintanilla no supiera esto, y para mí sería un verdadero honor ser el portador tal noticia.

Debía admitir que había un mínimo atisbo de honor en el cuerpo de Sergio, o tal vez simplemente prefería una muerte rápida a una lenta y dolorosa, algo con lo que Quintanilla lo obsequiaría si se le ocurría hablar y me decía de dónde vino la orden para robar el cargamento de cocaína que pertenecía a la *Famiglia* The Arm.

Por supuesto, la mercancía en sí era importante y estaba en mis planes recuperar al menos parte de ella; de ninguna manera Sergio habría podido distribuir una tonelada de polvo en un período de tiempo tan corto, no con su cerebro de guisante, lo que solo me daba más certeza de que una mente superior estaba detrás del robo. La mente de Don Quintanilla, estaba seguro, aunque no tenía forma de probarlo. No sin la colaboración de Sergio, al menos, y si sus ojos rojos y su sonrisa lánguida por el uso excesivo de las sustancias que no solo comercializaba, sino también consumía, eran

el indicativo que necesitaba para saber que nada bueno saldría de allí.

Sergio era un hombre muerto incluso antes incluso que yo apretara el gatillo, así que solo tragó saliva mientras levantaba mi arma, después de haber intentado un último diálogo civilizado con él.

"Hay lugares donde el diálogo no puede llegar y hay personas que solo conocen un medio de comunicación: la violencia."

Las palabras de mi padre volvieron a mi cabeza y coloqué una bala entre los ojos de Sergio, que ya parecían sin vida desde hacía mucho tiempo. El peso muerto cayó sobre sus rodillas primero, en un golpe que probablemente dañó sus articulaciones. No es que las necesitara ahora que su vida había llegado a su fin.

Con un último golpe sordo, el cuerpo de Sergio cayó al suelo sucio de la oficina desde donde gestionaba el club decadente que servía como fachada para el cartel de Tijuana, y el único ruido rompiendo el silencio debería ser mis pasos y los de mis hombres honorables dejando aquel antro. Sin embargo, no fue así como sucedieron las cosas.

Después de que Sergio dio su insignificante suspiro, escuché un jadeo justo a mi izquierda, cerca de un armario vertical pegado a la pared con moho en la sala sofocante. Más sentí que escuché cuando los hombres honorables a mis espaldas llevaron las manos a las armas que llevaban en las fundas subaxilares iguales a las mías. Bastó con levantar mi dedo índice para que supieran que debían quedarse exactamente donde estaban. Lentamente, haciendo el menor ruido posible, me acerqué al lugar del ruido, pero antes de poder alcanzarlo realmente, una figura roja salió corriendo hacia la puerta de salida de emergencia.

Corrí tras ella, pero el cuerpo delgado y pequeño parecía tener ventaja sobre mí, porque se movía con ligereza mientras alcanzaba una velocidad absurda; su cabello pelirrojo volando detrás como único rastro junto con un perfume dulce y delicado.

Un Mau Egipcio, sin duda alguna. Sin embargo, la forma en que tropezó con sus propios pies y cayó al suelo no fue nada delicada; aunque no fue suficiente para detenerla, ya que sus manos la

sostuvieron y empujaron hacia arriba con una velocidad envidiable, esos preciosos segundos fueron lo que le impidió escapar de mí.

Podía escuchar los pesados pasos de mis hombres justo detrás mientras me concentraba en el ritmo de mi respiración y en la presa justo frente a mí. Una sola señal era todo lo que necesitarían para disparar y un objetivo en movimiento no sería exactamente una novedad para ninguno de nosotros. Por alguna razón, sin embargo, mi urgencia por disparar primero y preguntar después no era quien estaba al mando esa noche. Así que corrí. Si ella tropezaba una vez más o simplemente vacilaba en su posición erguida haría mi vida mucho más fácil; sin embargo, nunca conté con el error del otro para cumplir mi propósito y no comenzaría a hacerlo justo ahora.

Pisé fuerte contra el suelo aún más fuerte; mis brazos ayudando a mantener mi equilibrio y velocidad, impulsándome para ir más rápido y más lejos. Si se tratara de cualquier otra persona no me importaría arrojar todo el peso de mi cuerpo sobre ella para inmovilizarla; pero el Mau Egipcio, aunque ágil y grácil también era una maldita criatura indefensa a la cual no tendría valor para aplastar con mis más de cien kilos. Y dada la velocidad asumida, tendría mucha suerte si sobrevivía al choque entre yo mismo y el asfalto oscuro del callejón estrecho donde erróneamente eligió refugiarse.

O conocía muy bien el lugar o no tenía idea adónde iba; esa era la única explicación para seguir corriendo con tanta determinación sin mirar atrás ni una sola vez ya fuera para medir la distancia entre nosotros o cualquier otra cosa. Avancé sobre la Gata Egipcia; mi pecho chocó con su espalda haciéndola tambalearse hacia adelante junto con su cabello pelirrojo; pero mis brazos rodearon su pequeño cuerpo estrecho, apretándolo entre ellos mientras curvaba ligeramente mi columna hacia atrás, levantando sus pies del suelo. Pies que patearon ciegamente mientras se retorcía; sus manos arañando las mías mientras intentaba aflojar mi agarre y escapar de mí. Un grito asustado cortó su garganta y el aire frío nocturno, pero ella no dejó de luchar.

Cuando la empujé para que uno de los hombres de honor pudiera controlarla, con el fin de que finalmente pudiera mirar su

rostro, descubrir quién era y qué hacía en la oficina de Sergio, prácticamente esperando ver cómo lo mataban, su boca encontró una de las manos que intentaban contenerla, y sus dientes se cerraron con fuerza en ese punto.

Tal vez tuviera alguna oportunidad si no estuviera lidiando con tres Hombres Hechos. Tal vez incluso hubiera podido sonreír si la mujer frente a mí no fuera testigo ocular del asesinato que acababa de cometer. De dócil, el Mau Egipcio solo poseía la apariencia, porque después de haberle tirado del cabello hacia atrás — como castigo por la mordida que había dado — aún luchó contra las manos y brazos que la mantenían atrapada, pateando el aire y gritando una súplica a pleno pulmón.

— Por favor… por favor… por favor. Sus ojos estaban tan apretados que el rostro que debería ser delicado, en una situación normal, ahora parecía más una mueca asustada, como la de un niño que se niega a abrir los ojos y comprobar el monstruo inexistente que insiste en decir que se esconde debajo de la cama. — No vi nada… — insistió su voz temblorosa y jadeante por la carrera, mientras su cabello pelirrojo se sacudía de un lado a otro, siguiendo el movimiento nervioso de su cabeza. — No vi nada. Lo juro. No diré nada.

Obviamente había visto algo. No habría corrido como un ratón asustado si no lo hubiera hecho, y eso era malo para ambos. Mis hombres revisaron el espacio antes de que comenzara mi conversación con Sergio, lo que significaba que la mujer frente a mí se había escabullido hasta la escena del crimen por alguna entrada dentro del club.

¿Era novia de Sergio? ¿Otra mula insignificante del cartel de Tijuana? ¿Ambos, tal vez? ¿Cuánto sabía? ¿Lo suficiente como para abrir la boca ante la policía a cambio de protección, un nombre falso y una vida de cuento de hadas para comenzar de nuevo lejos de allí? Y si la respuesta era sí, también podría darme la ubicación del lugar donde Sergio mantenía el resto de la cocaína que robó de mi familia, si le ofrecía algo a cambio.

Valía la pena averiguarlo; y si resultaba inútil, tendría el mismo fin que Sergio. La verdad sea dicha: ya tenía sentencia de muerte

decretada en el minuto en que la descubrí en la oficina del secuaz de Quintanilla. Le correspondería decidir cómo quería enfrentar su propio final: lenta y dolorosamente o rápida e indolora.

— Abre los ojos — demandé, sintiendo ya cómo mi poca paciencia se desvanecía, porque lidiar con esa maldita gata egipcia no formaba parte de mis planes y odiaba las sorpresas. Titubeó por un instante, pero entonces su sentido común venció su terquedad y abrió los ojos. Una inmensidad azulada brillaba debido a un sentimiento que no sabía nombrar. Miré sus ojos brillantes e inocentes, tan disonantes con aquel ambiente caótico en el que estábamos, antes de preguntar: — ¿Quién diablos eres tú y qué haces aquí?



Iba a morir. Justo allí. Era tan triste y frustrante, porque pensé que podría escapar cuando salí del club. Creí que podría deshacerme de todas esas manos y salir corriendo una vez más, cuando él me alcanzó. Lo intenté. Pero en el minuto en que abrí los ojos hacia él, supe que estaba condenada.

A pesar de la penumbra en la sala del club nocturno momentos antes, estaba segura de que era el mismo hombre que simplemente apuntó con el arma a la frente de Sergio y… apretó el gatillo. Ni siquiera pareció apuntar bien y acertó en medio de la frente. Ahora, me miraba como si yo también estuviera muerta. Un segundo era todo lo que necesitaba; era todo lo que no podía darle, pero estaba atrapada. Rendida. Tal vez ni siquiera me daría cuenta cuando todo terminara.

Uno… dos… tres…

Sus ojos implacables aún me miraban; mi respiración seguía saliendo en jadeos, mi corazón aún golpeaba mi garganta. Seguía viva. ¿Cómo? ¿Por qué? Lo había visto y entendía lo suficiente de ese mundo para saber que no me dejaría simplemente irme caminando. Entonces, ¿por qué seguía respirando?

Era aún más grande de cerca. Con hombros y un cuello tan anchos y un pecho tan grande que parecía capaz de romperme por la mitad. Estábamos al aire libre, pero aun así me sentía sofocada. Y él esperaba una respuesta a una pregunta de la cual ni siquiera recordaba.

— No vi nada… — intenté asegurar, apartando mis ojos de él; más que eso, forcé a que se mantuvieran alejados, para que tal vez así creyera que aún no podía reconocerlo. — No diré nada.

Y no diría, jamás diría. Solo quería salir de allí. No quería morir. No quería que me lastimaran. Pero el gigante entrecerró los ojos hacia mí, y solo entonces me di cuenta de que lo estaba mirando de nuevo, a pesar de todos mis esfuerzos por mirar solo los zapatos brillantes que llevaba puestos. Sus cejas, casi al ras de los ojos, ligeramente arqueadas al final, le daban un aire aún más peligroso. Como si realmente necesitara eso cuando tenía esa habilidad absurda con un arma de fuego. Se acercó a mí y yo me encogí.

— ¿Quién eres?

La voz era pausada. Imperiosa. Hizo que cada músculo de mi cuerpo temblara y mis ojos comenzaran a arder.

— Nadie… — respondí, aunque sonó más como una súplica que cualquier otra cosa. Luego lo miré, miré con toda la voluntad de vivir que existía dentro de mí, esperando que eso hiciera alguna diferencia. — Déjame ir… Por favor…

Nada. Absolutamente nada pasó por su rostro. El gigante continuó mirándome, inclinando la cabeza como si así pudiera evaluarme mejor. Contuve la respiración, temiendo que incluso eso pudiera influir en la decisión que tomaría a continuación. La mandíbula bien marcada pareció crujir detrás de la barba.

— Te dejaría ir si pudiera; créeme si quieres — dijo él. — No te creo; no mucho, al menos.

Y mis hombros se hundieron de inmediato como si hubiera renunciado a cargar cualquier esperanza.

El gigante se volvió hacia los hombres; claramente los comandaba, fueran quienes fueran.

— Lleven a la señorita Nadie a nuestras instalaciones.

Estaba segura de que no hablaba de un hotel cinco estrellas.

Mi nariz ardía con el fuerte olor de… eh… lo que fuera. No quería pensar mucho en eso, no cuando mi sentido del olfato parecía haberse desarrollado en tiempo récord para alimentar mi paranoia. Estaba encapuchada, mis pies y manos atados a la silla en la que me habían arrojado. Lágrimas caían por mi mejilla, encontrando el camino hasta mi mentón. Luego goteaban, y casi podía oírlas caer. Tal vez también había desarrollado una superaudición.

Estaba aterrorizada. Aterrorizada por la oscuridad, por el recuerdo del gigante matando a Sergio a sangre fría, por no saber qué decir o qué hacer; sobre todo, estaba aterrorizada por el silencio. Nunca pensé que sentiría más miedo del que sentí al cruzar la frontera, tratando de controlar mi propio sudor, rogando para que ninguna de las decenas de billetes pegados a mi cuerpo escapara y yo fuera notada por la policía. Pero ahora lo sentía. Contenida allí, en un lugar del cual no tenía idea, capturada por esos hombres cuyas identidades desconocía.

No eran un cartel, eso lo sabía, porque vestían trajes y ropa formal y eran silenciosos. Todo muy diferente a cómo se comportaban los hombres de mi padrino. Pensar en mi padrino casi me hizo sollozar. Nunca dijo nada sobre eso, sobre cómo debía comportarme si algo así sucedía; no en ese contexto, al menos. Siempre enfatizaba la policía, cómo no debía decirles nada. Nunca. Pero estaba segura de que esos hombres no eran de la policía, y de repente todas mis pesadillas sobre ser arrestada parecían demasiado ridículas.

El ruido de la puerta chirriando me hizo permanecer estática en la silla. Casi estática, de hecho, ya que mi cabeza giraba hacia la izquierda y luego hacia la derecha, tratando de identificar una aproximación; por más patético que eso pareciera, ya que no podía ver nada.

— Fue sin querer… Vi sin querer. No diré nada a nadie. — Pasos, solo pasos acercándose, pero ninguna respuesta. — ¡No lo haré! — traté de asegurar con más firmeza, pero entonces me atraganté con mi propio sollozo e imploré: — Por favor…

La capucha fue arrancada de mi cabeza. Parpadeé, temiendo que la luz me cegara; pero la verdad es que la iluminación no era muy

buena. Las luces eran de un amarillo pálido y algunas parpadeaban como si quisieran rendirse. Entonces lo sentí y me pregunté si así se sentía una presa cuando era observada por leones en un campo abierto.

Sentía el ímpetu de huir nuevamente; al mismo tiempo había una racionalidad que me recordaba el hecho de que estaba atada y luego el miedo paralizante. Lo sentí dar la vuelta alrededor de mi silla y controlé el impulso de mirarlo. No es que tuviera alternativa cuando se agachó a mi altura. Me observó, evaluando. Me encogí, recelosa. No pude evitar evaluarlo también.

El gigante tenía un piercing en la nariz recta, un arete en la oreja derecha y a pesar de eso era la propia elegancia encarnada. Todo vestido de negro con un suéter de cuello alto y un arma en el costado del cuerpo; parecía un ángel de la muerte. Y el ángel de la muerte volvió a hablarme con ese tono capaz de erizar cada pelo de mi nuca.

— ¿Qué hacías allí?

Mis labios se apretaron. ¿Cómo respondería a eso? ¿Cómo diría que estaba esperando ser llevada de vuelta a casa? ¿Que acababa de cruzar miles de dólares por la frontera? ¿Que Sergio… Sergio debería llevarme de regreso con mi padrino?

— ¿Eras cómplice de Sergio? — Casi salté ante la mención del nombre, como si el gigante hubiera escuchado mis propios pensamientos. — No te pareces a las chicas que trabajan en el club… ¿novia suya, tal vez?

Negué moviendo la cabeza mientras recordaba las manos de Sergio insistiendo en tocarme; posándose sobre mis muslos cuando estábamos en el coche; soltando una risa alta en mi cara cuando me zafaba de él; y cómo siempre parecía oler a cerveza barata.

— No — aseguré con una voz pequeña y entrecortada.

Las fosas nasales del gigante se inflaron mientras su piercing subía en el proceso.

— Por última vez: ¿quién eres tú y qué hacías en el club?

Por última vez.

Por última vez preguntaría; ¿y luego qué? ¿Qué haría él por primera vez después de eso?

— No sé nada… — Era media mentira, así que me corregí: — Nunca sé nada importante…

Era verdad, aunque sonara improbable.

— Lo juro. Si pudiera… si pudiera solo llamar a mi padrino…

Las cejas del gigante casi se unieron a sus ojos verde oliva cuando los entrecerró.

El silencio me dejaba inquieta porque hacía que pareciera impredecible; difícil de leer; difícil de entender.

Siempre sabía cuándo mi padrino estaba enfadado; cuándo iba a explotar; cuándo iba a gritar.

Pero no podía saber nada sobre el hombre frente a mí.

Sus labios se curvaron hacia un lado, mientras soltaba una risa baja tan contenida que si no hubiera sido capaz de hacerme estremecer desde los pies hasta la cabeza me preguntaría si realmente había sucedido.

Se levantó.

Demasiado alto.

Demasiado grande.

Las manos se metieron en los bolsillos del pantalón formal; una casualidad que también me daba escalofríos, porque parecía errónea en ese escenario.

— Creo que estás confundiendo esto con una comisaría donde tienes derecho a una llamada telefónica. Tal vez necesites algo de tiempo sola para poner tus pensamientos en orden.

No… no… no…

Quise gritar; implorar; hacer cualquier cosa para cambiar todo esto y llevarme a casa.

Pero no pude hacer nada más que observar al gigante darse la vuelta y salir por la puerta.

La pieza metálica golpeó, haciendo que saltara en la silla; el movimiento tironeando e hiriendo mis muñecas y tobillos.

Contuve un gemido.

Y entonces uno de los hombres del gigante estaba junto a mí, inclinándose hacia mí con una voz nada amigable:

— Es mejor que empieces a abrir la boca pronto. La próxima vez puede traer las herramientas y entonces te arrancará la lengua por

fuerza.

Abrí los ojos como platos, mirándolo antes desviar rápidamente la mirada.

Desde los siete años mi mayor miedo había sido ser atrapada por la policía cruzando la frontera.

Lloraba y perdía noches teniendo pesadillas sobre eso.

Ahora sabía: ese había sido mi mayor miedo hasta ser capturada por el gigante asesino.

Y no tenía idea cuál sería su próximo paso.



Aparté de mi mente la visión de los ojos azules aterrorizados y desmesurados en toda su extensión. El brillo de las lágrimas suplicando ser derramadas, los iris dilatándose inmediatamente en cuanto sus párpados dejaron de protegerlas, cuando se abrieron bajo mi mando…

Nada de eso importaba ahora que el silencio de desaprobación de mi padre cortaba el aire de la oficina, logrando ser mil veces más ensordecedor que un trueno rabioso atravesando el cielo oscuro en una noche de tormenta. Hubo un tiempo en que llegué a temer ese silencio con cada célula de mi cuerpo, hasta aprender que ese no era un sentimiento correcto y agradable para dedicar al hombre que me enseñó todo lo que sabía sobre honor y lealtad.

Lo respetaba ciegamente, como mi padre y también como Jefe de The Arm, por su templanza y perspicacia, tan diferente de mi temperamento iracundo e impulsivo, que me llevaba a secuestrar desconocidas en medio de la noche y llevarlas al cobertizo donde solía interrogar a criminales sin alma y desenfrenados. La Gata Egipcia no parecía encajar en las categorías tan perfectamente establecidas para garantizarle un paso sin escalas hacia el lugar inmundo e impersonal donde el hombre honorable dentro de mí daba paso a un animal rabioso sediento por sangre enemiga. Aun así, era donde se encontraba ahora, mientras mi padre ponía a prueba mis nervios después de haber reprendido mi actitud imprudente.

— No dirigirme la palabra no solucionará el problema — rompí el silencio, sirviendo un poco más de whisky en mi vaso ahora vacío.

— Hablar sobre cuán irresponsable has sido esta noche tampoco ayudará mucho más, Dante.

Bufé un segundo, antes de dejar que el líquido ámbar quemara mi garganta y me calentara por dentro. La noche debería haber sido perfecta, con un trabajo limpio ejecutado y un mensaje muy claro enviado a Quintanilla: nadie confronta a The Arm y sale ileso.

— Tal vez debí matarla a primera vista, está bien — admití, aunque a regañadientes, refiriéndome a la Gata Egipcia —, pero ¿cómo podría estar seguro de que ella era la única persona escurriéndose para presenciar la ejecución de Sergio?

— ¿Cómo puedes estar seguro de que Sergio no estaba confabulado con la policía y esta chica que dejaste en el cobertizo, cuyo nombre ni siquiera sabes, no es en realidad una detective de Narcóticos?

La imagen del cabello rojo formando una cortina tras ella mientras corría desesperadamente lejos de mí invadió mis pensamientos. Después de ella, los ojos con apariencia inocente humedecidos por lo que solo podrían ser lágrimas; su cuerpo temblando por miedo y también por frío.

— No es una detective de Narcóticos — decreté, porque toda la imagen de la Gatita Egipcia distaba mucho del nivel de dureza al cual una mujer lidiando con narcotraficantes estaba acostumbrada.

— Cuánta arrogancia tienes al creer que solo porque llevaste a una de ellas a la cama puedes identificar a una policía tan pronto como pones los ojos en ella.

Una sonrisa mezclando diversión y atrevimiento curvó mis labios hacia la izquierda mientras bebía otro trago de mi whisky, recordando a la policía con quien tuve un romance solo para saber si el apellido Barone estaba en el radar de las autoridades.

— No fue eso lo que quise decir; aunque esa afirmación no sea del todo mentira — provoqué, observando cómo las fosas nasales de Vittorio Barone se inflaban; el único indicio de que mi respuesta le había provocado alguna sensación.

— Pero es demasiado joven para haber pasado por todo el proceso dentro de la policía hasta involucrarse tan profundamente en una investigación que trae al cartel de Tijuana por un lado y a la *cosa nostra* por otro.

— ¿Y fue esa certeza a la que te aferraste? — se burló mi padre, como si no creyera que un pensamiento tan simple pudiera hacerme tomar una decisión tan importante. — ¿Qué hiciste después? ¿Pediste sus documentos?

¿Qué tan inexperto me consideraba? Su falta de fe en mí ya me estaba llevando a la exasperación. Hacerme cobrar la deuda que el cartel de Tijuana había adquirido con nuestra familia fue una demostración de confianza; pero los rumbos que aquella conversación estaba tomando solo dejaban aún más claro que mi padre no creía fielmente que yo era capaz de asumir los negocios familiares cuando llegara su jubilación.

— Ella no traía ningún documento identificativo; solo algunos dólares en el bolsillo y un celular prepago inútil.

— ¿Al menos intentaste llamar al último número con quien se comunicó?

— No había uno.

El inquebrantable Don Barone se frotó la cara; el anillo que demostraba todo el poder que poseía dentro de la *cosa nostra* brillando hacia mí.

— Una chica en un club clandestino, que en realidad es fachada para el cartel de Tijuana; sin documentos, un celular prepago sin registros de llamadas y testigo ocular del futuro Jefe de la *famiglia* The Arm cometiendo un asesinato. Dime que al menos te aseguraste de que no tiene ninguna escucha.

Si hubiera estado en pie tal vez esa pregunta descabellada me habría hecho tambalear un paso hacia atrás, debido a la sorpresa. Para mi suerte estaba cómodamente sentado en el sillón del despacho del Don Barone; aun así, dejé caer mi vaso de whisky sobre la mesita al lado antes de romperlo inconscientemente solo por ejercer demasiada fuerza.

— ¿Cuántos años parezco tener? ¿Cinco? — Sacudí la cabeza, incrédulo.

— Si supieras cuán decepcionado estoy contigo ahora mismo no me harías esa pregunta, chico.

Chico.

Sabía cuánto odiaba ser llamado así. A los trece años fui iniciado y empecé a cumplir deberes dentro de la *famiglia*. Enfrenté entrenamientos rigurosos y vi apagarse la luz vital del cuerpo de un traidor cuya única razón debía ser honrar y defender a la familia. Era un Hombre Hecho desde los catorce años; no un niño estúpido.

— Entonces, ¿qué debo hacer ahora? ¿Solo matarla y deshacerme del cuerpo? — lancé.

Él frunció el ceño hacia mí; sus ojos se entrecerraron en una expresión mezcla entre incredulidad y desafío; casi puse los ojos en blanco ante su exasperación.

— Fue una pregunta retórica — aclaré, decidiendo que ningún tipo alivio cómico sería bienvenido.

— ¿Y qué significa eso? ¿Que realmente sabes qué hacer?

Una provocación. Conocía lo suficiente a mi padre para saber cómo podía revolverle el cerebro a alguien con una pregunta inocente.

— Preguntar antes de disparar fue algo que aprendí contigo — acusé decidiéndome levantarme toda mi altura.

— Aparentemente dormiste durante la clase cuando dije que toda regla tiene su excepción.

Mis manos fueron a mis caderas, el peso de mi cuerpo recayendo sobre mi pierna derecha. Odiaba ser un subordinado, tener todas mis decisiones cuestionadas por mi padre.

¿Acaso él hacía lo mismo con su subjefe? ¿Por qué demonios ese hombre tenía un *consigliere* si parecía saber la maldita respuesta a todo?

— Pensé que ella podría tener información útil — expliqué. — No estaba en la oficina cuando llegamos; seguramente hizo el camino hasta allí por dentro del club y se sintió lo suficientemente cómoda como para entrar sin tocar, como si fuera algo habitual. Teniendo en cuenta el tipo de negocios que Sergio manejaba, ya habría interrumpido ese mal hábito hace mucho tiempo, si fuera un problema.

— Los hombres como Sergio no tienen la perspicacia necesaria para no caer en los encantos de una mujer bonita.

Estreché mis ojos hacia él, cruzando los brazos.

— ¿Cómo sabes que es bonita?

Su sonrisa astuta me irritó, sus rasgos moldeándose en una máscara de diversión.

— ¿No te vas a molestar ni siquiera en negarlo?

No, no lo haría. La Gata Egipcia era bonita; tendría que estar ciego o fuera de mi juicio perfecto para negar algo así. Incluso en la situación atípica y nada favorable en la que nos encontrábamos, pude notar los rasgos angelicales que la hacían desentonar tanto con aquel escenario caótico.

— La interrogaré como haría con cualquier otra persona — aseguré, a pesar de no tener la más mínima idea de cómo sería capaz de actuar con ella del mismo modo implacable con el que lidiaba con traidores, narcos y asesinos.

No es que tuviera aprecio por ninguna vida fuera de mi círculo cercano, pero me gustaba pensar — ya que fui criado para eso — que no era como los demás. Tenía principios, un código de conducta bajo el cual vivía y era un hombre de honor sirviendo los propósitos de la familia y enviando al infierno almas que ya estaban condenadas. Pero los ojos azules inocentes y asustados de la Gata Egipcia no ayudaban a hacerla parecer una criminal que merecía ser torturada por toda la eternidad en un lugar ardiente.

— Eso si es que la policía no está detrás de ella a estas alturas.

La voz de mi padre me sacó de mis pensamientos, sus dedos rascando su barba recién recortada.

— Puede que no sea una detective de Narcóticos, pero bien podría ser una de las bailarinas del decadente club de Quintanilla, intentando empezar de nuevo y decidida a aceptar algún acuerdo con la policía para abandonar esta vida promiscua.

Ninguno de los escenarios me agradaba. Los ojos idénticos a los míos me miraron realmente por primera vez desde el inicio de aquella conversación. Había algo más allá de la desaprobación en ellos. Preocupación, tal vez; y por alguna razón eso hizo que mis hombros se tensaran aún más.

— Entonces, ¿qué demonios quiere que haga? — logré preguntar a través de mi mandíbula apretada, mis manos cerrándose en puños a los lados de mi cuerpo.

Nada parecía lo suficientemente bueno últimamente para mi padre, especialmente mis decisiones. Siempre se aseguraba de evidenciarlo. Como si yo pudiera poner a The Arm en riesgo debido a una mala decisión. Por un trasero bonito, cualquiera sea. Eso era lo que estaba insinuando, ¿no? Que me había ablandado porque se trataba de una mujer bonita con apariencia indefensa.

Ella no era parte de Narcóticos; eso lo tenía claro. Así como tampoco era una stripper o una prostituta. Si lo fuera, probablemente no habría profesional peor que ella: una policía desarmada o una prostituta recatada. No era sorprendente que solo tuviera algunos dólares consigo.

— Quiero que pongas tu cabeza en su lugar y tengas pensamientos más ágiles que cualquier impulso; eso es lo que quiero que hagas, Dante — respondió mi padre. — Muy pronto asumirás la Silla y no quiero que una mala decisión tuya ponga a toda la familia bajo vigilancia. Pero esto es algo en lo que aún tendremos tiempo para trabajar en un futuro cercano. Por ahora espero que descanses y organices tus pensamientos para encontrar una forma de arreglar el lío que hiciste.

— Padre…

— Lo que no tiene remedio remediado está, Dante — me cortó él, agitando una mano hacia mí. — Sea quien sea: una policía, una stripper, cualquier persona; puedo confiar en que al menos te aseguraste de que no hay ninguna posibilidad de que tenga un micrófono escondido en alguna parte del cuerpo, ¿verdad?

A menos que esperara que metiera mi puño en todos los orificios disponibles del cuerpo de la chica; entonces sí tenía claro que no había micrófonos escondidos.

— Hicimos el protocolo habitual; sobre eso no hay nada con qué preocuparse — fue lo que elegí decirme preguntando qué diferencia haría todo eso si ahora la maldita rehén estaba en el cobertizo con bloqueadores de señal.

— ¿Quién está con ella ahora?

— Luigi y Michele.

— *Va bene.*

Él soltó un suspiro exhausto mientras caminaba hacia su imponente silla y se acomodaba allí.

— Ahora intenta descansar. Una buena noche puede mejorar tu poder de juicio tanto como una noche en el cobertizo puede traer los demonios de tu prisionera a la superficie. Solo queda esperar a ver si por la mañana está lo suficientemente ansiosa por deshacerse de ellos y decide responder honestamente a tus preguntas.

— Soy muy bueno interrogando. ¿Cuándo te decepcioné?

— Un total de cero veces — admitió — y prefiero mantener las cosas así.

Pero claro; él nunca daría su brazo a torcer.

— ¿Qué piensas hacer cuando el pajarito cante?

¿Realmente había elección?

— Su destino estaba sellado cuando me vio ejecutar a Sergio; ¿o estoy equivocado?

Mi padre asintió; sus ojos fijos en los míos cuando dijo:

— Ofrece un final digno para ella; es lo mínimo que puedes ofrecer.

— Como quieras, Don Barone — prometí, meneando mi cabeza en señal de respeto antes de darle la espalda, deseando poder volver atrás en el tiempo e ignorar el resoplido revelador indicando que la Gata Egipcia estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Los ojos azules me miraron por un segundo en respuesta al chirrido de la puerta del cobertizo al abrirse, y luego se desviaron. Era un mecanismo de defensa; lo sabía bien. No quería mirarme, y yo necesitaba fijar mi mirada en el fondo de sus ojos para decidir si sus respuestas me satisfacían o no. Así que tomé su delicada mandíbula con mi mano, presionando los lados de su cara con fuerza

moderada, solo lo suficiente para hacerla sentir impulsada a mirarme.

Y lo hizo, desde su posición subyugada en el suelo, con las muñecas y los tobillos bien atados gracias a las habilidades de Michele, pareciendo aterrorizada de una manera tan incómoda para mí como debió haber sido para ella pasar toda la madrugada en esa infeliz posición.

— ¿Cómo fue tu noche de sueño? ¿Dormiste bien?

Incluso después de que me agachara para que nuestros ojos estuvieran más o menos a la misma altura, su cuello aún pendía hacia atrás, inclinado para facilitar nuestro contacto visual, así que pude observar el delicado movimiento de su garganta cuando tragó saliva.

— ¿Qué quieren? — logró murmurar en un tono débil, los labios demorando en separarse debido a la sequedad. — No sé nada. — La pequeña y respingona nariz se frunció, moviendo la cabeza de un lado a otro. — No tengo idea…

— Eso no es verdad — la interrumpí, imitando su movimiento de cabeza. — Sabes quién es Sergio y en qué ramo trabajaba — hice hincapié, entrecerrando mis ojos para observarla mejor. — ¿Qué hacías en el club?

— No sé por qué tú… — Dudó, como si no pudiera pronunciar las palabras. — No sé por qué hiciste eso con él; no estaba espiando; no quería haber visto… — Una lágrima rebelde se deslizó por su mejilla y me encontré reprimiendo el descabellado deseo de secarla. — Solo quiero ir a casa. — Sus hombros se hundieron mientras sus ojos se cerraban en el proceso. — Mi padrino… debe estar preocupado.

— Tenerte aquí es una vulnerabilidad; lo sabes. Y si estás protegiendo a alguien, aunque admire tu sentido de lealtad, tendré que poner una bala justo aquí… — Solté su rostro, presionando el espacio entre sus cejas para ejemplificar lo que acababa de decir.

¿Sería un final digno, como sugirió mi padre? No sabía decirlo, pero sería rápido e indoloro; eso por sí solo debería ser una bendición. Dios era testigo de que era capaz de ofrecer una muerte lenta y agonizante. La única respuesta que recibí fue una mirada

desorbitada y más lágrimas cayendo; cosas con las que no sabía lidiar muy bien. Preferiría que luchara contra las ataduras, que me insultara en todos los idiomas existentes, que intentara escupirme en la cara e hiciera amenazas vanas que jamás podría cumplir.

— Te he perdonado la vida — le recordé, guardando para mí el hecho de que "perdonar" no era el término más apropiado en esas circunstancias. — Pero si no me ayudas con lo que quiero saber, tú y Sergio se reencontrarán mucho antes de lo que imaginas.

Medí su reacción al mencionar el nombre de Sergio y definitivamente había pavor estampado en sus ojos. Aún no tenía respuestas; sin embargo, logré aterrorizarla lo suficiente como para que tal vez decidiera darme información valiosa: como la ubicación de la mercancía que Sergio robó, la fecha en que llegaría su próximo envío, y sobre todo, por qué demonios insistían en llevar los negocios hasta Nueva York en lugar de centrarse en las fronteras.

Me acomodé en mi posición, ajustando mi traje lo mejor que pude.

— Tienes sed… — observé — tal vez vuelva con un vaso de agua dentro de unas horas. ¿Quién sabe? Quizás eso te ayude a refrescar la memoria.

Luego le di la espalda, sabiendo que todo lo que la Gata Egipcia podría pensar serían buenos tragos de agua fresca humedeciendo la sequedad de su garganta.



Imaginé que estaba de vuelta. En mi habitación, bajo mis cobijas, María golpeando la puerta con leche y galletas, como siempre hacía cuando regresaba de la frontera. Sonreí, aferrándome a ese recuerdo, a esas sensaciones, sabiendo que era cuestión de tiempo hasta que uno de los hombres golpeara la viga de metal.

Tres golpes.

Me sacudí con cada uno de ellos, parpadeando y abriendo los ojos, luchando contra el peso y el ardor en ellos. Era muy difícil mantenerlos abiertos, y por eso los cerraba sabiendo que pronto tendría que abrirlos nuevamente. Los hombres no me dejaban dormir. Siempre que estaba al borde de un sueño, hacían algún ruido estruendoso y me traían de vuelta a la realidad. Además de todo eso, mis muñecas dolían, mi cabeza palpitaba, mi estómago cantaba alto y mi garganta ardía. Ardía tanto. El paladar parecía agrietado, quemando; mis labios pegados uno al otro. No tenía idea de cuánto tiempo había pasado desde que me llevaron, si era de noche o de día, pero parecía una eternidad.

El gigante pasó por la puerta una vez más, al mismo tiempo que uno de los hombres me levantaba del brazo, llevándome hasta la silla y arrojándome allí; el ruido de las cadenas que habían puesto en mis muñecas y pies me recordaron que nada bueno podría venir de eso.

¿Era ahora cuando sacaría las herramientas? ¿Me torturaría físicamente?

Cerré los ojos con fuerza, sintiendo mi cabeza girar y un zumbido apoderarse de mis oídos. Respiré hondo y luego miré al gigante. Mis ojos se abrieron instantáneamente antes de apartarlos de él. Estaba diferente. La camisa blanca con los primeros botones desabrochados y las mangas arremangadas hasta los codos dejaban al descubierto una cantidad de piel que hasta entonces no había aparecido. Y estaba toda cubierta de tatuajes. Subían por su cuello amenazando alcanzar la mandíbula y la barba; también bajaban por su antebrazo extremadamente musculoso, casi llegando a las puntas de sus dedos, que también parecían enormes. Enormes como él lo era.

Parecía aún más peligroso. Absurdamente letal. En una mano traía una botella de agua; en la otra, un envoltorio que solo podía ser una comida. Miré nuevamente solo para asegurarme de que no era una ilusión mientras el gigante se sentaba en la silla frente a mí. Fue como si toda mi saliva restante se hubiera secado de golpe; sentía mis manos temblando, las cadenas tintineando, como si ver una comida y agua a esa corta distancia solo empeorara todo.

Me incliné hacia la mesa un poco, buscando al gigante con mis ojos; él me miró de vuelta sin decir palabra ni hacer gesto alguno, sus dedos largos cruzados sobre la mesa. Abrí mi boca; mi lengua pasó por mis labios resecos como si así pudiera hacer funcionar mi voz correctamente.

— ¿Es realmente para mí? — susurré insegura.

En respuesta, el gigante sostuvo la botella de agua con su mano tatuada dejándola justo donde podía alcanzarla. Una invitación; un permiso. Abrí los ojos como platos, dándome cuenta de que era verdad, y miré hacia él una última vez solo para observar cómo cruzaba los brazos y me miraba fijamente.

Casi salté sobre la botella; mis manos iban ansiosas hacia el envase plástico como si estuviéramos en un juego para ver quién lo agarraría primero. Un suspiro de alivio escapó por mis labios cuando él no me detuvo. Desenrosqué la tapa, sintiendo mi corazón correr dentro del pecho mientras mis dedos temblaban.

Sin embargo, algo no estaba bien. ¿Por qué traería agua para mí? ¿Por qué me alimentaría cuando no había dicho absolutamente nada que le ayudara? Miré la botella destapada; parecía tan buena que

casi podía sentir el líquido bajando por mi garganta. Acerqué mi nariz al cuello, intentando percibir cualquier olor extraño.

¿Intentaría envenenarme con eso? Era la única posibilidad.

No había ningún olor; pero ¿no era ese el objetivo de una sustancia mezclada con algún líquido con intención de dañar o matar a alguien? Fruncí el ceño, estrechando mis ojos y luego mi visión se nubló cuando comprendí que no podía aceptar eso. No debía hacerlo.

Empujé la botella hacia atrás sobre la mesa, girando mi rostro hacia el lado opuesto como si así pudiera fingir que no estaba allí. Vi rápidamente cuando el gigante tomó la botella y escuché cómo dio dos tragos ruidosos.

Me volví abruptamente, viendo cómo terminaba de tragar y empujaba el recipiente nuevamente hacia mí.

— Si quisiera hacerte daño tendría formas más eficaces para hacerlo.

No sabía si eso me confortaba; sin embargo, me daba suficiente certeza para saber que podría beber esa agua y en ese momento eso era lo único que importaba.

Mis manos volaron hacia la botella nuevamente; luego vertí su contenido rápidamente dentro de mi boca en tragos largos y desesperados hasta que mi estómago pareció retorcerse con el llenado inesperado. No me importó tomar otro sorbo, jugando con él en mi boca, sintiendo cómo esa sensación de sequedad se disipaba poco a poco.

El gigante desenvolvió la comida mientras yo seguía bebiendo agua: un enorme trozo de carne vacuna luciendo caliente y jugosa junto a unos fideos envueltos en algún tipo de salsa. Instantáneamente mi estómago volvió a estar vacío.

El olor a comida buena y caliente invadió mis fosas nasales sin permiso; mi barriga dolió mientras mis entrañas parecían retorcerse como si quisieran atraer esa comida hacia ellas.

Me limpié los labios, sabiendo que quedaban restos del agua desesperada que había bebido; entonces mis dedos se precipitaron hacia los cubiertos, pero, antes de poder tocarlos, el gigante los apartó junto con mi plato.

Retiré la mano como si hubiera recibido una descarga eléctrica; mis ojos corrieron hacia él sin creer lo que había hecho: engañándome, fingiendo darme algo para comer solo para retirarlo en el último segundo exactamente como pensé haría con el agua.

Para mi sorpresa, sin embargo, el gigante habló:

— Lo siento, pero no nos conocemos lo suficiente como para confiar en ti sosteniendo objetos cortantes o punzantes.

Entonces aún podría comer, ¿pero tendría que hacerlo con las manos? Pensé un segundo sobre cómo funcionaría eso, solo para decidir que no me importaba, mientras comiera, no me importaba.

Para mi sorpresa, sin embargo, el gigante tomó el cuchillo y tenedor con sus manos tatuadas, cortó un pedazo de carne, llevándolo hasta mi boca. Mis labios se cerraron lentamente alrededor del utensilio, pero cuando sentí el delicioso sabor en punta de lengua no pude hacer otra cosa más que tirar del trozo, masticándolo tres veces antes que mi estómago lo reclamara para sí mismo.

Tragué ruidosamente, haciendo lo posible por contener un gemido.

— Gracias…

Él sonrió, una esquina de sus labios se levantó y me dejó estática por un momento.

— No sabía si comías carne o no, pero aparentemente fue una buena suposición — consideró, enrollando la pasta en el tenedor antes de ofrecérmela.

Estaba deliciosa. Muy deliciosa. Cerré los ojos, disfrutando de ese pequeño interludio, saboreando la comida y aprovechando para descansar un poco mis ojos.

— Ustedes no son un cartel — señalé, casi automáticamente, y solo me di cuenta de mi error cuando la sonrisa lateral del gigante se amplió aún más.

— Y parece que eres capaz de reconocer uno muy bien.

Mis mejillas ardieron, pero abrí la boca para aceptar el nuevo bocado que él me ofrecía.

— ¿Quieres decirme tu nombre, al menos?

Mis ojos corrieron hacia los suyos antes de poder desviar la mirada mientras pensaba en eso. Mi nombre no haría daño y él me estaba alimentando, después de todo.

— Safira — respondí, y sonó como si fuera un secreto. Él parecía sorprendido, como si hubiera dicho algo que no esperaba; luego sus ojos se entrecerraron, fijos en los míos.

— Te dieron ese nombre cuando naciste…

No era una pregunta, sino una deducción. Y la verdad es que había acertado de lleno.

— Me llamo Dante.

— Dante… — repetí; debería haber sido solo en pensamiento, pero por alguna razón las dos sílabas salieron de mis labios. Sonreí y luego me detuve de repente. Un pensamiento terrible nubló mi cabeza. — No voy a salir de aquí, ¿verdad? Por eso no le importaba que conociera su rostro.

Más que eso, que conociera el nombre que daba identidad a su rostro.

Dante chasqueó los labios.

— Si no tuviera planes para que salieras, ¿crees que estaría perdiendo mi tiempo alimentándote?

Era una gran pregunta y parpadeé confundida, aceptando el siguiente bocado que Dante ya sostenía.

— Has visto más de lo que debías; eso es cierto, pero si me ayudas a conseguir lo que quiero, debes saber que soy muy agradecido con las personas que me ayudan, Safira.

Mi corazón pareció perder un latido al escuchar mi nombre en su voz ronca. Dante giró el espagueti con el tenedor tan despreocupado que casi me sentí ultrajada ante esa situación. Era difícil de entender; como si hubiera dos hombres en uno solo: un asesino sin piedad y un verdugo misericordioso.

Parpadeé, abandonando mis pensamientos mientras él volvía a hablar:

— Viste lo que pasó con Sergio, pero no lo hice porque quise. Él tomó algo que pertenece a mi familia; pedimos que lo devolviera, pero no lo hizo.

Fruncí el ceño; eso no tenía sentido. ¿Por qué haría algo así Sergio?

— ¿Entiendes que no podía simplemente dejarlo salir impune de todo esto? ¿Qué mensaje enviaría eso a la gente? ¿Que mi familia es débil y está bien robarle? — Dante sacudió la cabeza en señal de negación, y yo también me vi sacudiéndola, aunque definitivamente lo hacíamos por motivos diferentes. Para mí era inconcebible que alguien mirara hacia él y lo asociara con algo siquiera parecido a debilidad.

Él me extendió otro bocado y comí, masticando despacio esta vez, porque esa era mi prioridad. Miré de reojo a Dante, probando el terreno.

— Pero si te cuento lo que sé y eso no te ayuda en nada… ¿me creerás aun así?

Él deshizo esa hipótesis con un gesto de su mano larga y yo me desinflé.

— Dudo mucho que no sepas nada capaz de ayudarme. Además… — Apuntó hacia el agua y la comida. — … ¿por qué te mentirías? Estoy tratando de reparar la mala impresión que causé al principio.

¿Era eso lo que quería hacer? Mi corazón se calentó con la posibilidad de que sí; todo iba a estar bien.

— Pero, sobre todo, Safira, soy tu mejor oportunidad para salir de aquí entera y bonita como llegaste. Si me voy sin información útil, la próxima persona que entre aquí no tendrá la misma paciencia o tacto para tratar contigo. Créeme; puedes pensar incluso que soy un monstruo, dado nuestro historial, pero hay algunos menos misericordiosos que yo.

Mi corazón aceleró ante la posibilidad de ser interrogada. Con herramientas, como uno de los hombres había dicho horas atrás. Tragué saliva, intentando alejar las imágenes horribles formadas en mi mente.

— Llevo dinero a través de la frontera — revelé, asustada conmigo misma de inmediato, porque era la primera vez que hablaba eso en voz alta a alguien. — Hago esto desde que tengo memoria.

— ¿Y qué hacías en el club? ¿Recogiendo o dejando dinero? — instigó él, dándome un nuevo bocado. Una de las últimas, constaté al mirar el plato, así que traté de masticar lo más despacio posible, como si así la comida durara más. Como si fuera lo más especial del mundo. De cierta manera, lo era.

— Dejando el dinero — aclaré después de tragar. — Sergio iba a llevarme de vuelta a casa.

— ¿Y no sabías que el cargamento actual de cocaína que está vendiendo es robado?

— ¿Qué?

— ¿No fue algo pensado en conjunto dentro del cartel? — Fruncí el ceño, genuinamente confundida, pero consciente de que había llegado el momento en que tal vez fuera en vano finalmente haber dicho algo.

¿Creería él que, a pesar de llevar dinero a través de la frontera cada vez que mi padrino lo pedía, no era considerada un miembro del cartel?

Mi padrino solo me avisaba cuando me necesitaba. Nunca participé en ninguna reunión, nunca me preguntaron nada. No sabía exactamente el origen del dinero y deduje por mí misma que provenía de drogas, prostitución o venta de armas. A mi padrino le gustaba que me mantuviera al margen de todo. Era para mi propia protección, siempre decía.

— Sé sobre las drogas. Y sobre los clubes nocturnos. Sobre las armas — admití, moviendo la cabeza. — Sé que los cargamentos van y vienen y que cuanto más llegan, más cruzaré la frontera. — Me encogí de hombros, mordiendo mi labio, y miré a Dante tratando de decidir si él creería o no en mí. — Pero no sé sobre la logística. No sé sobre proveedores ni cómo se distribuye todo esto. Mi padrino dice que lo mejor para mí es no saber nada.

Dante entrecerró los ojos; los dedos de su mano derecha jugaban con su propio pulgar como si sostuvieran un cigarro mientras parecía pensar.

— Tu padrino… es la segunda vez que lo mencionas.

Sus ojos perspicaces, los de un gigante que sabía muy bien ser asesino, se volvieron hacia mí.

— ¿Quién es él?

No podía responder. Sollocé, apretando mis propios dedos. No debía responder.

"Presta mucha atención, Safira. Si algún día te atrapa, tú no sabes nada; ¿me estás oyendo? No formas parte del cartel de Tijuana. No eres mi ahijada. Y en ninguna circunstancia debes decir mi nombre. Si dices mi nombre, no podré ayudarte."

Recordaba vívidamente la voz de mi padrino diciéndome esas cosas. Pero siempre se refería a la policía. Él sabría si me arrestaban; sus hombres le informarían.

El gigante y sus hombres no eran la policía. Sergio estaba muerto y no podría decir nada; yo, la única persona que había visto todo, había sido llevada. ¿Cómo sabría mi padrino dónde estaba? ¿Cómo me ayudaría? Además, si Dante había matado a Sergio y me preguntaba sobre el cartel, seguramente conocía a mi padrino y sabía muy bien quién era.

— Debe estar buscándome porque Sergio está muerto y yo he desaparecido. Sabe que jamás desaparecería — consideré, bajando la cabeza antes de mirar hacia arriba a Dante. — No debería hablarte de él… pero sé que él no te robaría. Así que, si pudieras ponerte en contacto con él y decirle que estoy bien, estoy segura de que te explicaría todo y podría irme a casa. ¿Puedes hablar con mi padrino? Si te digo su nombre… ¿puedes decirle que estoy bien?

Lo miré fijamente con todo mi cuerpo tenso, lleno de esperanzas que, rogaba, no fueran falsas.

Dante apartó mi plato ahora vacío y se acercó a mí, sacando una llave del bolsillo. Arqueó una ceja antes de mirar mis muñecas como si señalara hacia ellas.

Abrí los ojos, entendiendo lo que pretendía, y estiré mis brazos hacia él. Liberó una de mis muñecas; sus dedos largos masajeaban la línea roja brillante alrededor mientras traían un alivio directo no solo para mi piel sino también para mi corazón.

Sus ojos intensos estaban sobre los míos.

— Tienes mi palabra.

Yo creía en él.

Solté un suspiro de alivio, asintiendo con la cabeza en señal afirmativa.

— Mi padrino se llama Alberto… Alberto Quintanilla.



Alberto Quintanilla.

El jefe maldito del cartel de Tijuana. El maldito inescrupuloso detrás del robo de la mercancía de mi familia. No, no teníamos pruebas concretas, ni podríamos reclamar su cabeza como pago, al menos no sin provocar una guerra. Aun así, todo sobre él era especialmente sospechoso: el silencio tras la muerte de Sergio… y la desaparición de su ahijada. No es que el hombre más buscado de todo México fuera a anunciar a los cuatro vientos que había perdido a su protegida en medio de un tiroteo.

Me froté la cara con una mano, sintiendo el peso de la mirada de Francesco Ricci — el *consigliere* de la familia The Arm — justo en mi nuca. Mi padre no había venido personalmente, pero había enviado a su hombre de confianza, la voz de su conciencia, para juzgar mis acciones en su lugar, exactamente como hacía cuando era solo un niño siendo iniciado.

— No necesito que me digas el tamaño del lío que he creado; mi padre ya lo hizo antes incluso de saber que la chica que tenía encadenada en el cobertizo era la ahijada de Quintanilla.

Francesco chasqueó la lengua y, aunque estaba de espaldas a él, poco dispuesto a mirarlo, sabía muy bien que una expresión neutra era lo único que podría verse en su rostro. Ni una sonrisa lateral revelando un humor sagaz, ni cejas arqueadas que pudieran leerse como presunción. Francesco era conocido por su expresión siempre apática; mantenía la misma expresión facial en cualquier situación: una boda, una ejecución o un funeral. Se despertaba por la mañana,

se ponía su impecable traje negro hecho a medida y podía lidiar con cualquier situación que se le presentara con esa máscara de indiferencia adherida a las líneas de su rostro.

— No tenía intención de decir nada de esto — respondió él, el ruido que hacían sus pies sobre la gravilla afuera del cobertizo me decía que se acercaba. — En realidad, mi idea es que tratemos todo esto como un malentendido — lanzó cuando ya estábamos cara a cara.

A diferencia de él, incapaz de mostrar emoción, mis cejas se levantaron inmediatamente ante mi incredulidad.

— ¿Malentendido? — repetí despacio, asegurándome de haber escuchado correctamente o tal vez ofreciéndole a Francesco la oportunidad de elegir cualquier otra palabra que fuera. No veía cómo cualquiera de nosotros podría convencer a Quintanilla de que medio secuestré a su ahijada para obtener información y que accidentalmente la encadené y la privé de sueño, agua y comida para debilitarla y luego hacerme pasar por el buen tipo alimentándola y dándole agua con el fin de ganar su confianza.

— No sabías que Safira era ahijada de Quintanilla, ¿verdad? — Era una pregunta retórica; aun así, asentí una sola vez. — Ni ella sabía que podía confiar en ti.

Una persona normal habría encogido los hombros probablemente, pero no Francesco. Sus ojos grises y pálidos — muy diferentes del azul intenso y lleno de vida de Safira — simplemente me miraron fijamente, esperando una respuesta.

— Ella no podía confiar — le recordé, aunque no era necesario —, tenía planes de acabar con ella tan pronto obtuviera cualquier información útil o tan pronto decidiera que no tenía nada relevante para compartir; lo que viniera primero.

— Algo que ella jamás necesitará saber — respondió él, inclinando ligeramente la cabeza en un movimiento casi imperceptible. — Tuviste la oportunidad de matarla sin darle la oportunidad de explicarse; eso ya es más de lo que la mayoría de los testigos oculares reciben por parte de un verdugo, y Quintanilla lo sabe.

Claro que lo sabía. Estaba seguro de que ese cerdo inmundo no dudaba en algo así. De todos modos, eso no servía mucho. Sergio seguía muerto y su protegida estaba siendo psicológicamente destrozada e inducida a confiar en el hombre que planeaba hacer que esos bonitos ojos cerraran para siempre. Por alguna razón, el pensamiento de mirar a los ojos egipcios empalideciendo e irse del ansioso por vivir al muerto me causó una sensación mala en el estómago. Safira… ¿cómo podía un nombre combinar tanto con alguien?

— Dudo mucho que Quintanilla esté tan agradecido como pareces creer después de ver a Safira deshidratada y sucia.

La imagen de ella frágil, hambrienta, sorbiendo cada gota de agua como si fuera lo más precioso del mundo vino a mi mente y traté imaginarla cruzando también la frontera con todo ese dinero pegado al cuerpo. ¿Se vería tan asustada como aquella noche en la que la perseguí por medio de la calle?

— Excepto por el hecho de que él encontrará a Safira como una huésped honoraria en tu casa.

La voz de Francesco interrumpió mis pensamientos y lo miré con los ojos entrecerrados, dudando por segunda vez en el día sobre mis propios oídos.

— Y, claro, mucho más bonita de lo que puede recordar haberla visto alguna vez.

— ¿Alojada en mi casa? — quise asegurarme, y formular las palabras en mi lengua solo dejó aún más evidente cuán absurda parecía esa idea. — ¿Una mexicana afiliada al maldito cartel? ¿Quién crees que soy para convencer a mi padre de que me perdone la vida y además embarcarme en una locura de este tipo?

Casi podía ver la vena en la frente de mi padre estallando justo frente a mí si le sugiriera eso. Ya sería lo suficientemente malo contarle que Safira era, en realidad, la ahijada de Quintanilla.

— No vas a necesitar convencerlo de nada — aseguró Francesco. — Lo único que necesitas hacer es llevar a Safira a algún lugar donde pueda darse un buen baño, conseguirle ropa nueva y dejar que Don Barone y yo nos encarguemos del resto.

Don Barone y su *consigliere*, claro. Esa era la manera de Francesco de dispensarme y llamarme inmaduro e incompetente. Mucho más amable de lo que mi padre jamás se tomaría la molestia de ser, pero igualmente intragable.

— Michele puede encargarse de eso. — Indiqué al soldado que estaba de pie junto a la puerta del cobertizo con un movimiento de cabeza. — No voy a ser la niñera de la princesita del cartel de Tijuana.

Cualquier otra persona habría sonreído desafiantemente o habría erguido los hombros para ganar algunos centímetros que podrían usarse para demostrar poder. Obviamente, Francesco no era cualquier persona, así que no hizo ninguna de esas cosas; al fin y al cabo, a menos que ganara diez centímetros, aún no podría erguirse sobre mí.

— Ella cruza la frontera con dinero pegado al cuerpo, Dante. Esa chica puede ser todo, menos una princesa — alertó. — Además, ya confía en ti; no subestimes el vínculo que un plato de comida y un vaso de agua pueden crear.

Francesco me dio la espalda, caminando con toda la paciencia del mundo hacia su coche. Uno de sus guardaespaldas abrió la puerta trasera del sedán negro para que Francesco pudiera entrar, y el *consigliere* eligió ese momento para girarse hacia mí y decretar:

— A propósito: cuando asumas la Silla que hoy pertenece a tu padre, seguiré tus órdenes con todo el respeto que un Don merece.

"Pero ni un segundo antes de eso", era el mensaje que me transmitía la visión de Francesco entrando en su coche e ignorando por completo mi protesta.

Apreté las manos en puños a los lados de mi cuerpo, mirando el vehículo mientras Francesco se alejaba. Era mejor que fuera él quien diera la noticia a mi padre sobre que la protegida de Quintanilla estaba bajo nuestro poder; eso evitaría otro momento indeseado entre Don Barone y yo. Pero ponerme como responsable por la chica poco tenía que ver con ella confiando en mí o no. Francesco quería castigarme por habernos puesto en esta situación rebajándome a un simple guardaespaldas, cuando era el próximo en la línea sucesoria

al trono de The Arm. Así que reprimí mi orgullo y giré sobre mis talones, dirigiéndome nuevamente hacia el interior del cobertizo.

Safira se sobresaltó con la puerta al abrirse, como siempre sucedía; sus ojos se agrandaron corriendo entre mí y Luigi — a quien dejé a su lado para vigilarla. Protegida de Quintanilla o no, no confiaba lo suficiente en ella como para dejarla sin supervisión.

— Levántate — ordené, sin preocuparme por vestir la falsa simpatía de minutos atrás.

Ella obedeció inmediatamente, como si estuviera esperando esa orden desde el principio.

— ¿Qué pasó? — se apresuró a preguntar, extendiendo su muñeca aún encadenada hacia mí justo en el momento en que saqué las llaves de mis bolsillos. — ¿Hablaste con mi padrino? — insistió ante mi silencio, mientras liberaba sus tobillos, dejándola lo más libre que había estado desde que nos encontramos.

— Te vas a casa — anuncié, sin esperar su reacción ante la noticia antes de darle la espalda y caminar hacia afuera.



Algo parecía mal. No podía deshacerme de esa sensación. Era la misma vibración que sentía al cruzar la frontera, como si el peligro aún no hubiera terminado, como si todavía pudiera ser atrapada, descubierta y encerrada en una prisión.

Sacudí los hombros, tratando de sacudir la incomodidad, porque al igual que todas las veces que cruzaba la frontera, no era gran cosa. Mi cuerpo simplemente no parecía lidiar bien con la adrenalina que una situación como esa ofrecía y siempre necesitaba demasiado tiempo para recuperarse.

Además, estaba segura de confiar en Dante, por más absurdo que esa afirmación sonara en mi cabeza. Él me sacó del cobertizo, como prometió, y pude darme un baño y ponerme ropa limpia que apareció como si él tuviera un arsenal de ellas. Alisé la falda de tweed que acompañaba a la chaqueta cálida, demasiado feliz por la comodidad que las prendas ofrecían. No eran nada parecidas con lo que solía usar, pero eran tan buenas como mi vieja chaqueta de cuero.

Ahora estaba en el coche, sentada en el asiento trasero junto a Dante mientras uno de sus conductores me llevaba a casa. Excepto que no parecía que íbamos hacia la frontera. Miré de reojo a Dante. Parecía casi un crimen mantenerlo dentro del coche; su tamaño me daba una sensación de animal enjaulado, aunque combinara perfectamente con el interior lujoso de cuero. Yo, por otro lado, me sentía casi sin aliento, como si su mera presencia consumiera todo el oxígeno a nuestro alrededor.

— ¿Voy realmente a casa? — No pude tragar la pregunta.

Dante levantó una ceja, pero no hacia mí. Sus ojos ni siquiera me alcanzaron.

— Estamos organizando los arreglos para que Quintanilla venga a buscarte lo antes posible. Hasta entonces, serás muy bien recibida como invitada de honor de la familia Barone.

Familia Barone. Italianos.

Había oído un poco sobre los italianos. Mi padrino tenía muchas cosas desagradables que decir sobre ellos. Sin embargo, mi conocimiento sobre instituciones italianas provenía mucho más de los libros y películas que había visto.

— Eres Dante Barone… — deduje mirando hacia atrás solo para encontrar un coche negro exactamente como el nuestro siguiéndonos. Una especie de escolta. Ser seguida, incluso por hombres que obedecían a Dante, hizo que los pelos de mi nuca se erizaran.

— Deberías haber dicho antes que eras ahijada del jefe del cartel de Tijuana.

La voz grave rompió el silencio y me tomó por sorpresa, casi haciéndome saltar en el asiento. Algo había en su tono de voz, algo que no podía identificar.

— Intenté hablar con mi padrino — le recordé, pero el hecho no pareció hacerle diferencia; así que añadí: — Ustedes no dejaron.

— Y dije que no estabas siendo detenida por la policía para tener derecho a una llamada — me recordó sobre nuestra conversación anterior, como si pudiera haberlo olvidado. — Solo tenías que decirnos para llamar a Quintanilla cuando aún estábamos en el club nocturno.

¿Y por qué eso era importante? Todo se había resuelto; iba a casa, todo estaría bien.

— Mi padrino siempre dijo que no debía mencionar su nombre — aclaré —, porque eso me convierte en un objetivo.

Dante hizo un sonido similar a una risa; un bufido incrédulo mientras el aire salía por su nariz y el piercing se movía con el movimiento. Llevó los dedos a su frente, frotándolos allí, y contuve mi impulso de decirle que parara con eso. Aprendí con María que era

mucho más eficiente frotar las sienes. Siempre masajeaba las mías antes de cruzar la frontera.

— No entiendo en qué momento te sentiste segura estando atada como un animal y rodeada por matones con traje y corbata. — Sabía leer la ironía en su comentario. — No tener protección te convierte en un objetivo.

Pero ahora todo estaba bien, ¿no? ¿Por qué simplemente no podía dejarlo pasar?

— Tenía protección. Hiciste lo que hiciste con ella — provoqué, arqueando una ceja y sonriendo cuando sus fosas nasales se inflaron. — No importa. Creí en tu palabra y ahora todo estará bien.

Sus ojos se posaron en mí por primera vez desde que entramos al coche. No sabía entender todo lo que pasaba por ellos, pero aun así lograron petrificarme. Era imposible desviar la mirada o parpadear. No parecía querer decirme algo con ellos; parecía evaluarme, examinándome como un escáner mientras se perdía en sus propias consideraciones sobre cosas de las cuales no tenía idea y jamás podría entender.

El movimiento del coche rompió el momento desviando la cabeza de Dante hacia adelante. Entonces su brazo pasó junto a mí; un movimiento tan abrupto me hizo abrir los ojos y alejarme del tronco como si pudiera fundirme con el tapizado. Su mano grande fue hacia la manija de la puerta a mi lado. Lo miré sobresaltada, pero nada, absolutamente nada pasaba por las facciones de Dante.

Esperó hasta el momento en que el coche se detuvo completamente para tirar de la manija. Un hombre vestido con traje y corbata esperaba con la mano extendida afuera del vehículo. La tomé; era lo correcto hacer, aunque no tenía idea de por qué necesitaría ayuda para salir del coche. Solté una risita sintiendo el calor del sol sobre mi piel y cerré los ojos por un instante.

Luego observé la casa. Era monumental, gigantesca; tan hermosa y sofisticada que logró arrancarme una expresión de sorpresa mientras analizaba las columnas blancas, los balcones y la imponente escalera que conducía hasta la puerta. Examiné el terreno, que parecía extenderse mucho más allá de lo que mis ojos podían determinar.

— ¿Es aquí donde voy a quedarme? — pregunté asombrada mientras intentaba recordar cada detalle.

Giré sobre mí misma, observando los árboles, los parterres y las flores antes de sonreírle a Dante.

— Me encantan los jardines.

Él no sonreía de vuelta; en realidad su humor parecía aún peor ahora que estábamos fuera del coche.

— Sí. A estas alturas tu padrino ya debe estar preparando todo para nuestra reunión. Tenemos un robo y un asesinato para discutir; no lo olvides.

Algo en ese aviso me puso en un nuevo estado de alerta; una sensación extraña posándose sobre mis hombros.

— Hasta entonces te quedas aquí como nuestra invitada.

Dante señaló el camino y subimos las escaleras hasta la puerta principal de la casa. Como si nuestros pasos fueran una contraseña mágica, la puerta se abrió, revelando a una pareja que nos esperaba al otro lado. Mi primer pensamiento fue que se trataba de la realeza misma. El segundo fue que, definitivamente, esos eran los padres de Dante. Compartían la misma elegancia que su hijo.

El señor Barone llevaba un impecable traje negro, sin ninguna arruga fuera de lugar, sin un solo pelo manchando el tejido oscuro. Tenía los mismos ojos que Dante, las mismas cejas y una mandíbula fuerte. La diferencia más obvia entre los dos era que Dante parecía haber ignorado el límite del crecimiento, superando a su padre por unos diez centímetros. Y, por supuesto, en la versión más vieja y baja de mi gigante no había tatuajes ni piercings a la vista.

La mujer nos esperaba con una sonrisa en el rostro, una postura impecable y un conjunto de falda y blazer de sastrería azul claro.

— Safira Ortega… — me saludó, y abrí la boca, sorprendida, como si no supiera cómo devolverle el saludo por alguna razón. — Soy la madre de Dante, Patrizia, y eres aún más bonita de lo que él describió.

¿Dante dijo que yo era bonita? Abrí los ojos como platos y arqueé las cejas, mi mirada corriendo hacia Dante. Sin embargo, él mantenía su atención fija en sus padres. El señor Barone dio un paso hacia nosotros.

— Bienvenida a nuestra casa, querida.

Parpadeé, sorprendida por el vocativo, pero incapaz de evitar una sonrisa ante su delicadeza.

— Espero que a partir de ahora te sientas tratada con la amabilidad que mereces. Me llamo Vittorio, por cierto; no sé si Dante llegó a mencionarlo.

Cada palabra parecía salir de su boca como si fuera un honor existir en la voz del señor Barone. Sin embargo, noté cuando su mirada reprochadora se volvió hacia Dante, como si le recriminara las circunstancias en las cuales su hijo me había mantenido. Escondí mis manos en mi espalda, consciente de las marcas en mis muñecas.

— Está todo bien — aseguré. — Dante no tenía forma de saberlo. Y yo medio que lo vi haciendo algo que no debería haber visto.

Una risita nerviosa salió sin que yo diera permiso.

— Pero ustedes ya deben saber eso — consideré mientras movía la cabeza. — Les agradezco mucho por quedarme aquí hasta irme a casa. Es mucha amabilidad por parte de ustedes.

El señor Barone — ¿o debería llamarlo Don Barone, como en las películas y libros? — asintió hacia mí mientras sus manos mostraban un camino invisible que su esposa trató de recorrer hasta mí.

— Te acompañaré hasta tu habitación. Espero que sea de tu agrado.

Ella me ofreció el brazo y sonreí sin poder creerlo mientras buscaba el rostro de Dante. Él aún no parecía relajado; sin embargo, no podía mirar mucho más ya que su madre comenzó a tirarme hacia la escalera en espiral.

— Pobrecita; después de todo lo ocurrido debes estar deseando descansar y tener una comida apropiada. ¿Por qué no me dices qué te gustaría comer y le pido a nuestro *chef* que lo prepare para ti?

Parecía demasiado bueno para ser verdad. Por un instante, me pregunté si todavía estaba atrapada en el cobertizo y mi cerebro solo había mejorado en inventar una nueva realidad.

— Cualquier cosa está bien; de verdad — aseguré, alejando el deseo de confirmar mi teoría, pidiendo algo absurdo que solo sería

atendido si esto realmente era una alucinación. Suspiré, alejando esa idea ridícula. — No quiero causar molestias.

— No es molestia alguna — replicó la señora Barone, aun sonriendo. — Será un honor tenerte aquí hasta que tu padrino pueda organizar el viaje a Estados Unidos.

¿Y cuándo exactamente sería eso? Una vez más esa sensación volvió a incomodarme, pero la aparté con todas mis fuerzas. Disfrutaría de la generosidad de la familia Barone y pronto estaría de vuelta en México. Lo peor había terminado en el momento en que Dante supo sobre mi padrino.

Estaba viva. Libre. Todo estaría bien.



Ridículo.

Con un traje llamativo de un dudoso tono azul, un pañuelo blanco asomando del bolsillo de la chaqueta y el cabello recogido en la nuca, partido por la mitad, no había otra forma de describir a Quintanilla. Un viejo ridículo y asqueroso, cuya apariencia era tan horrenda como su reputación. La sonrisa despreocupada mostraba un diente de oro en su lado izquierdo, y todo eso solo contribuía a que el asco que ya sentía por él se triplicara.

A su lado estaba su perro guardián, una perfecta representación del estereotipo del narcotraficante mexicano, con botas que imitaban piel de cocodrilo, pantalones vaqueros, un cinturón de hebilla gigantesca presionando a la altura de las caderas, la barriga prominente casi colgando sobre el cinturón del pantalón y, por supuesto, una camisa de franela. Nada más que un sicario ignorante, sin la menor capacidad de pensamiento crítico.

Tanto Quintanilla como su secuaz — a quien llamaba Nacho — parecían fuera de lugar allí, parados en la oficina sobria y sofisticada de mi padre. Y si yo ya parecía demasiado bien vestido, incluso sin mi chaqueta, ¿qué decir de Don Barone y su *consigliere*, que nunca se permitían estar menos que impecables? Aún pensaba que era una locura recibir al jefe del cartel de Tijuana en nuestra propia casa; aun así, a diferencia de las ratas mexicanas, los Barone caminaban con la cabeza en alto entre la sociedad, siempre vistos como una familia refinada, con tradiciones y buenos modales, con un montón

de negocios lícitos operando todos conforme a la ley estadounidense.

— Vittorio Barone… — comenzó Quintanilla, desparramándose en el cómodo sillón del despacho. Cuando él y Nacho se fueran, el tapizado estaría tan impregnado con su olor que sería mejor prender fuego a los muebles. — Parece que su hijo tiene algunas explicaciones que dar al cartel de Tijuana.

¿Tenía yo explicaciones que dar?

La protesta subió hasta mi garganta, pero mi padre me interrumpió con un movimiento de una mano.

— Creo que es usted quien tiene explicaciones que dar primero, Quintanilla —intervino. — Hemos sido robados. Dante solo estaba enviando el mensaje de que no se puede jugar con la familia y salir impune.

— ¿Y ustedes me piden que crea que Safira no formaba parte de ese mensaje? — devolvió Quintanilla con su acento marcado, pronunciando cada palabra con cuidado como si tuviera que pensar mil veces antes de poder decir lo que fuera. Agradecí el hecho de haberme quedado de pie junto a Michelle en la puerta, solo para poder moverme alrededor del cuarto y disipar al menos un poco de la rabia burbujeante en mis venas.

— Si ella hubiera estado involucrada, la habría encontrado junto a Sergio con una bala entre los ojos también — escupí entre dientes, recibiendo una rápida mirada reprochadora por parte de Don Barone.

— Lo que Dante quiso decir es que Safira estaba en el lugar equivocado y en el momento equivocado — añadió él, mucho más diplomático y paciente que yo. — Nadie podría imaginarse que su ahijada estaría presente cuando Sergio fue confrontado por el robo de la mercancía que pertenece a mi familia. Mercancía cuyos beneficios usted ya debe haber obtenido, por supuesto.

La mirada de Quintanilla estaba sobre mí, evaluándome; la falsa sonrisa nunca abandonaba su rostro envejecido.

— Si hemos tomado su mercancía, Vittorio, fue porque comenzó a aparecer en nuestro territorio — devolvió Quintanilla, usando el primer nombre de mi padre de una manera inapropiada para ese

ambiente. — No creo en simples coincidencias; si su familia no admite ser robada, Tijuana no admite invasión territorial. Podrían haber preguntado antes de matar a uno de mis hombres y secuestrar a mi ahijada.

Mi respiración salió por mi nariz en forma de risa incrédula, porque no podía creer que ese hombre hablaba en serio.

¿Qué quería decir con "preguntar antes de matar a uno de sus hombres"? ¿Quería una invitación para tomar té y galletas para discutir el hecho de que nos robó?

— Safira no fue secuestrada — objetó mi padre. — La hemos mantenido a salvo. Está hospedada en nuestra casa, recibiendo el tratamiento adecuado.

Bueno, eso era lejos mejor de lo que podría haber pensado en responder dado que el plan inicial era deshacerme de la Gata Egipcia tan pronto como obtuviera cualquier información sobre ella. En ese momento parecía una buena idea, ahora no tanto.

— Tampoco creo en coincidencias, Quintanilla — continuó Don Barone. — Especialmente porque dirijo la familia The Arm desde hace mucho más tiempo del que tú estás al frente del cartel de Tijuana. Hemos sido robados; Sergio estaba distribuyendo el cargamento que me pertenecía. Si no eras aliado suyo significa que no tiene control sobre lo que sucede bajo su nariz; ninguna hipótesis parece buena.

Se levantó, dirigiéndose al minibar que tenía en su oficina, sirviendo uno de sus whiskies escoceses con una paciencia comparable solo a la Francesco Ricci. Cuando terminó sirviendo a los cuatro hombres sentados, ignorando mi presencia y la de Michele, volvió a sentarse bebiendo un largo sorbo antes de continuar:

— Para suerte de todos estoy sintiéndome especialmente magnánimo estos días y no quiero comenzar una guerra entre nuestras organizaciones. El rastro de cuerpos dejados tras nosotros no haría bien a ninguno; así que tengo una propuesta.

Mi padre apuntó con el vaso lleno del líquido ámbar hacia Quintanilla, aclarando:

— Usted y Safira regresan sanos y salvos a México y a cambio de nuestra hospitalidad devuelves lo mío por derecho.

Quintanilla y su perro guardián sorbieron sus bebidas casi sincronizadamente, compartiendo el mismo rasgo animalístico. Era casi como ver perros siendo forzados a beber en copas después haber sido entrenados para tal hazaña.

— Hospitalidad, dice — consideró Quintanilla, retorciéndose en su asiento. — En ese caso, déjame ver a Safira.

Había un tono autoritario en su pedido, casi haciéndolo parecer una orden; eso por sí solo fue suficiente para hacer latir mi ira con más fuerza en mis venas. Si la presencia de esos dos cerdos mexicanos ya no era suficiente para irritarme, parecían demasiado cómodos bajo mi techo. Así que, ¿por qué no poníamos fin a ese circo? Teníamos a Quintanilla justo allí; sus matones estaban afuera; no podrían protegerlo. Por muy buen tirador que fuera Nacho, no podría acabar con cuatro nosotros y aún salvar la vida del patrón saliendo ileso para contar victoria.

Yo mismo podría encargarme de Quintanilla, sin necesidad alguna del arma para ello; mis manos alrededor de su cuello harían un trabajo impecable. Pero Don Barone tenía otros planes. Con un movimiento sutil e ingenioso hizo gesticular a Michele una única vez, antes salir del cuarto. Podía apostar, lo estaba buscando Safira.

Por el tiempo transcurrido sabía perfectamente bien, ella no estaba esperando en sus aposentos. Rápido como un rayo, Safira y Michele pasaron por la puerta. Sus grandes ojos azules buscaron los míos, pero solo desvié la mirada, porque no quería enfrentarla, aunque no podía asegurarme del motivo exacto.

Ella se apresuró hacia Quintanilla, sin intervenciones de Michele, su suspiro bajo y su perfume dejando un rastro por todo el camino que recorrió hasta alcanzarlo, mientras yo me recordaba a mí mismo que ese no era su olor, sino el de un perfume caro que no se parecía en nada al que usaba la noche en que Sergio fue asesinado.

— Padrino… — murmuró la Gata Egipcia, deteniéndose a centímetros de Quintanilla, el tono de alivio en su voz imposible de disimular. Él ni siquiera se molestó en dejar el vaso sobre la mesa de centro antes de tirar de Safira hacia un abrazo torpe, al cual ella no parecía saber cómo corresponder.

— Mi Safira… — murmuró Quintanilla en respuesta, alejando a su ahijada lo suficiente para mirarla a los ojos. — No sabes cuánto me preocupé, ahijada. Déjame verte.

Con la mano libre, sostuvo el rostro de Safira por la mandíbula con la rudeza de alguien que no estaba acostumbrado a ese gesto, girándolo de un lado a otro.

— Mira qué bien te ves… pareciendo saludable. ¿Te han tratado bien?

Apreté la mandíbula y cerré los puños. Safira estaba en perfectas condiciones, con ropa cara y elegante, muy diferente a la que llevaba cuando la encontré. De hecho, parecía una dama, no alguien cruzando la frontera con el cuerpo lleno de dinero del tráfico de drogas, armas y mujeres. En respuesta, ella solo movió la cabeza afirmativamente, algunos mechones de su cabello escapando del moño sencillo que llevaba.

— Déjame ver tus manos — pidió él, y la postura del cuerpo de Safira cambió ligeramente. Recordaba haber masajeado una de sus muñecas justo encima de la marca roja que su tiempo encadenada le había dejado.

Mis ojos corrieron instintivamente hacia lo que llevaba puesto; el vestido verde oscuro realzaba su cabello tanto como sus mangas largas ocultaban toda la extensión de sus brazos hasta las muñecas; así como las delicadas sandalias tenían ataduras alrededor de sus tobillos delicados, rodeándolos como las cadenas que ordené a Michele ponerles, pero con delicadeza y satisfacción.

— Está todo bien, padrino. — Forzó una sonrisa ella.

— Tus manos, niña — la interrumpió él y, aunque sonreía abiertamente, el tono cortante y las palabras secas mostraban claramente su verdadera intención.

Un par de ojos color zafiro me miraron fijamente, pareciendo aturdidos, pero había algo más en su expresión, casi como si se estuviera disculpando, ¿quizás? Un segundo después, volvieron hacia su padrino mientras sus hombros se encogían en el proceso.

Quintanilla agarró las manos de su ahijada y luego subió las mangas de su bonito vestido. Safira cerró los ojos con fuerza. En una de sus muñecas había una pulsera brillante que parecía hecha a

medida para ella. En la otra… no tenía idea. Al menos no hasta que una sonrisa perversa y casi imperceptible brotó en la esquina de los labios de Quintanilla. Duró solo un segundo, pero lo vi, y esa era la única certeza que necesitaba para saber que en esa piel de porcelana, que poseía Safira, las marcas de las esposas parecían mil veces peores de lo que realmente eran.

— Al parecer los italianos son realmente buenos con las apariencias — fueron las primeras palabras de Quintanilla. — Pero no se puede maquillar todo; ¿estoy seguro, Don Barone? — lanzó al buscar la mirada de mi padre mientras mantenía un aire despreocupado. — ¿O acaso encadenan las muñecas de todos sus invitados?

¡Hijo de puta!

Claro que trataría a su propia ahijada como algún tipo de mercancía que necesitaba ser revisada.

— Está todo bien ahora, padrino — intentó argumentar Safira, pareciendo ansiosa por dejar ese tema atrás.

— Dime, querida, ¿cómo sucedió todo desde el principio? — volvió a interrumpir Quintanilla.

Mis dientes podrían partirse en cualquier momento gracias a la fuerza con la que apretaba la mandíbula.

— ¿Cómo demonios yo podría saber que tu protegida estaba en un club nocturno decadente y no a salvo en casa? — exploté, avanzando unos pasos hacia ese maldito mexicano. En un segundo su perro adiestrado estaba erguido, colocándose entre nosotros dos como forma de proteger al patrón.

— Dante… — La voz de mi padre sonó más como una advertencia y un pedido para calmarme que cualquier otra cosa.

— ¿Por qué no deja que Quintanilla y yo resolvamos esto entre nosotros?

Si ya no estaba lo suficientemente molesto, ahora, sin duda, lo estaría más por ser tratado nuevamente como alguien incapaz de resolver mis propios problemas.

— Safira te vio ejecutar a Sergio — apuntó Quintanilla en una provocación velada, volviendo su atención hacia su sobrina un segundo después. — Y entonces, ¿niña? ¿Qué pasó? ¿A dónde te

llevaron? ¿Te trajeron directamente aquí? ¿O te encadenaron y te mantuvieron sin comida? Probablemente en algún lugar oscuro y sucio.

Mis manos cerradas en puños se apretaron aún más, y necesité todo mi autocontrol para no lanzar uno de ellos en dirección a la mandíbula de Quintanilla. Arrancar su ridículo diente de oro con un golpe de mi puño sería una sensación de la que me deleitaría para siempre. En cambio, sus palabras hicieron brillar los ojos de Safira, como si hubieran sido atrapados por un recuerdo reciente, y no dudaba de que ella estuviera reviviendo sus momentos en el galpón. Parecía frágil y desesperada mientras estaba encadenada, no era de extrañar que su mirada ahora estuviera desorbitada, al verse obligada a recordar el trauma reciente.

— Está todo bien — intentó una vez más, con una voz pequeña. — Solo quiero ir a casa.

— ¿Te han tratado como huésped desde el principio, sí o no? — insistió Quintanilla, su postura relajada y la sonrisa que parecía siempre estampar su rostro vacilando ante la demora de Safira para responder.

Su mirada parecía pedirme disculpas una vez más antes de caer sobre sus manos, cuyos dedos se retorcían sobre su estómago plano. Su cabeza se movió en una leve negativa, un movimiento casi imperceptible, tan fugaz. Quintanilla asintió, pareciendo satisfecho con la respuesta obtenida, y luego se volvió hacia mi padre, con los ojos de su sicario aún sobre mí.

— ¿Dónde estábamos? — preguntó el maldito falsamente, llevando una de sus manos a su barba mal cuidada y sucia. — Ah, sí, en la parte en que Safira no había sido secuestrada.

— Ella es un testigo ocular, Quintanilla — le recordó mi padre. — Nunca habría perdonado su vida. Toda la fuerza policial mexicana no está detrás de usted por su carácter misericordioso.

— Yo tampoco quiero un derramamiento de sangre, Don Barone. No sabemos qué proporciones puede tomar todo esto. No sé cómo va su comunidad italiana, pero los mexicanos sin duda se unirían a mí en la causa. Testigo ocular o no, ustedes tomaron a Safira. Y así llegamos a nuestro punto muerto: si yo hubiera mantenido a su

Dante cautivo, ¿todo se resolvería con una breve conversación? Porque Safira es como una hija para mí.

Una risa incrédula fue mi respuesta inmediata a todo ese circo. Quintanilla no parecía alguien preocupado que había llegado allí listo para rescatar a su ahijada, en absoluto. Parecía mucho más empeñado en hablar sobre la situación que en llevarse a Safira lejos de sus posibles verdugos.

— Dudo mucho que su comunidad mexicana tenga el mismo sentido de unidad que la *Famiglia*, Quintanilla. ¿No son ustedes los que roban y matan entre sí por el control de las fronteras?

— Puede ser que sí, Don Barone. Pero ¿cómo cree que se difundirá la noticia de que los italianos pueden simplemente llevarse nuestras mujeres cuando les plazca? ¿Espera que después de haber enterrado a Sergio, asesinado por su hijo, simplemente vuelva con Safira y diga qué? ¿Que pasó unas vacaciones con ustedes?

— ¿Qué tal decir que el destino de cualquiera que decida meterse con The Arm será igual al de Sergio, solo que más lento y doloroso? — sugerí, harto de esa conversación y de la presencia de esos mexicanos inmundos contaminando el aire que respiraba.

¿Qué hacía pensar a Quintanilla que tenía algún derecho a sentirse ofendido por todo lo ocurrido hasta ese momento insoportable?

Sus ojos corrieron hacia mí, estrechándose en desafío. Yo devolví la mirada, dejando claro que mis palabras no eran una promesa vacía. Era hijo de un pacifista que siempre intentaría resolver las cosas mediante el diálogo; pero incluso Don Barone admitía que el único idioma que los mexicanos entendían era la violencia; y en ese idioma me había vuelto fluido hace tiempo.

— Safira estaba solo en el lugar equivocado y en el momento equivocado — intervino mi padre, levantándose de su sillón y alineando su ya impecable traje en el proceso. — No podía simplemente esperar a que llegara la policía, mucho menos cruzar la frontera sola en un momento tan crítico. Los pormenores de este malentendido quedan entre nosotros, y desde ahora nos mantendremos bien alejados unos negocios de otros. ¿Qué opinas?

— Creo que eso no va a funcionar, Don Barone — replicó Quintanilla, probando mi paciencia por milésima vez ese día. Daría todo por callar esa maldita boca por toda la eternidad. — Usted sabe muy bien cómo sería si la situación fuera contraria, no vamos a fingir lo contrario. Así pues, solo veo una salida: resolver las cosas exactamente como ustedes, italianos, parecen apreciar tanto.

Fruncí el ceño sin entender qué demonios quería decir ese imbécil. Su mano tomó la de Safira y ella miró al padrino, atónita.

— Vamos a tener que casar a mi Safira con su Dante.



Solté una risita. No era para salir en voz alta, pero la improbabilidad de eso era tan grande que no pude contenerme. Porque era una broma, ¿verdad? Solo podía ser una broma.

Miradas masculinas se volvieron hacia mí en un movimiento ordenado que me hizo llevarme la mano a la boca, como si pudiera recoger el sonido. No había diversión en Don Barone, no había absolutamente nada en Francesco, y había cientos de cosas en Dante. Por un instante, fue como si la propuesta realmente fuera seria y yo me hubiera convertido en una idiota riendo del absurdo.

Abrí los ojos como platos, buscando a mi padrino a mi lado. Y todos los años que lo observé en silencio, midiendo su humor, fueron suficientes para saber que estaba hablando en serio. ¿Cómo podía ser que eso fuera serio? Miré a Dante, esperando que estuviera tan perplejo como yo, y me encontré con su expresión congelada de shock, antes de que su enorme dedo apuntara hacia su propio pecho.

— ¿Casarme? ¿Con una mexicana? — Parecía horrorizado e incrédulo al mismo tiempo, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. — Al parecer, no entiendes nada sobre cómo funcionan las cosas en la *cosa nostra*. ¡Esto es un completo absurdo!

¿Esperaban realmente que todavía cultivaran esa cosa de matrimonios arreglados que había visto en los libros? Mi padrino sonrió, el diente de oro pareciendo aún más extraño de lo que era cuando toda su expresión se transformó en una extraña satisfacción.

— Es un hombre adelantado a su tiempo, Don Barone — declaró, ignorando por completo a un Dante exasperado; lo cual consideraba un tremendo error, porque ya había visto un poco de lo que ese gigante era capaz. — Sabe que esta es la mejor manera de resolver este asunto. Mejor que no meternos más en los negocios del otro sería cooperar. Ustedes tienen problemas al sur de la frontera; nosotros tenemos arriba… Suena como un buen intercambio para mí. Claro que no espero una respuesta inmediata, pero miren a mi Safira…

¿Por qué mirar hacia mí? Tomó mi mano, sus ojos observando el vestido verde de seda que llevaba puesto. Uno de los muchos vestidos con los cuales la madre de Dante me había obsequiado, incluso cuando le dije que un par de jeans y camisetas serían más que suficientes.

Mi padrino me incitó a girar sobre mí misma. Odié eso; no sabía cómo manejarlo. Pero me sentía como un maniquí de tienda, aunque estaba segura de que no era por mi vestido por lo que mi padrino llamaba la atención. Evité las miradas de los hombres en la sala, sintiéndome demasiado expuesta. Sobre todo, por alguna razón, evité a Dante.

— Es una novia más que aceptable — complementó él. Fruncí el ceño mientras cruzaba los brazos frente a mi cuerpo y daba un paso atrás.

¿Qué demonios quería decir con "más que aceptable"? ¿Era aceptablemente bonita? ¿Aceptablemente dentro de la edad? ¿Aceptablemente con todos los dientes en su lugar? Aunque esa última cosa era más de lo que mi padrino podría decir sobre sí mismo.

— La belleza de Safira no está en duda; es deslumbrante y cualquier persona con ojos puede confirmarlo. — Fue Don Barone quien habló, sus ojos iguales a los de Dante posándose brevemente sobre mí. — Pero alguien que no ha sido criado según los preceptos de la *famiglia* no puede pertenecer a ella. No importa cuán adelantado sea yo y cuánto me guste Safira.

Sonreí, aunque los ojos de Don Barone ya no estaban sobre mí, porque también me gustaba él. Mi sonrisa murió cuando sentí la

mirada de Dante desde el otro lado del salón; sus ojos ardían sobre mí como si me evaluaran. Como si quisieran extraer algo que no tenía idea qué era. Contuve la respiración.

Don Barone se inclinó hacia mi padrino antes de continuar hablando y el movimiento hizo que mi atención se apartara de Dante.

— ¿Por qué no sellamos un acuerdo de paz de otra manera? Con ustedes y Safira regresando a casa sanos y salvos después de que Sergio haya pagado su deuda con The Arm con su propia vida. Creo que eso manda el mensaje de que el responsable del robo ha sido castigado y ninguno tiene intención de meterse en los negocios del otro.

¡Perfecto! Era perfecto, ¿no? Miré a mi padrino, esperando que sonriera y aceptara, pero todo lo que hizo fue volverse hacia Nacho. Odiaba a Nacho.

— ¿Qué te parece? ¿Eso sería suficiente para nuestros hombres?

Conocía demasiado bien ese tono de falsa condescendencia.

— Después de todo este malentendido solo hay una forma de conseguir un acuerdo entre el cartel de Tijuana y la familia The Arm, patrón — respondió Nacho, en un inglés aún más precario del mío, mezclando palabras del español. Siempre supe que tenía razón al odiarlo.

Sin embargo, mi padrino parecía más satisfecho, como si la respuesta de Nacho hubiera sido una línea en un guion escrito por él mismo.

— Usted expuso sus términos, Don Barone; yo expuse los míos. Mi contrapropuesta es un excelente medio para llegar a un acuerdo. Pueden reflexionar sobre ello; sé que es algo que requiere cierto tiempo.

Parecía mínimamente racional solo para sonreír, provocativamente después:

— No mucho tiempo, claro.

Entonces se preparó para irse. Nacho lo imitó y yo me enderecé, lista para salir de allí. Una parte mía susurraba al oído que todo se resolvería cuando estuviera en casa. Esa parte solía hablar bastante

cada vez que cruzaba la frontera o temía una mirada lasciva por parte de alguno hombre.

Finge no haber visto. Sonríe. Haz como si no entendieras. Todo acaba bien.

Sin embargo, Don Barone no se levantó; su imagen sentado en su silla con los ojos fijos en mi padrino valía más que cualquier otro movimiento. Sinceramente no sabía cómo mi padrino tenía la audacia para sugerir algo así a alguien como Don Barone.

— ¿Está realmente dispuesto a jugar con la vida de su ahijada? — preguntó y me asusté, parpadeando cuando su atención se volvió hacia mí. — ¿No tienes voluntad propia? ¿Estás obligada a aceptar cualquier cosa impuesta por tu padrino?

Sentí mis ojos arderen.

¿Quería cruzar la frontera? No. ¿Quería aparecer ante los hombres del salón solo para darles una buena vista? No. ¿Quería tener a un viejo amigo del padrino hundiendo su nariz en mi cabello solo porque tenía curiosidad por el olor? ¿Quería sentarme en su regazo solo porque supuestamente él me había cargado cuando era niña? ¿Quería sentir el beso húmedo sobre mi mejilla?

No. No. No.

Entonces era irónico que Don Barone me preguntara qué quería. Esa consideración nunca había sido importante antes. Abrí la boca para responder, pero mi padrino fue más rápido:

— Como si ustedes no hicieran eso todo el tiempo con las italianas. — Levantó las cejas, desafiando a que alguien cuestionara esa afirmación. — Safira siempre ha sido una buena niña, siempre ha ayudado a la familia y siempre ha estado muy agradecida por todo lo que le he dado. ¿No es así, niña?

La sensación de deuda me abrumó, casi me sofocó. Le debía todo a mi padrino, y él lo sabía. Desde que mis padres murieron, él era lo más cercano a una familia que tenía; casi la única familia que conocía, ya que podía contar con los dedos los destellos de recuerdos que tenía de mis padres. Sin embargo, nunca le había pedido nada. Nunca había articulado nada. Y, movida por la esperanza de que tal vez una petición mía pudiera cambiarlo todo, me vi susurrándole:

— No quiero casarme con Dante… no quiero.

Parecía absurdo. Dante incluso había sido bueno conmigo, al final de cuentas, pero también lo había visto acabar con Sergio. Podía ser amable y aterrador al mismo tiempo y, a veces, no sabía qué lado estaba ganando. Ni siquiera lo conocía.

Mi padrino chasqueó los labios, despidiéndome con una mano.

— Esto es tontería… Es el miedo hablando. No van a hacerte nada, porque saben que eres preciosa para mí y no quieren un baño de sangre.

Dante dio varios pasos hacia nosotros, su altura asomándose mientras claramente pulsaba y hervía. Parecía un animal salvaje a punto de darse cuenta de que las rejas de la jaula no eran lo suficientemente fuertes para contenerlo.

— No habrá matrimonio — decretó Dante, sus ojos entrecerrados danzando hacia mí antes de volver a mi padrino. — No entre Safira y yo. No es como funcionan las cosas en la *cosa nostra*, ¡y ya tengo una prometida!

¿Tenía una prometida?

Me quedé boquiabierta en shock, mi mente trabajando en escenarios sin poder contenerme. ¿Cómo sería ella? ¿Cómo serían juntos?

— Nada que no pueda ser deshecho — mi padrino concedió, sacudiendo la cabeza. — Lo miré perpleja, dudando que hubiera escuchado bien. — Espero su decisión, Don Barone.

Sin esperar nada más, mi padrino se dirigió hacia la puerta custodiada por Michele. Entonces me apresuré, acelerando el paso para acompañarlo. Me volví hacia Don Barone en el camino:

— Prometo que devolveré el vestido — garantí, señalando el tejido verde de mi falda.

Pero cuando volví a mirar hacia adelante, Francesco estaba entre mí y mi padrino. Me detuve ante la sorpresa, porque ni siquiera había visto cuándo se movió. Di varios pasos atrás, lo que me llevó involuntariamente más cerca de Dante.

— Creo que tal vez sea mejor extender su estadía, señorita Ortega — declaró Francesco con la falta de expresión que había notado como habitual. Sentí mi corazón congelarse ante la

sugerencia. — Solo hasta que su padrino y Don Barone logren llegar a un consenso.

Tragué saliva, casi poniéndome de puntillas para ver mejor a mi padrino sobre los hombros de Francesco.

— ¿Padrino? — llamé cuando él no dijo nada.

En respuesta, miró hacia mí, sacando un pañuelo del bolsillo y secándose la frente antes de intercambiar miradas con Nacho. La forma en que el hombre de confianza asintió hizo que todas mis entrañas se retorcieran.

— Suena justo — decidió mi padrino.

¡Pero no! ¡No sonaba nada justo!

— Puedes aprovechar el tiempo para conocer a Dante… Y él para conocerte. — Dante bufó justo detrás de mí y me giré a tiempo para ver sus fosas nasales inflándose y sus manos firmes en dos puños. Eso era lo dispuesto que estaba a conocerme.

Mi padrino continuó, ignorando todas esas señales.

— Estás segura ahora, Safira. No te tocarán. Tengo su palabra sobre eso, ¿no es así, Don Barone?

Miré a Don Barone sin estar segura de qué exactamente esperaba que respondiera. Claro que quería la certeza de que nada parecido a lo ocurrido conmigo en el galpón volvería a suceder, pero al mismo tiempo solo quería estar en casa.

Los ojos de Don Barone se posaron sobre mí:

— Safira es mi invitada de honor y será tratada como tal.

Mi padrino dio una sola palmada y su diente de oro casi me cegó.

— Está resuelto entonces. Es por el bien del Cartel, niña.

Se dio la vuelta y observé cómo Michele abría las puertas del aposento mientras mi padrino y Nacho salían de allí. Observé mientras quedaba sola, mi esperanza de acostarme en mi propia cama con mi pijama gastado estaba completamente arruinada.

Mi padrino ni siquiera miró hacia atrás y sentí cuando todo el camino que me llevó hasta allí, el hecho de haberle contado a Dante que él era Alberto Quintanilla perdió sentido. Quería correr hacia ellos, correr hacia México, si fuera posible. Pero Francesco era una barrera infranqueable frente a mí mientras Michele se posicionaba en

medio de la puerta como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

La casa: mi nuevo galpón. ¿Cómo había podido dejarme allí mi padrino? Miré alrededor, sintiendo mi mejilla húmeda al darme cuenta de la lágrima que había caído antes de poder secarla rápidamente.

Ya no era una invitada, era una prisionera otra vez. Quizás nunca había sido otra cosa más allá de eso y solo me había distraído con todo el buen trato, la comida, la ropa y la sensación falsa de libertad propia del desconocimiento sobre las rejas de esta nueva prisión.

Me sentí desamparada, como si mi padrino me hubiera lanzado directamente a los brazos del enemigo. Entonces comprendí que en cierto modo era aún peor: no solo me había dejado con el enemigo, sino que quería obligarme a casarme con él.



Golpeé el saco de boxeo frente a mí con los puños, lanzando algunas patadas en su dirección también, mi mente formando la figura de Quintanilla, lo que hacía que mis músculos ya cansados y el sudor bañando mi cuerpo no importaran. Quería seguir con todo eso, incluso si el sudor de mi cabello goteaba en mis ojos y nublaba mi visión por un segundo o dos, y con mis músculos al borde de la extenuación. Imaginar que estaba arrancando el diente de oro de Quintanilla con la fuerza de mis puños generaba una satisfacción inenarrable que solo podría compararse al placer de convertir esa fantasía en realidad.

El momento perdió parte del brillo, sin embargo, cuando sentí que alguien me observaba. La mirada de quien sea que se había escabullido hasta mi gimnasio particular quemaba y pesaba desde mi cuello hasta la base de mi columna, todo mi cuerpo entrando en alerta inmediata, a pesar de que continuara actuando normalmente mientras medía los próximos pasos del intruso.

Los pasos eran ligeros. Si toda mi atención no estuviera en eso, probablemente no podría escuchar nada. Sin embargo, el ruido de un peso solitario golpeando contra el suelo delató la posición exacta del intruso, y aproveché ese momento para tomar mi arma en las manos, la que mantenía escondida bajo la toalla que usaba para secar el exceso de sudor.

Desbloqueé el arma mientras giraba ciento ochenta grados sobre mi propio eje, apuntando al intruso en el gimnasio y recibiendo un suspiro familiar como respuesta. Y allí estaba Safira, con los ojos

muy azules incluso con la iluminación del gimnasio, cubierta con ropa mucho más cara que las que llevaba la noche en que nos conocimos. Su suspiro incontrolado hizo que recorriéramos todo el camino hasta allí. Sostenerla bajo la mira de mi arma… eso era lo que debería haber hecho cuando nuestros caminos se cruzaron, porque así sería más fácil desatar los nudos dados por el destino, que insistían en mantenernos atrapados allí.

— D-disculpa — balbuceó ella con el labio tembloroso, instintivamente dando un paso atrás. No era suficiente para mantenerme alejado; ella ya debería saberlo a estas alturas.

Allí mismo, mirándola, mi dedo índice coqueteó con el gatillo de mi Colt y, por una fracción de segundo, imaginé cómo habrían transcurrido las cosas si hubiera tratado a Safira como traté a Sergio. El cuerpo esbelto cayendo con el golpe, los ojos desesperados por más tiempo de vida apagándose conforme la sangre brotaba de su cuerpo.

Sorprendentemente, la imagen que se formó en mi cabeza no era invitante y no ayudaba en nada a apaciguar la cólera pulsando en mis venas. De hecho, resultaba casi incómoda; muy diferente del placer incalculable que era imaginarme poniendo fin a la existencia miserable de Quintanilla.

— ¿Qué quieres? — escupí hacia ella, dándole la espalda para recoger la toalla blanca olvidada en el suelo y usándola para secar el sudor de mi rostro.

— Estaba buscándote… — No dije nada porque me sentía especialmente introvertido ese día, así que ella continuó. — No quería asustarte.

El aire salió por mis fosas nasales en forma de una risa despectiva y giré ligeramente mi rostro para poder ver la expresión de Safira.

— ¿Asustarme? — repetí, intentando entender en qué momento tuvo la impresión de que mi reacción ante su llegada tenía algo que ver con un sentimiento tan estúpido como miedo. — ¿Qué quieres conmigo?

Quería saber porque no tenía tiempo disponible para desperdiciar con esa versión pelirroja de un Mau Egipcio. Ni con nadie más,

siendo más preciso. Después de la visita de Quintanilla, Don Barone parecía demasiado ocupado para dignarse a hablar conmigo tras la absurda propuesta que aquel cerdo mexicano arrojó sobre nosotros. Sabía perfectamente bien que no había ninguna posibilidad de que la respuesta a las exigencias de Quintanilla fuera sí, sin embargo, había una inquietud creciendo dentro de mí, amenazando con consumirme vivo, y fue eso lo que me llevó al gimnasio, tratando de descargar toda esa rabia en el saco de boxeo que desafortunadamente no era el jefe del cartel de Tijuana en carne y hueso.

— Me gustaría hablar… — La voz de Safira sonó baja y reticente al mismo tiempo mientras daba pequeños pasos hacia mí. Me pregunté en qué momento consideró seguro acercarse al hombre que segundos antes había tenido una pistola apuntada a su frente. — Sobre las cosas que dijo mi padrino — continuó ella, ante mi silencio.

— Estoy escuchando — fue lo único que respondí cuando lo único que quería era olvidar ese episodio. La curiosidad venció al sentido común, al parecer, aunque tenía la sensación de que acabaría arrepintiéndome.

— Tienes una prometida — dijo simplemente. Mis ojos se entrecerraron hacia ella mientras acortaba aún más la distancia entre nosotros dos. Los ojos de Safira asumieron un aire como si hubiera sido sorprendida in fraganti y desvió su mirada antes de poder alcanzarla, o siquiera entender realmente a qué se refería.

En un primer momento consideré que las ideas insanas de su padrino habían afectado su cabeza; pero sus hombros encogidos y su mirada evitando la mía como si estuviera incómoda me dieron las pistas necesarias para saber que no era eso a lo que se refería. Una prometida. Se lo dije a Quintanilla cuando propuso casarme con Safira. Envuelto entre tantos absurdos di voz a una hipótesis sobre algo que, sabía, había estado considerando durante algún tiempo.

Stefania era una belleza con rasgos italianos en cada rincón de su rostro. Hija de Alessandro Coppola, el subjefe de mi padre, conocía los conceptos de lealtad y familia y sabía muy bien lo esperado dentro de la *cosa nostra*. Una mujer intocable esperando

su noche nupcial para ser desflorada y desde entonces vivir por su marido y los hijos venideros.

Me gustaría encontrar esta idea mucho más atractiva de lo que realmente pensaba, pero escapaba completamente a mi control. No era algo sobre lo cual Safira necesitara saber, evidentemente.

— No veo cómo esto puede ser asunto tuyo — respondí devolviendo el tema por cerrado, ya que no iba a entrar en detalles sobre nada relacionado con eso con Safira.

Más aún yo la consideraba culpable. Culpable por no haber sabido tragar las emociones y suspiros llevándome a descubrirla aquella noche del asesinato de Sergio. Culpable por no haber corrido lo suficientemente rápido para desaparecer noche adentro cruzando la frontera mucho antes de que cualquiera pudiera localizarla. Culpable por no haber gritado a pleno pulmón cuando llegué hasta ella diciendo Quintanilla era su padrino y advirtiéndome sobre las consecuencias si ponía un solo dedo sobre ella.

Sin embargo, allí estaba ella invadiendo el gimnasio porque aparentemente podía ser sigilosa cuando le convenía, aunque derribara pesos suspirando en momentos inapropiados o tropezara consigo misma.

Sus cejas amenazaron con encontrarse en el centro de su frente, creando un suave pliegue allí.

— Dante — llamó, despacio —, no es mi culpa.

¿Cómo no?, quise preguntar. A pesar de que no había sido articulada en su defensa, no necesitaba que me dijera exactamente a qué se refería.

— Tu cara inocente puede ser el arma perfecta para pasar dinero por la frontera, pero no me engañas, Safira — le hice saber, avanzando unos pasos hacia ella, lo que la hizo retroceder. — Coincidentemente estabas allí mientras interrogaba a Sergio, pero a pesar de traer miles de dólares a Estados Unidos sin llamar la atención, ¿eres incapaz de mantener la maldita boca cerrada para no ser descubierta?! — grité, sintiendo la ira que había estado tratando de controlar aflorar un poco más con cada segundo. ¿Cómo no me di cuenta de todo eso antes? ¿Cómo era posible que me hubiera dejado engañar por su apariencia frágil y sus ojos suplicantes? —

Querías ser atrapada — acusé, dando voz al pensamiento en voz alta por primera vez. — Podrías haber gritado para que no te tocara porque estabas bajo la protección de Quintanilla y entonces estaríamos a mano. Pero no… tenías que revelarte para que yo fuera tras de ti, ¿verdad?

El pliegue en su frente ganó más énfasis mientras Safira fruncía más y más las cejas; su cabello rojo y sedoso se movía de un lado a otro junto con su cabeza, negando mis acusaciones.

— Dante, no estoy entendiendo… — Su mirada buscó la mía y parpadeó, denotando su confusión. — ¿Estás diciendo que lo hice a propósito?

Mis labios se retorcieron en lo que debería haber sido una sonrisa sarcástica, pero duró solo un segundo, antes de añadir:

— No espero que lo admitas, claro. Solo quiero que sepas que este teatro estúpido no va a durar. Asegúrate de decírselo a tu padrino.

Me preparé para salir de allí, porque no podía soportar ni un minuto más de esa conversación, mucho menos si tenía que enfrentar las facciones de Safira durante todo el proceso. Ella era una especie de hechicera tratando de poner a todos en esa casa bajo su dominio, infiltrándose en el seno de mi familia de la manera más improbable y haciéndome parecer un idiota ante Don Barone y sus hombres de confianza. Hombres cuyo respeto había estado tratando de ganar con cada respiración desde el día en que fui iniciado. Y no importaban cuántas vidas había tomado ni cuántas deudas había cobrado en nombre de la familia, porque la mancha de ser responsable por traer a la cría del propio demonio a la mansión Barone siempre me perseguiría.

— Eres un bruto insensible — susurró Safira mientras la máscara de buena chica se desvanecía en el proceso. — Por un momento, en el galpón, pensé que no lo eras. Pero lo eres…

Se decidió, sus ojos azules brillaban hacia mí mientras levantaba el mentón, intentando parecer lo más altiva posible. Muy diferente de la gatita asustada que Michele encadenó en el galpón.

— Y tú eres una actriz digna de las novelas baratas exhibidas en tu país — respondí, intentando hacerla sentir miserable en la misma

proporción en que yo me sentía subestimado. Aparentemente funcionó, ya que ella no se molestó en refutarme mientras hacía mi camino hacia afuera.

El lugar que siempre fue mi refugio en medio del caos del mundo exterior había sido mancillado; todo lo que me quedaba ahora era una ducha y un buen whisky sin hielo para ayudarme a tragar la revuelta.

Sin embargo, la visión de mi padre fue lo primero que avisté cuando puse los pies en el pasillo que conducía a mi habitación.

— Espero que hayas venido a decirme que todo ya está resuelto con Quintanilla o entonces puedo manejar la situación como manejé con Sergio — dije al acercarme, deteniéndome a pocos pasos de distancia de su imponencia e impecabilidad.

— Puedes pulir tu arma, no vas a necesitar usarla por ahora — respondió después de juzgar silenciosamente la pistola que llevaba despreocupadamente en mi mano derecha. Era casi como una extensión de mi propio brazo, así que ya no notaba su peso a menos que mis instintos me dijeran que debía dispararla.

— La segunda mejor opción, entonces — ponderé, ya que el día en el cual haría la sonrisa arrogante de Quintanilla aún no había llegado. — ¿Cómo reaccionó? — quise saber, estrechando mis ojos hacia mi padre.

Él solía guardar bien sus emociones, sin embargo, a menos que hubiera tomado clases intensivas con Francesco durante los últimos dos días, jamás podría mantener una expresión tan casual con una guerra inminente entre The Arm y el cartel de Tijuana.

Mi padre ajustó los laterales del traje impecable y luego giró el anillo que recordaba a todos quién era él.

— Al principio se mostró indignado por no poder celebrar el matrimonio de su ahijada en suelo mexicano, pero me ofrecí para cubrir todos los costos de la ceremonia para realizarla aquí.

Sonreí y al instante recordé cómo fue la reacción de Safira al escuchar a su padrino decirle que le gustaría casarla como forma de sellar la paz entre las dos familias. Como le ocurrió a ella, mi sonrisa murió demasiado pronto, porque mi interlocutor no parecía compartir el mismo divertimento que yo.

— Me alegra saber que aceptaste la idea tan rápido y sin dolor — fueron sus próximas palabras justo antes de prepararse para irse. Detuve su movimiento, sujetándolo del brazo sin importar el juicio reflejado en su mirada como respuesta.

— No puede estar hablando en serio…

— No soy dado a bromas, Dante; y sabes eso mejor que nadie.

Sí, lo sabía. Lo cual no hacía sus palabras anteriores más creíbles.

— Es imposible — le recordé. — ¿Casarme con la ahijada de un jefe del cartel? —bufé incrédulo. — ¿Todo esto por un malentendido? Porque su ahijada metió las narices donde no debía… Es absurdo, como todo lo que sale por boca de Quintanilla.

— No podría estar más de acuerdo — asintió él, agarrando mi muñeca y apartando mi mano del agarre, aún mantenido sobre su brazo, deshaciendo el contacto. — Pero te dije que el cartel Tijuana no es conocido por su diplomacia.

— También me dijiste que el único idioma hablado es violencia; ¡entonces así sea! Devolveré a Safira al padrino personalmente, si es necesario, y entonces…

— No eres tú quien decide eso — me recordó él. — Y aun si lo fuera, ¿qué crees qué pasaría? ¿Que llegaría a México y tendría señales indicando el camino hasta el escondite de Quintanilla? — se burló. Mi mandíbula se tensó como siempre sucedía cuando mi padre desestimaba mis acciones planeadas.

— Safira conoce muy bien dónde se esconde su padrino y puedo arrancarle esa información, aunque sea lo último que haga.

— La única cosa que vas a hacer es casarte con ella — replicó secamente.

— No — reiteré. — No hay ninguna posibilidad mínima para eso. No es nuestra única opción.

— Es mi única opción — se acercó, dejando claro con su imponente figura que mis centímetros extra y el arma en mi mano poco le importaban. — Quintanilla está dispuesto a provocar un baño sangre si es contrariado, y yo no voy a sacrificar las vidas honorables de mis hombres porque tu futuro jefe, el mismo encargado cuidar su seguridad, fue quien abrió las puertas del

infierno dentro nuestra casa. Si alguien va a pagar por el error cometido al dejar vivir Safira, cuando debiste matarla, será tú, Dante Barone.



¿Cuál era mi problema?

Debería querer golpear a Dante Barone después de lo que sugirió. Sí, como si los huesitos de mi mano pudieran hacer algo más que cosquillas en él. ¡No importaba! El punto era: no debería querer llorar como una niñita, o rezar para que todo fuera un sueño. Sobre todo, no debería estar pensando en todos sus músculos. Ahí vamos otra vez, pensando en eso. No era mi culpa si esa cantidad obscena de músculos cubiertos de tatuajes en italiano, dibujos de calaveras y patrones geométricos estaba pegada dentro de mi mente.

Suspiré, vencida, pero un poco reconfortada porque, además del físico tonificado de Dante, su grosería tampoco era algo que pudiera ignorar. Parecía aún más grande sin camiseta; un pecho enorme, un abdomen extremadamente definido y, abrazando su grueso cuello, tenía los músculos del trapecio, los hombros anchos y unos bíceps gigantescos. Era realmente un gigante. Una montaña. Un completo bruto. Y no entendía mis reacciones cerca de él. Me sentía en riesgo. Sentía el peligro como un letrero de neón. Esa arma apuntada hacia mí tan rápido como el latido acelerado de mi corazón por haber sido atrapada in fraganti.

Sin embargo, era casi como si supiera que debía temerle a Dante más de lo que realmente le temía. Tal vez fuera como una luciérnaga atraída por la luz que la consumiría. Bufé, dejando de lado esa metáfora sin sentido.

La reacción de Dante ayer había sido absurda. Tal vez no le gustó que invadieran su espacio en el gimnasio. Tal vez estaba muy enojado por la propuesta de mi padrino o incluso preocupado por su propia prometida. Podía entender que estuviera fuera de sí, lo que no podía entender era cómo llegó a la conclusión nada brillante de que yo había hecho todo eso a propósito, como si fuera una especie de genio del mal.

Podría haberme matado en el momento en que me identificó como testigo del asesinato. No tenía ningún sentido y era tan injusto que me acusara de esas cosas cuando, en realidad, ambos estábamos en el mismo barco. Y para colmo, me llamó actriz y ofendió las novelas de mi país. Esa parte en especial dolió un poco más, porque, además de haber crecido viendo esas novelas fútiles —como él mismo dijo —, el mayor sueño de mi madre, una actriz aficionada, había sido formar parte de alguna de ellas.

Claro que no había forma de que Dante supiera algo así y, en el fondo, cada uno lidiaba con sus frustraciones a su manera, aunque eso no le daba derecho a convertirme en la villana de toda esta historia cuando ni siquiera entendía bien qué demonios estaba pasando y por qué un simple matrimonio podría resolverlo todo.

Balanceé la cabeza, decidida a enfrentar esa mañana como un nuevo día mientras observaba a la *signora* Patrizia tomando té en una de las mesas del balcón. Me acerqué despacio, sonriendo de lado, ansiosa por escucharla decir algo sobre la ropa que había elegido, como siempre sucedía.

— Buenos días, señora Patrizia — saludé mientras mi mano ya estaba sobre la silla, esperando su invitación para poder sentarme.

A diferencia de otros días, esta vez no ocurrió. La *signora* Patrizia levantó sus oscuros ojos hacia mí y su expresión era la de alguien experimentando una terrible migraña. Parecía dolorida y disgustada al mismo tiempo.

— Un excelente día para ti, ¿no es así? — su voz fina sonó y fruncí el ceño. ¿Estaba siendo irónica o simplemente esperaba lo peor desde la reacción de Dante?

Mis manos se juntaron y mientras mis dedos se movían, incapaces de contener mi ansiedad, decidí que no era ironía. No

podía serlo. La *signora* Patrizia no había sido nada menos que un absoluto amor desde que pisé esa casa. Había cuidado mis heridas, me había dado una infinidad de ropas innecesarias y siempre parecía preocupada por mi bienestar.

Miré alrededor, buscando una razón para que el día fuera genuinamente excelente y sonreí ante el cielo azul y despejado que se cernía sobre los jardines.

— Bueno… me encanta cuando el clima está así. — Me acerqué más, evaluando las facciones de la *signora* Patrizia, y decidí no ignorar los desdoblamientos tras la reunión con mi padrino; ella probablemente ya debería saberlo

— ¿Está molesta por la visita de mi padrino? Lo siento mucho. Estoy segura de que Don Barone encontrará una solución o incluso que mi padrino cambiará también de idea.

Un matrimonio entre Dante y yo… completamente absurdo. Por supuesto que no iba a suceder. Don Barone parecía lo suficientemente inteligente para disuadir a mi padrino sobre esa idea.

Esperaba ver cómo ella movía la cabeza, negando mientras me decía que no debía preocuparme por eso o incluso sonreírme.

La verdad es que recibí sí una sonrisa, pero era indiscutiblemente burlona.

— Un rostro inocente, una apariencia como si jamás hicieras daño a un insecto… y repentinamente lograste estar prometida a mi Dante. — Parpadeé, evaluando su tono, comprendiendo allí que también insinuaba que yo había hecho eso intencionadamente; como si hubiera apuntado a atrapar a su precioso Dante. — Vittorio encontrará una solución, porque no hay forma posible alguna para permitirle a mi hijo tomar como esposa a una mujer como tú.

¿Eh?

Fruncí mis cejas, dividida entre preguntar o no qué quería decir con eso cuando ayer mismo yo era tan linda y educada, según sus palabras.

— ¿Una mujer como yo? — La curiosidad ganó, aunque mi intuición me decía que tal vez no iba a gustarme nada aquella respuesta.

— Vulgar. — Sonrió ella. El gesto era tan malicioso que me retorcí. — En el sentido más puro de la palabra.

Fue como recibir una descarga eléctrica. No, fue como ser arrojada después haber recibido una descarga eléctrica. Di un paso atrás, como si así pudiera borrar aquello o protegerme de alguna manera.

Sabía muy bien lo que quería decir "en el sentido más puro" respecto a vulgar: alguien incapaz comportarse en sociedad, inconveniente, sin buenos modales, alguien nacido en cuna diferente al Dante suyo.

Ella pensaba que yo era menos, inferior.

— Es mejor volver después, usted está molesta —interrumpí, preparándome para salir de allí.

La *signora* Patrizia rió, pero sonó más bien como un sonido ahogado.

— Molesta es un eufemismo para definir cómo me siento ahora mismo. No te sientas tan cómoda, niña. Tu tiempo aquí no durará mucho — dijo con desprecio.

Fue como si una máscara hubiera caído, y allí estaba la verdadera *signora* Patrizia. Esas cosas eran lo que realmente pensaba y sentía sobre mí.

Quise decirle que nada cómodo estaba sintiéndome, así entonces ese no sería problema alguno. Quise decirle también que ella no conocía los aposentos del "mi cartel" para saber si eran o no inmundos, pero donde viví toda mi vida estaba lleno de mujeres fuertes, luchadoras, siempre dejándolo todo brillante, haciendo las mejores comidas posibles…

Quise decir mil cosas, pero la sorpresa ante su verdadero rostro hizo imposible pronunciar palabra alguna.

Casi salgo corriendo.

Intenté esconderme en los jardines. No era muy digno, pero después de un día entero que parecía haber sido mi purgatorio

particular, encontrar refugio entre los arbustos y las rosas era todo lo que más quería. Hasta que me di cuenta de que estaba siendo seguida, no tan discretamente, por uno de los guardias de la familia Barone. Intentó disimular, pero conocía esa mirada de quien esperaba que hiciera algo impredecible e imprudente. Era la misma mirada que los hombres de mi padrino me daban cuando iba a cruzar la frontera, como si fuera a salir corriendo, queriendo robar el dinero o contarle todo a la policía.

Consideré saludar al guardia o intentar hablar con él, pero desistí porque sabía que no valdría la pena. Todo había cambiado de la noche a la mañana en esa casa para mí. Las empleadas habían sido dulces y serviciales en los primeros días, y yo me había metido en la cocina para charlar con ellas durante horas. Algunas venían directamente de Italia y tenían un acento marcado; otras habían nacido en Estados Unidos. Generaciones de madres e hijas trabajando para la familia Barone. Parecían curiosas sobre mí, sobre México y si era verdad que poníamos chile en todo. Habíamos reído mucho, intercambiado recetas, e incluso prometí hacer mi famosa receta de galletas de vainilla con chocolate. Eso parecía una realidad aparte ahora.

Todas las empleadas pasaron toda la tarde ignorándome, como si fuera una extraña nueva. Sonreí y las saludé, pero pasaban junto a mí como rayos, murmurando saludos vacíos, llenas de miradas de reproche o pena o disculpas.

¿Todo eso por la propuesta de mi padrino? Suspiré, sintiendo una extraña sensación de que algo nuevo había ocurrido y yo era la única que aún no lo sabía. Algo como si hubiera presentado síntomas de una enfermedad contagiosa, por ejemplo. Esa sería una excelente explicación.

Suspiré, desistiendo de quedarme en el jardín, si iba a ser vigilada, y volví lentamente hacia la mansión. Fue cuando, justo a punto de girar en uno de los pasillos, escuché las voces entrelazadas de Dante y Francesco. Mezclaban italiano e inglés, pero podía identificar algunas cosas.

— ¡Un absurdo! — Era la voz de Dante, alterada. — ¿El futuro jefe de la familia The Arm casado con una mexicana?

Abrí los ojos como platos. La mexicana sin duda era yo. Y me irritaba cómo Dante siempre pronunciaba mi nacionalidad así, como si fuera un defecto terrible cuando en realidad era un hecho sobre quién era. Algo imposible de cambiar.

— Nadie aceptará eso. Y aunque esta locura llegue hasta el final, seremos tratados como malditos parios — continuó él, mientras me apoyaba contra la pared, aguzando mis oídos.

— La señorita Ortega puede no estar a la altura de las exigencias… — Francesco hablaba ahora con voz controlada, como si se tratara de cortesías. — Pero te casarás con ella por el error que cometiste. Es nuestra única salida y, sobre todo, es decisión de tu padre.

No… ¡no!

Eso no podía estar sucediendo; no podía ser verdad. Don Barone no podía haber aceptado la propuesta de mi padrino. ¡No! Entonces era por eso que repentinamente todos en esa casa me odiaban. Ya sabían que la mexicana en cuestión sería prometida del príncipe dorado suyo. Todos ya lo sabían, menos yo.

¡No! Debería haber salido corriendo cuando escuché a Dante maldecir algo en italiano; debería haberme escondido cuando escuché sus pasos acercándose como el marchar de un ejército entero viniendo hacia mí. Pero no podía moverme, estaba congelada ante esa revelación.

Y cuando decidí moverme ya era demasiado tarde. Dante apareció repentinamente, chocando conmigo, casi atropellándome con su gran tamaño. Iba a caer, pero sus manos grandes me sostuvieron por los brazos, sus ojos llenos de ira y sorpresa se posaron sobre mí.

— Tu padre… — balbuceé como si tardar en decir eso pudiera anular lo que realmente había oído. — ¿Decidió el matrimonio?

Dante soltó mis brazos abruptamente; su pecho se infló como si amenazara con romperse su camisa social.

— No habrá ningún matrimonio; ¡no importa lo que mi padre le haya dicho al maldito Quintanilla!

Me encogí ante su animosidad, pero luego sacudí la cabeza, porque eso no tenía sentido respecto a lo que había escuchado.

— Pero ustedes acaban de decirlo… Acaban de decir que habrá matrimonio; ¡lo escuché!

Dante se frotó el rostro, pareciendo exhausto, y aunque él no era mi persona favorita en ese momento, casi, *casi* le hablé sobre un masaje en las sienes. Tal vez lo hubiera hecho esta vez, si él no comenzara a hablar nuevamente:

— Mi padre tomó una decisión sin consultarme, pero créeme, deseo este matrimonio tanto como tú, Safira.

Bufé, porque podría ser cierto que él no quisiera casarse conmigo, así como yo tampoco quería casarme con él, pero nuestros motivos eran ciertamente muy diferentes.

Sabía que Dante podría ser un buen marido para alguien; sin embargo, él parecía pensar que casarse conmigo sería el peor castigo existente.

— ¿Vas a hacerle cambiar de idea? — susurré ansiosa. — ¿Crees que mi padrino puede abandonar este pedido y…?

Gesticulé con mis manos, incierta sobre qué exactamente sucedería si mi padrino abandonara esa idea insana.

Las fosas nasales de Dante se inflaron; las venas en su cuello ancho parecían saltar.

— ¿Cómo demonios voy a saber qué pasa por la cabeza enferma de tu padrino? —rugió casi dejando clara toda su exasperación y luego sus ojos se posaron sobre mí, tan enfocados y analíticos que me encogí. — Ni siquiera puedo confiar en ti ahora mismo…

Ya había entendido eso desde nuestra última conversación.

Bufé, moviendo la cabeza, triste porque aún considerara esa hipótesis sobre mí actuando, pero consciente de que no había nada que pudiera decir para hacerlo cambiar mágicamente de idea.

Pero tal vez…

— Dime qué puedo hacer — consideré, dándome cuenta entonces que esa era una excelente idea. — Para ayudar — aclaré cuando Dante no dijo nada.

— Suponiendo que tú no seas parte del plan enfermo de tu padrino… — Él despreció mis palabras mientras yo le esperaba continuar: — Espero que seas tan valiosa para Quintanilla como él intenta hacer parecer…

Parpadeé, uniendo mis cejas mientras movía la cabeza:

— ¿Qué quiere decir eso? — pregunté confusa y exasperada.

— Quiere decir que espero que encuentres una manera para disuadir a tu padrino acerca del absurdo plan del matrimonio, caso contrario…

Hizo una pausa y abrí los ojos ante la extraña sonrisa que tomó el rostro de Dante; se parecía demasiado al hombre que ejecutó a Sergio ahora mismo.

— Te juro que dedicaré cada uno de mis días a convertir tu vida en un infierno del cual querrás escapar a toda costa.

Contuve un sollozo. Parpadeé, intentando resignificar esas palabras. Pero no había una perspectiva bonita bajo la cual pudieran ser vistas. Eran una amenaza. Y entonces todo se volvió claro.

— De los dos, eres tú quien no es confiable — me vi susurrando, dándome cuenta de lo que había dicho solo cuando escuché mi propia voz. Tal vez no lo hubiera dicho si hubiera racionalizado antes. Pero era verdad, y sentía como si finalmente hubiera encontrado una respuesta a una pregunta difícil. — Nunca has tenido empatía conmigo — continué, y antes de darme cuenta, mi voz fue subiendo, ganando fuerza. — No la tuviste cuando no me mataste, porque solo no lo hiciste porque necesitabas interrogarme primero. Tampoco fuiste bueno cuando me alimentaste… Solo querías arrancar todo lo que sabía. Y yo te creí. ¿Cómo pude haberle creído? ¿Cómo pudiste ser tan bajo al punto de manipular a alguien de esa manera? Al punto de haberme manipulado así.

Levanté mi dedo, apuntando contra el inmenso pecho de Dante.

— No eres nada como tu padre — constaté, aunque por fuera, en apariencia, lo fuera. — Eres exactamente como tu madre. ¡Ustedes dicen cosas que no sienten solo porque es la forma más fácil de conseguir lo que quieren! Y yo era la ingenua que cayó como un patito.

Los ojos de Dante migraron hacia mi dedo y contuve la necesidad de retirarlo. No. Él me mintió; él me engañó y no iba a sucumbir por miedo a esa cara de lobo feroz justo ahora. Las fosas nasales se inflaron y el piercing brilló. Vale… tal vez sucumbiera un poco, pero no dejaría que supiera eso.

— Y tú no eres la víctima desamparada por la que te hiciste pasar — la voz grave raspó mis oídos, erizando todos los pelos, y como si eso no fuera suficiente, los dedos largos y tatuados de Dante atraparon un mechón de mi cabello.

Dejé de respirar, mis terminaciones nerviosas vibraban como si recibiera pequeños choques provenientes de su toque en mi cabello y de los ojos que lo analizaban como un insumo complejo, como si decidieran qué harían con él o qué harían conmigo.

Los ojos depredadores se alejaron del mechón de mi cabello y recayeron sobre los míos. Dante inclinó la cabeza; sus labios se separaron en una forma absurdamente sarcástica antes de decir:

— ¿No es mágico cómo el matrimonio hace que las personas se conozcan mejor?

¡Bueno! No quería conocer ese lado suyo.

Fruncí la nariz, irritada por eso.

— Es realmente mágico — ironicé, levantando mi nariz. — Nunca quise ser una víctima desamparada, así como nunca quise conocer al verdadero Dante Barone, si es que ese realmente es él. Porque, de nosotros dos, tú eres el actor. Eres tú.

El rostro de Dante se acercó. Cada vez que se acercaba, parecía aún más alto, hasta el punto en que la presión en mi nuca por mirar hacia arriba comenzó a volverse incómoda. No desistí. Lo miré con todo ese fuego dentro de mí. Sentía rabia, tristeza y decepción: con él y conmigo misma por haber caído en su trampa.

¿Dante realmente me habría dejado salir viva de aquel galpón si no fuera por mi padrino? Su nariz casi tocó la mía cuando se inclinó sobre mí. Apenas podía seguir el ritmo veloz de mis pensamientos para entender por qué resoplé, por qué mis talones se elevaron del suelo o por qué demonios mi nariz parecía estar atraída hacia la suya como si pudiera sentirla incluso antes de tocarla.

El aroma del whisky caro golpeó mi rostro; combinaba perfectamente con su voz grave.

— No tienes idea de quién soy, Safira Ortega. Y no te aconsejo intentar descubrirlo.

Los labios de Dante siguieron la línea del puente de mi nariz, posándose sobre mi frente. Amaba cuando en mis novelas

mexicanas ocurría ese beso exacto; era tan cariñoso y decía tanto sobre los sentimientos del héroe hacia la heroína. No era el caso ahora; Dante no me mostraba su afecto, yo hasta dudaba que existiera.

Ese beso parecía ser la premisa de algo; tal vez una advertencia, aunque no me sintiera coaccionada ni incómoda. Fue como sentir un millón de cosas despertando dentro de mí junto con un cosquilleo en el estómago.

— Te veo en la cena… novia — ironizó él, y tuve que reconocer que Dante tenía el poder único para transformar una palabra que podría ser tan hermosa en algo completamente despreciable.



No estoy esperando señales de vida de él, me repetí a mí misma, tirando el edredón sobre mi cabeza y enroscando mis propias piernas contra mi cuerpo. *No estoy nada*.

Dante había desaparecido. Quiero decir, no desaparecido de verdad, pero evitando estar en casa lo suficiente para que me diera cuenta de su ausencia. Y me sentía una completa idiota por eso. Debería importarme un comino lo que él hiciera, a dónde fuera o a qué hora volviera. Pero no podía. Y ni siquiera entendía por qué.

Sabía que era un enigma, una persona muy diferente de la que me alimentó en el galpón. Pero una parte de mí, una parte ingenua que me enfurecía, no quería rendirse. Era demasiado decepcionante que Dante Barone fuera solo una copia de su madre. Un desperdicio tremendo para un hombre de su tamaño.

Al mismo tiempo, no debería preocuparme por eso; no debería moverme en la cama como si estuviera acostada en un hormiguero y mucho menos pasar la noche atenta a cualquier indicio de un coche llegando.

¿Qué estaría haciendo? ¿Asegurándose de que no habría boda? ¿Reuniéndose con su prometida?

Bufé. Y entonces escuché una puerta cerrarse. Los coches se estacionaban cerca de mi ventana y ese golpe de puerta, junto con el sonido de pasos firmes y pesados sobre la gravilla, me dio la certeza, o tal vez la esperanza, de que era Dante llegando. Salté de la cama, corriendo hacia la ventana y espiando entre las cortinas, solo para ver la espalda de Dante entrando por la puerta trasera. Era

realmente él y, juzgando por la hora, debería subir directamente a su habitación. Para eso tenía que pasar por la puerta de la mía.

No debería espiar, pero parte de mí necesitaba hacerlo. Fuera un deseo primitivo o curiosidad mórbida, no podía ser más fuerte. Abrí una rendija en la puerta, bien pequeña, y esperé por él. Y esperé… Incluso consideré que podría haber pasado por la cocina para un bocadillo nocturno cuando escuché una de las tablas de la escalera en espiral crujir. La señora Patrizia definitivamente no sabía sobre ese defecto.

Esperé un poco más, aunque fuera ridículo porque ver a Dante pasar por el pasillo no me traería respuestas sobre con quién estaba y qué hacía. O tal vez sí me las traería, porque cuando Dante finalmente apareció en el pasillo, mis rodillas se volvieron gelatinosas y mi corazón se volvió loco.

Llevaba la misma camisa blanca con la que lo había visto salir de casa más temprano, pero ahora tenía una mancha roja a la altura del pecho.

Sangre.

Me ahogué en un suspiro. Sus ojos cayeron directamente sobre los míos. Abrí la puerta rápidamente y di pasos apresurados hacia él antes de detenerme.

— ¿Te han herido? — Mi voz salió urgente, llenando el silencio nocturno del pasillo.

Los ojos de Dante recorrieron mi cuerpo, danzaron sobre mi camisón de seda y encaje que terminaba a mitad de mis muslos, haciéndome completamente consciente de lo que llevaba puesto. Intenté cruzar los brazos para cubrir mejor mis pechos, pero pareció una pésima idea cuando el movimiento hizo que el camisón subiera unos centímetros más, llevando los ojos de Dante hasta mis muslos.

— ¿Qué haces despierta a esta hora? — preguntó él, o mejor dicho, exigió.

Esa pregunta era incómoda, porque la respuesta era que estaba despierta por culpa de él. Sin embargo, también era una pregunta irrelevante ante toda esa sangre que seguía allí tiñendo la camisa de Dante.

— Esa sangre… — balbuceé, buscando sus ojos ávida por esa respuesta. — No estás herido, ¿verdad?

Dante sonrió con desdén; convencido y burlón al mismo tiempo.

— Apuesto a que te encantaría que lo estuviera.

Rodé los ojos exasperada; en parte odiándome por haberme preocupado por su bienestar.

— ¿Por qué? — quise saber cansada de esos juegos mentales. — ¿Por qué me encantaría algo así?

Dante se encogió de hombros como si mi cabeza enferma — como él mismo había referido alguna vez a mi padrino — fuera demasiado extraña para entenderla.

— Para que sintieras que fui castigado, de alguna manera, por tu tiempo en el galpón — consideró él, pareciendo encontrar esa respuesta suficientemente buena mientras daba un largo paso hacia mí, inclinándose en mi dirección. — Pero no necesitas preocuparte por eso, estar atado a ti es castigo más que suficiente.

Fruncí el ceño, sintiendo cómo mis ojos ardían en el proceso; parpadeando mientras intentaba no dejar caer las lágrimas que seguramente querían brotar. No dejé de mirar fijamente a Dante.

— ¡No es mi culpa! ¿Cómo puedes no ver que no es mi culpa? — susurré intentando apelar a su razón, aunque eso no hubiera surtido efecto la primera vez — ¿Qué fue lo que hice para merecer algo así?

Dante entrecerró los ojos como un depredador frente a mí y yo negué con la cabeza, reafirmando que no había hecho nada; que no merecía ese trato; que estaba siendo cruel sin razón aparente.

Se acercó más, pero yo no retrocedí. A pesar del camisón, a pesar de su camisa llena de sangre, a pesar de estar casi tocándonos ahora. Dante olía a su perfume masculino y tabaco, una combinación peligrosa e intoxicante que le quedaba demasiado bien.

Levanté automáticamente mi cabeza para seguir mirándolo como siempre sucedía.

— Solo hay una forma en la que puedo creerte, Safira. — Su voz grave alcanzó mis oídos y abrí los ojos más grandes, lista para hacer lo necesario para lograrlo. — Si huyes; simplemente desapareces sin dejar rastro. No podemos casarnos si estás a un océano de distancia y nadie sabe dónde estás.

¿Qué?

¿Era eso una sugerencia o una amenaza? ¿Realmente quería que huyera o quería decirme que estaba más dispuesto a forzar mi supuesto desaparición?

— ¡Estás más que bien! ¡Sigues siendo un bruto insensible! — decidí exasperada, levantando mi mentón hacia él. — ¡Y es tu culpa! ¡Es tuya! — acusé. — Te dije que no sabía nada; ¡no te diste por satisfecho!

Dante continuó inerte frente a mí, y no podía entender si estaba absorbiendo mis palabras, si finalmente cambiaba de idea o por qué demonios me miraba así, como si pudiera consumirme por completo. Ese silencio solo me llenó de más rabia.

— ¡La culpa es tuya! — casi grité esta vez, con los ojos ardiendo, mis manos golpeando su pecho en un intento de arrancar alguna mísera reacción.

Eso fue un error. Las manos de Dante vinieron como dos grilletes de acero sobre mis muñecas. Me sacudí, tratando de liberarme de esa prisión, pero cada intento de tirar me dejaba aún más pegada a él. Torció mis brazos, atrapando mis manos en la base de mi columna, dejando mis pechos aplastados contra su pecho. Miré sus ojos oscurecidos, aun intentando debatirme, mi cuerpo calentándose contra la montaña de músculos de Dante. Sin embargo, sus ojos estaban en mi boca.

Apenas miré su boca y ya estaba en la mía. Un beso. La boca dura contra la mía. Hambrienta. Jadeé y eso fue todo lo que necesité hacer para sentir la lengua de Dante contra la mía. Exigiendo que correspondiera, y lo hice, saboreando su gusto. Su lengua golpeando la mía, entrelazándose, deslizándose. Sin derecho a ningún aliento.

Sus manos abandonaron mis muñecas y no intenté escapar; muy por el contrario. Mis manos se dirigieron hacia sus bíceps, exigiendo más de ese contacto mientras las manos de Dante se posaban sobre mis hombros, deslizándose hacia el frente de mi cuerpo, pasando sobre mis pechos y bajando hasta el borde de mi camisón. Como quien camina por un territorio que posee.

Gemí, deleitada con las sensaciones que él me provocaba, con ese deseo crudo, con la sensación de peligro y con el cosquilleo

entre mis piernas. Las manos de Dante invadieron el borde de mi camisón, el contacto de sus dedos contra la carne suave de mis nalgas trajo un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo. Entonces apretó con fuerza, haciéndome jadear contra su boca mientras me empujaba más hacia él con su propio cuerpo.

Clavé mis dedos en sus bíceps, mis uñas causando estragos incluso a través del tejido de su camisa antes de que mis manos subieran por sus hombros y se detuvieran solo cuando envolví su cuello ancho con mis dedos, agarrándolo por los lados. Era tan… sexy.

Él me besaba con desesperación. Yo le devolvía el beso. Los dientes de Dante se cerraron sobre mi labio inferior como si quisiera arrancarlo para sí; la presión del gesto hizo que mi intimidad se contrajera con fuerza. Nos miramos durante un segundo, solo un mísero segundo y él dio un impulso para que saltara y mis piernas se aferraran a su cintura.

Sentí, contra todos esos tejidos, el volumen que encajaba perfectamente entre mis piernas. Estaba atrapada entre Dante y la pared, sintiendo su miembro contra mí y su mano decidió que ese era el momento propicio para agarrar uno de mis pechos. Solté un gritito y Dante me apretó más como si así pudiera castigarme.

Mordí mi propio labio, tratando de contener mis impulsos, mi cabeza inclinándose hacia la pared, mis ojos buscando el techo mientras la boca de Dante encontraba el lugar donde mi carótida pulsaba descontrolada por él. Mi cuello parecía una invitación irrecusable que él aprovechó, chupando mi piel y rasguñándome con su barba, haciéndome moverme contra él como si necesitara que continuara, como si necesitara más.

Y lo necesitaba.

Dante sostuvo mi cuello girándolo; dejando mi rostro en el ángulo perfecto para que yo también enterrara mi cara en su cuello. Y lo hice; sorbiendo del olor que me recordaba a hombre, peligro y todo lo que siempre esperé que el sexo me hiciera sentir.

Mis manos recorrieron su espalda, incitándolo a aplastarme más, mis pestañas temblando de placer mientras mi boca se abría sobre el tatuaje en su cuello y se cerraba allí. Tan… delicioso.

Mi lengua danzó sobre los tatuajes hasta encontrar el pendiente siempre presente en el lóbulo de Dante. Sonreí antes de chuparlo hacia mí y sentí cómo el cuerpo de mi gigante temblaba mientras un gemido lascivo escapaba del fondo de su garganta. Amé eso. Amé tener ese poder sobre él.

— Dante… — susurré contra su oído, rogando por cosas que no tenía idea cuáles serían, pero estaba segura que él podría darme.

La mano de Dante buscó espacio entre mis piernas. Sabía adónde iba a ir. También sabía lo que haría cuando llegara allí. Lo quería. Y estaba casi allí.

Entonces un carraspeo alto rompió todo, explotando mi cabeza en millones de pedacitos frustrados antes de poder parpadear y darme cuenta de la realidad.

Salté asustada, aún en las piernas de Dante cuando me encontré cara a cara con Don Barone a pocos metros de nosotros dos. Dante me soltó, solo su rostro giró hacia su padre mientras su cuerpo seguía frente a mí.

Revisé el volumen entre sus piernas y luego mis ojos corrieron hacia su rostro como preguntándole qué diríamos ahora o cómo esconderíamos esa gran evidencia. No es que Don Barone no hubiera notado el tremendo lío en el que nos habíamos metido.

Permanecí parcialmente escondida detrás de Dante debido al camisón y… uhm… todo lo demás. Mi rostro ardía con una vergüenza tan intensa que amenazaba con salir por mi boca en forma de fuego e incendiar toda la casa mientras inclinaba débilmente la cabeza en señal de saludo.

— Don Barone… — susurré en reconocimiento.

El padre de Dante asintió con la cabeza hacia mí antes de fijar los ojos nuevamente en su hijo.

— Al parecer ustedes se están entendiendo muy bien — dijo. — Me alegra saberlo.

Dante bufó; sus ojos estrechándose nuevamente hacia mí mientras sus largos dedos trataban de peinarse después del desorden aparente causado por mí en algún momento.

Don Barone continuó:

— Pero tal vez sea más prudente no hacer esto en un pasillo donde alguien pueda aparecer y ver algo inapropiado.

Dante abrió una sonrisa sarcástica y yo me congelé, sabiendo que nada bueno presagiaba esa sonrisa.

— No te preocupes, Don Barone — dijo. — Solo estaba probando la mercancía que fui forzado a adquirir.

Lo miré horrorizada, mi garganta cerrándose mientras mi cuerpo absorbía el shock. Los ojos de Dante sostuvieron los míos y, como si no hubiera tenido suficiente, añadió:

— No es como si pudiera devolverla si quedo insatisfecho.

Era eso lo que quería decir cuando amenazó con convertir mi vida en un infierno, ¿no? Tratarme de la peor manera posible cuando le diera la gana. Simplemente salió de allí, quitando la barrera humana que impedía que Don Barone me viera, caminando hacia su habitación como si nosotros dos no hubiéramos hecho nada malo. Como si no hubiera dicho nada inapropiado para mí. Como si yo y todo lo que me rodeaba fuéramos un gran nada para él. Lo único que cambiaba era cuando yo era la piedra molesta en sus zapatos brillantes.

Mis ojos ardieron por milésima vez esa noche, pero ahora sabía que no sería lo suficientemente fuerte para controlar mis emociones y las lágrimas que caerían en una avalancha. Mi cabeza se inclinó hacia Don Barone, pero no lo miré. No me atreví a mirarlo.

— Lo siento — susurré, incluso sin saber bien a qué me refería.

¿Lo siento por haber sido atrapada besándome con su hijo en el pasillo? ¿Lo siento por haber cedido a un deseo que ni siquiera debería sentir, para empezar? ¿Lo siento por haber intercambiado saliva con un bruto insensible que me trata como un objeto?

Corrí hacia mi habitación sin preocuparme por hacer una buena impresión ante Don Barone, a pesar de la enorme consideración que tenía por él al ser la única persona en toda esa casa que no había cambiado conmigo después de la propuesta de matrimonio. Cerré la puerta y el pestillo liberó las lágrimas atrapadas en el fondo de mi garganta. Corrí hasta mi cama, metiéndome debajo de las cobijas y abrazando una de las almohadas mientras intentaba contener mis sollozos.

Me odiaba por haber disfrutado todos esos toques, por haberme rendido ante él.

"Si huyes, simplemente desapareces sin dejar rastro…" La voz grave de Dante resonó como si aún estuviera frente a mí, y me encogí más. Me odiaba; era oficial. No había nada que pudiera hacer para cambiar eso.

Limpié mi nariz con la palma de mi mano, dándome cuenta de que ahora, al menos, finalmente sabía lo que podría hacer. Todo lo que necesitaría era la oportunidad perfecta.

"No podemos casarnos si estás a un océano de distancia y nadie sabe dónde estás." Era eso. Mi única salida. Huiría de la mansión de los Barone, de Dante y del matrimonio.



Era un bruto insensible. Esa era la opinión que la mujer que estaba a punto de convertirse en mi prometida tenía sobre mí, y teniendo en cuenta que había sido criada en un cartel inmundo, por nadie menos que Quintanilla, esas palabras me afectaron más de lo que me gustaría admitir. No, no era dado a sentimentalismos y veía el matrimonio como uno de mis deberes, pero ni siquiera en mi peor pesadilla pensé que el día del anuncio de mi compromiso sería tan miserable.

Dentro de unas horas, mi compromiso forzado con Safira sería de conocimiento general, y yo me convertiría en un paria por estar atado a una simple mexicana, que apenas recientemente había sido presentada al concepto de tener más que un tenedor y un cuchillo en la mesa para comer. No es que las maneras de Safira importaran realmente, claro. Su mayor defecto era no tener sangre italiana corriendo por sus venas y no ser parte de la *cosa nostra.* Ese era un pecado imperdonable, y no tenía idea de cómo mi padre pretendía sortearlo.

Podría apostar que la Comisión no estaba nada satisfecha con los términos de mi enlace y solo esperaba que eso no interfiriera en mi ascenso al cargo de Jefe de la familia The Arm. No era justo que todo por lo que trabajé fuera arrancado de mí como forma de castigo por un único desliz, que podría resolverse fácilmente si me dejaran poner una bala entre los ojos de Quintanilla. Como algo así estaba fuera de discusión, colocaría un anillo de compromiso en el

dedo de su ahijada, y el simple pensamiento hizo que la caja con la joya que traía en las manos pesara un poco más.

Cerrando la mano en puño, golpeé con los nudillos la puerta del cuarto que ocupaba Safira, y pocos segundos después escuché el movimiento indicando que ella iba a verificar quién era. Una mísera rendija fue todo lo que abrió Safira; solo lo suficiente para ver su cabello recogido y una bata de baño suave cubriendo su cuerpo. Un cuerpo curvilíneo, caliente y suave que se ajustó perfectamente al mío gracias al deseo insano e inoportuno que me invadió al verla con una diminuta camisola de seda.

— ¿Sí? — preguntó ante mi silencio, y limpié la garganta mientras enderezaba mi postura y rechazaba el pensamiento anterior.

— Los invitados van a empezar a llegar en cualquier momento — avisé, y ella solo asintió con un gesto de cabeza. — Eso quiere decir que ya deberías estar lista.

Otro asentimiento, tan desanimado como el anterior, fue el primer indicio de que me había escuchado.

— No me sentía muy bien, así que aproveché para descansar un poco. Pero no tardaré, solo falta el vestido.

¿No se sentía bien? ¿Ese era el motivo de su humor miserable en los últimos días o solo la cereza del pastel? Desde la noche en que me sorprendió llegando a casa con la camisa ensangrentada, su alegría y buen humor parecían haberse marchitado como un globo pinchado. Debo confesar que fui rudo a propósito porque mientras yo luchaba con todas mis fuerzas y argumentos para evitar ese compromiso, Safira simplemente aceptó lo que su padrino le impuso. Sin una oposición digna; una postura tan transigente que me irritó hasta límites estratosféricos.

¿Cómo podía creer que ella no estaba feliz con ese circo orquestado por Quintanilla cuando nada parecía capaz de quitarle esa sonrisa fácil y alegre? Había sido dejada atrás bajo la responsabilidad de los lobos que la cazaron; prometida a uno de ellos. ¿Dónde estaban los instintos de supervivencia que le hicieron huir de mí la noche de la muerte de Sergio como si fuera un verdadero Mau Egipcio?

— ¿Qué tienes? — quise saber. — ¿Necesitas algún medicamento?

— Bella ya me dio un analgésico, está todo bien. No voy a interrumpir la noche.

Bella… claro. Ella trataría a Safira con todo cuidado y cordialidad del mundo; probablemente bajo orden de mi padre, quien asumió el puesto de defensor de Safira cuando mi madre dejó atrás su papel como buena anfitriona y comenzó a tratarla con todo el desprecio acumulado hacia los mexicanos. Por la expresión de Safira y su comportamiento en los últimos días, no creía que cualquier medicamento dado por Bella le ayudaría a mejorar, porque, en realidad, el espíritu de Safira estaba sofocado por la hostilidad a su alrededor; eso era más allá de lo soportable para ella.

Si esa idea absurda se ponía realmente en práctica, estaría condenado a un matrimonio infeliz reflejo del estado anímico de la mujer a mi lado. Rechacé ese pensamiento porque eso jamás iba a suceder; ¿verdad? A pesar de estar avanzando demasiado lejos, confiaba lo suficiente en el sentido común de mi padre y del Consejo como para creer que solo estaban ganando tiempo para lidiar mejor con Quintanilla, fingiendo ceder ante sus caprichos hasta poder acabar con él.

Así pues, tenía un papel que cumplir. Extendí la caja azul terciopelo hacia Safira, recibiendo una mirada confusa como respuesta.

— Tómalo — ordené, aunque mi tono fue suave. — Para usar esta noche. Son joyas familiares.

Entonces ella abrió completamente la puerta, dejándome ver el vestido que usaría esa noche colgado en una percha cerca de su cama; podría apostar a que ni una línea arrugada había en toda esa tela azul claro. Ahora viéndolo parecía combinar perfectamente con el maquillaje clásico e insípido que llevaba Safira, como si todo hubiera sido pensado para ocultar su belleza. Por eso tenía el cabello recogido. Los largos hilos rojos llamaban demasiado la atención; mi madre jamás permitiría algo así. Siendo honesto, estaba sorprendido porque no había obligado a Safira a teñirse el cabello negro. Tal vez decidió pensar que el contraste entre su cabello oscuro y su piel

clara sería igualmente llamativo; por eso optó por recogerlo firmemente en un moño rígido en su nuca. Y claro; esconder bien las pecas salpicadas sobre su nariz.

— Ahí está también tu anillo de compromiso — expliqué justo cuando Safira abrió el estuche para joyas. — Debes usarlo en el dedo anular izquierdo, como es costumbre en Italia.

Los dedos de Safira pasaron sobre los diamantes del collar; los aretes y la pulsera que debía llevar esa noche antes deslizarse suavemente sobre el anillo. Había interés por parte suya hacia esas joyas; eso era innegable, pero la falta total emoción o entusiasmo habría hecho sentir deshonrada a mi madre, especialmente porque no consideraba digna a Safira para ostentar las joyas familiares durante nuestra ceremonia nupcial.

También preferiría algo más impersonal sin significado, pero, claro, Don Barone tenía otros planes. La sombra casi sonrió sobre sus labios, pero tan rápido como amenazó formarse desapareció mientras sus ojos brillantes se elevaban hacia mí antes hablar:

— Seré cuidadosa con las joyas familiares; no te preocupes. Hasta luego, Dante.

Safira dio un paso atrás, preparándose para cerrar la puerta, pero coloqué mi pie en el umbral para impedirla, más por reflejo que por cualquier otra cosa.

¿Eso era todo lo tenía para decirme? ¿El rostro casi tan muerto como Francesco sería lo único que recibiría yo?

— No olvides sonreír y parecer encantada. Una novia infeliz es lo último que necesito.

Ella rodó los ojos, repujando ligeramente los labios sin mostrar los dientes. Era un gesto encantador, capaz de convencer cualquiera, pero yo no era cualquiera. Esa sonrisa era tan falsa como el aprecio supuestamente sentido por Quintanilla hacia su ahijada.

— Tu madre me enseñó bien. Solo hay que levantar las comisuras de los labios y decir *grazie* ante cada cumplido, aunque no sean verdaderos, lo cual aparentemente no serán —dijo, sabiendo esto ya.

Asentí, tratando ocultar insatisfacción:

— Te veo dentro unos minutos, entonces. No te demores.

— No osaría hacerlo — murmuró antes refugiarse nuevamente dentro su habitación.

— ¿Dónde está la maldita mexicana que no la veo aquí, a tu lado? — preguntó mi madre con una voz pequeña, un murmullo cortante que nada tenía que ver con la sonrisa diplomática que exhibía.

Ella y yo compartíamos el mismo entusiasmo por la idea del matrimonio, ansiosos por que pudiera librarme de ese compromiso inapropiado. La diferencia era que yo aún veía a Safira como un ser humano, después del shock inicial y de toda la furia desmedida que había desatado sobre ella. Con el paso de los días, le di el beneficio de la duda, considerando que tal vez no formaba parte del plan de Quintanilla, porque, honestamente, el hombre no tenía aprecio por nadie y estaba claro que estaba usando a su ahijada como moneda de cambio.

No era lo mismo que hacíamos dentro de la *cosa nostra*, en absoluto. A pesar de que los matrimonios también eran una forma de construir alianzas y deshacer conflictos, no podía imaginar a alguien de la *famiglia* empujando a una de sus hijas a casarse con un hombre que la mantuvo encadenada en un cobertizo, sin comida ni agua, con el plan de ejecutarla tan pronto como obtuviera la información deseada.

— Pensé que odiabas la idea de ver a Safira a mi lado — repliqué segundos después, un gesto que habría hecho fruncir el ceño a la señora Patrizia Barone, pero no allí, en ese contexto, con la casa llena de invitados curiosos acerca del repentino anuncio de mi compromiso con una completa desconocida. Mi madre tomó mis manos, abriendo una sonrisa e inclinando la cabeza hacia un lado para verme mejor.

— Pocas cosas en la vida me harían más feliz que el desaparecimiento de esta mujer de nuestras vidas — admitió, aún con una expresión que contradijo todo lo que decía. — Pero mi hijo

no va a quedarse aquí plantado, esperando pacientemente a alguien que ni siquiera tiene la decencia de ser puntual.

— Safira tuvo un malestar, no debe tardar en bajar.

— Sugiero que la hagas bajar inmediatamente.

Entonces hizo un gesto amplio con una mano indicando a las personas alrededor, esparcidas por nuestra sala de estar. Al otro lado, el viejo Quintanilla sonrió hacia mí; su diente dorado brillaba aún más cuando la luz blanca de uno de los candelabros se reflejaba sobre él.

— Volveré en un minuto — anuncié, haciendo un gesto con la cabeza hacia mi madre mientras me dirigía al cuarto de Safira. Cuanto más rápido bajara, más rápido podríamos poner fin a esa cena de presentación y seguir con nuestras vidas normalmente; o lo más normal posible dentro de toda esa situación caótica.

Al igual que hice minutos antes, golpeé la puerta del cuarto de Safira esperando el movimiento que indicara que se dirigía hacia ella. No hubo nada.

— ¿Safira? — golpeé mientras la llamaba, obteniendo solo silencio como respuesta; un presentimiento me decía que algo andaba mal allí, así decidí entrar al cuarto y comprobarlo con mis propios ojos. La puerta estaba cerrada con llave; lo cual no sería del todo extraño, si al menos hubiera obtenido una respuesta. — ¡Safira! — insistí una vez más — Si no sales aquí voy a derribar esa puerta y sacarte, aunque sea por fuerza.

Nada. Solo había silencio manchado por mi respiración; esta había asumido un nuevo ritmo, así no quedaba alternativa más allá de lo prometido hacer. Tomando distancia, propiné una patada en el pomo cuidadosamente elegido para componer la decoración perfecta del hogar familiar, casi exhibiendo una sonrisa perversa al hacerlo. Mi adoración por destruir cosas era bien conocida, pero no tenía tiempo para apreciar mi obra maestra.

Entrando en el cuarto de Safira vi su vestido azul colgado en el mismo lugar que antes, y el estuche para joyas que le entregué más temprano. Las joyas familiares que debía usar estaban sobre el diván al pie de su cama, pareciendo intocadas. Mi mandíbula se tensó inmediatamente mientras caminaba hacia el armario, buscando

cualquier señal del menor rastro del cabello rojo visible desde kilómetros lejos. No había nada. De hecho, había todo allí: todas las cosas compradas para ella desde su llegada a esa casa. Lo único faltante era su viejo bolso lleno de ropa gastada traído desde México por Quintanilla, a pedido suyo.

Revisé las horas en mi reloj calculando cuánto tiempo había pasado desde mis visitas al cuarto. No mucho. Decidí sacar mi celular del bolsillo para llamar a Michele. Teníamos una Gata Egipcia para encontrar y esta vez le enseñaría que es imposible huir de mí.



¡Lo logré!

Mi corazón golpeaba con fuerza en mi pecho mientras me deshacía del moño apretado y bajaba del miniván del señor Quinn, uno de los repartidores contratados para la fiesta de compromiso. Para *mi* fiesta de compromiso.

Moví el cabello, alejando ese conjunto de palabras absurdas, e inhalé el aire frío del comienzo de la noche. Me detuve un minuto, con los ojos cerrados, solo para apreciar el hecho de que la peor parte había pasado. Sabía que en algún momento huiría, pero, sobre todo, improvisé.

Mis años cruzando la frontera, jugando con mi propio destino, fueron todo lo que necesité para pasar por las puertas de la mansión de los Barone. Generalmente cruzaba la frontera en días concurridos. Más gente, más trabajo, menos observación atenta de cada persona que pasaba. Lo mismo sucedía en la mansión Barone. La entrada se había convertido en un verdadero embotellamiento con la llegada del *catering*, los decoradores, los fotógrafos y luego los invitados. Con tanta gente entrando, los guardias no revisaban a fondo a quienes salían, especialmente a los vehículos de servicio. Y esa fue mi oportunidad.

Pensé que uno de los repartidores, ajeno al tipo de mundo al que servía con comida de primera calidad, jamás esperaría que la prometida del propio Dante Barone apareciera pidiendo un aventón,

disfrazada de asistente de decoración, con la excusa de que ningún auto de aplicación estaba aceptando el viaje. Así que eso fue exactamente lo que hice. Hablé con él, sonreí y pedí un aventón. Me comporté como si absolutamente nada estuviera mal. Y él, un hombre simpático llamado Arthur Quinn, creyó que nada estaba mal. Me sentí como la peor persona por engañarlo, pero eso no cambiaría nada en su vida mientras significaría todo en la mía.

Conversando con él durante el trayecto después de pasar por las rejas del portón de los Barone y sudar como si tuviera miles de dólares atados a mi cuerpo, descubrí que uno de los bares que conocía y donde solía quedarme al cruzar la frontera estaba justo en medio del camino del señor Quinn. Un beso de buena suerte. Sonreí, pensando que era una señal del universo de que había hecho lo correcto. Fue tan fácil escapar que ahora, kilómetros lejos de la mansión, parecía ridículo haber ido al baño tres veces debido a un dolor estomacal sin precedentes en los minutos previos a mi intento de fuga.

Ahora estás libre de mí, Dante.

El pensamiento intrusivo llegó trayendo una sensación extraña dentro de mí. Pero forcé mi mente a concentrarse en el siguiente paso; la adrenalina me ayudaba en la tarea. No había espacio para pensar más en Dante, en cómo parecía un príncipe del crimen vestido con ese esmoquin negro. Cómo su esencia de lobo malo sobrevolaba toda su elegancia, escapando por el *piercing*, por los aretes en sus orejas y los tatuajes que el tejido no podía ocultar…

¡Enfócate, Safira!

Necesitaba un aventón. Otro aventón. Esta vez uno que cruzara la frontera y no podía ser ninguno de los hombres de mi tío, porque seguramente me llevarían de vuelta a la mansión Barone tan pronto como posaran sus ojos sobre mí. Sin embargo, tenía que ser alguien conocido para evitar ser robada o algo peor.

Suspiré mientras enumeraba mentalmente una lista muy pequeña con tres nombres. Improvisar tenía un límite y un precio, aparentemente.

— ¿Safira? — una voz masculina sonó justo detrás de mí, y me congelé por un instante; mis ojos se abrieron como platos mientras

el miedo a haber sido atrapada explotaba dentro de mi pecho. Entonces entró en mi campo visual.

— ¿Javier? — pregunté incrédula ante uno de los tres nombres que acababa de listar mentalmente. Improvisar parecía ser la clave para todo.

Él sonrió con esa expresión traviesa habitual que alguna vez consideré lo suficientemente encantadora como para cederle mi primer beso durante mi adolescencia… y luego otros besos después del primero. Sonreí, sin creer realmente que era él quien estaba ahí.

— Has estado desaparecida, bebé — observó él, estrechando los ojos mientras yo trataba corregir mi postura, porque aunque Javier no era directamente un hombre bajo las órdenes de mi padrino, sabía que tenían negocios juntos.

¿Cuánto sabría? ¿El asesinato de Sergio era público en la comunidad? ¿Y qué hay sobre mí? ¿Qué estaría circulando?

Respiré hondo, sabiendo que no tenía tiempo para intentar descubrir esas preguntas; solo podía esperar que Javier supiera casi nada.

— Necesito un aventón hasta Tijuana — revelé casi como una súplica, y el aire desconfiado en Javier no desapareció.

Él peinó su cabello hasta llegar a su mandíbula con una mano mientras miraba por encima de mis hombros.

— ¿Y dónde están esos perros rabiosos de Quintanilla?

Entonces no sabía sobre los Barone. Parte de mí se relajó mientras otra parte se tensó al mismo tiempo, porque la pregunta de Javier era mala pregunta.

¿Cuál sería mi excusa por estar sola? ¿Cómo no había pensado en una respuesta para eso?

— Los hombres de mi padrino están en Tijuana. Es hacia donde estoy tratando volver. ¿Puedes darme un aventón o no? — repliqué ansiosa, queriendo dejar poco espacio para cuestionamientos.

Javier levantó las manos, encogiéndose de hombros.

— ¿Puedes pagarme, bebé?

Suspiré, pensando en los únicos 20 dólares que tenía al fondo del bolsillo de mi chaqueta.

— Tengo algo de dinero conmigo — decidí omitir la cantidad exacta, porque no parecía muy satisfactoria. — Puedo conseguir el resto en Tijuana — añadí rápidamente.

La sonrisa traviesa se amplió un poco más y dio un paso hacia mí.

— No estoy hablando solo del dinero, bebé…

Mis ojos se abrieron como platos, todos mis músculos parecían congelarse en alerta y repulsión, una sensación que aún no había experimentado cerca de Javier.

Tragué saliva.

— No hablas en serio… ¿verdad? — pregunté con un hilo débil de esperanza moldeando mi voz.

Él me miró de pies a cabeza, y sentí un escalofrío nada bienvenido subiendo por mi nuca. Entonces recordé a Dante mirándome de pies a cabeza y cómo esa mirada me despertaba en todos los lugares correctos. La comparación solo me dejó aún más nauseabunda. Di un paso atrás, decidida a no pedirle nada más a Javier, fue cuando él estalló en una risa.

— Te ves tan linda con miedo, Safi. Ven aquí, deja de hacer eso. ¿Acaso he dado alguna señal contigo? — Era una pregunta retórica, pero me vi moviendo la cabeza, respondiendo con un no mudo. — Puedo darte un aventón y no tendrás que pagar nada por ello. Solo tengo que resolver unos asuntos antes.

Suspiré aliviada, sin poder creerlo. Casi dudé de la extraña suerte que había guiado cada uno de mis pasos hacia la libertad. Pero no iba a dejar espacio para dudas justo ahora, tan cerca de finalmente lograrlo, de verdad. Todo seguía yendo bien, sí, me forcé a creerlo. Pronto estaría fuera del país, en mi cama e inaccesible para Dante Barone. Tendría que explicarle todo a mi padrino, por supuesto. No estaría nada feliz, pero ese no era un problema inmediato. Además, esperaba que estar de vuelta en México, con la cuestión de estar atrapada por los Barone resuelta, ayudara a mi padrino a cambiar de opinión.

Improvisaría.

Sonreí, tratando de convencerme a mí misma. Todo saldría bien. Tenía que salir bien.

Los asuntos de Javier parecieron tardar una eternidad y, con cada minuto que pasaba, me ponía más nerviosa por seguir en suelo americano. Él, en cambio, parecía más relajado que nunca, apoyado contra la carrocería de su propio auto, pateando piedras mientras esperaba. Pero ¿esperaba exactamente qué? Controlé mi lengua, dispuesta a no tentar mi propia suerte y arriesgarme a irritarlo. Él había sido amable al darme un aventón sin cobrar nada por ello; no podía exigir un horario de salida o preguntar si tardaría mucho más. Pero, ¿por qué estaba tardando tanto?

— ¿En qué te has metido, Safi? — la pregunta me tomó por sorpresa y miré a Javier. Forcé una sonrisa, tratando de disimular mi propio ahogo.

— En nada.

Javier levantó las cejas hacia mí.

— Vamos a fingir que creo eso, ¿sí?

Rodé los ojos, eligiendo la táctica de hablar lo menos posible para mantenerlo alejado de la realidad. Sin embargo, en algún momento, mi ansiedad habló más alto.

— ¿Vamos a tardar en salir? — pregunté, intentando emplear el tono más casual posible.

Él miró su reloj de pulsera y luego la calle unos metros adelante del estacionamiento. Sus ojos finalmente se posaron en mí.

— De hecho, tu aventón acaba de llegar.

¿Qué? Quise recordarle que él era mi aventón y que eso no tenía sentido, pero los faros me siguieron temporalmente y parpadeé, tratando de luchar contra la luminosidad. Fue entonces cuando vi esa caravana de tres autos negros que parecían deslizarse por el asfalto como si lo sobrevolaran, deteniéndose justo frente a nosotros. Impidiendo cualquier fuga.

No.

Miré a Javier, incrédula, y él me ofreció una sonrisa traviesa mientras se encogía de hombros.

No. No. No.

Una silueta de un gigante demasiado familiar salió por la puerta de uno de los autos aún en movimiento. Hombres con trajes negros salieron de los vehículos después, pareciendo más como si hubieran brotado del suelo, invocados por él.

No.

Él mantenía los pantalones negros, los tirantes y los zapatos de antes. La chaqueta del esmoquin ya no estaba allí, dejando al descubierto toda la camisa blanca y el cinto subaxilar con el arma. Siempre estaba allí, como una extensión de su existencia.

Sus ojos se posaron en mí, furiosos, indomables, pero satisfechos como los de un depredador que había acorralado a su presa. Abrí los míos desmesuradamente incrédula ante la idea de que todo había sido en vano; temía que la sensación de estar libre fuera solo una ilusión, porque era demasiado estúpida para darme cuenta de que había un collar invisible alrededor de mi cuello todo el tiempo.

Por favor, no.

Miré hacia un lado, observando la salida lateral que conducía a un terreno baldío e ignorando la absurda sensación de *déjà vu* que me invadió. Me preparé para correr. De eso, de Dante, de todos los hombres. Esta vez, sin embargo, la persecución ni siquiera había comenzado.

Dándose cuenta de mi intención, Javier tiró firmemente de mi brazo, haciéndome tambalear y mirar hacia él solo para encontrar esa misma sonrisa traviesa estampada en su rostro. Odiaba esa sonrisa ahora.

— Avisé a tu padrino, bebé.

Lo fulminé con toda la frustración que llevaba dentro; pero eso solo pareció divertirlo aún más. Dante estaba ahora a pasos de nosotros dos. No había más escapatoria.

— ¿Qué demonios crees que estás haciendo? — la voz imperiosa resonó, haciéndome temblar de pies a cabeza y por un momento pensé que Dante le hablaba a Javier; pero entonces sus ojos me fulminaron.

Javier me lanzó contra el pecho de Dante, deshaciéndose de mí como si fuera un problema incómodo que ya no le pertenecía. Tambaleé, sorprendida por el movimiento, pero Dante me agarró,

atrapándome contra su gran pecho; sus brazos alrededor formaban una prisión en la base de mi columna.

El olor de él invadió mis fosas nasales. Tan parecido al día del pasillo… Parpadeé, tratando de tragar mi desconcierto, pero junto con el recuerdo de sus besos en mi boca, de sus toques cálidos en mi piel, vinieron también sus palabras. Y eso hizo que la rabia explotara como fuegos artificiales.

— ¿Qué demonios *tú* estás haciendo? — quise saber, demasiado ansiosa para callar mi propia boca. — ¿Por qué viniste tras de mí? ¿Por qué?

Él no me quería, no deseaba ese matrimonio; él mismo había dicho lo bueno que sería si yo desapareciera y ahora estaba allí. Lo miré sin desviar la mirada, sin parpadear, y por primera vez desde que nos conocimos, vi confusión en sus ojos entrecerrados. Frunció el ceño, uniéndolo a las pestañas, con esa mirada que solo él era capaz de hacer.

— ¿De qué hablas? — susurró con voz ronca, como si solo estuviéramos nosotros dos allí. De cierto modo, era todo lo que existía.

— ¿Por qué no me dejaste huir, Dante? — repliqué, derrotada. — ¿Por qué no me dejaste ir cuando fuiste tú quien sugirió eso?

Su mandíbula se movió bajo la barba, como si intentara contener algo indeseado. Entonces sus brazos abandonaron mi espalda solo para que su mano grande encontrara mi brazo. Dante lo agarró, arrastrándome hacia el auto.

— No voy a pasar por el ridículo de ser abandonado en la noche de compromiso — fue lo que me dijo.

¿Era por eso? Entonces todo esto, esa especie de rescate, había sido orquestado solo por orgullo propio.

— ¿Viniste tras de mí porque no querías inventar una excusa convincente para mi ausencia ante algunos invitados? — Mi voz salió aguda e incrédula y la pregunta pareció irritar aún más a Dante. Sus ojos casi desaparecieron en dos rendijas.

— Regresas conmigo ahora para deshacer este acuerdo como dos adultos. — No era una sugerencia.

— ¡No se puede deshacer! — le recordé exasperada. — ¡Sabes que no se puede!

Él continuó tirando de mí hacia el auto y entonces planté mis pies contra el suelo; el ruido de los guijarros resonó fuerte contra las suelas de mis botas.

— ¡Dante!

Él se giró hacia mí de golpe, haciéndome chocar con él por la ruptura de la presión que ejercía sobre mí. Levanté mi cuello para mirarlo y fue como ver a una bestia liberándose. Estaba furioso.

— ¿Y pensaste que huir faltando treinta minutos para la ceremonia sería lo ideal? — se burló y comencé a abrir la boca para replicar, pero él fue más rápido. — ¿Solo para buscar un aliado de tu padrino? ¿Qué pretendías con eso? ¿Ganar mi confianza con un teatro?

Fue como recibir un balde de agua fría.

— No estoy fingiendo, y Javier… — bufé, rindiéndome a luchar contra ello, rindiéndome a intentar convencerlo de cualquier cosa. Era inútil; nunca me creería. — No importa — decidí. Estaba cansada. Exhausta de intentar probarme ante él.

Giré mi cabeza hacia Javier, preguntándome cuán ingenua podía llegar a ser.

— No puedo creer que avisaste a todos ellos… — murmuré.

Él se despegó del costado de la camioneta, dirigiéndose hacia la puerta del conductor.

— Nada es gratis, Safi. Si me hubieras pagado de otra manera tal vez estaríamos al otro lado de la frontera. — Me guiñó un ojo y tragué el nudo de indignación que se formó en mi garganta.

Dante se tensó a mi lado; el movimiento llamó mi atención. Miré hacia él justo a tiempo para notar el movimiento del piercing cuando sus fosas nasales se inflaron. Por un momento pensé que iba a aplastar la yugular de Javier con sus propias manos. Sin embargo, todo lo que hizo fue arrastrarme el resto del camino hasta el auto y meterme dentro del asiento cómodo de cuero.

— Vienes conmigo, Safira.

Cerré los ojos, controlando las lágrimas mientras el auto me llevaba de regreso al mismo lugar del cual creí haber escapado.



—¡Joder, Safira, ¿dónde estaba tu cabeza? — fue lo que mi padrino quiso saber tan pronto como quedamos solos en la oficina de Don Barone.

Su dedo parecía intentar abrir un agujero justo en medio de mi frente y me encogí, alejándome del contacto, como si el sillón cómodo pudiera envolverme y sacarme de allí. Ignoré la incomodidad dolorosa y traté de no pensar en el miedo que sentía, enfocándome en los ruidos que venían del exterior de la oficina. Murmullos de conversaciones y música que me decían que el compromiso no había sido cancelado. Por eso Dante entró conmigo por la puerta trasera, para que no nos notaran los invitados.

— Es una pregunta, Safira. ¡Abre tu puta boca!

Lo miré, intenté lo mejor que pude, pero cuando vi el diente de oro brillando furioso sobre su labio inferior, no pude.

— Padrino…

— Padrino… — me interrumpió, empleando un tono burlón a la palabra, pasando los dedos por debajo del cinturón de los pantalones formales bordados que llevaba puesto, como si le estuviera apretando demasiado. — Casi lo arruinas todo, Safira. ¿Qué demonios? ¿Huir? ¿Hacerme pasar por este ridículo? ¡Ahora los malditos italianos piensan que no tengo control sobre ti!

Apreté mis manos una contra la otra, tratando de encontrar la mejor manera de explicar. Pero no había otra forma de decirlo más que la verdad:

— No me quieren aquí — compartí esa información con un murmullo, cansada de guardar esa observación solo para mí misma.

La sala quedó en silencio y cuando me atreví a echar un vistazo a mi padrino, él me miraba esperando un complemento para algo que para mí no necesitaba explicación.

— ¿Y? — instigó, haciendo una mueca de impaciencia mientras se encogía de hombros.

— No les gusto — intenté otra vez, hablando un poco más alto. — La *signora* Patrizia me detesta, los empleados ya no hablan conmigo, Dante apenas me soporta y…

— Disparates… — concluyó, interrumpiéndome con su mano moviéndose despectivamente como deshaciendo todo lo que había dicho. Ni siquiera entendía qué estaba rechazando. ¿No creía que no les gustaba o simplemente no le importaba?

— No quiero casarme con Dante — confesé, una súplica implícita en mi tono de voz. ¡Dante prometió hacer de mi vida un infierno!

Él soltó una risa irónica, dándose la vuelta, las manos gruesas jugando con el peso del papel de Don Barone como si despreciara el objeto o quisiera quedárselo para sí mismo.

— Lo entendí cuando huiste en tu propia noche de compromiso.

¿Y eso qué quería decir? Él recriminaba mi actitud, pero ¿la entendía? ¿Se compadecía de mí? ¿Iba a retirar esa condición matrimonial?

Mi padrino no dijo nada, así que me arrastré hasta quedar al borde del sillón y arriesgué la pregunta:

— ¿Puedo, por favor, no casarme con Dante?

— ¡No me interesa lo que quieras, Safira! — devolvió mi padrino gritando mientras se volvía hacia mí; su rostro entero rojo y consumido por la ira. — ¡Me debes todo! ¡Absolutamente todo! Desde cada grano de comida que has puesto en tu boca hasta la ropa que has vestido a lo largo de los años. Me debes tu vida, chica.

Contuve un sollozo; las lágrimas se atascaban en mi garganta. La sensación de culpa por haber disfrutado cada una de esas cosas me consumía, aunque yo no tuviera culpa alguna. Solo era una niña. Y no se trataba de eso; no se trataba de deberle nada a él. Se trataba

de toda esa idea del matrimonio siendo una broma. ¿Cómo podía ignorar lo obvio?

— Esto no va a funcionar, padrino — comencé suavemente. — Este matrimonio no puede funcionar. Déjame ir a casa, por favor.

Él dio un paso hacia mí. Y luego otro. Y luego otro más. Después me agarró del brazo, tirando de mí mientras yo tambaleaba sobre mis pies.

— Escucha muy bien, niña. Si te tratan como nadie es porque eso es exactamente lo que eres.

Balanceé la cabeza, estrechando mis cejas; algo se rompía dentro de mí mientras mi padrino reía con extraña satisfacción.

— Safira Ortega y sus deseos no son importantes. Lo único que te hace interesante es ser mi ahijada y esa es la única función que vas a ejercer. Haces lo que yo digo.

— Padrino… — imploré.

— Cállate — demandó entre dientes.

Sollocé; debería dejar de hablar. Debería parar, porque sabía muy bien lo que pasaba cuando él se enojaba. Pero tenía que entender que no se trataba solo de mis deseos; se trataba de los Barone y toda esa familia titulada "The Arm" que nunca, jamás, me aceptaría.

— Pero y-yo…

— ¡Te dije que cerraras la puta boca! — gritó y entonces vino el golpe. La mano abierta impactó con fuerza en el lado de mi rostro, haciendo que mi cuello se inclinara bruscamente hacia un lado en un movimiento doloroso mientras caía nuevamente sentada en el sillón.

Grité; el ardor en mi mejilla surgió inmediatamente junto al sabor a óxido en mi boca, que solo podía significar que el anillo de mi padrino había hecho estragos en mis labios.

Y cuando vendría el segundo golpe, la puerta de la oficina se abrió. Dante irrumpió por ella con los ojos fijos en mí y el arma empuñada apuntando hacia mi padrino.

Respiré hondo, cubriendo mi propio rostro con la mano. No quería que él me viera así ni supiera lo que acababa de suceder allí. No quería que nadie me viera.

Mi padrino se giró, encarando el arma apuntada por Dante, y luego soltó una risa sin humor.

— ¿Ves esto, Safira? ¿Ves lo que hiciste?

¿Qué hice?

— Me dejaste muerto de preocupación, dijiste cosas que hicieron perder los estribos y ahora tu novio tiene un arma apuntada hacia mí.

Movió su mano hacia Dante y luego volvió su rostro hacia mí.

— ¿Es esto lo querías?

¡Yo quería irme a casa!

Dante soltó un sonido ahogado; una especie de resoplido incrédulo con su mano aún firme, sosteniendo el arma apuntada hacia mi padrino.

— Eres completamente enfermo… — escupió Dante con tono como si acabara de darse cuenta.

Sin embargo, mi padrino no pareció ofendido ni alterado.

— Y deberías bajar esa arma si no quieres empezar la guerra que estamos tratando de evitar — replicó, con un tono de amenaza flotando entre nosotros. Abrí los ojos aún más. No quería un baño de sangre. No quería que María, Ester, Rosa y tantas otras mujeres que cuidaron de mí toda la vida perdieran a sus hijos en una guerra contra los italianos.

— Voy a bajar — hablé rápido, dándome cuenta de las lágrimas que danzaban en mi voz y tratando de tragarlas. — Voy a bajar a la fiesta. Nadie necesita matar a nadie. Deberían estar aliviados, ¿no?

Mi padrino parecía extremadamente contento, pero Dante aún mantenía el arma empuñada. No estaba nada satisfecho y no podía entender por qué. Haría lo que ellos me dijeran.

— Dante… por favor… voy a bajar — reiteré, pero todo lo que recibí fue el movimiento de su mandíbula apretada, los ojos furiosos en mi padrino y el dedo pareciendo coquetear aún más con el gatillo.

Fue entonces cuando Don Barone también pasó por la puerta, posando su mano sobre el brazo de Dante y haciendo que él bajara el arma. Una calma envidiable para alguien que acababa de impedir un asesinato o algo por el estilo en su propia oficina. Parecía desinteresado, pero luego sus ojos se posaron en mí, frunciendo las cejas mientras computaba la mano que llevaba como barrera frente

a mi rostro. Sentí como si pudiera ver mi piel, que seguramente estaba roja, y mi labio lacerado, aunque era imposible.

— Dante, ¿por qué no acompañas a Safira mientras yo me entiendo con Quintanilla? — Su tono no dejaba espacio para discusión. Y estaba más que agradecida por poder salir de allí. Pasé por la puerta casi corriendo antes de que cambiaran de idea.

No esperé a Dante, pero era imposible no saber que me seguía cuando sus pasos pesados resonaban cada vez más altos detrás de mí. Mi mejilla ardía. Ardía tanto. Pero no iba a llorar. No todavía, porque el dolor pulsante no era peor que la humillación que sentía y llorar solo me haría sentir aún más miserable.

Aceleré el paso como si buscara refugio en mi habitación en la mansión Barone, aunque sabía que el gigante detrás de mí probablemente entraría conmigo. Las voces y la música del salón justo debajo se hicieron más fuertes, pero no les presté atención mientras avistaba la puerta de mi habitación. Ignoré completamente la manija destrozada de mi puerta, lo cual me impediría cerrarme allí dentro y esconderme de Dante incluso si quisiera.

¿Cómo demonios había pasado esto? Corrí hacia adentro, girándome justo a tiempo para ver a Dante pasar por el umbral. El hecho de que no hubiera una cerradura funcional no impidió que él golpeara fuertemente el trozo de madera contra el pestillo.

— ¿Dante? — llamé suavemente, sobresaltada y asustada. Él hablaba un montón de cosas en italiano. No entendía ninguna de ellas, pero no eran nada bonitas. — ¿Dante? — intenté otra vez. Ninguna respuesta. Estaba completamente trastornado, caminando de un lado para otro como si estuviera enjaulado. Nunca lo había visto así; ni siquiera cuando mató a Sergio y me capturó o cuando escuchó de mi padrino que tendría que casarse conmigo o incluso más temprano, cuando me trajo de vuelta a la mansión. — Dan…

— ¿Cómo puedes vivir bajo el mismo techo con ese desgraciado? — me interrumpió abruptamente, incredulidad bañando su voz grave. — ¿Cómo dejaste que hiciera lo que acaba de hacer contigo?

Lo miré confundida; genuinamente confundida. Y solo entonces me di cuenta de que las lágrimas finalmente corrían por mis mejillas.

— ¿Cómo podría detenerlo? — susurré, deseando mucho saber la respuesta a mi propia pregunta.

Eso pareció accionar un gatillo dentro de Dante. Dejó de caminar de un lado para otro; el silencio se instaló entre nosotros mientras él me observaba. Se acercó rápidamente a mí, cruzando la distancia entre nosotros en un abrir y cerrar de ojos. Su mano subió hasta mi propia mano, que aún cubría mi rostro.

Parpadeé, queriendo entenderlo, porque el rompecabezas que era no tenía sentido para mí. Todo el tamaño de Dante, todo el odio que cargaba en sus ojos naturalmente cerrados no concordaba con la gentileza del toque sobre mi piel.

Respiré hondo.

— Déjame ver eso… — pidió él, pero no esperó; apartó mi mano y analizó mi rostro con la mandíbula tensa en una línea dura cuando sus ojos cayeron sobre mis labios. — Iré a buscar hielo y un botiquín — dijo firmemente. — Espérame aquí. ¿Entendido? No vayas a ningún lado, Safira. No tardaré.

Ardió cuando Dante desinfectó el corte en mi labio inferior, pero no me quejé. En lugar de eso, observé su mandíbula tensa, los pequeños movimientos que el piercing hacía cuando respiraba más fuerte, los puntos verde claros que sus ojos guardaban cuando lo miraba así, de cerca. Nunca había notado eso antes.

— ¿Duele? — inquirió él, empapando el hisopo con lo que fuera esa sustancia otra vez, y luego sacudió la cabeza, pareciendo infeliz con su propia pregunta.

No entendía por qué estaba siendo amable. No tenía la menor idea. Tal vez era por un motivo completamente egoísta que no podía imaginar, como el horror de presentar a una novia con el labio cortado ante los otros italianos. O tal vez, quién sabe, simplemente lo hacía porque se compadecía.

El punto era que mi tonto corazón se derretía por el gesto, aunque sabía que no debería. Después de todo, Dante había sido

amable antes, hasta que dejó de serlo, y no me dejaría engañar tan fácilmente una vez más. No podía. Sin embargo, él estaba visiblemente molesto y no tenía sentido que esa parte también fuera un teatro.

¿Por qué se daría el trabajo de mantener la línea marcada entre sus cejas? Odiaba ver eso.

— No te enojes… — pedí en un susurro. — Puedo esconderlo con base y lápiz labial rojo. A tu madre no le va a encantar, pero nadie lo notará.

Al menos podría usar mi lápiz labial rojo.

Era tan extraño que ese pensamiento me trajera una chispa de diversión, incluso si era muy profundo dentro de mí.

— ¿Y eso va a cambiar lo que ese maldito hizo contigo? — bufó Dante, la pregunta retórica. — Golpear a una mujer indefensa… a alguien de su propia familia, por un capricho… — Sacudió la cabeza, dejando claro su propio desagrado.

Entonces ese era el motivo de toda su ira: ¿mi padrino me había agredido? ¿Única y exclusivamente?

— Debería haberle puesto una bala entre los ojos. Un hombre que trata así a su propia familia no tiene ni un gramo de honor en su cuerpo.

Lo miré durante varios segundos, absorbiendo sus palabras y su significado. Familia y Honor. Esas dos cosas parecían decir mucho sobre Dante Barone y sobre la *cosa nostra*, como ellos mismos decían.

— Dante? — lo llamé, forzando su atención para desviar del daño en mi rostro.

Sus dedos hábiles continuaron sosteniendo la bolsa de hielo contra mi mejilla para evitar que se hinchara, pero sus ojos inquietos se volvieron hacia los míos. Tenía toda su atención y ya no me importaba si había algún motivo oculto para que estuviera cuidándome en ese momento. Él estaba cuidándome después de haber impedido que la agresión de mi padrino continuara y parecía furioso con él, como si la bofetada hubiera sido en su propio rostro.

Solo quería que supiera que, a pesar de todo, de cualquier cosa y todas las palabras que nos habíamos dicho el uno al otro, apreciaba

lo que estaba haciendo ahora.

— Gracias.

Dante pareció no saber cómo responder a eso; como si nunca le hubieran agradecido nada en toda su vida y yo lo hubiera tomado desprevenido. Entonces solo asintió lentamente mientras sus ojos tardaban en dejar los míos. Esa tregua entre nosotros dos, aunque no supiera hasta cuándo duraría o si solo serían esos minutos, era un peso levantándose de mis hombros.

Entonces sonreí. Solo un poco. Solo por ese segundo.



En el momento en que golpeé la puerta del cuarto de Safira y no obtuve una respuesta inmediata, el *déjà vu* que me invadió me hizo saber que algo estaba mal. Una parte más comedida dentro de mí me recordó que podría estar en la ducha, por lo que no podría escuchar mi llamado, pero ya había hecho eso poco antes de la cena, ¿no? ¿Cuántas duchas al día necesitaba, después de todo? Me gustaría confiar en el sentido común de Safira, pero después de que intentó huir en nuestra ceremonia de compromiso, creía que sería capaz de cometer cualquier locura sin dedicar un solo pensamiento al asunto antes.

— Si no abres la puerta, voy a entrar — anuncié, sin entender por qué mi voz sonaba tan urgente. Como no recibí respuesta, hice exactamente lo que dije segundos antes, encontrando el cuarto de Safira en perfecto estado, como si nada estuviera sucediendo allí. Excepto, claro, por la cuerda improvisada de sábanas atadas entre sí con nudos firmes que recordaban mucho a los de marinero. El tejido seguía hacia el balcón y me apresuré hasta allí, apoyando mis manos en la barandilla mientras una Safira con sudadera se colgaba de las sábanas, dirigiéndose a los jardines abajo.

— ¿Qué demonios es esto? — fue lo primero que se me ocurrió preguntar, aunque sabía exactamente lo que estaba pasando. No contenta con su intento de escapar en nuestra noche de compromiso, Safira había encontrado un plan que era aún peor que el anterior, cuando todos pensábamos que era un animalito dócil y entrenado que jamás cuestionaría una orden.

Mi voz rompiendo el silencio de la noche hizo que Safira bajara unos centímetros más en su cuerda de sábanas, en un movimiento torpe que la hizo balancearse casi como un péndulo, golpeando uno de sus hombros contra la pared antes de conseguir enderezarse.

— ¡Me asustaste! — exclamó, levantando los ojos para poder mirarme con reproche.

— ¿Te asusté? — chasqueé la lengua, haciendo caso omiso a lo que había dicho. — Entonces espera a ver lo que los soldados harán contigo cuando vean esa cabellera pelirroja corriendo por ahí a esta hora.

Su expresión se cerró; un puchero se formó en sus labios como forma de demostrar su frustración.

— Tal vez debería haberme quedado rubia como tanto quería tu madre — dijo, soltando una mano para tirar del capucho negro sobre su masa pelirroja como si ese simple acto pudiera ocultar su identidad.

La verdad era que, por más inconfundibles que fueran los cabellos rojos de Safira, no eran lo único sobre ella con ese mérito. Los ojos responsables por elegir su nombre, azules como dos grandes zafiros bien pulidos, no dejaban margen para dudas sobre a quién pertenecían; así como su cuerpo pequeño, curvilíneo y extremadamente ágil.

— Safira, me parecías más inteligente — admití. — ¿Cuántos intentos fallidos de fuga necesitas para entender que esta es una pésima idea?

— No voy más a esa discoteca; fue una tontería ir allí. Tampoco iré tras mi padrino, encontraré otra manera. ¡Y tú podrías ayudarme!

— ¿Qué crees que estoy haciendo ahora mismo? — repliqué, sin poder creer que realmente era tan ingenua como para pensar que podría realizar una fuga sin ser atrapada. Si antes su desaparición fue una sorpresa para todos y resultó demasiado fácil localizarla; ¿qué diría ahora con todos esperando que cometiera el mismo desliz otra vez? — Suponiendo que salgas viva de esta casa, eso no durará mucho. Tu padrino te buscará al otro lado de la frontera y mi familia hará lo mismo aquí.

Y esa era sin duda la mejor hipótesis: Safira no ser asesinada antes de conseguir poner un pie fuera de la propiedad Barone.

¿Por qué demonios entonces estaba tratando de impedirle hacer exactamente eso? Con la novia muerta ya no estaría obligado a seguir con esa locura. Pero Safira no merecía eso. No era justo arruinarle la vida solo por estar en el lugar equivocado en el momento equivocado; no cuando su vida ya era suficientemente difícil teniendo que soportar a Quintanilla durante toda ella.

Sus cejas se fruncieron como si estuviera pensando en algo complicado.

— Tal vez sea mejor… — murmuró, y su tono dejaba claro que hablaba más consigo misma que conmigo. — Una muerte rápida tal vez sea mejor. — Sacudió la cabeza afirmativamente como si estuviera decidiéndose sobre algo. — Al menos habré intentado. Es mejor que morir lentamente a lo largo de los años.

Su mirada encontró nuevamente la mía; dos diques luchando por mantener el agua dentro de sus límites.

— Nadie me quiere aquí, Dante.

Tenía razón en parte. Mi madre definitivamente había comenzado a odiarla desde el momento en que supo sobre la propuesta de Quintanilla y muchos de sus empleados leales siguieron el mismo camino. Yo detestaba su falsa inocencia; la forma calculada en cómo pronunciaba cada palabra intentando ocultar a la víbora lista para atacar. En cuanto a mi padre… en la mayoría de las ocasiones no tenía idea de lo que pasaba por su cabeza, y Francesco… no estaba seguro si realmente era capaz de sentir algo por alguien.

— Tendrás que confiar en mí, porque no he ahorrado tu vida solo para quedarme cruzado de brazos mientras intentas acabar con ella del modo más estúpido posible.

Era eso, ¿no? No había ninguna otra razón para querer instintivamente evitar ver el cuerpo de Safira lleno de balas mientras su sangre escurría fuera, llevándose consigo el futuro que podría tener por delante. Sacudí mi cabeza, sin querer pensar demasiado sobre eso. Creía en justicia, sobre todo, y esa era la cosa correcta que hacer; lo más justo posible.

Así pues, agarré las sábanas con mis puños, fijé bien los pies en el suelo, posicioné bien las caderas y tiré con fuerza mientras apretaba la mandíbula por el esfuerzo. Safira cerró los ojos y se encogió cuando las sábanas subieron unos centímetros y su cuerpo osciló en el aire. Sus dedos agarraron aún más fuerte las sábanas mientras sus muslos se apretaban alrededor del extremo entre ellos.

— ¡Dijiste que harías mi vida un infierno! — me recordó, cuando reunió suficiente valor para abrir los ojos.

La miré nuevamente mientras tiraba otros centímetros hacia arriba, recordándome pocas noches atrás, cuando Quintanilla le dio un golpe tan fuerte en la cara que la hizo caer sentada nuevamente sobre el sillón. Una cólera líquida corrió por mis venas junto con mi sangre, mientras tiraba un poco más las sábanas hacia arriba.

— Eso fue antes de darme cuenta de que ya vivías en el infierno y te sentabas a la mesa con el propio demonio.

No había otra forma para definir a Quintanilla, ¿verdad?

Los matrimonios arreglados aún eran comunes en la *cosa nostra*, pero no como él lo proponía. No entre personas nacidas y criadas en lados opuestos, como enemigas. Ningún hombre de honor, ningún jefe de familia ofrecería la mano de su protegida en matrimonio al hombre que ya la había tenido bajo la mira de un arma con planes de matarla eventualmente. Tiré de las sábanas un poco más, acercando a Safira hacia mí.

— ¿Puedes al menos intentar escalar para facilitar las cosas? — pedí entre dientes. Sabía que no era pesada, pero tampoco era una pluma. Luchar contra la gravedad por ella aún requería esfuerzo y un poco de ayuda no le haría mal a nadie.

Safira hizo exactamente lo que le pedí, apoyando los pies en la pared para conseguir algo de estabilidad mientras se impulsaba hacia arriba al mismo tiempo que yo la tiraba, rompiendo la distancia hasta que finalmente pudo apoyarse en el alféizar del balcón. Encasqué mis manos bajo sus axilas, levantándola — mientras ella se agarraba de mis hombros — y colocándola de pie justo frente a mí. Se desequilibró, tal vez por el esfuerzo de su escalada, y aunque ya estaba apoyada en el suelo, tambaleó y me usó como apoyo.

— ¿Ahora crees en mí? — quiso saber, buscando mi mirada como si apenas pudiera creer que eso fuera posible. Y ¿quién podría culparla? La percepción de su inocencia fue recibida con sorpresa incluso por mí.

— Lo siento mucho por haber tardado tanto en darme cuenta — admití, más para mí mismo que para ella. Me hubiera gustado no haber necesitado ver a Quintanilla agrediéndola para creer que no era más que una marioneta en manos del padrino.

Una pequeña sonrisa apareció en la esquina de sus labios mientras algunas lágrimas rebeldes rodaban por su rostro.

— Haré una nueva promesa — me encontré diciendo. — De que nadie nunca más te hará daño así.

Toqué su labio aún cortado por el golpe de Quintanilla, odiándolo un poco más por ser un ser humano aún peor de lo que había juzgado en un primer momento. Su sonrisa se amplió más, en un gesto casi involuntario, y sus manos vinieron a los lados de mi cuello; un gesto que no era inédito para nosotros dos, pero que parecía infinitamente más íntimo, aunque no estuviéramos abrazados el uno al otro.

— No puedes prometer algo así, Dante — replicó suavemente y fruncí el ceño.

— Por supuesto que puedo — respondí inmediatamente. — Acabo de prometerlo.

Safira asintió una sola vez, pareciendo muy concentrada mientras lo hacía.

— Entonces creo en ti — decidió en el instante en que sus dedos se movieron hacia mi nuca y tiró de mi rostro hacia abajo, hacia el suyo. En el momento en que su boca alcanzó la mía, tuve la certeza de que estaba sobre las puntas de los pies y mis manos se apresuraron a su cintura, sujetando a Safira contra mí casi automáticamente.

Ese beso era diferente al que habíamos intercambiado noches atrás por varias razones. Primero porque fue Safira quien lo inició y yo estaba más preocupado por no lastimar su labio cortado que por someterla o provocar reacciones lascivas en su cuerpo. Lo que recibí de ese contacto parecía mezclarse con nostalgia; iba y venía en

ambas direcciones porque sería mentira decir que el cuerpo suave y cálido de Safira no encajaba perfectamente en mis brazos, haciéndome querer sentirlo allí una vez más.

— Eres tan enorme… — murmuró aún contra mi boca cuando nos separamos para tomar aire. Mi primera reacción fue una risa incrédula, porque así es como me sentía cerca de Safira la mayor parte del tiempo, aunque no sabía exactamente por qué.

— ¿Qué fue eso que acaba de pasar? — pregunté mirando sus ojos, cuyos iris parecían más grandes que nunca. Como si acabara de salir de un trance y no pudiera ser responsabilizada por sus acciones hasta ese momento, Safira dio un paso atrás; sus mejillas adquirieron un tono rojizo muy cercano al de su cabello; quizás incluso acentuado por ellos.

— Lo siento — susurró inmediatamente, evitando mi mirada; sus manos, antes palpando mi cuello y bíceps, ahora se ocupaban retorciéndose frente a su cuerpo.

— ¿De verdad lo sientes? — instigué y tal vez fue la sorpresa de la pregunta lo que hizo que me mirara repentinamente con los ojos muy abiertos.

— No — confesó, moviendo suavemente la cabeza de lado a lado.

Genial, pensé para mí mismo mientras metía las manos en los bolsillos de mis pantalones, analizando la apariencia indefensa de mi novia.

— Hasta mañana, Safira — le dije como una forma de hacerle prometer que no haría nada estúpido, cuando le diera la espalda e hiciera caso omiso a esa situación.

— Hasta mañana, Dante — devolvió ella con los ojos brillando hacia mí antes de girarme e irme a mi propio cuarto, donde reviviría lo ocurrido hasta que los primeros rayos del sol entraran por mi ventana, obligándome a pensar en otra cosa.



La temporada de intentos de fuga estaba oficialmente cerrada. Dante me había hecho prometer, y yo prometí, así que no había vuelta atrás en ese aspecto. Siendo sincera, no sabía qué pasaba por mi cabeza cuando decidí que colgar sábanas como una cuerda era una buena idea, o incluso una idea aceptable. Ese intento estaba destinado al fracaso y podría haberme roto el cuello en el proceso de bajar del tercer piso. O haber sido capturada por los hombres de honor de los Barone. O tal vez muerta. Sacudí la cabeza porque no me gustaba seguir dándole vueltas a ese pensamiento en particular.

Además, la fuerza motriz que me impulsaba a querer escapar había desaparecido, porque Dante había cambiado. Ya no desconfía de mí, no me culpaba, ni siquiera prometía hacer de mi vida un infierno. Finalmente estábamos juntos en ese barco casi a la deriva y, si naufragábamos, él iría conmigo; no me arrojaría a los tiburones mientras intentaba sobrevivir.

No sabía cómo definir lo que sentía por Dante. Cuando él estaba cerca, despertando partes de mi cuerpo que no debería, empujándome a hacer cosas imprudentes… como besarlo, por ejemplo. Me sonrojé solo con recordar cómo me estiré para alcanzar su boca en el balcón, o cómo sus manos se entrelazaron perfectamente en mi cintura haciéndome querer más. El recuerdo del beso que intercambiamos en el pasillo y luego el que tuvimos en mi balcón eran las principales razones por las que me revolvía en las sábanas desde hacía cinco noches y contando. También eran las razones por las que me perdía en mis pensamientos durante las

clases de la señora Patrizia, que tenían como objetivo enseñarme a ser una buena esposa al estilo italiano. En consecuencia, eran los motivos por los cuales ella me odiaba aún más cuando cometía algún error. No es que estuviera feliz cuando acertaba, de todos modos.

Suspiré, volviendo mi cabeza hacia Dante. El gigante asesino que un día cruzó mi camino. El bruto que bien podría ser insensible. El hombre de honor que ponía a la familia por encima de todo. No parecía correcto sentir esas cosas por él. No cuando ambos estábamos tratando de escapar de nuestro matrimonio.

Sin embargo, en ese momento estaba atrapada en esa casa, en ese compromiso y en mis sentimientos; cansada de parecer tan poco yo misma. Necesitaba hacer algo; necesitaba decidirme y actuar. Si iba a quedarme allí, ya no iba a andar con pies de plomo en cada habitación que entrara. Ya era suficiente con la señora Patrizia presente.

Me gustaba sonreír y conversar; eso era exactamente lo que haría. Trazando una estrategia, entré a la cocina decidida a ser yo misma, aunque eso fuera todo lo que todos no quisieran. Si iban a hablar mal de mí de todos modos, al menos que hablasen sobre algo por lo cual pudiera reclamar créditos.

— Buenas tardes… — canturreé.

Las mujeres que estaban allí junto con lo que creía era una especie de mayordomo movieron la cabeza en un movimiento sincronizado pero ni siquiera se atrevieron a mirarme como si fuera algún tipo nuevo de enfermedad contagiosa. O temían lo que diría la señora Patrizia. Tal vez ella dijera que yo era una enfermedad contagiosa…

— ¿Dónde guardan los víveres? — pregunté mientras recogía mi cabello con el elástico que llevaba en el bolsillo del pantalón.

Ni siquiera si hubiera dicho que la casa estaba en llamas creo que habría logrado el mismo efecto. Las cabezas se volvieron hacia mí al instante; las cejas fruncidas como si nunca hubieran escuchado algo así.

— ¿La señorita Ortega desea algo específico para comer? Podemos proveerlo — Gabriel, el mayordomo, me hizo saber; pero

sacudí la cabeza negando.

— Quiero hacer quesadillas — el signo de interrogación en los rostros de todos los presentes me hizo continuar — es un platillo típico de donde vengo.

Bella, una especie de camarera que siempre se ocupaba de mí dejó escapar un poco de curiosidad en su voz cuando preguntó:

— ¿La señorita va a cocinar?

Sonreí sabiendo que mis hoyuelos debían parecer dos pozos profundos.

— ¿Puedo?

Los empleados se miraron entre sí tan confundidos como si hubieran sido sorprendidos en un examen sorpresa del cual nadie tenía respuesta. Solté una risita contenida porque era bastante gracioso.

— Claro que puede, señorita Ortega — respondió Gabriel aunque su semblante no transmitía el mensaje de quien estaba totalmente seguro sobre lo que acababa de responder.

— ¿Puedo ayudar? — preguntó Bella acercándose a mí.

— Solo dime qué necesitas y yo te lo traigo.

— Gracias, Bella — le guiñé un ojo — Es muy amable de tu parte.

El olor de mis quesadillas parecía haberse esparcido por todo el piso de abajo, y de inmediato comencé a sentirme más feliz y cómoda vagando por allí. El choque inicial de los empleados no había pasado cuando mi masa, que ellos miraron con ceños fruncidos y miradas confusas, creció y se cocinó perfectamente dentro del horno. Sin embargo, nada parecía haberlos sorprendido más que cuando elegí un recipiente y coloqué quesadillas especialmente para ellos. Los instigué a probarlas, y mi autoconfianza creció cuando recibí miradas atónitas, murmullos de aprecio e incluso un "está muy rico" de una de las cocineras. Seis quesadillas, sin embargo, tenían un destino especial. Una persona especial.

Equilibrando la bandeja que llevaba, golpeé la puerta de la oficina de Don Barone y escuché inmediatamente una respuesta en italiano del otro lado. Parecía un permiso para entrar, pero no estaba completamente segura, así que abrí la puerta solo un poco, asomando mi cabeza hacia adentro, y los ojos de Don Barone ya habían abandonado los papeles que sostenía en sus manos.

— ¿Tiene cinco minutitos? — pregunté, ensayando una sonrisa.

Don Barone suspiró, dejando caer los papeles sobre la mesa e indicando la silla frente a él. Sabía que estaba molesto. Mi intento de fuga lo había afectado de alguna manera. No sabía si no me consideraba digna de confianza o menos digna aún de Dante por haber intentado saltar del barco el día de nuestro compromiso, o si simplemente estaba ofendido personalmente porque yo había intentado escapar de su casa en primer lugar.

Me deslicé hacia adentro en la oficina como pude, abriendo y cerrando la puerta con las caderas para no derribar la taza de café negro — que había notado que siempre tomaba — que traía junto con mis quesadillas. Don Barone miró las quesadillas con curiosidad mientras depositaba la bandeja sobre el espacio vacío en su gran mesa de madera; mis ojos se enfocaron en el peso del papel que parecía haber despertado el interés de mi padrino la última vez, pero me obligué a desviar la mirada porque no quería traer esos recuerdos a colación.

Me senté tratando de no retorcer los dedos sobre mi regazo y limpié mi garganta sabiendo que la mejor estrategia era ser directa, aunque parte de mí moría de miedo ante la posibilidad de que Don Barone revelara una nueva personalidad como lo había hecho la señora Patrizia.

— Quiero pedir disculpas.

Los ojos de él, que Dante había heredado, brillaron atentos.

— Por haber huido, supongo.

Asentí varias veces con la cabeza.

— Sé que se molestó. Así que quiero pedir disculpas. No quise faltarle al respeto ni a usted ni a la fam… — me detuve corrigiéndome a tiempo — famiglia.

Cambié la palabra al italiano mientras intentaba ver en la expresión de Don Barone si pronunciaba correctamente. Él hizo un pequeño asentimiento con la cabeza que me animó a continuar.

— Siento mucho haberlo decepcionado. También sé que rompí su confianza… Y que las palabras tal vez no sean suficientes…

Él no dijo nada y esa incertidumbre casi me hizo rebotar en el sillón, así que continué consciente de que estaba hablando sin parar pero sin poder detenerme:

— Por eso hice las quesadillas y el café como le gusta. Son una oferta de paz, una promesa de que me comportaré y también… un gesto de cariño — admití encogiéndome de hombros sintiéndome algo insegura repentinamente, casi tonta. Aun así completé — porque me agrada usted, Don Barone.

Él se levantó rodeando la mesa y tomando la taza de café entre sus dedos. El anillo, que había aprendido era símbolo del poder de la familia The Arm, brilló en mi dirección. Don Barone llevó la taza a su boca bebiendo un largo sorbo y sentí cómo mi sonrisa se ampliaba a medida que el líquido descendía por su garganta. Él dejó la taza sobre la bandeja.

— Eres aún muy joven. Sabes poco sobre el mundo que te rodea, Safira. Sobre tu propio padrino.

Parpadeé intentando entender lo que decía y Don Barone eligió ese momento para tocar mi rostro justo donde él me había golpeado. Miró su propia mano como si pudiera visualizar nuevamente mi moretón y luego sus ojos volvieron a los míos.

— Espero al menos hayas aprendido cuál es el lugar correcto para depositar tu lealtad.

Había dulzura allí; o al menos toda la dulzura que un hombre gobernante en un imperio del crimen podía tener. Era más que suficiente para nublar mis ojos y traer un cálido apretón a mi pecho.

— ¿Eso quiere decir que me perdona? — murmuré esperanzada.

Don Barone sonrió para mí moviendo su cabeza en un gesto solemne.

— Siempre y cuando no se repita — consideró.

Sonreí con mi mejor sonrisa hacia él; la más feliz y satisfecha porque saber que aún contaba con su cordialidad traía una inmensa

ola de alegría y tranquilidad. Me levanté del sillón enfrentándolo cara a cara.

— Prometo que no volveré a hacerlo — aseguré. — Y si realmente no hay otra opción y tengo que casarme con Dante prometo hacer todo lo posible para ser una buena esposa. Y una buena nuera para usted. Incluso podemos jugar ajedrez algún día si quiere — mencioné señalando el tablero sofisticado que siempre estaba en su oficina.

Don Barone soltó un suspiro como si apenas pudiera creerme; entonces impulsivamente pasé mis brazos alrededor de su torso en un abrazo torpe pero muy sincero. Él pareció sorprendido pero sus brazos devolvieron el gesto; sus manos dieron suaves palmaditas en mi espalda.

— Grazie, Don Barone — levanté mi rostro para mirarlo a los ojos. — Ahora dejaré que coma mis quesadillas mientras trabaja.

Salí casi bailando del despacho de Don Barone sin antes observar cómo llevaba una de mis quesadillas a su boca y su rostro asumía una expresión sorprendida. Reprimí una risita dándome cuenta de que por primera vez desde que pisara allí me sentía bien bajo el techo de los Barone.



— ¿Hay algo que te gustaría decir, Dante?

— Preguntó mi padre, y me maldije en pensamiento por no haber desarrollado la capacidad de siempre llevar una expresión neutra capaz de enmascarar la turbulencia de mis pensamientos.

Por alguna razón, la noticia de que tendría que hacer un viaje de negocios justo después de soportar una fiesta de cumpleaños de proporciones faraónicas me dejó mucho más irritado de lo que me gustaría admitir. El problema no consistía en tener que ser cordial con la alta sociedad, que observaba desde fuera los prósperos negocios de los Barone sin tener la menor idea de que éramos parte de un engranaje mucho más grande, complejo y sutil de lo que jamás podrían imaginar. Tampoco se trataba de ir a Las Vegas para fortalecer alianzas, porque servir a la *famiglia* era lo que mejor sabía hacer.

Mi furia casi contenida se debía al hecho de que un compromiso había sido firmado en mi nombre, uno que duraría toda la vida y al cual debía mi lealtad, todo esto sin haber sido consultado, como si no fuera más que un simple peón en el tablero de ajedrez de mi padre, uno que él podía mover a su antojo según sus propios intereses.

— No puedo pensar en nada en este momento, Don Barone — respondí a través de mi mandíbula apretada, tratando de mostrar mi

mejor expresión neutral mientras forzaba mis hombros a adoptar una posición más relajada.

— Vamos, hijo — animó él, dejando momentáneamente de lado la formalidad —, sé que hay algo que te molesta. ¿Por qué no lo compartes conmigo?

Casi sonreí.

Casi.

Era contradictorio por su parte intentar asumir el papel de un simple padre cuando había estado tratando de recordarme mi lugar en la jerarquía de la *cosa nostra*. Y allí, sentados ambos a la mesa de su imponente oficina, mientras fumaba su cigarro y bebía su whisky, no podría parecerse más al estereotipo propagado por Hollywood del jefe italiano con raíces en el mundo del crimen.

— Nada de lo que diga hará que usted cambie de opinión; su terquedad jamás permitiría algo así.

— ¿Qué estás insinuando? — Levantó las cejas, poco afectado por lo que había dicho, dándole más fuerza a mi teoría de que nada importaba para Don Barone excepto su propia opinión. Me preguntaba cómo serían sus reuniones secretas con Francesco, ya que este tenía la intención de aconsejar al hombre inflexible frente a mí.

— No estoy insinuando nada — negué, enfatizando lo dicho con un movimiento de cabeza. — Usted sabe muy bien que no estoy de acuerdo con esta idea de casarme con Safira. En mi opinión, usted tomó una decisión equivocada y ahora no admite tener que retractarse por puro orgullo — admití, aunque eso no era un secreto para nadie, ni siquiera para la propia Safira. No era sorprendente que ella hubiera intentado huir dos veces; eso demostraba que realmente no tenía idea de la complejidad del universo en el cual estaba inmersa. Quizás, en el fondo, lamentara su destino aún más que el mío propio.

— ¿Tomé una decisión equivocada al evitar un baño de sangre que costaría la vida a algunos de mis soldados? — provocó él, arqueando una ceja casi hasta pegarla a la raíz del cabello.

— Sigue insistiendo en ese argumento todo el tiempo que quieras; tal vez convenza a si mismo de que ha elegido el camino

correcto, pero no a mí. En el fondo solo quiere castigarme por haber hecho algo que considera erróneo; pero sinceramente no tengo idea de cómo el Consejo puede apoyar una idea tan absurda como esta. Sea lo que sea que haya hecho para convencerlos, mis felicitaciones.

— Apelé a la sensatez del Consejo — replicó él con una expresión inquebrantable. — Fue todo lo que necesité hacer.

Sonreí con una sonrisa carente completamente de diversión o felicidad.

— Si es una decisión unánime, así sea.

No sabía determinar exactamente por qué, pero me había vuelto muy bueno en reconocer su presencia en el ambiente. No era necesariamente un perfume que estimulaba mi olfato, ni siquiera ruidos que provocaban mi audición. Era algo parecido a la sensación de ser observado a distancia y en silencio por algo — o alguien — que no presentaba el menor peligro, junto con la impresión de que el aire parecía cambiar conforme alguien más inhalaba y exhalaba en el ambiente.

— No voy a sacar un arma y apuntarte, si es eso lo que estás pensando — le hice saber, sin preocuparme por abandonar lo que estaba haciendo.

Mis músculos ya estaban ardiendo desde hacía buenos minutos, el sudor había empapado la mayor parte de mi cuerpo, dejando mi camiseta empapada, así que me deshice de ella justo después de mi segundo ejercicio en el gimnasio. Aun así, seguí levantando y bajando la barra con los pesos, decidido a llevarme a la extenuación física para que mis pensamientos — todos ellos — se silenciaran tan pronto como mi cuerpo se lanzara a la cama para poder, al fin, dormir en paz.

— No estaba — Safira se apresuró a negar, y no necesitaba detener lo que estaba haciendo para mirar su expresión, porque apostaba a que sus ojos estaban bien abiertos.

— ¿Cómo sabes…? — comenzó ella, pero pareció cambiar de idea en medio del camino. — Iba a golpear la puerta esta vez.

— Claro que ibas — coincidí, sin saber si realmente creía eso. — ¿Pasó algo? — quise saber, porque, a menos que tuviera algún problema, no veía motivos para que Safira viniera tras de mí al gimnasio cuando nuestra primera conversación terminó de forma nada amigable.

Bajo el ruido de mi respiración pesada mientras acercaba la barra hacia mi pecho y luego la alejaba estirando mis codos, escuché los pasos pequeños de Safira; aunque no parecían titubeantes, la traían hacia mi campo de visión.

— Solo pasaba para ir al jardín y te vi aquí.

— Pareces gustar mucho de allí — observé, mientras contaba dos subidas y bajadas más de la barra antes de apoyarla en la base metálica justo encima de mi cabeza. — Y sé que no interrumpiste tu paseo solo para verme levantar pesas — añadí mientras alcanzaba la toalla que había dejado en el suelo junto al aparato donde estaba entrenando. Me senté sobre él con una pierna a cada lado.

Con el tejido blanco y esponjoso ya en manos, señalé el espacio vacío frente a mí donde antes estaban mis piernas para que Safira se sentara, mientras secaba el sudor de mi rostro, nuca y pecho. Pasando una de las piernas por el aparato, Safira se sentó justo frente a mí, imitando mi posición. Me permití observarla durante unos buenos segundos, absorbiendo su postura relajada y cómoda como alguien que no fue criada bajo reglas rígidas de etiqueta ni se preocupaba por ellas.

— Escuché que vas a viajar — comenzó ella, fingiendo una indiferencia que alguien preocupado por tocar ese tema claramente no sentía.

— ¿Te sentaste a la mesa de la cena vestida así? — fue lo primero que salió de mi boca, porque imaginar a Safira vestida con jeans y una camisa de franela en el mismo cuarto que Patrizia Barone debería ser absurdo y no una realidad. Las cejas pelirrojas de Safira se fruncieron, pero pronto dieron paso a una expresión de asombro cuando fijó sus grandes ojos azules en mí.

— ¡Los jeans! — murmuró con entendimiento. — Por eso tu madre parecía estar a punto de vomitar sobre la mesa. *Contenido estomacal*, no vómito. Al final, estaba prestando atención a las estrictas reglas sobre vocabulario de *signora* Patrizia.

— Apuesto a que ella cree que lo hiciste intencionalmente.

— Cuando baje con un chándal lo habré hecho intencionalmente. — Sonrió; un gesto simple, pero en ella parecía involucrar más músculos faciales que en la mayoría de las personas. — No cenaste hoy; pensé que habías ido a viajar, si es que realmente vas — retomó Safira el tema aún con ese aire casual cuando yo sabía muy bien que era mucho más que eso.

— ¿Por qué estás tan interesada en saber si voy o no? — respondí, estrechando los ojos hacia ella cuando una posibilidad cruzó por mi mente. — ¿Qué planeas hacer en mi ausencia? Sea lo que sea, Michele estará pegado a ti con cada respiración; yo no intentaría nada estúpido si fuera tú. Especialmente por tercera vez — hice hincapié, recordando sus infructuosos intentos de fuga y cómo fui yo quien le impidió tener éxito en todos ellos.

Si no hubiera alertado a todos sobre su fuga la primera vez, tal vez no estaríamos en esta situación con un anillo de compromiso en manos de Safira, perteneciente a mi familia desde generaciones. Si no la hubiera disuadido en su segundo intento seguramente no estaríamos aquí, eso era indiscutible. Y por alguna razón desconocida no podía arrepentirme de haberle salvado el cuello, aunque debería hacerlo.

— No voy a intentar escapar — aseguró ella, rodando los ojos después. — Te prometí esto.

— ¿Y cómo demonios debería saber si puedo confiar o no en tu palabra?

— Pero no sería la tercera vez, porque la segunda no cuenta, ya que solo tú sabes sobre ella.

— Tal vez debería llevarte conmigo solo por seguridad — bromeé; ese era uno de los puntos altos de mi buen humor, probablemente despertado por la práctica intensa del ejercicio durante las últimas horas.

— No me preocuparía; Michele es una buena niñera. Y tú no me llevarías contigo en un viaje de negocios, de todos modos.

¿No?, cuestioné para mí mismo mientras observaba cómo Safira se encogía de hombros como si lo dicho no fuera importante, pero tal vez sí lo era.

— ¿Es una observación o un desafío? — presioné, y sus ojos azules y astutos volaron hacia los míos antes de devolverme:

— ¿Te sientes desafiado?

— No me siento desafiado tan fácilmente — aseguré, buscando la botella con agua hasta entonces olvidada en el suelo, junto al aparato donde estábamos sentados Safira y yo.

Dejé el líquido aún frío eliminar la sequedad de mi garganta mientras los engranajes cerebrales funcionaban tan rápido como mi corazón acelerado por el peso pesado del ejercicio recién realizado. Cuando terminé de beber, pasé el dorso derecho sobre mis labios para secar los restos del agua.

— ¿Has estado alguna vez en Las Vegas? — inquirí; la pregunta salió por mi boca antes incluso de decidir si era o no una buena idea.

— ¿La tierra del pecado y los casinos? — devolvió, colocando un mechón largo detrás de su oreja. La piedra del anillo brilló durante el proceso, llamando mi atención, un recordatorio claro e inequívoco sobre cómo nuestros destinos estaban entrelazados; un estímulo para tener una idea mala e imprudente posiblemente. — A pesar de cruzar frecuentemente la frontera nunca he conocido realmente Estados Unidos.

— ¿Pero te gustaría conocerlo? — insistí. — Porque podemos empezar por Vegas.

Los ojos brillantes que dieron nombre a la mujer frente a mí relucieron hacia mí, sorprendidos e igualmente emocionados.

— ¿De verdad? ¿Hablas en serio?

— Claro que estoy hablando en serio. — Miré a Safira con atención, viéndola por completo, tal vez por primera vez de verdad. Ella transmitía una inocencia y vivacidad que eran solo suyas y representaban lo opuesto de todo lo que venía de mí. — A menos que tengas miedo de lo que podría suceder si aceptas viajar

conmigo a la Ciudad del Pecado — provoqué, analizando los rasgos delicados que completaban la imagen angelical de Safira, pero por alguna razón la memoria de Quintanilla sometiéndola me asaltó e hizo que la cólera disparara en mi sangre.

— ¿Debería tener miedo? — me desafió ella en respuesta, inclinándose un poco más hacia mí con un aire travieso jugando en su rostro.

No.

La respuesta parecía ser muy obvia ahora. Los días en que estuve convencido de que el destino de Safira necesitaba ser su muerte, después de presenciar el asesinato de Sergio, quedaron atrás; y ahora yo era la última persona a quien ella debería temer. La primera, desafortunadamente, era su propio padrino, quien parecía dispuesto a jugar con la vida de su ahijada y usarla como si no fuera más que un peón en el juego de ajedrez que mantenía con mi padre.

Al final, eso era todo lo que Safira y yo representábamos: armas, soldados a ser sacrificados por una causa mucho mayor que nosotros mismos. Al menos en mi caso. Mi compromiso era con la *famiglia*, a quien juré lealtad. Safira, en cambio, parecía solo luchar por mantenerse respirando el tiempo que pudiera. Eso no había cambiado. Su voluntad de vivir por encima de cualquier otra cosa seguía siendo la misma que identifiqué la noche en que nos conocimos, y ese era el poder que Quintanilla tenía sobre ella.

Sería una mentira decir que teníamos realmente una elección, que podríamos deshacer el improbable acuerdo que unió enemigos naturales en un compromiso que solo se desharía a través de la muerte de uno de ellos. Aun así, era demasiado obstinado para simplemente aceptar mi derrota sin luchar. Podría perder la guerra al final, pero necesitaba ganar una batalla importante para mantenerla como mi trofeo.

— ¿Y si te propongo algo imprudente? — quise saber de Safira, inclinando mi torso más cerca de ella para medir su reacción.

— ¿Dante Barone haciendo algo imprudente? Tendría que chequear tu temperatura. — Su sonrisa sincera nació nuevamente y

luego murió un segundo después. — Estoy toda oídos — murmuró luego, prestando toda su atención en mí.

— Safira Ortega… — pronuncié su nombre lentamente, consciente de que los segundos de vacilación que me permití tener eran todo lo que me separaba de mi mayor acto de rebeldía contra Don Barone. — ¿Aceptas casarte conmigo en Vegas, a escondidas?



No podía dejar de pensar en esa propuesta absurda. Y luego, en por qué la consideraba tan absurda. Sabía desde hacía un tiempo que no había ningún tono de broma en el acuerdo que Don Barone y mi padrino habían sellado. Había huido dos veces, tratando de escapar de las implicaciones que venían con el hecho de ser la novia de Dante Barone. Al final, había encontrado complicidad en Dante y aceptado y prometido a Don Barone que intentaría ser la mejor esposa que pudiera. Pero algunas cosas no parecían reales hasta que lo eran.

Parte de mí creía que Dante sacaría un as de la manga y se libraría del compromiso de casarse conmigo. No sucedió. En su lugar, como si estuviéramos acorralados contra una pared invisible, propuso que hiciéramos las cosas a nuestra manera. ¿Don Barone y mi padrino querían que nos casáramos? Muy bien. Pero entonces eso sería a nuestras propias condiciones. Esa fue la idea y los argumentos de Dante, y era extraño que no tuviera una respuesta para darle esa noche. También era extraño que pareciera considerar un gesto inmenso de rebeldía cuando yo misma había intentado huir sin pensar, llevándome nada más que sábanas y una posible suerte.

Pero más extraño que todo era pensar si a Dante le gustaría alguna parte de lo que significaría casarse conmigo, ya que nunca había intentado nada físico desde entonces. No debería importarme eso. Sin embargo, disfrutaba de nuestra convivencia pacífica. Como pasamos de enemigos a… amigos, tal vez. Aliados en una guerra perdida y silenciosa.

— ¿No deberías estar al lado de tu prometido recibiendo a los invitados, *cara mia*? — La voz de Don Barone me sobresaltó, y casi derramé el vino de mi copa por el susto. Asentí, buscando a Dante con la mirada; lo encontré de espaldas, al otro lado del salón, cerca de la puerta, listo para recibir a la cantidad absurda de personas importantes que *signora* Patrizia había invitado.

Era su cumpleaños.

Sonreí, tratando de decidir cuál era su relación con esa fecha festiva. ¿Era realmente una celebración? ¿Le gustaba o era solo uno más de los eventos que los Barone organizaban porque, aparentemente, si eres influyente en la sociedad es exactamente lo que debes hacer?

— Voy ahora mismo, Don Barone — me ofrecí, dejando mi copa sobre la mesa y enderezándome. Ignoré la picazón incómoda en mi cuello gracias al cuello alto del vestido que *signora* Patrizia había elegido para mí mientras me dirigía hacia Dante, contemplando su imponente espalda antes de ponerme a su lado.

Toqué el brazo de Dante a la altura del antebrazo, como me habían instruido; un gesto que debería ser común, pero no tenía nada de común para mí. Tocar a Dante, cualquier parte de él, traía perturbaciones que parecían perseguirme y burlarse de mí. A pesar del tacón alto que llevaba puesto, tuve que estirarme para susurrar lo más cerca posible de su oído:

— Feliz cumpleaños, Dante Barone — deseé en un susurro, aunque no era la primera vez que lo hacía ese día.

Mis ojos captaron el instante exacto en el cual su labio se curvó en una sonrisa lateral.

— Gracias — respondió también en español. Me encantaba cómo su voz se moldeaba en mi idioma materno.

— Me pregunto cuál es la implicación de desear muchas felicidades y éxito para un hombre del crimen… — provoqué, fingiendo considerar esa cuestión antes de encogerme de hombros. — Entonces elegí desearte solamente una cosa.

Dante levantó una ceja; sus ojos dejaron al próximo invitado que se acercaba para mirarme por un momento.

— Estoy escuchando…

Sonreí sin mostrar mis dientes, instigando su curiosidad un poco más y divirtiéndome por ello. Pero luego sonreí abiertamente mientras deseaba:

— Que tu mayor sueño, aquel que más deseas que suceda, se haga realidad.

Me preguntaba cuál sería el mayor sueño de Dante Barone. De todos modos, eligió ese momento para recordarme que aún le debía una respuesta:

— Tu plazo para decidir sobre Vegas expira esta noche; tener control sobre el acuerdo matrimonial que mi padre y tu padrino firmaron para nosotros es todo lo que puedo desear en este momento.

Lo miré, incrédula por haber elegido ese momento para recordarme eso.

— No te rindes fácilmente con lo que deseas, ¿verdad?

Dante simplemente me miró con las cejas fruncidas sobre los ojos con ese tipo de mirada que prescindía palabras. Y entonces llegó el siguiente invitado hasta nosotros.

Admiré el flan mexicano a punto de salir al salón y ser colocado en la mesa donde Dante se posicionaría para que cantáramos el "feliz cumpleaños". La *signora* Patrizia me había dejado a cargo de proveer el pastel, lo cual estaba segura de que era más una exigencia de Don Barone que un voto de confianza por su parte. Pero, como la tarea era mía, pensé que podría… innovar.

Nunca había recibido un pastel de cumpleaños, pero siempre recibía un flan mexicano en el desayuno, hecho por María. La idea surgió así, naturalmente, y ganó fuerza cuando pensé en la posibilidad de poder felicitar a Dante con el mismo postre que aprendí a amar. Tal vez incluso los invitados de los Barone — los que formaban parte de la alta sociedad, no de la mafia, por supuesto — encontrarían interesante que la novia mexicana eligiera un postre tradicional de México para su novio italiano. Y si a los invitados les

gustaba, tal vez incluso la *signora* Patrizia quedaría satisfecha, ya que parecía decidida a agradarlos a toda costa.

Y hablando de ella… Por mi visión periférica noté cuando la *signora* Patrizia apareció en el pasillo, viniendo hacia la cocina donde yo estaba. Enderecé los hombros y los eché hacia atrás, como ella siempre pedía. Sus ojos oscuros viajaron entre mí y el flan.

— ¿Pero qué es esto, *bambina*? — preguntó. Genial, una pregunta, no una reprimenda. Sonreí.

— ¡Es un flan mexicano! María solía hacerlo en mis cumpleaños, así que hice uno para Dante.

La *signora* Patrizia sonrió, y cualquier persona pensaría que esa sonrisa era un excelente gesto de educación y finura. Pero no lo era, y ya había aprendido eso por las malas durante nuestras clases de cultura italiana.

— Qué apetitoso — murmuró, pero la expresión en su rostro dejaba claro que pensaba lo contrario. — No fue eso lo que te dije que hicieras. Mi orden era que proveyeras un pastel, ¡pero ni siquiera puedes hacer eso bien! Ni te preocupes por sacar esa cosa tenebrosa de aquí; nadie querrá acercarse a eso. Menos mal que pedí ayuda a Stefania y ella sabe cómo seguir órdenes y hacer las cosas bien, a diferencia de ti.

Tragué saliva, asustada. Mis ojos corrían hacia el flan mientras me preguntaba qué había de malo con él. La consistencia parecía maravillosa, la salsa dorada y hasta lo decoré con pequeñas florecitas. ¿Y por qué pediría a Stefania hacer algo que también me pidió a mí? Justo Stefania, la mujer deslumbrante con un vestido azul marino desfilando por el salón; la mujer que yo sabía que la *signora* Patrizia elegiría para Dante si pudiera.

La *signora* Patrizia se acercó más a mí y me encogí.

— Lo único que sabes hacer bien es cruzar la frontera con dinero pegado al cuerpo — exclamó. Me quedé sin aliento, completamente impactada, pero eso no fue suficiente para detenerla. — Aunque tuviera todo el tiempo del mundo podría transformarte en una novia digna de mi Dante.

El tejido del cuello del vestido amarillo pálido y soso que ella eligió para mí comenzó a picar aún más mi cuello.

— Usted es cruel — puntualicé muy bajo, casi arrepentida de haber abierto mi propia boca. Pero no era un ataque ni una provocación; era un hecho, una constatación.

La *signora* Patrizia mostró su perfecta fila de dientes blancos.

— Y tú… — Movió los hombros rápidamente, como si decidiera que no valía la pena intercambiar palabras conmigo. — Solo sigue siendo tú misma y pronto Vittorio se dará cuenta de que cometió un error al aceptar la propuesta asquerosa de tu padrino repugnante. Solo te casas con mi hijo sobre mi cadáver, ¿me oíste?

Su hijo quiere que me case con él mañana. Era lo que quería decir, pero permanecí callada mientras ella continuaba:

— No te casas con mi Dante ni que yo tenga que acabar con tu miserable vida con mis propias manos.

Controlé las emociones que incendiaban mi garganta, mis mejillas y mis ojos. Controlé lo que amenazaba con explotar dentro de mí mientras la *signora* Patrizia daba la espalda y se marchaba. Mi vida no era miserable; mi vida era todo lo más precioso que tenía.

— Señorita Safira? — Desvié el rostro, escondiendo mis ojos llenos de lágrimas cuando reconocí la voz de Bella. — ¿Debo llevar el postre a la mesa?

Miré mi flan mexicano, que para mí parecía tan bonito y perfecto; entonces una lágrima rodó por mi mejilla y mientras cuidadosamente me limpiaba no tenía sentido esconder mi expresión ante Bella. Volví mis ojos hacia ella y los suyos me miraron con sorpresa, conmoción y entendimiento.

— Mejor no, Bella — declaré, respondiendo a su pregunta. — ¿Por qué me trata así? Sé que no debería hablarte mal sobre tu patrona; sé que odia todo lo proveniente fuera de la cultura italiana y definitivamente encajo en ese aspecto… pero nunca le hice nada.

Quizás era hora de hacerlo. Quizás era hora de bailar al ritmo de música tocada, pero con mis propios pasos; hacer las cosas a mi manera. Tal vez Dante tenía razón.

— La señorita no puede hacer eso… no llevar el postre. — Bella me trajo nuevamente a la realidad. — Estoy segura de que quedó delicioso; quien importa es el señor Dante y sé que le va a gustar.

Ya no estaba tan segura después de la reacción de la *signora* Patrizia. Tal vez Dante considerara un postre mexicano como una ofensa terrible.

"Gracias…"

Recordé su voz grave respondiéndome antes en español. Entonces miré hacia el flan; decidiendo sobre él. Decidiendo sobre todo. La ira y tristeza por las cosas dichas por la *signora* Patrizia crecían juntas dentro de mí como enormes llamas.

Asentí una vez hacia Bella.

— Llévalo a la mesa sí, por favor, Bella.

Estaba segura de que Dante dedujo que el flan había sido idea mía cuando sus ojos se enfocaron en la mesa y luego corrieron en mi búsqueda. Capté el momento en que soltó una sonrisa incrédula, pero algo en su expresión cambió al encontrar mis ojos. Sus cejas se fruncieron. Me pregunté qué vería en mí, porque la verdad era que estaba hecha un verdadero lío después de las palabras de la *signora* Patrizia, que iban y venían, paseando por mi cabeza.

"Lo único que sabes hacer bien es cruzar la frontera con dinero pegado al cuerpo."

¡Mentira!

¿Era una mentira? Parpadeé cuando Don Barone me saludó con la mano, justo después de que él y la *signora* Patrizia tomaran fotos detrás de la mesa del pastel con Dante. Era mi turno. El turno de la novia. Quizás, muy pronto, esposa.

Me posicioné al lado de Dante, sonriendo sin mostrar los dientes, esperando que los fotógrafos comenzaran, pero Dante parecía tener otros planes. Sentí cuando se inclinó hacia mí, su boca en contacto con mi oído derecho; casi podía sentir el tono profundo tocándome antes de que Dante abriera la boca.

— ¿Qué pasó? — Español otra vez. Al pie de mi oído, por primera vez. Sentí todas mis terminaciones nerviosas estallar en un escalofrío generalizado, incapaces de fingir que esa proximidad no me

perturbaba. El hecho de que él hubiera notado que algo estaba mal y eligiera ese momento para preguntar, en español, no me dejaba indiferente. Por un minuto, no existían las palabras de la *signora* Patrizia. Lo único que aún existía era la propuesta de Dante. Y la respuesta a ella, clara como los candelabros que adornaban el salón sofisticado donde estábamos.

Moví la cabeza, desestimando su pregunta:

— Tengo una sorpresa para ti — declaré con decisión tomada y para que nadie lo supiera, me incliné para susurrarle también al oído. — Hablamos en los jardines cuando puedas, después del cumpleaños.

Dante asintió, algo brillando en sus ojos como un depredador mientras se giraba hacia los fotógrafos y escuchaba los primeros *flashes* dispararse. Intenté sonreír, a pesar de sentirme especialmente nerviosa. Cantamos "feliz cumpleaños", los camareros sirvieron el hermoso y elegante pastel de Stefania y también mi flan. Pero cuando le ofrecieron a Dante un trozo del pastel, él lo rechazó y tomó dos platos del mío: uno para mí y otro para él.

Sonreí genuinamente feliz, porque él parecía saber exactamente todo lo que pasaba por mi cabeza y tenía consideración por ello. Pasó un tiempo, una fila de personas parecía formarse cada vez que pensaba que Dante tendría una oportunidad para alejarse conmigo. Sin embargo, a diferencia del inicio de la fiesta, no permitió que me separara. Su mano me guiaba por el codo en cada paso; me mantenía junto a él por la cintura en cada conversación hasta que finalmente hizo nuestra escapada hacia los jardines.

Inhalé profundamente, llenando mis pulmones como si no hubiera respirado durante mucho tiempo. Mis dedos fueron ansiosos hacia el botón que cerraba el cuello de mi vestido; lo arranqué bruscamente, sintiendo mi garganta libre, el aire fluyendo por mis vías respiratorias y la sensación de picazón desvaneciéndose un poco. Luego me volví hacia Dante. Observé sus manos en los bolsillos del pantalón y su expresión interesada en lo que fuera que iba a decir.

— ¿Todavía deseas lo mismo para tu cumpleaños? — pregunté de una vez, porque sentía que no podía darme tiempo para cambiar

de opinión.

Dante entrecerró los ojos; su cabeza se inclinó hacia mí como si no estuviera seguro si acababa de escuchar algo correctamente.

— ¿Qué quieres decir?

— Dijiste que lo único que querías era que aceptara casarme en Vegas — señalé rápidamente, como si mis palabras hubieran apostado una carrera para salir antes de desistir.

Dante consideró con un movimiento lento de cabeza, casi haciéndome saltar sobre mis pies, ansiosa por soltarlo todo rápidamente.

— No fueron exactamente esas palabras — consideró —, pero sí.

— Acepto.

Listo. Allí estaba. La decisión tomada, nuestros futuros trazados, un último acto de rebeldía orquestado.

Dante se acercó más, con pasos largos y lentos. A medida que se acercaba yo levanté mi mentón para poder mirarlo a los ojos.

— ¿Estás segura? — quiso asegurarse. — Porque una vez hecho esto no hay vuelta atrás.

Había algo solemne en el tono con el cual Dante habló y recordé las tres cosas más serias para los italianos: familia, honor y matrimonio. No era simplemente un acto rebelde, aunque no tuviéramos elección.

Si decía sí, aceptaría a ese hombre por el resto de mi vida. Era aterrador; aun así, di un paso más cerca hasta eliminar cualquier distancia entre nosotros, hasta colocar mis manos sobre su inmenso pecho.

— Estoy segura.

Dante asintió una vez; una mezcla de satisfacción y resiliencia escapando por su semblante mientras sus dedos rozaban mi piel antes de alcanzar un mechón de cabello, colocándolo detrás de mi oreja.

— Haz las maletas, entonces — dijo mientras sus ojos danzaban sobre mí; sobre mi piel, bajando por el escote abierto del vestido y analizándome de arriba abajo. — Pero no lleves este vestido — declaró, volviendo sus ojos hacia mí —, no te hace justicia ni resalta el color de tu cabello.

Dante parpadeó y yo abrí mucho los ojos, finalmente entendiendo algo crucial con esas palabras: había al menos cuatro vestidos perfectamente aceptables para ese evento en el armario proporcionado por los Barone. Podría haber elegido el verde o el rosa o incluso el rojo; pero la *signora* Patrizia eligió deliberadamente aquel amarillo pálido con mangas largas, aunque sentía como si mi rostro luciera enfermo, apenas me lo puse por encima.

Era intencional. Quería hacerme ver fea deliberadamente.

Me volví hacia Dante, haciendo una promesa a mí misma mientras le informaba:

— Nunca más usaré nada elegido por tu madre para mí. Y la primera elección solo mía será precisamente mi vestido de novia.



Michele ayudó a Safira a llevar su única maleta de mano hasta la suite nupcial que logré conseguir de última hora, luego me saludó con un gesto y sabía muy bien lo que esa mirada quería decir. Además de mí y Safira, Michele era el único que sabía sobre mi intención de casarme con mi novia mucho antes de lo que mi padre y el padrino de Safira esperaban.

— ¿Estás seguro de que es lo que realmente quieres hacer? — me preguntó esa mañana, antes de abordar el jet que nos llevó hasta aquí. — Tu padre se enojará aún más contigo, al igual que Quintanilla. La noticia de que el heredero a la Silla de The Arm se casó en secreto con una mexicana en Las Vegas causará un alboroto.

Toqué el hombro de Michele y lo apreté, poniendo el pie derecho sobre el primer escalón que conducía al interior del jet.

— Espero que tengas razón, *mio amico* — le respondí, porque eso era exactamente lo que había planeado: un alboroto causado por un acto de rebeldía, porque, a pesar de ser fiel a la *famiglia*, no era un pony que pudieran domar tan fácilmente.

Pero allí, en ese momento, solo con Safira en la suite nupcial donde pasaríamos el fin de semana, yo observaba su genuino deslumbramiento mientras ella admiraba todo el espacio, girando sobre sí misma como si así pudiera absorber cada detalle.

— ¿Y entonces? — llamé su atención.

Su mirada alcanzó la mía; la coleta deshecha que llevaba, junto con sus ojos brillantes y su sonrisa genuina, le daban un aire tan

inocente y dulce que era casi un pecado pensar que pronto estaría atada a un monstruo como yo.

— ¡Es perfecto! — decidió, agarrando las asas de su pequeña maleta y casi rebotando en su lugar por la emoción.

Eso era bueno. En las últimas semanas, Safira había tenido su espíritu herido y sofocado por mi madre todos los días, algo evidente para todos en la casa. La *signora* Patrizia se comportaba dejando claro a todos que, aunque el deber en un juego de ajedrez sea proteger al rey, era la reina a quien debían temer, porque ella era implacable y se movía en todas direcciones como le plazca. Safira representaba solo un peón huyendo de la reina en la mente de mi madre; un peón exhausto con ropa sin gracia y del cual Patrizia Barone pretendía deshacerse lo antes posible. Sin embargo, eso ya no sería posible.

— Necesito bajar y encontrar algunas personas — expliqué. — Intenta no presenciar ningún asesinato mientras esté fuera.

Debería ser una broma; sin embargo, dado el historial de Safira, la solicitud debía tomarse en serio. Tal vez debería hacer algo para mantenerla ocupada y libre de problemas; así que saqué mi billetera del bolsillo y saqué una de mis tarjetas de crédito, extendiéndola hacia Safira.

— Usa esto para tener tu día de novia.

Su primera reacción fue abrir los ojos como platos; podía afirmar que estaba lista para rechazar mi oferta. Sin embargo, su mirada bajó hacia su pequeña maleta; su nariz se frunció, probablemente al recordar que todo lo que había allí había pasado por la aprobación de la *signora* Patrizia. Eso significaba que, a pesar de las piezas caras, todo lo que Safira poseía era sosa y le daba una apariencia apática. Excepto por la camisola que usó la noche en que "probé la mercancía". El tejido fino y medio transparente dejaba ver su piel cremosa asomándose entre sus muslos; su cabello revuelto, sus labios suaves suplicando ser besados…

— ¿Cuánto puedo usar? — me sacó Safira de mis propios pensamientos, lo cual fue bueno. No quería tener que bajar a mi compromiso comercial con una erección marcando el tejido de mis pantalones; tampoco creía que mi futura esposa quisiera arrodillarse

frente a mí y tomar mi polla entre sus carnosos labios para aliviarme.

¡Por Dios! ¡Dante, ¡concéntrate!

— Usa lo que quieras — respondí. — Busca un buen SPA para pasar el día; compra las joyas que te gusten; renueva tu guardarropa… haz lo que quieras. Solo asegúrate de estar de vuelta en el hotel antes de las siete. Michele te acompañará, por supuesto.

Por un momento, Safira me miró como si estuviera loco, pero luego sacudió la cabeza desistiendo de cualquier línea de pensamiento y rompió la distancia entre nosotros para abrazarme. ¡Un abrazo! Me atrapó entre sus delicados brazos, una mano apoyada en mi cuello mientras sus labios presionaban contra mi mandíbula en un beso casto, pero íntimo, casi desconcertante.

— Intenta no matar a nadie hasta las siete, ¿de acuerdo?

— Haré lo posible — respondí casi automáticamente mientras Safira se alejaba solo lo suficiente para poder ver mi expresión facial; nuestras bocas peligrosamente cerca una de otra. Ella asintió, mordiendo su labio inferior mientras yo tocaba suavemente la suave manzana de su rostro casi automáticamente, como despedida.

Después de una tarde entera de compromisos de negocios, necesitaba urgentemente un buen whisky para ayudarme a aliviar la tensión muscular. Sin embargo, el único impedimento era que tenía un último compromiso ineludible al que asistir: mi boda con Safira Ortega. El lujoso hotel donde nos hospedábamos contaba con una capilla de proporciones modestas, pero con una decoración de buen gusto. Aun así, podía imaginar la expresión desolada en el rostro de mi madre cuando se diera cuenta del escenario que había sido el telón de fondo para mi acto de rebeldía con Safira.

No debería estar nervioso; fue mi idea, después de todo. Pero… ¿y si esa actitud resultara ser precipitada? ¿Y si esa pequeña afrenta se convirtiera en más que eso? ¿Cómo reaccionaría Quintanilla al saber que la pomposa boda que había imaginado para su ahijada, y

que técnicamente sellaría la unión del cartel de Tijuana con The Arm, se convertiría en una ceremonia simple y secreta?

Mi sangre hirvió al recordar la mano abierta de Quintanilla descendiendo sobre el rostro de Safira, su expresión asquerosa y disimulada tratando de culparla por lo ocurrido, como si algo en el mundo pudiera justificar el hecho de que un hombre adulto lastimara a una mujer a quien debía proteger. En respuesta a ese recuerdo nada bienvenido, cerré mis manos en puños a los lados de mi cuerpo, intentando mantener mi furia bajo control, porque Quintanilla no debería ser más un problema. Una vez que Safira se convirtiera en una Barone, pertenecería efectivamente a The Arm y estaría bajo nuestra protección. Bajo mi protección; y si Alberto Quintanilla sabía lo que era bueno para su salud, no intentaría indisponerse conmigo directamente usando a Safira para hacerlo.

Mi padre era un pacifista, sí, pero aún tenía sed de sangre y venganza en una intensidad capaz de desencadenar una catástrofe. El toque de una nueva música sonando era justo lo que necesitaba para entender que algo estaba a punto de suceder. La voz del *cover* de Elvis Presley envolvía la letra de "Love Me Tender", y segundos después Safira apareció en la entrada del pequeño pasillo que conducía hacia mí. Con el brazo entrelazado al de Michele, levantó lentamente los ojos para mirarme, y ellos nunca parecieron tan vivos antes, incluso con la distancia entre nosotros.

Con pasos pequeños, caminó hacia mí, su mano libre sostenía un ramo simple, pero igualmente bonito, dejando toda la atención destinada al exuberante vestido rojo que llevaba puesto, un tono vibrante que combinaba con su cabello y con el labial que delineaba los suaves contornos de sus carnosos labios.

— Wow… — fue todo lo que logré articular cuando Safira estuvo a solo un paso de mí; su perfume dulce y floral llenó mis fosas nasales, obligándome a disfrutar no solo de su visión, sino también del aroma característico que emanaba.

Michele soltó el brazo de Safira con una risa juguetona en sus labios antes de asumir el puesto que sería el mío como padrino de bodas; pero no le presté atención.

— Pensé que este vestido sería apropiado — murmuró Safira mientras sus pequeñas y delicadas manos tocaban la falda del exuberante vestido rojo, dejando buena parte de su escote al descubierto; su piel cremosa casi parecía una invitación a ser explorada.

— Es mucho más que apropiado — asentí, tocando el vestido donde el tejido se ajustaba perfectamente a la cintura de Safira. Luego busqué su mirada, observando cada pequeño detalle de su apariencia, especialmente los cabellos pelirrojos recogidos en un peinado sofisticado que dejaba su rostro al descubierto, pero domaba los sedosos mechones.

— De hecho, estás casi perfecta.

— ¿Casi? — preguntó ella, frunciendo las cejas en señal de confusión.

Sin pedir permiso, mis manos fueron hacia el peinado de Safira; quité los pasadores que lo mantenían sujeto y lo despejé en el proceso. El olor dulce también proveniente de su champú se hizo presente con aún más fuerza. Con los cabellos pelirrojos cayendo por los lados del rostro de Safira, como un marco natural, ella parecía salvaje y refinada al mismo tiempo. Descubrí que adoraba esa combinación.

— Ahora sí estás completamente perfecta y apropiada — decidí mientras extendía mi brazo para entrelazarlo con el suyo.

Giramos hacia Elvis, para que pudiera declararnos marido y mujer por fin. Entonces me pregunté si Safira había pensado sobre la consumación de nuestro matrimonio y cuáles eran sus planes y expectativas para nuestra noche nupcial. Después de verla en ese vestido rojo, con sus brillantes ojos azules y cabello revuelto sabiendo que compartiríamos una cama esa misma noche… esperaba que tuviera sexo en mente para celebrar esa unión.



—Impresionante… —murmuré cuando Dante abrió el champán y sostuvo el corcho con una sola mano. Sabía muy bien cómo manejar sus dedos.

—¿Esto? —quiso saber, sirviendo dos copas. —No es nada… deberías verme interrogando a alguien.

Sus ojos se elevaron hacia los míos y me guiñó un ojo. En respuesta, rodé mis propios ojos, porque sabía exactamente cómo era su versión interrogando a alguien. O al menos parte de esa versión. Dante me entregó una copa, sacándome de mi ensueño, y parpadeé mientras lo observaba levantar su copa como si me invitara a un brindis.

—Por los novios. Por nosotros dos. Safira y Dante. Ya no más de lados opuestos.

—Por los novios… Casados.

Toqué suavemente su copa con la mía y luego bebí un sorbo del líquido, sintiendo las burbujas del champán danzar por mi garganta, trayendo un escalofrío a mi estómago que, en realidad, no sabía si provenía de la bebida o del hecho de que estaba sola en una habitación con Dante y que ambos éramos marido y mujer.

—No imaginabas que te casarías realmente conmigo, ¿verdad? —quise saber, un nerviosismo apoderándose de mí de repente mientras analizaba lo guapo que era Dante, cómo la ropa formal se ajustaba a sus músculos bien trabajados gracias a todo el ejercicio que siempre hacía en el gimnasio.

— ¿Tú imaginabas? — devolvió la pregunta. — ¿En algún momento pensaste que Quintanilla o mi padre cambiarían de opinión?

— Todo siempre me pareció totalmente sin sentido — confesé, bebiendo un poco más. — También eras difícil de entender.

Dante frunció el ceño, cerrando las cejas contra sus pestañas negras.

— ¿Difícil de entender? — repitió mientras terminaba su bebida, se deshacía del saco y se dirigía al whisky, dispuesto junto a la botella de champán. No podía ser que no supiera de qué hablaba. Me había dejado atrapada y luego fue amable. Más tarde descubrí que todo era una actuación. Y luego estuvo toda esa animosidad seguida de besos y esa especie de camaradería que ambos habíamos adquirido en los últimos tiempos.

— No importa más — decidí, observando a Dante humedecer sus labios con el líquido ámbar. — ¿Estás infeliz, Dante?

— ¿Por qué debería estarlo? ¿Por Elvis Presley oficializando nuestra unión?

Él chasqueó los labios, apuntando con el vaso de whisky hacia mí.

— ¿Debo entender que estás infeliz? ¿Arrepentida, quizás?

No creía que hubiera genuina duda en su pregunta; era más una indagación. Sin embargo, todo lo que pude hacer fue sonreír ante el recuerdo del ministro vestido como Elvis Presley; mi memoria regresó a la canción que él había cantado durante mi entrada y cómo me había sentido dentro de ese hermoso vestido. Giré sobre mí misma, buscando el espejo de cuerpo entero situado a mi derecha, analizando el reflejo que mostraba de mí. Ese era el momento en que me sentía más yo misma en semanas. El vestido rojo, exactamente como lo quería, hacía brillar mi piel y mi cabello. Mi cintura y escote bien marcados junto con la falda ligeramente acampanada me hacían sentir seductora y como una princesa al mismo tiempo.

— No estoy — decidí — arrepentida ni infeliz…

La imagen de Dante se amplió detrás de mí en el reflejo. El calor que emanaba su cuerpo quemaba mis espaldas mientras observaba

nuestra cercanía por el espejo. Sus astutos ojos recorrían mi cuerpo antes de volver a mi rostro.

— ¿Has pensado en todos los detalles que involucran un matrimonio, Safira? ¿En tus deberes?

Un escalofrío recorrió mi columna vertebral, dejando mis muslos temblorosos. No estaba hablando de eso, ¿verdad? ¿O sí lo estaba?

— Estoy aprendiendo — consideré, tomando un camino más seguro; uno donde no pensara que era una completa depravada, si no estaba hablando de sexo.

Vi los dedos de Dante subir tocando un mechón de mi cabello, exponiendo mi cuello.

— A partir de ahora, mi lealtad también es tuya. En la *cosa nostra*, tener un harén no es bien visto. Creo que ese concepto no debe aplicarse en Tijuana.

Dante bebió un sorbo del whisky como si tuviera todo el tiempo del mundo; excepto que mi corazón latía como si estuviera dando su último golpe.

— Pero eso ya lo sabías, ¿no? Que no fui criado para dejar a mi esposa en casa mientras disfruto diversión fácil afuera. Fidelidad.

Asentí con la cabeza otra vez, aceptando.

— Porque tu diversión y lealtad están dentro de casa.

Él sería todo mío. Yo sería completamente suya. Dante también asintió.

— Eso quiere decir que este matrimonio necesita ser consumado — murmuró mientras sus ojos me devoraban a través del espejo. — No estoy diciendo que tiene que suceder esta noche ni que te forzaría a nada, porque jamás haría algo así.

¿Él me deseaba? ¿Después de haber revisado "el material", como él mismo había dicho en tiempos menos amigables entre nosotros dos? A pesar de haber quedado atrás, eso no ayudó mucho a mi autoestima cuando Dante nunca intentó iniciar un beso nuevamente.

— ¿Sientes deseo por mí? — pregunté insegura.

Dante sonrió ladeado; malicioso y misterioso al mismo tiempo, como si se negara a dar una respuesta verbal.

— Estás llena de preguntas hoy. ¿Acaso tienes una lista?

Sí, estaba llena de preguntas, pero mi marido parecía ser un hombre con pocas respuestas; así que solo podía contar con un hilo audaz de valentía ardiendo dentro de mí.

¡Valentía, Safira!

— Solo queda una pregunta, en realidad.

Levanté la nariz; mis ojos brillaban como nunca en ese diálogo silencioso al cual tanto le gustaba someterse a Dante.

— ¿Puedes quitarme el vestido?

Fue como si sus manos conocieran el camino: directas y precisas; los nudillos rozando mi piel desnuda, trazando un camino ardiente por mi columna vertebral. Sentí la falta del contorno del vestido a mi alrededor, aunque las tiras permanecieran exactamente en su lugar, todavía cubriendo mi desnudez.

Dante se alejó como quien deja la elección en mis manos; se sentó cómodamente en el sillón bien relajado con las piernas abiertas, ocupando todo el tapizado. Exudaba una energía sexy y peligrosa que me tenía adicta. Observé cómo una de sus grandes manos se deshacía de la corbata mientras la otra llevaba el whisky a sus labios.

La imagen de la perdición encarnada. Como un imán, me sentía atraída por él. Entonces me di la vuelta, lentamente, y dejé que mi vestido cayera. El tejido cayó con un golpe sordo a mis pies. Sin retorno. Todo lo que llevaba debajo era una braga, también roja. De encaje. Y estaría mintiéndome a mí misma si dijera que la elección no fue intencionada. Porque yo quería eso.

Los ojos de Dante danzaron por cada centímetro de mi cuerpo, y mi piel hormigueó. Luego encontraron los míos, mientras él colocaba el vaso de whisky sobre la mesa al lado del sillón. Me acerqué lentamente, consciente de que mi cabello ocultaba parcialmente mis pechos, deteniéndome frente a Dante. Él levantó una ceja, golpeando con la mano sobre uno de sus muslos gigantescos. Una invitación para que me sentara. Una invitación que solo podía aceptar.

Levanté una de mis piernas, posándola al lado de la de Dante, y luego levanté la otra, bajando sobre él, sintiendo la suavidad del tejido del pantalón formal mientras mis manos se apoyaban en sus

anchos hombros, en busca de apoyo. Nuestros rostros se alinearon en una misma línea recta, y me gustó cómo la única posición en el mundo que me permitía mirarlo cara a cara era cuando estaba en su regazo. Contuve la respiración.

— Quiero consumar nuestro matrimonio, Dante. — Una sonrisa indescifrable se formó en la comisura de sus labios, las puntas de sus dedos tatuados rozando mi clavícula, apartando mi cabello de mis pechos. No hubo respuesta. No con palabras, al menos. El rostro de Dante bajó y, cuando me di cuenta, él estaba tomando mi seno con su boca. Sin ceremonias, como alguien que solo estaba esperando la señal verde para tomar algo que le pertenecía.

Jadeé, con la boca abierta. Una presión deliciosa me inducía a apretar mis propias piernas, pero era imposible en esa posición, así que comprimí mi intimidad contra el muslo musculoso de Dante, en su lugar. Él succionó mi seno más fuerte, pareciendo apropiárselo mientras su otra mano, grande y precisa, paseaba por mi piel hasta posarse abierta contra mi otro seno y luego apretarlo. Gemí, totalmente desestabilizada.

Mis caderas se impulsaron en un ritmo lento de vaivén, guiadas por una necesidad casi primitiva, mientras Dante parecía probar y conocer cada parte de mí. Su boca buscó mi otro seno, y yo jadeé, mirando hacia abajo solo para encontrarlo mamando con hambre de mí. Mis brazos lo rodearon por los hombros. Amé la sensación de observarlo, de sentirlo, de simplemente ser su mujer. Entonces pensé en cómo sería si él me succionara de esa manera en otros lugares…

Dante soltó mi pezón con un chasquido, la boca subiendo por mi cuello lentamente, a ciegas, su nariz hundiéndose en la carne de mi cuello y absorbiendo mi olor con ansia, como si lo computara y lo almacenara para sí.

Mis dedos se clavaban en sus anchos hombros mientras me retorcía y sonreía, una mezcla deliciosa de cosquillas y deseo haciendo pulsar mi intimidad. Los ojos de Dante encontraron los míos por un momento y, sin previo aviso, él tomó todo mi cabello en una prisión con su puño, mi rostro danzando al compás de la música silenciosa que Dante dictaba. Mi boca se dirigía hacia la suya. Su

lengua invadió mis labios y provocó un frenesí entre la mía y la suya. Mis dedos descendieron ansiosos por él, mientras admitía para mí misma cuánto deseaba exactamente eso. Conocer cada músculo, cada contorno, la textura y dureza de ese cuerpo. De los hombros, de los bíceps que me envolvían, del enorme pecho… explorar cada uno de esos tatuajes.

Mis dedos encontraron el primer botón de la camisa de Dante y luego el segundo y el tercero, antes de forzar los otros botones a salir de sus casas con un tirón. Mis dedos hicieron contacto con su piel caliente, y mi lengua buscó la de Dante con más fuerza cuando sentí los relieves del abdomen bien trabajado que él exhibía. Sus manos bajaron por mi espalda, agarrando mis nalgas, y, cuando se levantó del sillón, supe que caer jamás sería una posibilidad. Aun así, enrosqué mis muslos alrededor de su cintura mientras Dante me depositaba en la cama y me soltaba. Esperé, recostada contra las sábanas, aún en ropa interior mientras él se deshacía de los zapatos. Y luego de los cinturones.

El sonido de la hebilla seguido por el roce del cuero contra los pantalones de vestir hizo que una de mis piernas se encogiera, deslizándose, mientras comprimía mi propia intimidad aún cubierta por mi ropa interior. Los dedos de Dante trabajaron en el botón del pantalón y en la cremallera, liberándose del tejido. Luego, sus dedos se posaron sobre el bóxer y también se deshicieron de él.

Abrí los ojos ante el gigante que no estaba dormido, mi boca salivando al mismo tiempo que una punzada de preocupación despertó en el fondo de mi mente. Sin embargo, no pudo ocupar mucho espacio, ya que los dedos de Dante estaban en mi sandalia plateada, liberando mis pies del tacón alto, masajeando mis dedos especialmente pintados de rojo vivo para la ocasión. Los labios de Dante besaron el costado de mis pies, migrando hacia una de mis pantorrillas, la lengua sumergiéndose en la curva de mi rodilla, antes de que su barba rozara por el interior de mi muslo, haciéndome temblar de anticipación, porque, de alguna manera, sabía exactamente lo que él estaba a punto de hacer. Lo había ansiado.

Los dedos de Dante se engancharon en el costado de mi ropa interior, su nariz perdiéndose justo al inicio de mis grandes labios,

aún ocultos por la tela. Sus ojos subieron hasta los míos.

— ¿Quieres mostrarme cómo te gusta ser tocada? — Su voz, ya naturalmente grave, sonaba aún más profunda, como el mismo whisky que tanto le gustaba saborear. Dante deslizó la tela de mi ropa interior por mis piernas. — ¿O puedo hacer contigo lo que quiera?

Tan… *tan* tentador. Verlo allí, sobre mí, a centímetros de mi intimidad ahora completamente desnuda. Tal vez debería sentir miedo, pero ya no había espacio para ese sentimiento cerca de Dante. Tal vez debería sentir vergüenza, pero tampoco había lugar para eso cuando parecía estar a punto de trepar por las paredes. Mi lengua buscó la salida entre mis labios, y los humedecí antes de decir:

— Puedes hacer lo que quieras conmigo…

Apenas había terminado y Dante ya me estaba complaciendo con la boca. Gemí cuando la sensación me sorprendió. Era la lengua de Dante, danzando por toda mi intimidad, saboreando mi gusto. Él gimió. Yo me quejé de deleite en respuesta.

Sus pulgares trazaban círculos en mis caderas, su agarre manteniéndome exactamente en su lugar, sin importar cuánto se retorciera el resto de mi cuerpo. La lengua de Dante acarició mi clítoris y mi gemido se atascó en la garganta cuando mi grito lo interrumpió, justo en el momento en que Dante cerró los labios allí y succionó. Toda mi intimidad se contrajo, mi espalda se arqueó, mis ojos buscando la cabeza de Dante enterrada entre mis piernas, mientras solo podía pensar en lo bueno que era en eso.

Mis dedos se agarraron de su cabello. Él succionó más fuerte. Mis ojos se cerraron con fuerza y mi espalda se arqueó, dejando el colchón por unos miserables instantes. Estaba al borde de un orgasmo. Tenía la más absoluta certeza de que en cualquier momento yo… Dante dejó de succionar, dejando un vacío inmenso. Un deseo insoportable dentro de mí. Me quejé, tratando de obligarlo a continuar, pero no funcionó, así que me vi obligada a abrir los ojos. Y entonces lo encontré mirándome. Su boca aún allí, a centímetros de mi intimidad expuesta, tan cerca y tan lejos, una

provocación terrible cuando acababa de entender lo que era capaz de hacer.

— ¿Hay algo que te gustaría decirme, Safira? — Parpadeé, aturdida. — Porque este es el momento.

Este es el momento…

Por un instante, todo en lo que pude pensar fue en la necesidad justo en medio de mis piernas. Y entonces, con un clic, entendí. La penetración. Dante quería saber si aún era virgen. Mi pie se deslizó por su espalda ancha, mis manos acariciando su cuero cabelludo, mientras mi mente buscaba la manera de decir lo que debía sin que sonara embarazoso.

— Nunca… — comencé, toda la atención de Dante en mí — nunca he hecho esto antes… no así… no todo…

Sus manos experimentadas abrieron aún más mis muslos, su cuerpo musculoso subiendo por el mío, las caderas encontrando el encaje perfecto. Sentí su miembro, enorme, pulsando comprimido contra mi monte de Venus. Jadeé, cerrando los ojos por un momento. Y entonces sentí la respiración de Dante mezclándose con la mía. El aliento embriagador de su voz, incluso antes de que las sílabas realmente salieran:

— Define todo…

Mis manos migraron hacia su cuello ancho y tatuado.

— Nunca he sido… — comencé nuevamente, distrayéndome con los labios de Dante en el proceso — nunca he experimentado… — confesé, la punta de mis uñas jugando con los tatuajes de su cuello, antes de que mis ojos intentaran escapar de la prospección de los suyos. — Soy virgen, Dante…

Él asintió, la mano acariciando el costado de mi cuerpo hasta envolver mi muslo.

— No necesitamos hacer todo ahora, si no quieres. Te dije que nunca te forzaría a nada y hablo en serio.

Lo creía. Y no había nada como la sensación de creer y no sentirse idiota por ello. Creía con todo mi corazón y, porque creía, quería tener absolutamente todo lo que Dante pudiera ofrecerme. Moví la cabeza, mis brazos pasando por sus anchos hombros, mi boca encontrando su cuello y besando la piel caliente. Una. Dos.

Tres veces. Mi lengua salió para probar también, ávida por sentir el sabor de Dante, y bailé sobre su piel hasta encontrar el lóbulo de su oreja.

— Pero quiero hacer todo ahora… — Succioné el pendiente plateado que siempre estaba allí. — Todo contigo.

Los labios de Dante se encontraron con los míos. Con hambre, lujuria, deseos casi animalescos que yo correspondí, dejándome llevar por esa espiral de placer, sin mirar atrás. Sus dedos grandes encontraron mi intimidad, probando, volviéndome loca, entrando y saliendo de mí. Nunca todo. Nunca suficiente. Lejos de apaciguar mi propia hambre que solo crecía a medida que escuchaba el ruido húmedo que los dedos de Dante hacían mientras jugaban entre mis piernas.

— Necesito más… — gemí, sin darme cuenta de que estaba usando el español — dame más — imploré, sobre mi respiración entrecortada. — Por favor… por favor.

La boca de Dante dejó la mía, explorando mi mentón, mi mandíbula. Su respiración también era pesada, jadeante, y sentí cuando su miembro se posicionó en mi entrada, deslizándose lentamente. Gemí en anticipación. Algo dentro de mí parecía expandirse para recibirlo. La boca de Dante estaba contra mi oído ahora, dándome escalofríos que hicieron que mi intimidad se contrajera.

— Háblame… — me pidió —, déjame saber si está todo bien… si quieres parar… si quieres continuar… cualquier cosa. — Los labios de Dante probaron el punto detrás de mi oreja. — *Va bene?*

Va bene. Va bene. Va bene, quería gritar de vuelta, hacer cualquier cosa para que Dante me diera lo que necesitaba. Pero, en ese preciso momento, el miembro duro comenzó a deslizarse dentro de mí. Y me quedé completamente sin palabras, sintiendo cómo toda la extensión pedía espacio lentamente contra mis paredes, una presión cercana a una contracción de dolor asomándose en mi bajo vientre.

Escuché una risa grave contra mi oído y sonreí también, tragando en seco.

— Más… — pedí. — Quiero más.

Dante empujó más dentro de mí, y el ardor me sorprendió. Mis uñas se clavaron en su piel y mi intimidad se contrajo, involuntariamente, pareciendo más bien estrangular el miembro de Dante dentro de mí.

Gemí, y él también gimió. Me encantaba cuando lo hacía gemir de esa manera. Dante chasqueó los labios contra mi oído.

— Merezco una mención honorífica por conseguir no venir ahora mismo.

— Tú… — murmuré. — Él… es caliente… A pesar del dolor, a pesar del ardor, me sentí aún más mojada. Me sentía… poderosa. — ¿Te gusta… cuando aprieto? — provoqué, jadeante, mis uñas paseando por su espalda.

— Safira… — murmuró él, con un tono de advertencia, como si no tuviera idea de cuánto estaba tratando de controlarse. — No te preocupes por mí. Haz lo que sientas, lo que te dé placer. Voy a venir sin importar lo que hagas, créeme.

Ah, yo creía. Y me gustaba mucho escuchar eso. Sonreí, mordisqueando el hombro de Dante, mis pies paseando por los muslos musculosos hasta alcanzar sus nalgas. Hice presión justo allí.

— Te quiero entero dentro, Dante… — susurré. Su mano sostuvo mi rostro, sus labios buscaron los míos. Las caderas retrocedieron, saliendo de mí, y luego volvieron. Retrocedieron y volvieron. El sonido delicioso me dejaba completamente perdida. Entonces, después de retroceder una vez más, volvió. Todo. Todo dentro de mí. Finalmente.

Solté un grito, mi respiración suspendida por un momento, ante la presión aún mayor.

— Háblame, Safira… — susurró Dante, recordándome, y yo asentí, consciente de que él necesitaba un visto bueno sobre si estaba bien o no. Yo, por mi parte, necesitaba sentirlo mejor.

Apreté deliberadamente el miembro dentro de mí, sintiéndome completa, casi… *ahogada*. No de una manera mala. Lejos de ser una manera mala. Existía el dolor, existía el ardor, pero había una mezcla de sentimientos hirvientes que luchaban con las sensaciones incómodas.

Pertenencia. Placer. Deseo. Jadeé.

— No puedo… ser tan articulada así… con él dentro de mí…

Dante levantó una ceja… la boca saboreando la piel de mi cuello.

— Safira…

Lo apreté una vez más.

— Es… grueso y… enorme — me decidí. Fue el turno de Dante de parecer temblar, antes de susurrar:

— La combinación perfecta para un coño mojado y apretado… *Mi coño*.

Aquel conjunto de palabras sacó de quicio cualquier sensación de racionalidad que aún existía dentro de mí. Dante comenzó de nuevo el vaivén, mi pezón rozando contra su pecho todo el tiempo, mis gemidos escapándose de mis labios con cada embestida. Probé un movimiento de cadera, mis pies empujando las nalgas de Dante, haciéndolo entrar con un poco más de fuerza dentro de mí.

— Más… más, Dante… — Me vi implorando.

Él me besó. Mi boca. Mi piel. Besó cada parte que sus labios provocadores alcanzaban. Las caderas de Dante se movían lentamente, dando pequeñas embestidas.

— ¿Más? — provocó, mordiendo mi boca, los ojos oscurecidos por un deseo primitivo, capaces de dejarme aún más sin aliento. — ¿Quieres más de mi polla? ¿Quieres que te marque como mía?

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí, lo quería! Balanceé mi cabeza, sujetando el cuello de Dante con fuerza.

— Tu… — murmuré — tu mujer… solo tuya.

Dante soltó un gemido de placer y embistió. Más fuerte. Más rápido. Las caderas moviéndose contra las mías. Él nunca se detuvo… hasta que alcancé mi orgasmo.

Una ola de placer incapacitante me asaltó, quitándome el control sobre mis propios músculos, que temblaron, se estiraron y se deshicieron en los brazos de Dante mientras explotaba en mil pedacitos. Mi visión se nubló, mi intimidad pulsando sin parar.

— Dan… te… ¡Dante! — lloriqueé, gemí, grité, llamándolo. Mi intimidad apretándolo tan fuerte que apenas escuché su rugido de placer sobre mí y ya sentí chorros calientes siendo derramados.

Abrí los ojos, dándome cuenta de que Dante también había alcanzado el orgasmo, y lo había hecho dentro de mí, mientras se

movía, completamente enterrado.

Suya. Yo era completamente suya. Siempre sería su mujer.

Él se desplomó a mi lado, saliendo de dentro de mí. Sentí la evidencia de su placer escurriéndose entre mis muslos y sonreí, cerrando los ojos, completamente exhausta y satisfecha. Dante respiró hondo, el dorso de sus dedos tocando el costado de mi rostro de una manera que, por alguna razón, calentó mi corazón. La sensación solo aumentó cuando sus fuertes brazos me envolvieron, acercándome más. Dante besó mi boca. Luego mi frente y, por último, mi cabello.

— ¿Qué te parece un baño en la bañera, señora Barone?

Sonreí.

— Señora Barone… Safira Barone… — Chasqueé la lengua, como si probara el vocativo en mis labios. — Me encantaría un baño en la bañera.

Sus brazos me levantaron y no pude evitar pensar que era exactamente así como un novio cargaba a su novia. Recién casados. Dante y Safira Barone.

Me gustó eso. Me gustó más de lo que debería.



Casarme con una mujer virgen e intocable nunca fue una idea que me atrajera, a pesar de que había aceptado ese destino hace algún tiempo. Las mujeres de la *famiglia* eran como princesas, educadas para ser esposas perfectas… y castas.

De alguna manera, cada vez que pensaba en ello, la palabra "frígida" brillaba como un letrero de neón en mi cabeza, y mi mandíbula se tensaba en desagrado casi instantáneamente. Me gustaba el sexo. Bruto, salvaje, lento, con pocas palabras y muchos gemidos; estar ligado a una mujer que no compartiera ese aprecio sería un martirio diario que tendría que soportar en silencio durante todos los días de mi vida a partir de mi matrimonio. Así que exploré los cuerpos de decenas de mujeres, enterrándome profundamente en el mayor número posible de coños calientes y dispuestos a recibirme, disfrutando al máximo la placentera sensación mientras pudiera.

Una vez casado, la única cama que frecuentaría sería la de la nueva señora Barone, por más frígida e indiferente que ella se mostrara. Estaba seguro de que mi mano y mi polla acabarían convirtiéndose en amigos inseparables eventualmente, en las noches en las que quisiera aliviar la tensión de un mal día a través de un orgasmo.

Claro que no contaba con el hecho de que me casaría con una mexicana de belleza dócil y deslumbrante. Virgen, sí… pero extremadamente dispuesta y curiosa por explorar su sexualidad. Y como si eso no fuera suficiente, era una delicia en todos los lugares

donde probé: desde sus labios carnosos suplicando ser besados hasta su piel cremosa y caliente pidiendo ser explorada. Desde sus pezones erectos pidiendo atención hasta su coño apretado y húmedo, suplicando ser follada de todas las formas posibles. Safira era virgen… pero no había un solo gramo de frialdad en su cuerpo jugoso.

Mientras la observaba dormir la mañana siguiente a nuestra noche de bodas, noté cuando su nariz se arrugó levemente; sus cejas imitaron el gesto hasta que sus ojos color zafiro se abrieron hacia mí después de una noche mal dormida.

— ¿Qué pasa? — quiso saber con un bostezo, entrecerrando los ojos hacia mí.

— ¿Esa es tu versión de un buen día?

— Uhmm… esa es mi versión de "¿por qué me estás mirando?". Porque estabas haciéndolo. — Parpadeó, rodando los ojos. — Aún lo estás haciendo, en realidad — decidió.

— No estaba mirando; solo te estaba viendo dormir. Pareces muy tranquila mientras duermes — observé mientras estiraba mi mano para acariciar su suave rostro y apartar la masa pelirroja desordenada sobre él. — Además, quería saber cómo es tu humor al despertar.

Safira abrió una sonrisa radiante capaz de iluminar toda la habitación.

— Ahora lo sabes.

Arrastrándose por el colchón para romper la poca distancia entre nosotros dos, apoyó una mano en mi cuello antes de decir:

— Buenos días.

Sus labios tocaron mi barbilla en un movimiento delicado, casi incierto; luego sus ojos sondearon los míos como si buscaran algún tipo de permiso. Cuando no encontró resistencia, su boca se posó sobre la mía y mis brazos rodearon su cintura delgada automáticamente, acercándola más a mí mientras sentía la sonrisa formarse en sus labios.

— Claro que ya despiertas con una sonrisa en el rostro — observé más para mí mismo que para ella. — ¿Cómo te sientes?

— Muy bien, considerando que te has probado un gigante desde todos los ángulos posibles — observó y fue imposible no sonreír ante su respuesta atrevida.

— Para alguien que era virgen hasta hace pocas horas y tiene un rostro tan inocente, sabes ser bastante directa.

Su rostro adquirió un tono similar al de su cabello y Safira desvió la mirada casi inmediatamente, lo cual mostraba su desconcierto. Pero no era fácil intimidarla; claro que no. Así que su mirada regresó hacia mí.

— Es que no puedo mentirle a mi marido. ¿Crees que le gusta que sea directa?

— Estoy seguro de que sí — admití mientras jugaba con un mechón de su suave cabello entre mis dedos, sintiendo el aroma dulce y afrutado que emanaba de él. — Especialmente porque tiene muchas preguntas por hacer y odia a las personas que dan vueltas para responder.

Sus dientes perfectos atraparon su labio inferior carnosos como si dudara por un instante.

— ¿Qué quieres saber?

— Cosas como ¿por qué te mantuviste virgen? ¿Fue una elección tuya o de tu padrino?

Los ojos de Safira se agrandaron por sorpresa y si fuera honesto conmigo mismo también estaba sorprendido por el rumbo que había tomado mi curiosidad. Si Safira fuera italiana, sabría muy bien qué la habría llevado a llegar virgen al altar; pero habiendo pertenecido a un cartel inmoral e inescrupuloso como el de Tijuana, no podía entender cómo eso era posible. Era hermosa y atractiva después de todo; nada frígida como felizmente descubrí.

— Nunca habló directamente sobre eso conmigo. A veces… — titubeó como si buscara las palabras adecuadas para expresarse. — A veces decía que yo no era una mujer del mundo y por eso no podía dejar que cualquiera se acercara a mí. Pero creo que su control sobre eso fue más indirecto. No podía salir mucho ni ir a fiestas o cosas así. Además, siempre estaba acompañada…

— ¿Acompañada? — repetí, tratando llevar mis preguntas hacia un lugar más seguro.

— Por hombres de mi padrino. Como Sergio.

Sergio… como si ese cobarde realmente pudiera cuidar a alguien.

— ¿Y el tipo de la frontera? — quise saber, dando voz a la duda que había mantenido reprimida desde aquella noche. — ¿Por qué pensaste que te ayudaría a volver a casa en lugar de delatarte con tu padrino?

Safira pareció incómoda; el ligero movimiento en la cama como si buscara una mejor posición fue indicativo.

— Fue mi primer beso — admitió con voz tan baja que casi era un susurro. — Y confío demasiado fácil…

No necesitaba una novia inexperta e intocable; sabía muy bien que ser virgen significaba solo eso: Safira nunca había tenido relaciones sexuales con nadie; pero eso no quería decir que jamás hubiera sido besada o tocada.

Cuando le pregunté anoche, ella dijo que no había hecho todo. ¿Qué quería decir eso? ¿Que había probado algunas cosas que no involucraban penetración? ¿Y en qué consistían esas cosas? ¿Toques íntimos? ¿Sexo oral? ¿La boca de otro hombre en su coño, que devoré anoche? ¿Y por qué demonios me importaba tanto?

— ¿Tu primer beso? ¿Con ese tipo? — Bufé, fingiendo una indiferencia que en realidad estaba lejos de sentir. — No es de extrañar que la idea de casarte conmigo no te pareciera tan absurda, ya que había destinos mucho peores.

Esperaba que ella estuviera de acuerdo, pero no obtuve ninguna reacción que indicara algo así. En cambio, Safira se sentó en la cama, tirando las sábanas para cubrir sus pechos. Como si ya no hubiera memorizado su tamaño, forma, textura, color y sabor a estas alturas.

— ¡Mi turno! — decidió, colocando el cabello detrás de la oreja. — ¿Stefania era tu novia?

Fruncí el ceño hacia ella, sin saber de dónde había sacado esa idea, aunque no era tan absurda, después de todo.

— ¿Qué sabes sobre Stefania? — pregunté, imitando su gesto y acomodándome hasta apoyar mi espalda en el cabecero de la cama.

— Estuvo en tu cumpleaños, y tu madre nos presentó. Siempre me daba el ejemplo de Stefania para hablar sobre todo lo que se

espera de una mujer italiana. Y parece que Stefania comparte el mismo sentimiento que tu madre tiene por mí. Además, vi cómo te miró.

— ¿Cómo me miró? — repetí, porque no tenía idea de lo que estaba hablando.

— Como si estuviera loca por ti — arriesgó ella, formando un puchero adorable al final que indicaba que tal vez su pregunta había sido movida por un atisbo de celos, por pequeño que fuera. Así que fue imposible contener la risa que siguió mientras sacudía la cabeza de un lado a otro, sintiendo mi ego inflarse por alguna razón desconocida. — ¿De qué te ríes? — quiso saber Safira, pero cuando no respondí, ella me acompañó en el movimiento. — ¡Dante! ¡Para! Es una pregunta seria — aseguró con su falso tono de reprimenda, la diversión aún estampada en sus ojos a pesar de ser obvio que quería una respuesta más articulada. Así como yo también quería saber sobre el hombre que fue "tu primer beso".

Quería saber cuántos otros besos hubo, cuántas bocas exploraron los labios carnosos y completamente *besables* de aquella que ahora era mi mujer. No era el tipo de pensamiento que alguna vez imaginé tener acerca de la mujer con quien iba a casarme, pero mi relación con Safira en sí misma no era nada de lo que cualquiera podría haber esperado.

— Solo tuve una novia. Y me casé con ella.

El suspiro de alivio dejando los labios rosados de Safira fue casi imperceptible, pero ahí estaba.

— Nunca hubo nada concreto entre Stefania y yo; solo me preparé para disfrutar una vida aburrida a su lado.

— Uhmmm… — fue su respuesta inmediata, un segundo antes de que sus dedos pasearan por mi abdomen y sus ojos buscaran los míos.

— Prometo dar lo mejor de mí para que no tengas una vida aburrida a mi lado… ¿sabes por qué? — preguntó mientras su rostro se hundía en mi cuello. — Porque te ves muy bien sonriendo, señor Barone — murmuró mientras usaba su lengua para jugar con el pendiente en mi oreja. El simple gesto hizo despertar a mi polla, ansioso por sumergirse entre las piernas de Safira.

— Tu sonrisa tampoco es algo para despreciar, señora Barone — confesé antes de tomar su boca en un beso para hacerla mía otra vez.

El buen humor de Safira pareció desvanecerse en el momento en que pusimos los pies de vuelta en Nueva York. En el coche, ya camino a casa, sus dedos nerviosos no dejaban de jugar con el dobladillo de su falda, que llegaba hasta sus rodillas; una prenda que juraría había sido elegida por mi madre.

Elegante, sí, tal vez ideal para una Safira de cuarenta y pocos años, pero no ahora, que acababa de llegar a la veintena. Necesitaba ropa nueva y alguien que la ayudara a resaltar su belleza. Esos colores pasteles apagados no hacían justicia a su personalidad vibrante.

Intentando evitar que Safira deshiciera toda la prenda antes de llegar a la mansión de la familia Barone, posé mi mano izquierda — ahora con un anillo de matrimonio — sobre su regazo, con la palma hacia arriba, como una invitación. Su mirada sorprendida e incierta se dirigió hacia mí y luego aceptó mi oferta, tomando mi mano y entrelazando nuestros dedos mientras acariciaba el dorso de la suya con el pulgar.

— ¿Nerviosa? ¿Arrepentida? ¿Ansiosa? ¿Asustada? — ofrecí, tratando de averiguar qué pasaba por su cabeza.

— Nada arrepentida — aseguró. — Tal vez un poco de todo lo demás.

Le ofrecí una media sonrisa para intentar calmarla, aunque sabía que mis próximas palabras expresarían todo, menos calma.

— Mi madre intentará destrozarte todos los días. Aún está en negación, creyendo que algo mágico surgirá y deshará nuestro compromiso.

No lo hará, sin embargo. Safira y yo estábamos oficialmente casados y solo la muerte de uno de nosotros podría poner fin a eso.

Sin embargo, Safira tendría que estar preparada para recibir las represalias que vendrían de todos lados.

— Reconfortante — soltó en un suspiro que dejaba claro que era irónica. — Odiaría que ella empezara a amarme y me llamara querida nuera. — Rodó los ojos, enfocando su atención en mí. — ¿Crees que tu padre se molestará?

Safira estaba genuinamente preocupada; por alguna razón, complacer a mi padre se había convertido en una de sus metas en la vida, lo cual confirmaba lo que había dicho sobre confiar demasiado fácil. Se había entregado con gemidos de placer al hombre que alguna vez tuvo la intención de matarla y ahora sentía cariño por el hombre que me hizo prometerle que le daría una muerte honorable e indolora.

— No hay mucho que puedas hacer para que él se moleste por tu comportamiento. —Y era verdad. La furia de Don Barone tendría solo un blanco: su hijo rebelde e imprudente.

— ¿Voy a quedarme en tu habitación ahora? —inquirió Safira, inclinándose hacia mí con un susurro que debería pertenecer solo a mí.

— ¿Qué piensas? — respondí, sin preocuparme por disimular la sonrisa depredadora formándose en mis labios.

— Que tu madre realmente va a destrozarme… — admitió ella, depositando un beso en mi mandíbula que era inofensivo y extremadamente íntimo al mismo tiempo, apoyando luego su cabeza en mi hombro.



Era claro que la *signora* Patrizia estaría esperando en la entrada. Mi suegra, oficialmente. Tragué la bola que se había formado en mi garganta y apreté la mano de Dante. Él me lanzó una larga mirada, como diciendo que no importaba cómo reaccionara su madre o lo que pensara. Enderecé mis hombros, tratando de adoptar esa actitud de indiferencia ante cualquier cosa que viniera de ella, pero no era tan fácil.

Dante comenzó a subir las escaleras conmigo, pero fue interrumpido por uno de los hombres; me hizo un gesto de espera mientras se alejaba ligeramente para escuchar cuál fuera el problema. Me sentiría más que feliz de esperar por él, poco dispuesta a enfrentar a la *signora* Patrizia sola, pero mi suegra parecía tener otros planes. Cuando levanté rápidamente los ojos para verificar si ella me estaba observando, sus ojos estaban fijos en mi mano izquierda. En el anillo que ahora hacía compañía a mi anillo de compromiso. Ella cruzó el espacio entre nosotras tan rápido como la etiqueta permitía. Sus manos agarraron mi muñeca izquierda mientras examinaba la joya y sus ojos oscuros y astutos se levantaban hasta los míos.

— ¿Qué es eso en tu dedo?

Bueno, tenía que admitir que una parte de mí estaba casi divirtiéndose un poco. En mi última interacción con la *signora* Patrizia, ella me había lanzado en cara que nunca sería lo suficientemente buena para su Dante y que ese matrimonio nunca

sucedería. Dos días después, yo era la señora Dante Barone. Intenté contener al máximo mi deseo de sonreír.

— Mi anillo de matrimonio — le dije.

Mi suegra rodó los ojos y el absurdo que empleó en ese gesto hizo crecer una revuelta silenciosa dentro de mí. Su mano soltó la mía con un manotazo.

— ¡No estoy de humor para bromas, *ragazza*!

— Pero estoy hablando en serio — aclaré, conteniendo mi deseo de mirar sobre mis hombros y buscar a mi ahora marido. — Dante y yo nos casamos en Vegas. No me atrevería a bromear con usted sobre esto…

Fruncí el ceño y luego consideré dar una sonrisa genuina de diversión.

— O a bromear con usted sobre nada, en realidad.

Fue como si los ojos de mi suegra se convirtieran en dos llamas incontrolables y ella se acercara más a mí, inflándose, con la compostura hace tiempo perdida.

— *Non ci posso credere*… ¡tu mexicana inmunda! — casi gritó, levantando la mano con clara intención de abofetearme.

Cerré los ojos, mis puños apretados esperando el dolor, pero no llegó. La voz de Dante irrumpió en una avalancha de italiano. Parpadeé, abriendo los ojos solo para darme cuenta de que Dante sostenía el pulso de su madre, colocándose entre nosotras dos; el italiano seguía fluyendo por sus labios. Gentilmente fui empujada hacia atrás por Michele, quien también asumió el frente como si estuviera allí para protegerme. Como si la madre de Dante pudiera realmente pasar por encima de él.

Levanté mis pies, intentando ver por encima de los hombros de Michele.

— ¡Dante! — llamé, o intenté hacerlo, ya que él continuaba con su monólogo en italiano. — ¡Dante! — intenté nuevamente. — Está todo bien. Por favor…

Su cuello giró hacia mí, sus ojos inflamados.

— No está nada bien. No es así como una suegra debe tratar a una nuera.

Casi pude escuchar el ahogo de la *signora* Patrizia ante "suegra" y "nuera".

— Dime que ella está mintiendo, Dante — prácticamente suplicó. — Dime que no te casaste con esta mujer.

Los músculos en la espalda de Dante amenazaron con rasgar el costoso tejido del traje que llevaba puesto.

— Esta mujer es oficialmente una Barone ahora y exijo que sea tratada como tal.

Los ojos de la *signora* Patrizia temblaron horrorizados antes de que sus finas cejas se arqueasen en un gesto irreductible de presunción.

— No bajo mi techo.

Abrí los ojos como platos, mirando entre Dante y ella, esperando una larga discusión o algo por el estilo; pero todo lo que hizo fue asentir con la cabeza.

— Como quieras, *mama*.

Él soltó a la *signora* Patrizia y se volvió hacia mí.

— Haz una maleta pequeña con artículos esenciales y encuéntrame en el coche en media hora.

¿Qué?

Agarré el brazo de Dante sin entender; mis cejas se fruncieron en confusión.

— ¿Qué estás haciendo?!

— Escuchaste a la dueña de casa; ya no eres bienvenida aquí.

Abrí la boca, pero no pude decir nada; una inseguridad me invadió.

— Haz una maleta con artículos esenciales o reutiliza la que usaste en Vegas.

La sonrisa de la *signora* Patrizia se amplió y solté un suspiro incrédulo, sin poder creer que realmente estaba sonriendo. Tragué saliva, moviendo mi cabeza y luego me puse de puntillas intentando susurrar solo para Dante:

— ¿Pero adónde voy?

¿Por qué no me está echando, cierto? No después del matrimonio, las promesas que me hizo ni cómo acaba de defenderme… No después de nuestra noche nupcial.

— Vamos a quedarnos en un hotel hasta encontrar una alternativa mejor. Nosotros dos.

Casi sonreí mientras lo miraba fijamente. Mi suegra dio un paso vacilante más cerca de nosotros dos.

— *Ma che dice?* ¿Cómo así "nosotros"?

La cabeza de Dante se giró hacia ella:

— He asumido un compromiso con Safira para honrarla y respetarla hasta que la muerte nos separe, *mama*. ¿Acaso olvidaste cómo funcionan los votos matrimoniales?

Sus ojos volvieron hacia mí, su mano grande englobó mi rostro con una delicadeza que no parecía hecha para esos dedos… pero sí lo era.

— Estaré en el coche en media hora, *¿va bene*?

Asentí con la cabeza, totalmente perpleja y encantada mientras lo observaba dar órdenes en italiano a uno de los hombres antes de alejarse nuevamente, dejándome otra vez con la *signora* Patrizia, pero ahora acompañada por Michele.

— Signora Barone? — llamó Michele, y por un momento miré a la *signora* Patrizia solo para abrir los ojos como platos cuando me di cuenta de que Michele hablaba conmigo. — ¿Quiere que le acompañe hasta su habitación para que pueda recoger sus cosas?

Era la primera vez que alguien además de Dante me llamaba así. Era un poco extraño, porque cuando Dante lo dijo lo asocié solo a él; cuando Michele lo dijo, sin embargo, pareció un título del cual recién me daba cuenta había recibido.

— Aham… — respondí automáticamente, pero luego me di cuenta de que esa era una respuesta muy inapropiada para ser dada por la signora Barone. — Quiero decir, sí, Michele, por favor.

No podía mentirme a mí misma; la actitud de Dante de salir de casa por mi causa, porque no era bienvenida, encendió algo dentro de mi pecho que solo podía ser mi corazón. Era extraño cómo un fin de semana había cambiado todo. De repente, mis deseos y mi bienestar

eran considerados. Y cómo mi marido parecía más *besable* con cada segundo que pasaba cerca de él. Sin embargo, mientras terminaba de cerrar la maleta y Michele asumía la función de llevarla escaleras abajo hacia la sala, no podía quitarme la sensación de que eso estaba mal. No era como si estuviera sacando a Dante de la casa de sus padres. Estaría sacándolo del núcleo de la *Famiglia*, donde todo se resolvía, donde se mantenían unidos. Era mucho más grande que la *signora* Patrizia y yo.

La sensación de que eso estaba mal solo aumentó cuando, en medio de las escaleras, pude ver a Dante, a la *signora* Patrizia y a Don Barone en una acalorada discusión en italiano. ¡Realmente tenía que aprender ese idioma!

Tan pronto como llegamos al pie de las escaleras y me preparé para esperar en otro lugar, Michele aclaró su garganta, llamando la atención de tres cabezas que se volvieron hacia mí. Abrí los ojos, lanzando una rápida mirada a Michele como preguntándole qué debía hacer ahora que me había convertido en el centro de atención. Di un paso adelante, juntando mis manos frente al cuerpo para que no se movieran vergonzosamente.

— No deberían pelear por esto — comencé, sintiendo el terreno. — No quiero separar a nadie, mucho menos sacar a Dante de aquí. Esta es su casa. Daría cualquier cosa por tener a mis padres conmigo, incluso si fuera para protagonizar discusiones en español que nadie más entendería.

Solté una risita involuntaria solo al pensar en la escena, pero traté de controlarme cuando volví los ojos hacia Don Barone, dirigiéndome especialmente a él.

— Por favor, Don Barone, no se moleste.

— No hay motivos para molestarse, a menos que te incomode tener que deshacer las maletas.

Su mirada, como quien acaba de redactar una ley, danzó entre Dante y la *signora* Patrizia.

— No hay razón alguna para que los recién casados se vayan, ¿o estoy equivocado?

Me quedé completamente estática, imaginando si alguien tendría el valor de contradecirlo; pero mi marido y mi suegra permanecieron

en silencio.

— Eso pensé — decidió Don Barone entonces. Sus ojos se volvieron hacia mí, mucho más amables que antes. — Tienes razón al decir que esta casa también es de Dante, querida. Y, ahora que están casados, también es tuya.

Mi corazón falló un latido. Tenía mil razones para cuestionar esa afirmación. Pero por alguna razón no quería hacerlo. Así que me permití sentir que esa era la verdad a pesar del choque que debería estar estampado en mi rostro. Me acerqué cuidadosamente a Don Barone.

— Entonces ¿no está molesto? —indagué. — ¿Ni enfadado?

Mis cejas se arquearon ante su falta de reacción.

— ¿Levemente molesto? —probé al final.

— ¿Estoy molesto porque tú y Dante se casaron en secreto como si estuvieran viviendo un romance prohibido? — Asentí con la cabeza, y Don Barone continuó: — Sin duda alguna. Pero no hay nada que hacer ahora, ¿verdad?

No mucho; ese fue exactamente el punto cuando Dante hizo la propuesta. Mi suegra, por supuesto, pensaba diferente sobre ese asunto:

— ¡Hay forma de anular este matrimonio y lo sabes bien!

Dante metió las manos en los bolsillos del pantalón, inclinándose ligeramente hacia su madre.

— ¿Para que tu nieto nazca un bastardo?

¿Nieto?, repetí mentalmente esa palabra.

—*¿Nieto?* — la *signora* Patrizia dejó escapar y casi sonreí por haber tenido la misma reacción al menos una vez en la vida.

Miré mi barriga, evidentemente igual a como siempre había estado. No era posible que solo con una vez… bueno, técnicamente, algunas veces, si contábamos las de esa mañana… hubiera quedado embarazada. Mi marido simplemente se encogió de hombros como si la posibilidad de un nieto explicara todo. Dante había dejado claro que nuestro matrimonio había sido consumado.

— Si me permiten un momento, necesito descansar un poco del viaje — anunció. — Apenas he cerrado los ojos en los últimos días.

De esa última parte yo era algo culpable. Dante vino hacia mí rápidamente, tomando mi maleta con una mano y mi mano con la otra, prácticamente arrastrándome junto con él ya que aún estaba algo aturdida con la posibilidad de estar embarazada. No es que no quisiera hijos; en realidad siempre soñé con tener tres y darles toda la infancia que no tuve.

Dante abrió la puerta del cuarto y me hizo entrar primero. Observé cada detalle: la cama combinaba con él en proporciones gigantescas; la decoración en blanco y negro claramente obra de *signora* Patrizia, pero que incorporaba de cierta forma la personalidad del dueño. La habitación incluso olía a Dante, lo cual me hizo sentir instantáneamente cómoda.

Él se dirigió al clóset y yo lo seguí, deteniéndome en el umbral mientras lo veía colocar mi maleta sobre un asiento tapizado.

— ¿De verdad ibas a salir de casa por mi causa? — me encontré susurrando antes de poder contenerme, porque, aunque no estaba de acuerdo con eso, solo pensar en la posibilidad de que realmente lo hiciera…

Dante se acercó lentamente; solo tres pasos largos fueron necesarios para llegar hasta mí. Me enderecé, pegada al marco para dejar suficiente espacio para los dos; aun así el final del pecho roza mis senos.

— Los votos matrimoniales significan mucho para los italianos — me recordó Dante, mirando mis ojos mientras sus dedos levantaban mi barbilla para poder mirar dentro de mis ojos. — No son simples palabras dichas al viento porque alguien pidió que las dijéramos. Si te hago una promesa ten siempre por seguro que voy a cumplirla.

Sonreí, parpadeando varias veces antes de asentir.

— No estoy embarazada… Al menos no creo estarlo… No todavía.

Dante abrió una sonrisa cómplice; el piercing brillando con el bufido que soltó por nariz.

— Tu suegra no necesita saber eso.

Sonreí nuevamente, alcanzando sus anchos hombros con mis manos.

— Eres muy inteligente — dije antes de estirarme para darle un beso en sus labios tentadores.

Sin embargo, tan pronto como nuestros labios se tocaron, las manos de Dante hasta entonces en mi cintura tomaron mis nalgas, apretándolas y tirándolas hacia él para satisfacer sus labios con más deseo sobre los míos. Apenas podía esperar para estrenar nuestra cama.



Agarre las caderas de Safira al mismo tiempo que me lanzaba contra ella, y el gesto pareció ser suficiente para impulsarla a cabalgarme con más fervor, recibiendo una palmada sonora en su trasero redondo como recompensa por su dedicación. Ya no había tanta delicadeza durante nuestras sesiones de sexo, y a Safira no parecía importarle en absoluto. Una vez que tomé su virginidad y el sexo se convirtió en una constante entre nosotros, Safira mostró interés en aprender sobre su propio cuerpo y experimentar los placeres que este podía ofrecerle.

A pesar de que la idea de tener una esposa inocente, a quien debía enseñar cómo ser buena en la danza más antigua del mundo, nunca me había parecido muy agradable, el hecho de que Safira fuera una alumna entusiasta, siempre dispuesta y que aprendía rápido resultaba… excitante. Sus suaves y redondeados pechos con pezones rosados e hinchados balanceándose justo frente a mi rostro, acompañados por los movimientos de vaivén mezclados con los rebotes de Safira… era imposible resistirse, así que tomé uno de ellos entre mis labios, la carne suave y caliente del seno de mi mujer llenando mi boca con su textura aterciopelada.

Sus gemidos de placer se hicieron más altos, uniéndose al chirrido de la cama cada vez que Safira se movía y yo me embestía bajo ella. Nos volvimos insaciables desde Vegas, cuando le mostré a Safira por primera vez las deliciosas sensaciones que su cuerpo era capaz de experimentar. Ya había perdido la cuenta de cuántas veces la vi desmoronarse en placer entre mis brazos, con Safira temblando

de pies a cabeza, su coño apretado en deliciosos espasmos alrededor de mi polla, invitándome a venir con ella; una invitación imposible de rechazar.

Entonces, como siempre sucedía, me dejé llevar; mis brazos apretaban con fuerza la cintura fina de Safira mientras mi boca buscaba la suya y capturaba su gemido de placer.

— ¿Por qué ustedes, mexicanos, insisten en poner aguacate en absolutamente todo? — pregunté, observando a una Safira relajada en nuestro momento después del sexo, disfrutando de lo que aparentemente era su sabor favorito de helado.

Siempre parecía hambrienta después de nuestras desenfrenadas sesiones de sexo, y requería mucho esfuerzo no sentir el ego masajeado al pensar que eso se debía a que, tras entregarse a mí, su cuerpo necesitaba reponer todas las energías.

— ¿Por qué ustedes, italianos, insisten en poner pasta en todas las comidas principales? — respondió, llevando una generosa cucharada de helado a la boca. — Hum… mañana pediré espaguetis con salsa de aguacate.

— Claro, porque ya no hay suficientes conflictos entre tú y mi madre.

Ella puso los ojos en blanco, llenando una cuchara con esa mezcla y apuntándola hacia mí.

— Deberías probarlo…

Ni muerto. Al final de cuentas, había que aceptar que nuestras culturas siempre serían extremadamente opuestas en algunos aspectos, y era algo bueno que el amor por el aguacate fuera lo más extraño hasta ahora. A pesar de nuestra extrema compatibilidad entre cuatro paredes, siempre había pequeños detalles que recordaban la forma poco convencional en que comenzó mi relación con Safira, así como había innumerables cosas que ya deberíamos haber compartido el uno con el otro, si nuestro compromiso hubiera seguido el protocolo tradicional de la *cosa nostra*.

— Nunca hablas sobre tus padres o por qué fuiste a vivir con Quintanilla — fue lo que elegí decir de inmediato, sin darme cuenta.

Hablar o incluso pensar en Quintanilla era algo que me revolvía el estómago; por eso intentaba al máximo no tener que pasar por eso y venía posponiendo a toda costa el momento en que debería hablar sobre ello con Safira. La curiosidad, sin embargo, se mostraba cada día más grande, quizás debido a la proximidad de la pomposa boda que mi madre estaba siendo obligada a organizar. Quintanilla estaría allí, quisiera yo o no, y tendría que lidiar con él de la mejor manera posible si quería evitar un escándalo.

— Nunca preguntaste — respondió Safira simplemente, aun sosteniendo la cuchara con helado cerca de mi boca. — Pero puedo intercambiar esa información por una cucharada de helado de aguacate.

— Soy tu marido y no deberías tener secretos conmigo — le recordé, empleando el máximo de diversión posible en mi expresión para que no se sintiera presionada. La ligereza de su expresión desapareció y abandonó su helado parcialmente derretido sobre la mesa de noche para prestarme atención.

— Mis padres murieron cuando era pequeña — contó con un hilo de voz.

— ¿Cuán pequeña? — quise saber.

— Cuatro o cinco años. — Se encogió de hombros como si ese gesto pudiera aportar alguna casualidad a la conversación, pero no era así. — Recuerdo algunas cosas.

— ¿De qué cosas?

— De mi padre llevándome sobre sus hombros cuando regresaba de algún viaje, corriendo conmigo por la casa. — Sus ojos no estaban en los míos; aun así, pude notar cómo la simple memoria trajo un brillo nostálgico a ellos. — Y mi madre me leía historias completamente inapropiadas. Como Romeo y Julieta. Era actriz de teatro.

Me miró, levantando una ceja pelirroja con una risita discreta que decía todo lo que necesitaba saber. Eso habría sido suficiente para mortificar a la mayoría de las personas, pero yo no era como la mayoría y Safira lo sabía.

— Entonces, cuando dije que eras una gran actriz, tu madre debió estar muy orgullosa de ti.

Le lancé un guiño y ella puso los ojos en blanco como diciendo "eres imposible".

— Y enfadada contigo por ofender a una legión de telenovelas.

No fue precisamente el ápice de mi actuación; en mi defensa, estaba tratando intencionadamente de herir a Safira al mostrarle un desprecio que nunca llegué realmente a sentir. Por eso fui tan efusivo con mis palabras, para convencernos a ambos de que la detestaba y hacer que mi cuerpo dejara de responder al suyo como algo bienvenido.

Safira se acomodó mejor en la cama — en realidad, hacia mí, ya que su cabeza encontró apoyo entre mi cuello y hombro, con una pierna sobre mis caderas.

— Mi padre era uno de los hombres de mi padrino continuó. — Murió a manos de otro cartel. Mi madre estaba junto.

— ¿Por eso te quedaste con él? ¿No había otra opción?

Ella movió ligeramente la cabeza en señal negativa.

— No. Mi madre rompió con su familia cuando decidió quedarse con mi padre y el cartel era todo lo que él tenía.

Lo cual hacía que automáticamente el cartel también fuera todo lo que una pequeña Safira ahora huérfana poseía.

Quise preguntar si encontraron a los responsables del asesinato de sus padres, pero pensé mejor no hacerlo. Quintanilla era un verdadero adorador del derramamiento de sangre; los asesinos de los padres de Safira seguramente pagaron con su propia vida por lo que hicieron. Eso era bueno; una de las pocas actitudes loables del cerdo al frente del cartel de Tijuana.

Era sobre él sobre quien quería saber más; él estaba vivo ocupando el puesto protector sobre Safira, pero si su reacción ante su fuga durante nuestra noche comprometida era un parámetro, dudaba mucho que hubiera cumplido su papel como debía.

— ¿Quintanilla solía agredirte físicamente?

Había formas más delicadas para hacer esa pregunta; no tenía dudas al respecto. Sin embargo, no era conocido por mi tacto para

tratar con las personas, sino por obtener las respuestas necesarias y hacer lo que debía hacerse.

Los ojos brillantes y sorprendidos de Safira cuando su mirada se dirigió hacia mí me dieron la respuesta genuina que quería sin intentar endulzarla o envolverla en tiramisú para hacerla más agradable.

— Solo cuando desobedecía — respondió en un susurro, haciendo parecer sus palabras una situación mucho mejor de lo que su mirada aterrorizada daba a entender como creí podría suceder. — Aprendí a obedecer; también aprendí a sentir cómo cambiaba su humor.

Sus labios se curvaron en un esbozo de sonrisa como si todo esto fuera mínimamente aceptable y Safira hubiera logrado manejar muy bien la situación para librarse del temperamento explosivo del padrino.

— Si me mantenía fuera del camino; si hacía lo que él quería todo iba bien.

Eso explicaba tantas cosas acerca de Safira: cómo siempre parecía andar sobre huevos desde que llegó a esa casa; como una prisionera disfrazada de invitada; cómo siempre tragaba las ofensas hechas por mi madre y nunca parecía capaz de responder, aunque sabía perfectamente que tenía una lengua afilada para las respuestas y una mente astuta.

Sobre todo, la forma en que ella esperó, impasible, la bofetada que mi madre habría lanzado en su rostro, si no me hubiera interpuesto entre ellas. Era como Safira solía soportar los abusos de Quintanilla: en silencio, con los ojos cerrados, tratando de tomar nota de lo que había hecho para que el error no se repitiera y, con él, una nueva represalia.

Mi mandíbula estaba apretada por la rabia; mis manos hormigueaban deseando tener la oportunidad de agarrar el cuello de Quintanilla y ver puro desespero y dolor en sus ojos hasta que no quedara aliento en su miserable cuerpo. ¿Cómo había sido capaz de lastimar a Safira de esa manera? No era sorprendente que ella hubiera intentado una segunda fuga, lejos de él y también de mí,

prefiriendo la muerte obvia a una vida en la que tendría que jurar obediencia al cartel de Tijuana o a The Arm.

No, no era un príncipe encantado; y aunque era un monstruo, era un tipo diferente al de Quintanilla, con un sentido del honor y deberes que él jamás tendría. Un monstruo que enfrentaría al mismo demonio si se atreviera a dañar a mi familia. Y ahora, Safira era mi familia, mi esposa, el objetivo de mi lealtad y protección; nunca permitiría que ninguna de estas cosas estuviera abierta a discusión.

Mi mano gigantesca y de apariencia ruda acarició el delicado rostro de mi esposa de la manera más suave que pude esbozar, mi pulgar acariciando una de sus mejillas sonrosadas.

— No va a volver a suceder, ¿*va bene*? Quintanilla nunca más te tocará — prometí.

Ella sonrió, mostrando una fila de dientes blancos perfectamente alineados mientras tocaba mi cuello con la palma de su mano.

—*Va bene* — asintió ella, depositando un suave beso en mis labios. — ¿Puedo hacerte una pregunta también?

Solo asentí y Safira tomó una larga respiración antes de continuar:

— Cuando estaba en el galpón, me diste comida y te conté algunas cosas. Si no hubiera mencionado a mi padrino… ¿me habrías dejado ir o me habrías matado?

Podría mentir; después de todo, era bueno en eso. Pero ¿de qué serviría? La lealtad y la confianza deben ganarse día tras día. Nunca podría exigir honestidad a alguien a quien engañé, incluso si la mentira tenía las mejores intenciones. En este caso, preservar la paz que reinaba en mi reciente matrimonio. Habría sido mejor que Safira nunca me hubiera preguntado nada al respecto; sin embargo, no fue así. Por lo tanto, solo había una forma realista de manejar la situación.

— No tenía alternativa — confesé, esperando que el dolor invadiera esos bonitos ojos azules que miraba. Pero no llegó. En cambio, los dedos de Safira, hasta entonces posados en mi cuello, trazaron formas sin sentido sobre mi piel, acariciándola sin mostrar ni un gramo de sorpresa.

— Lo sé — admitió ella, asintiendo levemente con la cabeza.

— Entonces ¿por qué te tomaste la molestia de preguntar?

— Porque amo el hecho de que no me mientes. Porque cuando respondes que no tenías alternativa en lugar de un sí me muestra que incluso entonces no habrías encontrado placer en acabar conmigo. Y porque ese no es el punto…

— ¿Cuál crees que podría ser el punto? — Fruncí el ceño.

—Cuando tuviste alternativa siempre elegiste darme una oportunidad. Como cuando me capturaste cuando huí por primera vez y luego cuando intenté hacerlo por segunda vez. Sobre todo porque hoy sé cuán violento puedes ser… y que incluso puedes disfrutarlo; pero sé que jamás serías violento conmigo. Eso es lo único que importa para mí.

Safira era realmente increíble; además parecía tener un imán que la atraía directamente hacia el peligro. Esa era la única explicación para sentirse tan cómoda con un hombre cuyo deber había sido alguna vez acabar con su vida. Esos días quedaron atrás, evidentemente, porque jamás permitiría que nadie tocara ni un solo cabello de mi mujer con intención de hacerle daño.

Tomé su pequeña y suave mano acariciando mi cuello y besé su dorso mientras acercaba su cálido y esbelto cuerpo al mío, sintiéndola relajarse dentro de mi abrazo con la certeza de que nada malo podría alcanzarla allí.



No estaba en absoluto sorprendido al notar que el buen gusto no haría una visita a Alberto Quintanilla ni siquiera en la boda que él se aseguró de que ocurriera. Era de esperar que, en su intento de pertenecer a la *famiglia* en igualdad de condiciones, se ocupara de elegir ropa bien cortada y acorde con la ocasión. En cambio, apareció usando un horrible traje marrón claro, con bordados en azul y crema y un pañuelo llamativo en lugar de corbata. Quintanilla lo hacía a propósito; tenía que ser así, de lo contrario, no aparecería tan caricaturesco en la boda de su ahijada con el heredero del trono de The Arm.

Llegó hablando alto, con su prominente barriga pareciendo haber ganado aún más espacio en las semanas que no nos vimos, sin demostrar la menor educación al saludar a los hombres presentes con palmadas en la espalda que no eran bienvenidas y un medio abrazo, obligando a quien estuviera a su lado a sentir el hedor de su aliento. Como si eso no fuera suficiente, el desgraciado aún tuvo la desfachatez de presumir sobre haber criado una excelente ahijada, dándose todos los créditos por lo que Safira se había convertido: un ser humano admirable, a pesar de él, no gracias a él.

Cuando finalmente pude librarme de su presencia maldita y asquerosa, agradecí a los cielos el hecho de que Quintanilla no sería una presencia constante en nuestras vidas. Sabía muy bien los frutos que esperaba cosechar de esa boda, pero estaba equivocado. Safira no sería más una de sus monedas de cambio; no lo permitiría. Ella ya era una Barone, lo que la convertía en objetivo de la protección

de la *cosa nostra*. Debido a la codicia de Quintanilla, Tijuana había perdido su ventaja en las fronteras; Safira nunca volvería a cruzarlas con dinero pegado al cuerpo, sino como una señora casada, parte de una familia tradicional que jamás había estado en el centro de escándalos de corrupción.

El inicio de la marcha nupcial fue lo que me sacó de mis pensamientos, porque esa era la señal para que Safira apareciera y caminara hacia mí, quien la esperaba en el altar. Parecía aún más hermosa que en nuestra boda en Vegas, algo que pensé imposible. El vestido rojo había dado paso a uno blanco y tradicional, pero eso no disimulaba cuán linda era Safira. Sus labios estaban rosados y brillantes levemente, aunque perdían ante la intensidad de sus ojos azules brillantes incluso desde lejos. Sus manos sostenían el ramo nupcial y temblaban por los nervios como si fuera su primera vez caminando hacia mí con la intención de ser mía; algo que sabíamos no era verdad.

Y como si necesitáramos un recordatorio que nos llevara nuevamente a Vegas, la versión instrumental de "Love Me Tender" robó los acordes de la marcha nupcial tradicional mientras Safira se acercaba cada vez más a mí. Quintanilla estaba a su lado, claro. Nunca perdería la oportunidad de interpretar al padrino dedicado y amoroso que nunca fue para mi Safira; pero ni eso fue capaz de aguar mi humor. Un ángel con vestido de princesa, hermosos ojos azules y sedosos cabellos rojizos estaba a punto de convertirse en mi esposa ante un montón de testigos; un ser insignificante como Quintanilla no arruinaría ese momento.

Con Safira ya a pocos pasos de mí, hizo una leve reverencia hacia su padrino para que este pudiera depositar un beso en su frente. Luché contra el nudo en mi estómago esperando poder esbozar una expresión insondable como las del Francesco. Safira me extendió la mano y yo la tomé con cuidado, depositando un largo beso en el dorso mientras frotaba mi pulgar contra su frente como si ese gesto pudiera borrar el vestigio del asqueroso beso de Quintanilla sobre su piel cremosa.

— Deberías usar más vestidos de novia, *signora* Barone, porque te ves deslumbrante en ellos — murmuré para que solo Safira

pudiera escucharme y tuviera certeza de que estaba aún más hermosa y radiante que nunca.

— O tal vez sea solo Elvis cumpliendo su papel… — provocó ella, levantando uno de sus hombros con elegancia y seducción al mismo tiempo. — Otra vez… — se aseguró enfatizar para que no olvidara nuestro tema sobre la boda en Vegas probablemente.

— Perdona por romper una de mis promesas — susurré. No necesitaba elaborar esa frase para que el brillo del entendimiento iluminara esos bellos ojos azules justo frente a mí. — No volverá a suceder — juré, ofreciéndole mi brazo para que entrelazara el suyo allí.

— Lo sé — admitió Safira suavemente; su certeza y confianza en mí movían cosas en mí que no sabía cómo denominar, pero transmitían una sensación placentera.

El padre elegido para oficiar mi boda con Safira hizo un discurso bellísimo sobre honrar a tu cónyuge, respetarlo y amarlo incluso en los momentos más difíciles de la unión. Dijo muchas otras cosas también, pero no presté mucha atención a ellas. En los últimos minutos, había un escalofrío subiendo por mi espalda, como si algo horrible estuviera a punto de suceder y no tuviera idea de cómo podría evitarlo. Con la máxima concentración que pude reunir, mantuve mi mirada en Safira y en todo lo que la rodeaba mientras ella hacía sus votos para mí y deslizaba en mi dedo anular izquierdo su alianza, el símbolo físico de nuestra unión. Entonces me apresuré a hacer lo mismo. Sosteniendo su delicada mano con la mía, comencé a pronunciar mis votos para Safira mientras sostenía su anillo, listo para deslizarlo poco a poco por su dedo a medida que las palabras salían de mi boca.

Lo que ocurrió, sin embargo, fue un sonido que conocía: un arma disparándose y rompiendo uno de los vitrales de la iglesia, los fragmentos tintineando al caer al suelo y, antes de que pudiera haber cualquier otra reacción, sonaron tres disparos consecutivos.

Por un momento olvidé el lugar sagrado donde estábamos y maldije en italiano. Abracé a Safira con fuerza, rodando con ella hacia el suelo y haciendo de mi cuerpo un escudo para el suyo, odiando el ridículo acuerdo de paz que rodeaba las bodas. Las armas estaban prohibidas; estábamos dentro de una iglesia y ese debería ser un territorio neutral. Sin embargo, ahora alguien lo había mancillado, y mis ojos inquietos recorrieron a Safira lo más rápido que pudieron para comprobar su estado mientras la palpaba en busca de alguna herida.

— Estoy bien — aseguró ella con una voz entrecortada, ya que necesitaba sostener todo mi peso mientras yo actuaba como escudo para ella. Mis músculos cedieron parcialmente, siendo invadidos por una ola de alivio; pero entonces un grito visceral y desesperado cortó el aire por encima del murmullo que se había formado.

— ¡VITTORIO… NO!

Mi cabeza giró instintivamente hacia el lugar de donde provenía el sonido porque reconocería esa voz y el grito de dolor entre toda una multitud desesperada. Era la voz de mi madre, desorientada, mientras abrazaba a mi padre. Él tenía los ojos vidriosos y un cuerpo inerte, con sangre brotando de su costoso saco en la altura del pecho. Vittorio Barone, el Jefe de la Familia The Arm de Nueva York, había sido asesinado en plena boda de su único hijo y heredero.



No era justo.

Suspiré, mirando alrededor a las decenas de personas vestidas de negro de pies a cabeza, de pie, alrededor del ataúd mientras el padre terminaba las bonitas palabras que podrían honrar a Don Barone, pero que jamás harían que el luto por él fuera menos pesado.

No era justo.

Me acerqué al ataúd, dejando una rosa roja y despidiéndome por última vez del hombre de quien había aprendido a querer tanto.

Gracias por todo, Don Barone.

Volví a mi lugar, al lado de Dante. Creo que nunca me había sentido así, tan triste e impotente al mismo tiempo. Las lágrimas salían silenciosas como si fueran de un grifo que no podía cerrar, avanzando por el borde de mis gafas de sol. Quería tanto a Don Barone. Él había sido el más amable conmigo desde el principio. Y en los últimos tiempos, habíamos desarrollado un cariño que, a pesar del hombre del crimen que era, sabía que era verdadero. Jugábamos al ajedrez juntos. El recuerdo casi me hizo sonreír.

Don Barone me enseñó, con toda la calma del mundo, a jugar con lógica y no con suerte. Sabía que cuando hacía eso también me enseñaba más sobre la vida; sobre el mundo del crimen y las relaciones complejas y peligrosas de las cuales siempre había formado parte, pero cuyas reglas desconocía. Me dejó menos inocente, pero me trató como si fuera digna de su hijo cuando todos los demás me decían que no lo era.

En agradecimiento, siempre hacía quesadillas que parecía disfrutar y las dejaba en su oficina. Nuestro pequeño refrigerio secreto, ya que la *signora* Patrizia probablemente lo desaprobaría. Él cuidó de mí de muchas maneras, haciendo mucho más de lo que mi padrino había hecho en toda mi vida.

Levanté mis ojos sin girar la cabeza, buscando a Quintanilla; algo sobre su presencia me causaba un nudo en el estómago, casi como si prefiriera que los lugares estuvieran intercambiados. Que fuera él quien estuviera en el ataúd y no Don Barone. Sacudí la cabeza, sorprendida por ese pensamiento sombrío, sin entender muy bien de dónde venía.

De cualquier manera, nada podría cambiarse; ni siquiera la horrible corbata azul de mi padrino, que parecía un insulto incluso para mí. Dante también estaba destrozado, pero no necesitaba mirarlo para saber que no lloraba. Eso, de alguna manera, me preocupaba. Era un gigante, sí, pero existía un límite emocional que su tamaño podía albergar.

Mis ojos capturaron sus puños caídos a lo largo del cuerpo; entonces, por instinto, mis dedos deslizaron por su antebrazo hasta envolver su mano cerrada con la mía. Los dedos de Dante se abrieron hacia mí, entrelazándose con los míos mientras apretaba mi mano con fuerza una vez. Ese apretón y esa unión hicieron que mi corazón perdiera un latido porque ver a Dante triste parecía capaz de hacerme sentir aún más triste también.

Me puse de puntillas en mis botas negras estirándome hasta besar suavemente su mandíbula dura y cerrada; mi cabeza buscaba el apoyo de sus fuertes hombros para poder descansar allí. Fue como una invitación para Dante; deshizo nuestro apretón solo para pasar su brazo por mi cintura y acercarme más hacia él mientras mi mano descansaba en la suave solapa de su traje.

Sentí cuando la nariz de Dante se hundió en la parte superior de mi cabeza e inhaló profundamente. Sonreí solo un poco, acariciando lentamente el pecho de mi marido donde la angustia debería estar hablando más fuerte. Sabía exactamente dónde estaba esa angustia porque yo también estaba angustiada.

No podía dejar de considerar que en los últimos tiempos Dante y su padre no habían estado en los mejores términos. La relación entre ellos había estado marcada por turbulencias desde el momento en que yo me convertí en testigo y luego mi padrino exigió la boda. Me preguntaba cuánto había afectado eso a Dante.

Don Barone se había ido para siempre y ¿qué pasaría por la mente de mi marido? ¿Sentía que su relación con él no había terminado de la mejor manera?

— Tu padre lo sabía — susurré para que solo Dante pudiera escucharme.

Él se apartó lo suficiente para poder mirarme con el ceño fruncido.

— ¿De qué hablas?

— Tu padre sabía cuánto lo amabas —le cedí una pequeña sonrisa. — Y tal vez hayas olvidado esto, pero sé que él estaba muy orgulloso de ti.

Casi pude ver una sonrisa nacer en los rasgos de Dante. Levantó ligeramente mis gafas para mirar dentro de mis ojos antes de decir:

— Gracias a él tengo a ti.

Don Barone había sido enterrado el día anterior, y Dante había asumido el puesto de Don de la *famiglia* The Arm. Observé las honras rendidas por los hombres con el corazón en la garganta, porque sabía que ese era un título muy especial, pero también sabía que Dante no esperaba recibirlo así, ante la muerte de Don Barone. No parecía justo tampoco que, justo después de la muerte de su padre, Dante tuviera que lidiar con asuntos y cuestiones relacionadas con la *famiglia*.

Sabía que el asesinato de Don Barone también sería un tema complicado, porque quienquiera que hubiera disparado esa arma no había sido encontrado. El autor intelectual era un misterio y, conociendo a mi gigante particular como había llegado a conocerlo, estaba segura de que ese era el punto que más lo sacaba de quicio.

También sabía que Dante probablemente estaba dándole vueltas a eso en la oficina. Ya era tarde y vi desde el balcón cuando los hombres de confianza salieron, así que decidí ir tras mi marido para que no pasara una noche en vela desmenuzando sentimientos de tristeza y venganza.

Vendetta — era como decían los italianos.

Cuando llegué a la oficina, me di cuenta de que Dante no estaba solo, sino con *signora* Patrizia. Suspiré, decidida a dar media vuelta para no interrumpir la conversación entre madre e hijo; sin embargo, escuché algo salir de la boca de *signora* Patrizia que me hizo detenerme en seco.

— … ahora puedes deshacerte de la mexicana inmunda… — dijo ella en italiano y gracias a las clases particulares que había estado tomando, el idioma dejó de ser un completo extraño para mí.

Abrí los ojos como platos, inclinando mi cabeza instantáneamente para acercar mi oído a la pesada puerta de madera que estaba entreabierta.

— Su nombre es Safira — replicó Dante, también en italiano, y mis ojos encontraron su figura alta a través del resquicio de la puerta. — Y ella es una Barone ahora.

Sentí cómo mi respiración salía en un suspiro profundo, como si un gran peso sobre mis hombros hubiera sido levantado.

— La única razón por la cual este matrimonio ocurrió, Dante, fue tu padre. No hay razón para continuar con esta insensatez; los votos no fueron confirmados.

¡Claro que sí lo fueron! ¿No?

Parpadeé recordando la iglesia, la boda y lo que sucedió antes del tiroteo. Yo le había puesto el anillo a Dante, pero él no llegó a ponerme el anillo a mí. Mi corazón perdió un compás.

— Safira y yo estamos casados desde Vegas, *mamma*. Poco importa si el padre no terminó la ceremonia.

Sí, estuve de acuerdo silenciosamente. ¡Vegas! Yo era mujer de Dante desde Vegas; él me había prometido que nada cambiaría eso.

Signora Patrizia se rió con un sonido puro de desdén.

— Vegas puede ser anulado. El juez puede ser comprado. Podemos arreglar esto.

¿Podían? Una parte de mí me decía que ignorara y saliera de allí, pero era una parte muy pequeña en ese momento, porque un sentimiento de revuelta amenazaba con ahogar mi garganta si no explotaba. Estaba enfadada. Enfadada por Dante. Por tener que escuchar a *signora* Patrizia vomitar todo eso.

¿Acaso no se daba cuenta de que él estaba cansado? ¿Que ya tenía demasiadas cosas con las cuales lidiar? ¿Que acababa de perder a su padre y tenía derecho a simplemente existir sin tener que resolver nada durante al menos un minuto?

También estaba enfadada por Don Barone. Él fue el hombre más honorable que conocí en toda mi vida y merecía que su memoria fuera guardada y no utilizada como pretexto para que *signora* Patrizia lograra lo que siempre quiso: deshacerse de mí.

"La única razón por la cual este matrimonio ocurrió, Dante, fue tu padre."

¿Acaso no se escuchaba? ¿No podía entender cuán mezquino sonaba eso? ¿No podía encontrar ni una pizca de algo bueno sobre mí que pudiera hacerla respetarme, aunque sea un poco? ¿Nunca se le pasó por la cabeza pensar que Dante podría estar satisfecho? Porque yo lo estaba.

Satisfecha. Feliz. En medio del huracán y del luto por Don Barone… extrañamente aún me sentía segura y cuando pensaba en por qué me sentía así, siempre venía a mi mente la imagen de un cierto gigante: mi Dante Barone.

— ¿El cuerpo de tu marido ni siquiera se ha enfriado en la tumba y esa es tu preocupación? — Dante lanzó con incredulidad, aunque su tono era bajo y controlado.

— Exactamente. Ya he perdido a mi marido, no voy a perder también a mi único hijo, no hay la menor posibilidad de que eso suceda.

¿En su opinión, yo era equivalente a un asesinato, entonces?

Basta. Di un paso al frente.

— Dante no está perdido, *signora* Patrizia. Y, según todas las leyes que usted tanto sigue, yo realmente no lo merezco. Pero, independientemente de todas ellas, usted tampoco merecía a Don Barone.

No podía creer que fuera yo misma quien decía eso. Tampoco mi suegra lo creía, si me basaba en su mirada perpleja, mirándome de arriba abajo, claramente preguntándose cómo había tenido el valor.

— ¿Cómo te atreves a insultarme así dentro de mi propia casa? — espetó ella, volviéndose hacia Dante. — ¿Estás escuchando esto, Dante? Apenas hemos perdido a tu padre y esta serpiente ya está mostrando de qué va.

Sacudí la cabeza, incrédula, y levanté el mentón, decidida a no dejarme intimidar. No esta vez.

— ¡Exacto! Don Barone acaba de morir — señalé, porque aparentemente *signora* Patrizia necesitaba el recordatorio, aunque decir eso en voz alta hizo que mis ojos ardieran. — Dante acaba de perder a su padre y, en lugar de que usted respete su luto, no puede contenerse hasta que vierta la próxima cosa amarga y desafortunada que le venga a la cabeza.

Signora Patrizia seguía mirándome con incredulidad y, cuando parecía estar a punto de replicar, continué:

— Eso es todo lo que hace usted, todo el tiempo — desahogué, soltando un suspiro cansado; mi tono se suavizó, casi volviéndose apaciguador. — Dante solo tiene a usted ahora; entonces, ¿no puede ser amable por cinco minutos? ¿Respetar la muerte de Don Barone? Puede intentar deshacerse de mí después de eso.

Signora Patrizia dio un paso hacia mí; tenía toda la intención de intimidarme, pero no me aparté.

— No voy a permitir que robes ni un día más del que ya has robado de la vida de mi hijo. Si es necesario dejar de lado el luto por mi marido por ahora, lo haré siempre y cuando desaparezcas de nuestras vidas.

Ella levantó el dedo en señal amenazante hacia mí.

— ¡No descansaré hasta que vuelvas al agujero del que nunca debiste haber salido!

— ¡Basta! — Era la voz de Dante, alta y potente como un trueno. Abrí los ojos como platos y *signora* Patrizia giró la cabeza, visiblemente asustada.

— Dante… — balbuceó ella. Probablemente nunca le había hablado así antes. Lo observé con las fosas nasales infladas y una

vena marcada en la frente. Había llegado al límite o estaba muy cerca de él.

— No quiero escuchar ni una sola palabra más, *mamma*. Vive tu luto cuando quieras, pero no te atrevas a decirme cuándo y cómo enfrentar el mío.

Y así, como un trueno, salió del cuarto, dejando un silencio tan denso que casi podía sentirlo con la punta de mis dedos.



Seguí a Dante hasta nuestra habitación, con la respiración contenida ante lo al límite que parecía. Pasó por la puerta, agarrándose el cabello, antes de colocar las manos en las caderas y caminar de un lado a otro. Se veía tan guapo vestido de negro, pero odiaba las razones por las cuales usaba ese color esta vez. Odiaba que pareciera tan tenso y preocupado.

Cerré la puerta, acercándome a él, colocándome en medio del camino y haciendo que dejara de intentar desgastar los zapatos italianos en el suelo de nuestra habitación. Mis manos fueron directamente hacia su cuello, la pulsación de Dante rápida y fuerte bajo la punta de mis dedos. Busqué sus ojos verde oscuros, tan hermosos y peligrosos, llenos de confusión. Él miró profundamente en los míos, la punta de mis uñas trazando la carótida que latía con fuerza, como si eso pudiera calmarlo.

Podría preguntarle si estaba enojado porque enfrenté a su madre. Una parte de mí quería, de hecho, asegurarme de que no estuviera molesto. Sin embargo, había algo mucho más grande e importante que eso. Algo que debía decir antes que cualquier otra cosa.

— Estoy aquí por ti, ¿*va bene*? — susurré.

Algo en los ojos de Dante cambió. No tuve tiempo para pensar ni analizar lo que fuera, porque en el instante siguiente me agarró del cabello y su boca cubrió mi gemido arrastrado. Un beso potente. Apasionado.

Mi corazón palpitó ante la premisa de que Dante se había enamorado de mí. Nunca pensaba en nuestra relación en esos términos, tal vez porque yo misma estaba ignorando cuánta pasión existía en mis propios besos. En todos los besos que le entregaba a él.

Dante me tiró de la cintura, su toque bien colocado haciéndome gemir nuevamente. Me quedé sin aliento ante su lengua posesiva sorbiendo la mía.

Me agarró por las nalgas, solo la punta de mis dedos de los pies deslizándose por el suelo mientras Dante me guiaba hacia la superficie plana más cercana: el aparador de nuestra habitación. Abrí las piernas hasta el límite, mi vestido deslizándose hacia arriba. Dante se encajó entre mis muslos, agarrándolos como si así pudiera unirse más a mí, el volumen de sus pantalones en contacto con mi ropa interior haciendo que los dedos de mis pies se contorsionaran en anticipación. La boca de Dante dejó la mía, trazando un camino rojo de besos y succiones por la piel de mi mandíbula, sus manos apretando mis muslos, mis caderas, mi espalda. Todos los lugares.

— Cabes tan perfectamente dentro de mis brazos… — murmuró, con un tono áspero y potente — hueles tan bien… — continuó, sorbiendo mi cuello, haciéndome delirar. Una de las manos de Dante volvió a mi muslo, marcando mi piel, exactamente de la manera que me excitaba tanto. — Tan suave y tentadora. — Su pulgar encontró mi ingle, haciendo círculos que me obligaron a mover las caderas, intentando llevar el toque un poco más hacia la izquierda, justo donde lo necesitaba. — No puedo resistirme a ti, Safira. — Sonó como un desahogo y, a pesar de todo el deseo, logré abrir los ojos. — Perturba todos mis sentidos.

Mi corazón parecía aún más descompasado. Era casi como si Dante acabara de declararse a mí. Era lo que cada poro de mi cuerpo sentía en ese momento. Lo tiré del cabello en la nuca, forzándolo a mirarme.

— No tienes que resistirte… — le recordé, mis dientes cerrándose en su labio inferior y succionándolo hacia mí mientras mis dedos trabajaban ansiosos en los botones de su camisa negra. — Soy tuya, Dante.

Él me miró, confundido y luego sorprendido, casi como si no se hubiera dado cuenta de que había dicho esas cosas en voz alta. Pero entonces la comisura de sus labios se levantó, en satisfacción y malicia, sus dedos recorriendo mi rostro… mi cabello.

— Mía… — confirmó, casi rugiendo. — Eres solo mía… de nadie más.

Y me atacó de nuevo, su boca sobre la mía, yo desabrochando su cinturón mientras Dante simulaba embestidas contra mí mientras sorbía la piel de mi mandíbula, de mi cuello, de mi pecho. Una tirante del vestido bajada revelando un único seno que él levantó con la mano y tomó con la boca, haciéndome gritar.

Dante dejó de chuparme, levantando una de mis piernas sin aviso, quitándome las sandalias y masajeando mis pies como siempre hacía, antes de besarlos, subiendo por mi pantorrilla y la curva de mis rodillas, marcándome por completo. Me sentía… adorada.

— Me encanta cómo me besas en todos lados… — susurré, jadeante. Dante abrió más mis piernas, alcanzando mi entrepierna con su lengua caliente, antes de alejarse. Gemí, pero la frustración no duró mucho, porque Dante me levantó del aparador en un segundo, solo para girarme y hacerme pender sobre el mueble. Mis nalgas estaban vueltas hacia su placer.

Los pulgares de Dante trazaron una línea imaginaria, subiendo por detrás de cada uno de mis muslos al mismo tiempo.

— No te engañes — susurró, su tono áspero me hizo sentir aún más mojada, si es que era posible —, a pesar de besarte en todos lados… — Los dedos de Dante llegaron a la curva de mis nalgas, mi vestido siendo levantado aún más. Sentí cuando mi marido se arrodilló. — … tengo mis favoritos…

Dante apartó mi braga y sentí su boca tomándome por completo. Mi clítoris y mis labios grandes fueron succionados por los labios hambrientos de Dante, la presión haciéndome temblar por completo.

La lengua caliente conquistó su espacio, infiltrándose entre mis pliegues, sorbiendo mi sabor, bailando a través de mi entrada.

Gemí y la mano de Dante se cerró alrededor de una de mis nalgas, apretando fuerte y haciéndome mover mis caderas contra su

rostro, sintiendo su barba arañando mi ingle. No podía ver lo que estaba haciendo, mi cara presionada contra el espejo, mi aliento empañando la superficie.

— Tuya… — balbuceé, no sabía bien por qué, pero eso hizo que Dante succionara más fuerte, dejándome al borde de un orgasmo. Amaba el sonido de su boca, chasqueante y húmeda, contra mi intimidad. — Dante… — pedí, mis paredes internas contrayéndose. Una de las manos de Dante subió más allá de mi trasero, viajando por debajo del tejido de mi vestido, trazando un camino cálido por mi espalda hasta el medio de mis escápulas. Exactamente como le gustaba hacerlo cuando me tomaba a cuatro patas. Lo quería tanto dentro de mí… — Por favor… — supliqué, en italiano.

Sentí su sonrisa contra mí, sus labios envolviendo mi clítoris para chuparlo.

Vi estrellas, retorciéndome, la única cosa que me mantenía en pie era la presión de Dante contra mi intimidad y el aparador, mis pies olvidando su funcionalidad. Gemí, deleitándome con la ola de temblores incontrolables, tan típica de mi orgasmo, y sonreí como siempre lo hacía. La boca de Dante subió, besando mis nalgas, saltándose el tejido de mi vestido, besando mis hombros e infiltrándose en mi cuello. El tamaño de su erección, aún contenida por los pantalones, rozando contra mi punto más sensible y dándome una idea deliciosa… Giré mi cuello, enfocándome en los ojos de Dante.

— Mi turno — susurré. Dante pareció entender de inmediato, alejándose lo suficiente para que me levantara del aparador y me girara hacia él. Alcancé su pecho con un solo dedo, empujándolo hacia atrás. Por supuesto, no tenía la fuerza suficiente para mover a Dante, pero con el toque de mi único dedo, él se dejó guiar, encontrando la cama y sentándose en ella.

Me encantó eso, me encantó cómo me hacía sentir segura de mí misma. Deseada. Poderosa.

Le quité la camisa antes de empujar su torso hacia abajo, animándolo a acostarse. Quité los zapatos y los calcetines, mis manos subiendo por sus piernas musculosas, encontrando el botón de los pantalones de Dante y sacándolo de su lugar. Baje el zipper,

mis dedos infiltrándose en los pantalones y en los calzoncillos, y Dante levantó las caderas, facilitando mi tarea de deshacerme del resto de su ropa.

El miembro erecto saltó, glorioso.

Solo lo observé por un instante, mis manos quitando mi propio vestido. Y luego arrastré mi braga por mis muslos de forma lenta y deliberada. Desnuda ante la inspección de mi marido. Monté sobre los muslos de Dante, sus ojos, atentos, llenos de deseo, me miraron con expectativa. Mis ojos se dirigieron hacia su miembro. Sonreí, mordiendo mi labio inferior.

— Safira… — me advirtió Dante, como si estuviera yendo demasiado lejos con ese juego.

— ¿Qué pasa? — pregunté, en puro atrevimiento, pero no le di oportunidad a Dante para que respondiera. Mis dedos tocaron su miembro palpitante. Amaba el contraste, lo delgados que parecían mis dedos alrededor del grosor de su miembro. Mi dedo índice recorrió la vena prominente, que pareció pulsar aún más ante mi toque.

Mis labios lo besaron lentamente. Saboreando. Mis ojos en Dante, que visiblemente tragó saliva. Englobé su erección con mis labios y succioné. Fuerte. Como Dante solía hacerme. Luego liberé su miembro de forma abrupta.

Me chupé, yendo más abajo.

Lo solté, mi lengua bailando a lo largo de su longitud.

Fui un desastre otra vez. Más fuerte. Más hambriento.

Los dedos de Dante agarraron mi cabello en una cola apretada y su sonrisa traviesa se extendió por mi rostro.

— Usted sabe cómo hacerme relajar, señora Barone…

Me encantaba cuando me llamaba así.

Arqueé mis cejas, dando mi mejor sonrisa traviesa mientras el miembro de Dante se deslizaba más allá de mis labios.

— ¿Lo sé? — lo provoqué, bajando mi lengua hasta la base de su miembro caliente, hasta llegar a sus testículos.

Me dejé guiar por puro instinto mientras tomaba uno de los testículos en mi boca, mis dedos tomando posesión del miembro de

Dante en movimientos de ida y vuelta mientras succionaba su testículo como si mi vida dependiera de ello.

Dante gimió y maldijo en italiano.

Sonreí, mi boca soltando su testículo y abarcando una vez más el glande de su miembro erecto. Esta vez bajé lo más que pude. Toda la longitud caliente y pulsante hasta peligrosamente cerca de mi garganta.

El sonido de mi ahogo resonó fuerte por toda la habitación.

La otra mano de Dante voló hacia mi hombro, acariciándome allí mismo, moviéndose hacia arriba por el costado de mi cuello, su pulgar recorriendo mi garganta. Su mano, que todavía sujetaba mi cabello, me mantuvo allí, mientras sus caderas comenzaron a empujar dentro de mi boca.

Lo observé, mirando hacia arriba mientras él gemía con la mandíbula apretada y chupé su deliciosa longitud.

Estaba colgando de un hilo.

Dante tiró de mi cabello, haciéndome soltar su miembro. Le obedecí gimiendo, molesto. Pero entonces le dio una palmada en uno de los muslos con la mano.

—Siéntate — me ordenó, y me derretí por completo.

Me encantó ese tono de orden.

Me senté, con las piernas abiertas, mi intimidad frotando contra el muslo musculoso de Dante, esparciendo mis fluidos, frotando mi clítoris.

Gemí suavemente.

El miembro de Dante estaba contra mi monte púbico y me encargué de pegarlo allí, masajeando su longitud mientras lo meneaba lentamente.

— ¿Y ahora? — yo instigué.

Los ojos de Dante se entrecerraron al mirarme, porque sí, sabía muy bien lo que vendría después.

Dante se puso de pie, sentándose en la cama conmigo en su regazo, su gran mano sujetando mi cuello para besarme, explorando cada rincón de mi boca mientras agarraba una de mis nalgas, levantándola, poco después, su otra mano recorrió mi cuerpo solo para encajar su miembro en mi entrada.

Y luego hazme bajar.

Jadeé, completamente llena, completamente rendida a Dante, quien tomó mis dos manos, manteniéndolas atrapadas detrás de mi espalda.

Y allí estaba yo: sin la más mínima estabilidad, a merced de mi marido.

Dante embistió una vez, fuerte y lento. Una vez más, aún más fuerte. Y luego sin parar. Sin respirar. Sólo poniéndolo duro dentro de mí. Y acabo de recibir sus deliciosos avances.

Y todo lo que podía oír eran sus rugidos mientras el placer que sentía al penetrarme.

Me encantaban sus rugidos.

Siempre me hacían correrme otra vez.



Los últimos días habían sido un completo infierno y, si no fuera por Safira, ya me habría vuelto loco. Ella era el único rayo de luz en medio de la oscuridad asfixiante que se había convertido en mi rutina, y estar cerca de ella me hacía respirar un poco más aliviado, gracias a su ligereza y su sonrisa fácil. También extrañaba a mi padre; eso estaba explícito en cada uno de sus gestos y cada vez que se mencionaba su nombre. Aun así, siempre había una pequeña sonrisa en sus labios rosados para recordarme que estaría a mi lado y que enfrentaríamos lo que fuera juntos.

Nunca pensé que realmente necesitaría a alguien hasta el día en que abracé a Safira en el entierro de mi padre, y su pequeño cuerpo ocupó el espacio exacto dentro de mis brazos. El aroma de su cabello perfumado me impedía sentir el olor de las flores que recordaban a la muerte y la despedida. La despedida de Vittorio Barone, con quien había estado librando una guerra particular y que ahora parecía demasiado estúpida como para recordar por qué había comenzado.

Él quería que tomara a Safira como mi esposa, una mexicana nacida y criada en el seno de uno de los cárteles más temidos de todo México y, aun así, la persona más dulce y genuina que había conocido. ¿Cómo podría ocurrírsele a mi madre que ignoraría nuestros votos en Vegas y enviaría a Safira de vuelta a los brazos de su asqueroso padrino?

Todo entre nosotros comenzó, sí, como una obligación, pero las cosas no podrían ser más diferentes ahora. Safira era mía para

cuidar y proteger… y lo haría no por obligación, sino porque asegurarme de que ella estuviera feliz y a salvo eran las únicas cosas capaces de mantenerme cuerdo en medio del tormento de perder a mi padre y tener que asumir la Silla que él dejó vacante, una para la cual no estaba listo. La sonrisa de Safira por la mañana y sus brillantes ojos azules eran las únicas cosas puras y hermosas dentro de mi mundo distorsionado; sin ellas, mi alma ya estaría perdida en un lugar oscuro del cual sería imposible recuperarla.

— Quintanilla — fue todo mi saludo para el hombre sin modales sentado en mi sala de estar. Para su suerte, estaba en un sofá opuesto al que Safira se acomodó, después de haber sido, probablemente, llamada para atender al asqueroso narcotraficante que insistía en hacerse pasar por un miembro de la *famiglia*.

— Mi yerno — respondió, migas de galletas volando de su boca llena, gracias a su falta de modales en la mesa… o en cualquier otro lugar, para ser sincero. Pero no fue su educación de hombre de las cavernas lo que me hizo rodar los ojos con exasperación, sino su elección de palabras. *Yerno*. No era yerno de absolutamente nadie. Los padres de mi mujer estaban muertos, y el hombre asqueroso frente a mí nunca la trató con el cariño y respeto que merecía.

— ¿Qué diablos haces aquí? — disparé. Nunca fui muy bueno siendo paciente o diplomático, y esa característica solo se había intensificado desde la pérdida de mi padre.

— Ofreciendo mis servicios en este momento de luto, por supuesto. Más que nunca es el momento para que la familia permanezca unida. — Quintanilla abrió una sonrisa que debería ser amigable, pero además de que el imbécil no sabía cómo usar los músculos faciales para tal fin, su ridículo diente de oro brillando solo causaba un revuelto en mi estómago. — ¿Ya han avanzado en la investigación sobre la muerte de mi compañero? — insistió.

— No necesito tus servicios, y no sabes nada sobre lo que es pertenecer a una familia. Mi padre tenía una paciencia infinita al

tratar contigo, pero yo no tengo el mismo autocontrol que él tenía.

— Deberías ser más agradecido — dijo él, en un tono amenazante. — Te di a tu esposa, ¿o ya te has olvidado de eso?

No, no me había olvidado, pero en realidad él le habría dado a Safira a cualquiera siempre que pensara que era un trato ventajoso para sí mismo. No para ella. Jamás para ella.

— Estamos ligados para siempre, y con cada hijo que tenga Safira, ese vínculo aumenta. Hablando de eso… — continuó, volviéndose hacia Safira, aún acomodada en su asiento — ¿cuándo tendremos un chamaco, niña?

— No creo que sea el mejor momento, padrino…

— ¡Tonterías! — respondió Quintanilla, desestimando lo que Safira había dicho al agitar una mano. — Tu marido necesita un heredero cuanto antes.

— Tu opinión sobre mi vida conyugal o sobre cualquier otra cosa no es bienvenida, Quintanilla — le hice saber después de haber perdido el último gramo de paciencia que aún quedaba en mí. — Si nos das permiso, como dijo Safira, no es un buen momento para recibir visitas.

Señalé hacia la puerta de salida esperando que él tomara la indirecta y se fuera lo más rápido posible; así el olor a podredumbre natural que emanaba de él sería solo un recuerdo que pronto se desvanecería con un poco de desinfectante y aceites aromáticos esparcidos por toda la casa.

Quintanilla se levantó y Safira imitó su gesto con un leve suspiro de alivio abandonando sus labios rosados mientras se posicionaba a mi lado.

— Gracias por las galletas, niña. La próxima vez puedes mantener algo mexicano caso aparezca para una nueva visita, ¿vale?

Quintanilla debería haber asentido levemente con la cabeza y luego haberse retirado con Nacho y su cara amarrada justo detrás del patrón; sin embargo, sus dedos asquerosos tocaron suavemente un mechón del cabello perfecto de Safira y fue en ese momento cuando mi córtex prefrontal entró en pánico y mi cuerpo se tensó del cuello hacia abajo, asumiendo el curso de mis acciones.

Mis manos planas golpearon con fuerza el pecho de Quintanilla y él tambaleó hacia atrás antes de caer patéticamente al suelo mientras yo colocaba mi cuerpo entre él y Safira. Movido por su instinto de lealtad (ya que no parecía poseer inteligencia alguna), Nacho dio un paso hacia mí para defender al hombre que pagaba su salario, pero que no tenía los cojones para defenderse solo.

Saqué la semiautomática que siempre llevaba guardada en mi cadera y presioné la punta contra la frente de Nacho como si realmente necesitara desperdiciar una bala con él. Podría destrozarlo en pedazos usando solo mis manos; así que tener un arma empuñada era más seguro para él, porque le daría tiempo para pensar y entender que no era rival para mí.

Si dejaba salir a la bestia sedienta de sangre guardada dentro de mí… sería demasiado tarde para detenerme.

— Controla a tu perro guardián, Quintanilla, si no quieres que sea abatido ahora mismo — ordené cuando Nacho no retrocedió inmediatamente. Después de todo, un perro fiel siempre estaba dispuesto a sacrificar su vida por la del dueño.

— Nacho… — llamó Quintanilla, aunque parecía espumar odio mientras extendía una mano para pedirle ayuda a su perro guardián.

Ya de pie, Quintanilla ajustó su camisa de franela lo mejor que pudo dentro de los pantalones, y la mirada que traía dejaba claro que le encantaría tener su arma bien allí consigo, para intentar intimidarme como yo había hecho con Nacho. Excepto por el hecho de que ese trapo de hombre jamás podría despertar en mí cualquier sentimiento que no fuera repulsión.

— ¡Ella es mi ahijada, cabrón! Pero voy a dejarlo pasar esta vez, en respeto a tu luto.

— Ella es mi esposa — corregí. — Safira Barone, parte de la *famiglia* The Arm. Dejó de ser tu ahijada en el momento en que tu puño golpeó su rostro, y tienes mucha suerte de seguir vivo; y para que las cosas no cambien, sugiero que nunca más te atrevas a tocar un solo cabello de mi esposa. ¿Quedó claro?

El toque gentil de Safira en mi brazo, que aún sostenía el arma — ahora no apuntada a nadie — fue lo que me trajo un poco de racionalidad al momento.

— Es mejor que se vaya — aconsejó con un tono de voz suave, pero el cerdo al que ella llama padrino no movió un solo músculo.

— Deberías seguir el consejo de la señora Barone, Quintanilla. Para tu propio bien.

— Las cosas no siempre serán así, cabrón — advirtió, inflando las fosas nasales después de soltar amenazas vacías.

Quintanilla se fue con Nacho, y el suspiro de alivio que Safira soltó a mi lado pareció llenar toda la habitación.

— Quintanilla está muerto para ti a partir de hoy, ¿entendido? — pregunté, sosteniendo su mentón con las puntas de mis dedos para obligarla a mirarme. — No quiero que hables con él, que te comuniques con él, ni siquiera que pienses en él.

Frunció el ceño, sus dedos jugando con el cuello de mi camisa.

— ¿Pero eso no lo hará enojarse más?

— Déjame preocuparme por esa parte. Cualquier acuerdo de paz entre The Arm y el cartel de Tijuana murió con mi padre. — Acaricié la manzana de su rostro, ya recuperada después de que Quintanilla había sido lo suficientemente cobarde como para marcarla. — Te dije que nunca más sería una amenaza para ti y siempre cumplo mis promesas.

— Eres excepcionalmente bueno en eso — coincidió ella con una sonrisa, y la atraje hacia mis brazos, depositando un beso prolongado en su sien hasta que el toque insistente de mi celular me obligó a deshacer el contacto.

— Un minuto — pedí, levantando el dedo índice hacia Safira y revisando el nombre mostrado en la pantalla de mi celular.

Nicola Santoro, el jefe de una de las Cinco Familias de Nueva York y también miembro del Consejo.

— Don Santoro — murmuré en reconocimiento, escuchando su respiración ruidosa al otro lado de la línea.

— ¿Puedes hablar ahora? Porque lo que estoy a punto de decir necesita mantenerse en absoluto secreto.

Eché un vistazo rápido a Safira y ella me sonrió dulcemente. Tal vez debería pedir permiso e ir a la oficina, pero ¿qué podría decir Don Santoro que necesitara ser mantenido en secreto ante mi

esposa? ¿La mujer en quien confiaba tanto como para dormir indefenso a su lado?

— Estoy escuchando — fue lo que elegí responder.

— Tenemos motivos para creer que ya sabemos la identidad del autor intelectual del asesinato del Don Barone.

Apreté el dispositivo con más fuerza; prácticamente desapareció entre mis manos grandes alrededor suyo. Respiré hondo una sola vez, sintiendo cómo mi pulso latía con fuerza.

— Dame un nombre — pedí entre dientes apretados; entonces yo mismo pondría fin a la vida patética del bastardo cobarde que tuvo la desafortunada idea de meterse con The Arm.

— Alberto Quintanilla — la voz de Nicola Santoro resonó. — El jefe del cartel de Tijuana y padrino de tu nueva esposa.



Dante estaba extraño. Al principio pensé que era por todas las demandas del nuevo Don Barone, es decir, él. Luego pensé que solo estaba consumido por el asesinato de su padre. Pero, en el fondo, siempre supe que no era exactamente eso. Estaba extraño conmigo. Como si supiera algo que yo no sabía y, a partir de ahí, no pudiera actuar con naturalidad. Odiaba esa distancia velada, porque ya había experimentado lo bueno que era estar cerca de mi marido. Además, también me sentía ansiosa, como si tuviera que asegurarme de cada paso que daba, incluso cuando no estaba haciendo nada malo, incluso cuando no sabía por qué todo esto sucedía. Constantemente en alerta. No quería eso.

Intenté engañarme a mí misma, pensar que el comportamiento de Dante era normal, sobre todo porque se unía a mí en casi todas las comidas y siempre dormía conmigo. Las rondas de sexo se habían vuelto aún más alucinantes en los últimos días. Sin embargo, mi instinto me decía que había algo mal. Algo sobre el post-sexo, menos íntimo. Algo en la postura de Dante, más tensa. Algo sobre nuestras conversaciones, más superficiales. Algo en el aire que no podía ver, pero sentía que estaba allí. ¿Se había cansado de mí?

Sacudí la cabeza, sabiendo que nada bueno vendría de las consideraciones que hacía basadas en lagunas. Realmente necesitaba entender lo que estaba sucediendo. Y eso era exactamente lo que iba a hacer.

Dante no había salido esa tarde, lo cual solo podía significar que estaba en su oficina. Me dirigí hacia la habitación, observando la

decoración clásica de cada rincón de la mansión Barone y dándome cuenta de que, a pesar de la reciente incertidumbre, me sentía mucho más cómoda allí, paseando por el costoso suelo de mármol y resguardada por los papeles pintados elegantes.

Tan pronto como entré en el pasillo, me encontré con Michele guardando la puerta. Me había encariñado con él; sus ojos estaban lejos de ser dulces, pero me miraban con respeto. Confiaba en él, aunque tal vez no debería hacerlo, dado mi historial.

— Michele… — le saludé. — ¿Dante está en reunión?

Él asintió con la cabeza; el flequillo discreto de su corte de cabello corto danzaba sobre su frente.

— Sí. Con Francesco y Alessandro. Estoy aquí para asegurarme de que nadie interrumpa.

Asentí entendiendo el mensaje; aunque no pensaba interrumpir ninguna reunión de Dante ni siquiera si Michele no dijera nada. Puse mis manos en mis caderas, girando el cuello y visualizando el sofá vacío de la antecámara. Miré a Michele y señalé hacia el mueble con mi dedo índice.

— ¿Está bien si espero para hablar con él aquí?

— Es su casa — respondió Michele como recordándome ese detalle. — Siempre y cuando no interrumpa la reunión, puede hacer lo que quiera, señora Barone.

— Puedes llamarme Safira; ya te lo he dicho — corregí. — No parece correcto que el mejor amigo de Dante me llame por su apellido — dije.

Michele simplemente levantó una ceja hacia mí y sacudió la cabeza como si fuera imposible, antes de regresar a su postura impecable con una mano sosteniendo la otra por la muñeca frente al cuerpo. Tal vez Dante y Michele realmente no se consideraban mejores amigos entre sí, porque existía una jerarquía, un código de honor y conducta. Sin embargo, crecieron juntos; fueron iniciados juntos y tenía la certeza de que Michele era el hombre en quien Dante más confiaba.

Michele, claro está, no me dijo nada en respuesta, como si supiera que sería inútil argumentar. Me encogí de hombros, sonriendo.

— Voy a sentarme mientras espero.

Y esperé. Quince minutos, veinte minutos, treinta minutos. Eventualmente me arrepentí de no haber llevado mi celular para poder hacer una lección de italiano en la aplicación del idioma.

Finalmente, Francesco y Alessandro salieron por la puerta y me levanté, notando cuando sus ojos se fijaron en mí al mismo tiempo. En los ojos de Alessandro había desprecio habitual disfrazado de cordialidad; en los ojos de Francesco absolutamente nada. Siempre era una incógnita y a veces me preguntaba si era capaz de sentir algo.

— *Signori*… — les saludé, ansiosa para que abrieran paso; así como me saludaron nuevamente con un movimiento de cabeza y siguieron por el pasillo.

Michele hacía un gesto discreto hacia mí, indicando que finalmente podía entrar a la oficina.

Controlé mis pasos para no parecer tan ansiosa. Dante posó sus ojos en mí y movió la cabeza, como señalando permiso y reconocimiento, pero con esa distancia que venía colocando un frío horrible en mi estómago. Podía ver la línea tensa de su mandíbula, los hombros duros y su postura rígida.

Me acerqué lentamente, sintiendo crecer dentro de mí preocupación por él antes de poder contenerla.

— Pareces tenso.

Y por "parece", quería decir definitivamente "estás". Dante no respondió con palabras; sus manos volaron hacia su rostro, frotándolo en un gesto que realmente no traería alivio alguno.

Entonces me precipité hacia él; mis manos tocaron sus anchos muñecas haciéndolo detenerse con eso.

— No hagas eso; no ayuda en nada — advertí, tomando las riendas de la situación tocando cada sien de Dante con mi dedo índice y medio, comenzando lentamente a masajear allí con movimientos circulares y sincronizados. — Para disminuir la tensión lo correcto es masajear las sienes; María me enseñó una vez antes de cruzar la frontera. — Sonreí, recordando aquel momento.

Dante cerró los ojos, respirando hondo, visiblemente disfrutando mi masaje y permitiéndose relajarse en la silla que alguna vez

perteneció a Don Barone. Sonreí ante su visión redibujando los contornos de sus cejas, nariz, boca y mandíbula fuerte mientras me concentraba en masajear sus sienes.

— ¿Qué está pasando, Dante? — susurré sin detener mis movimientos. — Estás tan… diferente.

Vi cuando su manzana de Adán se movió y por un momento pensé que no iba a responderme.

— Define diferente — pidió su voz ronca abriendo los ojos, enfocándose en los míos.

Contuve la ansiedad creciente dentro de mí.

— No sé — solté, pero como era demasiado vago incluso para mí, añadí: — Solo siento que hay algo mal.

Él continuó mirándome, como si estuviera atento a cada una de mis expresiones, exactamente el tipo de comportamiento que había estado sembrando esa duda en mí.

— Estás más callado, solo te veo en las comidas y a la hora de dormir, pareces tenso todo el tiempo y más… distante. No con el trabajo, no con los demás. Distante conmigo.

En respuesta, Dante frunció el ceño, pareciendo reflexionar si lo que decía tenía sentido o no. Aun así, no respondió nada, así que decidí ser directa, alejando mi miedo a parecer demasiado vulnerable, inclinando mi rostro hacia un lado mientras intentaba controlar mi expectativa por una respuesta:

— ¿He hecho algo que no te gustó? Si me lo dices, puedo arreglarlo.

— ¿Qué podrías haber hecho? — devolvió él. Una nueva pregunta, como si se estuviera esquivando a propósito. Me encogí de hombros, sintiendo la incertidumbre crecer aún más dentro de mí.

— No lo sé… algo que haya dicho o algunos de mis modos… hay un millón de cosas que debo hacer que no son exactamente lo que se espera de la esposa de un Don. Así que no sé qué podría ser. Pero siento que estás diferente y odio esa sensación. — Lo miré por debajo de mis pestañas, mi tono de voz aún más bajo ahora. — ¿He hecho? ¿Algo que te desagrade? Puedes decírmelo.

Dante tomó mis manos, deteniendo mi masaje en sus sienes y llevando el dorso de cada una hasta su boca. Besó una y luego otra, y luego me atrajo hacia su regazo. Fui gustosa, acurrucándome en el cuerpo caliente y musculoso de mi marido. Amaba montar sus enormes muslos; solo perdía ante cuando me sentaba con su polla dentro de mí.

¡Enfócate, Safira!

Sin embargo, no servía mucho intentar restablecer mi enfoque cuando Dante estaba tan decidido a nublarlo. Besó mi cuello lentamente, haciéndome jadear suavemente. Comenzando con una nueva provocación, trazó besos por mi mandíbula, dirigiéndose hacia mi oreja, su mano descansando en mi muslo. Pero la mano de Dante nunca solo descansaba. Su toque traía olas de calor y escalofríos que se concentraban entre mis piernas.

Finalmente, su boca capturó la mía. Tan delicioso. La única cosa que no había cambiado en esos últimos días. Mis manos alcanzaron su cuello y aunque intuí que el inicio de ese contacto era una buena señal, no podía dejarme llevar por las sensaciones esta vez. Sabía que algo estaba mal.

Detuve el beso manteniendo nuestros labios pegados; mi dedo índice acariciaba la lateral del rostro de Dante.

— No me respondiste… — le recordé.

Dante rozó sus labios contra los míos; el gesto me hizo entreabrirlos como si no hubiera acabado de detener nuestro contacto.

— No quiero hablar… — replicó él, tomando nuevamente mi boca con aún más hambre e intensidad.

Era tan difícil resistirlo. Era tan delicioso besarlo, dejar que él me consumiera. Dante besaba con posesividad; me incitaba, provocaba queriendo que cediera, que suplicara. Y siempre cedía y suplicaba, porque quería ser besada por Dante en cualquier momento y lugar.

Sin embargo, fue precisamente esta percepción la que levantó una bandera roja en mi cabeza. Dante me besaba como si quisiera que olvidara todo. Exactamente como habían sido todas las rondas de sexo que tuvimos en los últimos días.

Detuve el beso nuevamente; el estallido sonó fuerte cuando él intentó impedir mi movimiento, succionando mis labios.

— Dante… no puedes huir cada vez… — le hice saber con la respiración agitada y descompasada. — Mis votos también fueron verdaderos; soy tu mujer; puedes hablar conmigo.

— Ya dije que no quiero hablar — contrapuso Dante, o mejor dicho, ordenó.

Siempre me gustaba su tono autoritario cuando teníamos sexo, pero esta vez no me gustó. Era diferente esta vez. No era él pidiéndome que me sentara más fuerte o moviera las caderas para él; era él usando lo que sabía que me volvía loca para evitar responderme.

Dante me levantó, colocándome sentada sobre la mesa, y se levantó de la silla, posicionándose entre mis piernas. Sus manos se apoderaron de mis muslos; sentí su miembro contra mi intimidad y por un momento mi línea de razonamiento se fue por agua abajo, porque lo deseaba.

Quería a Dante dentro de mí. Pero no de esa manera. No cuando sabía que había algo mal y él lo negaba o evadía como si no me diera cuenta. Podría ser ingenua, inadecuada, no saber casi nada sobre su mundo, pero no era tonta. Me gustaba creer que no era tan tonta, al menos. Su boca estaba a punto de tocar la mía cuando desvié la mirada.

— ¡El sexo no va a arreglar las cosas! — solté de una vez, mis manos empujando suavemente el pecho de Dante antes de descansar sobre sus hombros y hacer el camino inverso, tocándolo por encima del corazón.

Dante frunció el ceño y sonreí levemente ante su confusión, tomando aire antes de confesarme, antes de abrirme a él.

— Amo hacer el amor contigo porque, además de todo el deseo, de tenerte así, de ser tuya así… el sexo nos acerca. No voy a dejar que uses eso para el objetivo contrario, solo para aumentar este silencio y esta distancia entre tú y yo.

Por un minuto, todo lo que existió dentro de esa oficina fueron nuestras respiraciones entrecortadas. Por un minuto, realmente

pensé que Dante entendería. Pero el minuto terminó cuando él entrecerró los ojos hacia mí.

— Me acusas de estar distante, pero te niegas a tener sexo conmigo, ¿es eso? — Sacudió la cabeza y me encogí ante la elección de palabras. — No quieres entrar en un tira y afloja conmigo, Safira. No intentes manipularme usando sexo, no funcionará.

Dolió de una manera que no sabía explicar del todo. No sabía si dolía porque, de repente, parecía que para Dante la única cosa cercana entre nosotros era el sexo, o si porque él creía que yo había elegido manipularlo con eso, o porque no parecía tan memorable para él ya que si realmente quisiera comenzar una huelga sexual no funcionaría porque no haría falta. Tal vez dolía porque era una combinación de los tres pensamientos dentro de mí. Tal vez era otra cosa completamente diferente. Todo lo que sabía era que él acababa de herirme.

— Manipular usando sexo — repetí. — ¿No fue lo que acaba de suceder? — pregunté en voz baja, dándome cuenta repentinamente de eso. — ¿No fue lo que acabas de hacer?

Los ojos de Dante brillaron con sentimientos que no podía comprender. Podía sentir la resistencia en su cuerpo creciendo, pero continué queriendo que repentinamente se diera cuenta de la razón en mis palabras: — Te pregunto; tú me respondes con otra pregunta. Insisto; intentas callarme con sexo. Es una pregunta muy simple y tu falta de respuesta solo me da certeza de que hay algo mal. No estoy tratando de manipularte con sexo. Es mucho más que solo un encuentro físico para mí, Dante Barone. Por favor, di que es más que eso para ti también.

Las manos de Dante se alejaron de mí. Su cuerpo imponiendo distancia del mío.

— Bueno, creo que hemos llegado a un punto muerto. Tú quieres hablar; yo quiero sexo; y ninguno está dispuesto a ceder.

Se sentó, arrastrando la silla lejos de mí mientras sus dedos buscaban el cigarro y el whisky.

— Dante… — llamé en voz baja, pero él no se giró.

— Cierra la puerta al salir, Safira.

Era realmente una idiota inocente y mi marido había vuelto al estatus del bruto insensible. Era imposible hablar con él. Salté de la mesa, ajustando mi falda sin preocuparme por hacerlo con dignidad mínima, porque Dante ni siquiera me miraba. Era demasiado tarde. El muro estaba nuevamente en su lugar. Él parecía otra vez alguien a quien no conocía. Y todo lo que pensé que habíamos construido en las últimas semanas parecía amenazado.

Cerré la puerta del despacho sintiéndome perdida por primera vez desde Vegas. Desde nuestro matrimonio nada usual escondido en una pequeña capilla perfecta. Desde que le dije sí.



Safira no era una traidora, no podía serlo, reflexioné mientras me esforzaba por ordenar mis pensamientos, levantando pesas en el gimnasio. No recordaba más el peso de las mancuernas que había colocado en la barra de levantamiento y que ahora me hacían sudar; en cambio, recordaba muy bien que un día le dije a Safira que era una gran actriz, pero eso no era verdad. Safira tenía los ojos más dulces, amables y auténticos que un ser humano podría poseer, una veracidad y vitalidad que eran solo suyas, de nadie más; ella nunca traicionaría a la familia… nunca me traicionaría. Eso requeriría de ella una frialdad y una capacidad de improvisación muy grandes.

Por un momento, me dejé cegar por la ira, pero siendo racional… Safira necesitaría contar con una ola de suerte y previsiones sobre mis acciones hasta nuestro camino hacia el altar, un plan estúpido y peligroso en igual medida. Y como si todas esas cosas por sí solas no fueran suficientes, estaba su relación con mi padre. No, cedí después de casarme con Safira en Vegas, pero sabía que compartían momentos juntos jugando al ajedrez y comiendo quesadillas. Eso no podría ser solo un medio para deshacerse de las sospechas cuando su malévolo plan se concretara. Su mirada asustada en el altar, la forma en que se lanzó al lado del cuerpo de mi padre y lloró su muerte… nada de eso podría estar actuado; lo sabría si lo fuera.

Entonces, ¿por qué se negó a dormir conmigo? ¿Por qué insistió en saber cosas que necesitaba mantener en secreto cuando sabía que momentos como ese vendrían? No quería decir que no confiaba en ella, sino que quería protegerla. No quería que Safira supiera que

el Consejo creía que ella podría ser una pieza clave en el asesinato de mi padre, orquestado por Alberto Quintanilla. Al menos no todavía. Yo mismo ya estaba preocupado por nosotros dos con la implicación de tal desconfianza, porque los traidores de la familia no tenían segundas oportunidades, y Sergio era la prueba viviente — muerta, mejor dicho.

De todos modos, tenía sentido que dudaran de ella porque nadie conocía a Safira como yo la conocía. Nadie sabía cómo casi corrió hacia su propia muerte cuando intentó huir de nuestro matrimonio, mucho menos cómo Quintanilla la había tratado desde que asumió el papel de criador. No, Safira no traicionaría a aquellos que la abrazaron como verdadera familia y le mostraron amabilidad y respeto. Si Quintanilla realmente ordenó ejecutar a mi padre, mantuvo a Safira al margen de sus planes como lo había hecho toda su vida. Ella no tenía nada que ocultar y, a pesar de que nuestro matrimonio se había transformado en una cordialidad fría y distante, sabía que los votos de Safira sobre ser leal a mí eran serios para ella; así que marcaría la reunión entre el Consejo y Safira.

Si procrastinaba más, tal vez los haría creer que ni siquiera yo confiaba en la inocencia de mi esposa y eso no sería un buen argumento para la defensa de Safira; así que devolví la barra al soporte después de sentir que pesaba toneladas. Me senté en el aparato, secándome el exceso de sudor del rostro y bebiendo toda el agua que aún tenía en mi botella. Sin poder procrastinar más, recogí mi teléfono celular del suelo donde lo había dejado para practicar mis ejercicios y marqué el número que ya había memorizado durante los últimos días.

— Dante Barone — sonó la voz conocida al otro lado de la línea, y me pregunté cuánto tiempo pasaría hasta que las personas comenzaran a llamarme Don Barone como llamaban a mi padre. Honestamente, estaba aliviado por no tener que lidiar con tal extrañeza, porque no fue así como imaginé asumir el puesto de Jefe de la familia The Arm.

— Don Santoro — respondí, reconociendo su voz mientras me esforzaba para que mi tono no sonara agitado debido al cansancio físico combinado con mi estado mental. — Estoy contactando para

saber si hay posibilidad de reunirnos hoy para hablar sobre el involucramiento de Quintanilla en el asesinato de mi padre.

— Cuando dices "reunirnos"… — él incitó con la calma de quien tiene todo el tiempo del mundo.

— Me refiero a mí y a mi esposa, por supuesto. Si ustedes consideran que ella puede saber algo relevante y determinante sobre si Quintanilla es realmente culpable, no veo por qué posponer más este momento ya que no se trata de un interrogatorio. Después de todo, sería muy descortés por parte de caballeros tan distinguidos hacer sentir incómoda a una dama parte de la familia en un lugar donde deberían protegerla; ¿no crees?

Don Santoro soltó una risa baja al otro lado y casi podía visualizar su cabeza asintiendo en acuerdo.

— Como solía decir Don Barone: será solo un intercambio de información; y la buena voluntad de la nueva señora Barone para ser útil a la familia será muy bien vista y apreciada.

— Para bien de todos los involucrados espero estés correcto, Don Santoro. Nos vemos a la hora y lugar habituales hoy mismo.



Fuese lo que fuese, no era bueno.

Cada uno de los Jefes de las Cinco Familias de Nueva York me miraban y, por mis estudios con la *signora* Patrizia, ellos eran como la realeza; así que estar en la misma sala que ellos definitivamente no era lo que esperaba cuando Dante me llamó para salir, avisando que teníamos un compromiso. Tragué saliva, sintiéndome incómoda por instinto, observando a esos hombres a mi alrededor como si fueran una nueva especie de depredadores y yo no supiera muy bien cuáles eran las características del ataque.

Todos los hombres, incluido mi marido, vestían trajes impecables. Cuatro de ellos, sin embargo, exhibían cabellos blancos brillantes, pareciendo tener la misma edad que Don Barone. El quinto hombre, ocupando el centro como si fuera el más importante y respetado del recinto, tenía la misma edad que Dante. Este último, en particular, parecía la mezcla perfecta entre Dante y Francesco. Ojos fríos y un cuerpo esbelto de quien sabía usar la fuerza física muy bien.

Don Santoro… fue como se presentó. Giré mi cuello, queriendo huir del escrutinio de esos hombres del crimen. Mi corazón disminuyó su carrera cuando noté a Dante sentado a mi lado. No me miraba, manteniendo su atención en los hombres, pero el simple hecho de su presencia física cerca ya era suficiente para que me sintiera protegida. Ese aspecto de nuestra relación no había cambiado, incluso con la fría distancia que habíamos tomado en los últimos días.

Me incliné hacia él, murmurando lo más bajo que pude:

— ¿Qué está pasando?

Aparentemente no lo hice tan bajo así, ya que no fue Dante quien me respondió, sino Don Nicola Santoro.

— Tenemos evidencias para creer que Quintanilla es el autor intelectual de la muerte de Don Barone.

¿Qué?

Parpadeé, las palabras cayendo bruscamente en mi regazo, casi irreales, como algo que no debería existir. Como si hubiera escuchado mal; mi cerebro dio una voltereta completa antes de volver al lugar.

— No… — murmuré, abriendo una sonrisa incrédula que no fue respondida por nadie. — No puede ser — añadí más para mí misma, como si intentara convencerme.

Mi padrino no podía haber matado a Don Barone. No a Don Barone. Mis ojos corrieron hacia Dante; su musculatura parecía tan tensa debajo del caro traje que casi podía sentir esa misma tensión en mis propios hombros. Eso no podía ser verdad.

— ¿Por qué no puede ser? — inquirió el más viejo de todos, Don Capello. — La señora no puede desconocer tanto así el tipo de cosas que su padrino es capaz de hacer.

Podía escuchar el desdén en su voz; así como todos en esa sala parecían compartir esa opinión en algún nivel. Balanceé la cabeza en señal negativa.

— No se trata de eso… — aclaré, tratando de ordenar mis pensamientos.

Don Barone toleraba a mi padrino con más civilidad de la que Dante jamás habría tolerado cuando se tratara de él; era lo más cercano a un aliado que tendría dentro de The Arm.

— Es solo… ¿por qué? ¿Por qué haría algo así mi padrino?

Un incómodo silencio se hizo presente en el recinto antes de que Nicola Santoro se inclinara hacia adelante; su belleza con rasgos bien esculpidos y clásicos parecía una trampa perfecta.

— Es lo que esperábamos que pudiera decirnos.

Entonces mi ficha cayó junto con mi mandíbula. Miré a Don Santoro durante un cuarto de segundo, antes de girar mi cuello hacia Dante.

— ¿Ustedes piensan que estoy involucrada? — pregunté en voz baja y, a pesar del plural, solo la respuesta de uno de esos hombres me importaba realmente: la respuesta de mi marido.

Dante me miró. Yo le devolví la mirada, esperando una respuesta. Mi corazón anhelando una negativa contundente. Pero lo que sea que estaba pasando por los ojos de Dante se volvió demasiado difícil para entender y desvió la mirada, dejándome con una omisión en lugar de una respuesta; lo cual solo podía significar que al menos no estaba seguro o que en algún momento había considerado eso.

Cerré mis ojos con fuerza mientras la percepción se asomaba, amenazando ahogar mi pecho. Mis hombros cayeron derrotados, sin poder hacer nada. ¿Cómo podría Dante haber considerado algo así? ¿Todavía lo consideraba? ¡Claro! Era por eso que estaba tan extraño y distante.

Entretejí mis manos sobre mis piernas, obligándolas a no mostrar nerviosismo; mis ojos fijos en ellas durante un minuto entero como si pudiera escapar de esa sala, esa situación y esas preguntas.

— Don Barone… — murmuré; el nombre saliendo con dificultad. — Yo no… jamás podría… Lo adoraba…

Levanté mis ojos para enfrentar a los hombres frente a mí.

— Lo extraño tanto; no haría algo así. Juro que no.

Otro pequeño silencio incómodo antes de que Don Capello hablara:

— No está siendo acusada de nada, señora Barone; pero estoy seguro de que puede entender por qué creemos que puede ayudarnos.

Balanceé la cabeza, cansada porque toda la situación parecía más un *déjà vu* puesto en otra realidad; una donde no tenía información importante para compartir, pero las personas haciéndome las preguntas no creerían eso como verdad.

— ¿Entonces esto no es un interrogatorio? — pregunté, medio dudosa medio esperanzada.

Don Santoro sonrió sin mostrar dientes.

— Prefiero llamarlo intercambio de información. No está siendo acusada de nada, señora Barone.

El título de esposa de Dante era lo único impidiéndome estar nuevamente en un galpón mientras intentaban extraer cualquier información valiosa de mí. Escuché cuando Dante exhaló aire ruidosamente por su nariz en una risa incrédula e inesperada, como si reprobara el término utilizado por Don Santoro.

Lo miré.

— Dante sabe que no sé mucho sobre los negocios de mi padrino — elegí decir, porque la opinión de Dante tendría más peso en esa sala que la mía.

— Creo que sabe lo suficiente para ayudarnos a encontrarlo desprevenido — me informó Don Capello. — Además, siempre hacemos todo por la *famiglia*, ¿no es cierto? Con el aprecio que tenías por Vittorio Barone, sé que harías lo posible para vengar su muerte.

No era sincero, y lo sentía. Era como una prueba o una provocación. Parte de mí se llenó de rabia, porque ninguno de esos hombres tenía el derecho de cuestionar cuánto me gustaba Don Barone. No sabían nada sobre nuestra relación. Sin embargo, otra parte de mí se sentía terriblemente culpable, en caso de que lo que decían fuera verdad. Porque si realmente era serio, de una forma u otra, la culpable de la entrada de Quintanilla en la vida de los Barone era yo.

Parpadeé, mis ojos se comprimieron.

— ¿Mi padrino hizo esto? ¿Están seguros?

Se miraron entre sí, como si hubiera dado una respuesta incorrecta a un guion previamente ensayado. Dante pareció asomarse a mi lado, sus ojos en mí.

— Ya te dije que él no es tu padrino.

No era lo primero que esperaba escuchar de Dante en ese contexto. Y tampoco era verdad. Al menos, no para esos hombres frente a mí. No estaría allí si no estuviera relacionada de alguna manera con Quintanilla. Sin embargo, entendía la intervención de Dante, o pensaba que era su forma de intentar disociarme al máximo de la imagen de mi padrino. Tal vez por eso los hombres se miraron así, como si mi pregunta suscitara dudas sobre si posiblemente intentaría defenderlo.

Pero no intentaría hacerlo; si él realmente fue el cerebro detrás del asesinato de Don Barone, no merecía ninguna defensa. Recordé una conversación específica que tuve con Don Barone. Fue justo después del golpe que recibí de Quintanilla. Mi suegro tocó mi mejilla lastimada con cuidado y dijo que al menos a partir de ahí sabría dónde depositar mi lealtad. Lo sabía muy bien.

Una súbita ira me golpeó en el momento en que imaginé a mi padrino planeando el asesinato. En cómo había ido a la mansión Barone días atrás para ofrecer sus servicios. En cómo podía ser tan disimulado y carente de corazón para hacer algo así. En el poco tiempo que conviví con Don Barone, él me dio más amor del que mi padrino había sido capaz de demostrar durante toda mi vida.

— Quintanilla pasa la mayor parte del año en un rancho — comencé, con la certeza de que era lo correcto a hacer. — Fue donde crecí. Sé cómo llegar hasta allí, pero es imposible entrar sin ser visto. Hay un enorme descampado antes o hombres merodeando con armas en los patios.

Parecieron absorber esa información. Fue Don Capello quien intervino primero:

— Parece conocer muy bien el lugar y sabe esconder muy bien sus verdaderas intenciones.

Lo miré incrédula, lo que hizo que él añadiera:

— Digo esto porque cruzaba dinero por la frontera.

No había sido un error sintáctico; sabía muy bien lo que quería implicar: a sus ojos yo era una actriz disimulada y no confiable.

Dante puso las manos sobre la mesa; los tatuajes burlaban el traje y se encontraban con los anillos dorados en su mano. Uno, en especial, brillaba más fuerte: el símbolo del título de quien él era dentro de The Arm: el Don.

— Espero que no estés sugiriendo que Safira sea un cebo.

Espera, ¿querían usarme como cebo? Parpadeé, revisitando las palabras de Don Capello.

— ¿Y los fondos de la propiedad? — fue Don Nicola Santoro quien preguntó, sus cejas unidas como si calculase un problema matemático complejo.

Balanceé la cabeza en señal negativa.

— Descampado por todos lados. No hay forma de llegar sin ser visto a metros de distancia.

Suspiró; su espalda encontró el respaldo de la silla y su expresión abandonó la concentración para dar lugar a una fea resolutiva:

— Entonces creo que no tenemos alternativa, Barone. Pero, por supuesto, Safira no estaría sola; puedes ir junto con tus hombres. Todo podría parecer una visita genuina de paz; todo lo que espera Quintanilla.

Don Capello añadió:

— Un verdadero caballo de Troya…

Hubo murmullos satisfechos rodando por la sala, pero todos se callaron cuando la voz de mi marido, alta y grave, se alzó:

— No.

Dos letras que en la boca de Dante parecían las más potentes e imperiosas. Sí, estaba triste porque él pudiera considerar que lo traicionaba a él y a Don Barone de una manera tan mezquina y sucia. Sin embargo, no podía ignorar cómo parecía cubierto de tensión, cómo la vena en medio de su frente pulsaba, cómo sus ojos estaban inyectados. Pero fue solo cuando Dante llevó los dedos a las sienes, de la manera exacta en que yo le había enseñado, que mi corazón se derritió en el más potente de todos los sentimientos. Él merecía vengar la muerte de su padre. Merecía dejar de vivir bajo esa eterna presión asfixiante.

Me volví hacia los hombres del Consejo.

— Está bien. Iré.

La atención de Dante era toda mía, sus ojos me atravesaban.

— Dije que no. No va a suceder.

Sonreí levemente para él, como si dijera que no necesitaba protegerme, que no estaba siendo coaccionada, que quería ayudar.

— El camino no está en el mapa. Necesitarían una guía de todos modos — murmuré, limpiando de mi mejilla una lágrima que no sabía que había caído. — Nadie sospecharía de un… ajuste de cuentas… si yo estuviera junto. Dante odia a Quintanilla; ¿por qué lo visitaría solo? — Balanceé la cabeza porque era un absurdo.

Entonces los rostros de las personas que amaba y estaban en el rancho crecieron detrás de mis ojos. Traté de corregir:

— Tendría que ser por la noche; es cuando las mujeres y los adolescentes van a la casa de los empleados. Ellas no tienen culpa de nada; no merecen estar en el fuego cruzado.

Dante se levantó.

— No me gusta esta idea; es imprudente y llena de fallas. Mi padre jamás lo aprobaría, ni yo tampoco.

Sus ojos se volvieron hacia mí y su mano tocó la mía en una clara invitación para que me levantara. Tan pronto como lo hice, la atención de Dante se volvió hacia los otros jefes.

— Continuaremos esta conversación en otro momento. Si me permiten…

Y así me condujo fuera de la sala y luego fuera de la imponente casa en la que estábamos. Ninguna palabra intercambiada hasta llegar al coche. Dante saludó a nuestro conductor con un asentimiento de cabeza.

— Deja el coche encendido y espera afuera.

Me congelé en expectativa, mis ojos buscando los de Dante, pero él no me miró mientras abría la puerta para que accediera al interior del vehículo. Dio la vuelta y entró por el otro lado; así que tan pronto como ambos estuvimos acomodados en el asiento trasero, toda su atención era para mí.

— ¿Qué acaba de pasar? Dije que no a la idea de usarte como cebo y tú simplemente continuaste la conversación como si yo no estuviera allí.

Estaba enfadado. Parpadeé. De nuevo, no era lo que esperaba escuchar de él. En mi mente había cuestiones mucho más importantes que esa.

— ¿De verdad creíste que podría estar involucrada en esto? — fue lo que pregunté en respuesta, sin poder disimular la tristeza en mi propia voz.

Dante bufó; sus dedos largos pasaron por los mechones de su cabello, dejándolos en completo caos. — Lo que creo o dejo de creer tiene muy poca importancia en este momento. Deberías estar más preocupada por la imagen que proyectaste ante el consejo.

Lo que Dante creía podría realmente no tener valor para los hombres con los que acabábamos de encontrarnos, pero tenía total

importancia para mí. Era lo que quería decir, pero no fue lo que salió por mi boca; tal vez porque súbitamente tenía miedo de esa respuesta.

— ¿Y cuál fue la imagen que proyecté, Dante?

Me miró con incredulidad.

— Ignoraste cuando dije que no estarías involucrada en la captura de Quintanilla y aceptaste ese absurdo — retomó el tema una vez más.

Pero la gran cuestión era: ¿por qué tenía yo que responder todas las preguntas cuando él era un maestro ignorando las mías? Y además, no lo había hecho intencionalmente; no entendía por qué pensaba que era una idea tan mala.

— También me ignoraste cuando te pregunté qué estaba pasando; ignoraste cuando te pregunté por qué estabas extraño ese día; y ahora sé por qué. Tienes dudas sobre si puedo o no estar involucrada en la muerte de tu padre, ¿no es así?

Era horrible admitir eso en voz alta; sentí cuando mis ojos fabricaron nuevas lágrimas listas para caer.

— Nunca haría daño a tu padre. N-nunca. Por favor, créeme.

— Sabes perfectamente bien que las cosas tratadas en mi oficina no pueden salir de allí — me recordó, pero no se trataba de eso. Nada de lo que había dicho era sobre eso. — No eres mi única responsabilidad; tengo un código de honor que debo seguir fielmente, uno que seguía mucho antes de que aparecieras en mi vida. Tengo mil cosas en la cabeza desde que perdí a mi padre, y cuando busqué a mi mujer para encontrar algo de consuelo, ella se negó porque quería saber cosas que no podía compartir. Así que lo siento si estoy un manojo de nervios.

¡No era verdad! ¡No se trataba de eso mi negativa al sexo! Intenté empezar a hablar, pero Dante no había terminado.

— Todo en lo que podía pensar era que tenías respeto y obediencia ciega hacia Quintanilla, incluso cuando él te usaba para cruzar la frontera con dinero pegado al cuerpo y te agredía físicamente si no le gustaba tu comportamiento. Todo esto mientras te mantenía al margen de los negocios del cartel de Tijuana. Te trataba como una pieza desechable en un viejo tablero de ajedrez, y

yo te coloqué en el puesto de reina. Pero adivina cuál de nosotros dos despertó tu ira.

Eso tampoco era verdad. Dante no despertó mi ira. Tampoco era mi intención que él hubiera entendido mi rechazo al sexo como lo hizo. Escuchar algunas de esas cosas era doloroso, pero parte de mí entendió a Dante un poco más después de ese desahogo. La otra parte quería explicarlo todo.

— Dante…

Pero él abrió la ventanilla, llamando al conductor para el coche, sin volverse hacia mí cuando dijo:

— Quedarse aquí solo levantará sospechas infundadas por el Consejo.

Supe que no se trataba realmente de eso, sino del hecho de que Dante no quería profundizar en los sentimientos que acababa de exponer dentro del coche. Respeté su silencio, teniendo yo misma muchas cosas con las que lidiar también.



— Espero que sepa que jamás sería capaz de algo así… — Fruncí el ceño, mirando la tumba de Don Barone, depositando la rosa color té junto a la hierba, antes de sentarme allí. — Quiero decir, creo que desde donde está, sabe la verdad, pero me gusta pensar que si usted todavía estuviera aquí también creería en mí.

Sonreí levemente, vislumbrando el entorno por encima de mis hombros, sintiéndome tranquila ante el cementerio casi vacío en ese atardecer. Volví mis ojos a la tumba.

Vittorio Barone.

Sentí mis lágrimas acumularse en los ojos, sabiendo que, en parte y desde alguna perspectiva, tenía culpa del hecho de que su cuerpo estuviera enterrado allí y no derrochando esa elegancia natural que había aprendido a admirar.

— Lo siento tanto, Don Barone, por mi padrino. Yo te extraño tanto. Extraño su compañía simple y fácil, la sinceridad y, sobre todo, todo lo que jamás compartiríamos.

Mi italiano casi fluido que él nunca vería y los hijos que Dante y yo tendríamos que nunca conocerían al abuelo.

Hablando de Dante…

— Dante y yo estamos extraños — susurré. — No estoy segura de saber cómo arreglarlo.

Le había pedido cosas a Dante sin considerar quién era él, cómo había sido enseñado. Me resentí con él sin pensar que para alguien criado en un régimen que te enseñaba a desconfiar incluso de tu

propia sombra, el beneficio de la duda era realmente algo impresionante. Lo presioné para que dijera cosas cuando no podía, pensando que estaba haciendo lo correcto; creyendo que, si no se abría conmigo eso nos alejaría más. La mejor de las intenciones, sin duda. Pero todo salió mal.

En lugar de pasar la imagen de una esposa que quería entender a su propio marido, le di a Dante la impresión de que lo alejaba, de que no estaba allí por él como prometí estarlo. Podía entender que la culpa no era solo mía. Dante podría aprender a expresarse mejor incluso si fuera para explicar por qué no podía responder una pregunta mía, en lugar de dejarme completamente en la oscuridad. Sin embargo, eso no me eximía de una parte de culpa también.

— Me gusta mucho su hijo, ¿sabe, Don Barone? — Abracé mis propias rodillas, llevándolas contra mi pecho e intentando abrazar mi cuerpo lo suficiente para disipar el frío del comienzo de la noche. — Quisiera que estuviera aquí para ayudarme a entender algunas cosas. No fueron suficientes partidas de ajedrez y aquella vez que gané sé que fue usted quien me dejó ganar. No valió.

De repente, la atmósfera cambió. Sentí pasos largos antes de escucharlos y conocía demasiado bien ese andar como para ignorar que tenía compañía. Giré mi cabeza para mirarlo y averiguar algo en su expresión que me diera un indicio sobre cuál sería su humor; pero aparentemente mi marido estaba empezando a convivir demasiado con Francesco. Sus ojos estaban en mí y traía un abrigo negro en los brazos. Parecía casi etéreo; todo vestido de negro, un dios del crimen caminando despreocupadamente por el cementerio como si fuera el dueño del lugar.

A medida que nuestros días sin intimidad aumentaban, Dante se volvía cada vez más sexy e irresistible; como mi purgatorio particular. Se acercó a mí y se detuvo a mi lado; sus ojos echaban un vistazo a la tumba del padre; pero antes de que pudiera decir algo, Dante se inclinó y colocó el abrigo negro sobre mis hombros, cortando instantáneamente el viento frío que amenazaba con castigar mi piel.

Fue como una ola de calma; el confort de la prenda aún caliente por el calor de su cuerpo junto con el olor masculino que siempre

exhalaba y del cual no había podido disfrutar directamente desde hacía demasiado tiempo para mi cordura. Me aferré al tejido; hundí mi nariz en la solapa e inspiré profundamente.

— Lo siento mucho — murmuré.

Dante me miró con más atención; sus manos se escondían dentro de los bolsillos del pantalón. Viéndolo así mientras yo estaba sentada y él de pie, mi marido parecía aún más gigantesco. Había llegado a amar toda esa grandeza en él; en algún momento las proporciones monumentales de Dante se convirtieron en sinónimo de protección para mí.

— ¿Sientes mucho por qué? — replicó con voz ronca genuinamente interesada.

Era una pregunta curiosa, porque parecía sentir mucho por tantas cosas que era difícil enumerar una lista. Me encogí de hombros aún más dentro del abrigo.

— Por poner aún más presión cuando ya estabas suficientemente presionado — elegí decir.

Vi cuando Dante tragó saliva; me encantaría saber qué pasaba por su cabeza, pero había aprendido una lección valiosa sobre tener paciencia. Volví mis ojos hacia la lápida de Don Barone ensayando una despedida, aunque mi cuerpo aún no pareciera preparado para irse; como si esperara alguna señal del más allá indicando que creía en mí y también me perdonaba.

— No deberías salir de casa a esta hora — rompió el silencio Dante; no había reprimenda en su voz ni nada más allá de una preocupación genuina. — La familia está bajo ataque; toda precaución es bienvenida.

Balanceé la cabeza, aunque ante el descubrimiento del mandante del asesinato de Don Barone dudaba correr algún peligro real. Mis fosas nasales se inflaron y mis ojos se inyectaron; mi padrino tuvo casi veinte años para acabar conmigo. Podría pensar en decenas de situaciones donde habría sido demasiado fácil poner fin a mi existencia, pero él no lo hizo.

— No lo haré más — aseguré, aun así, porque Dante no necesitaba esa preocupación adicional sobre sus hombros. — Sé que no soy tu única responsabilidad. — Vi cómo su mandíbula se tensó.

— Safira, cuando dije eso…

Balanceé mi cabeza, levantando mi mano y sonriendo levemente para hacerle saber que no necesitaba explicarse.

— Quería decirte que no necesito saber todo lo que sucede en la *Famiglia*; no tienes por qué contarme nada. Lo único que pregunté era referente a mí, si había hecho algo mal… Y al final estaba en lo cierto: era sobre mí — reflexioné. — Incluso si aún así no pudieras contármelo.

Levanté mis cejas haciendo una mueca, esperando transmitirle a Dante que entendía. En respuesta extendió su enorme mano hacia mí como invitación para levantarme.

— Vamos, tengo algo para ti.

Tomé su mano, me aferré a ella, para ser más exacta, sintiendo el confort que era tener un simple contacto con mi marido. Por un momento, pensé que la mano de Dante permanecería solo hasta que encontrara mi equilibrio, pero no fue lo que sucedió. Tan pronto como estuve de pie, su brazo me rodeó la cintura y el aire que ni siquiera sabía que estaba guardando salió casi con un silbido. Era un momento nuestro, donde solo nuestros ojos se encontraban en un silencio que decía demasiado. Una ola de disculpas y entendimiento corriendo entre nosotros. Una extraña certeza de que todo estaría bien, a pesar de que acababa de decirle a Don Barone que no sabía cómo arreglar las cosas. Quizás precisamente porque no necesitábamos arreglo, solo bajar las defensas.

Dejé que Dante me guiara hasta el coche, disfrutando del momento aferrada a él. Como de costumbre, abrió la puerta del pasajero para mí; sin embargo, no me dejó entrar, inclinándose hacia dentro del coche y sacando algo de allí.

Ay. Dios mío.

Era una bolita de pelos en un tono caramelo rayado con marrón oscuro. Una gatita pequeña con un moño rojo en el cuello. Tan pequeña y delicada. Mi corazón se detuvo; mis ojos se abrieron como platos y cuando Dante me extendió la gatita, pareció aún más pequeña acurrucada entre las manos gigantescas de mi marido. Tomé su cuerpecito caliente y blando con cuidado, identificando el

suave sonido que salía de su pequeña garganta vacía: un ronroneo adorable.

— Ay, Dios… — murmuré, llevando a la gatita contra mi pecho y luchando contra la tentación de apretarla más de lo debido. — Qué linda eres… eres muy linda… — murmuré mientras mi dedo índice trazaba los rayados marrón oscuros que parecían formar una W en su frente antes de acariciar suavemente sus ojitos cerrados. — Una hermosa perezosa.

Mis ojos buscaron a Dante, quien nos observaba; mordí mi labio antes de finalmente preguntar:

— ¿Es para mí? ¿De verdad es mía?

Él sonrió; sus cejas negras se apartaron lo más posible de sus ojos depredadores. Lo cual no era mucho.

— Claro que sí. También necesitas compañía; una que no sea gruñona y tenga una apariencia amable.

No pude contener mi sonrisa ni mis lágrimas.

— Me encantó… tanto… gracias.

Aprovechando ese momento, ataqué a mi marido. Mi mano libre alcanzó su cuello ancho, como solía hacer, y mis labios danzaron hacia su mandíbula fuerte, deslizándose por su mejilla bien esculpida y deteniéndose peligrosamente cerca de sus labios.

— Gracias, Dante.

Mis labios tocaron los suyos; mucho más que un simple beso rápido mientras envolvía su labio inferior con los míos. Lo besé una vez más. Y luego otra vez.

— Te eché de menos… — murmuré.

Dante tocó mi cabello, acariciando mi nuca; sus dientes se cerraron sobre mis labios antes de alejarse solo para dejar que su nariz se hundiera entre mis cabellos e inspirara profundamente. Su boca descendió por mi cuello, envolviendo mi carne y haciéndome rodar los ojos y apretar mis muslos.

— La gatita… — susurré ansiosa — necesita un nombre…

Dante me abrazó por el lado; sus ojos astutos recorrieron el entorno antes de enfocarse en la gatita.

— ¿Tienes algo en mente? Debe ser algo que combine con un Mau Egipcio.

Abrí los ojos como platos, girando rápidamente la cabeza hacia él.

— ¿Un qué? ¿Cómo así? ¿Por qué?

Dante soltó una risa discreta y admiré la ligereza que tomaba sus rasgos cuando hacía eso.

— Es la raza de ella: Mau Egipcio. Pensé que combinaba más contigo que un Persa o Siamés.

Sonreí sin poder evitar provocar:

— ¿Y combina conmigo porque fui como una plaga egipcia en tu vida?

Dante giró los ojos hacia mí.

— La primera cosa en la que pensé cuando te vi tratando de huir de mí fue que parecías ser como un Mau Egipcio — reveló señalando con el mentón a la gatita mientras seguía sus ojos. — La carita dócil sirve solo para que la subestimen, porque un Mau Egipcio puede correr a una velocidad de cincuenta kilómetros por hora; es fuerte y tiene músculos bien trabajados. Además, según cuenta la leyenda, Cleopatra siempre estaba acompañada por una belleza así. Traía suerte.

Ay, mi marido era tan inteligente e instruido. Me encantaba cuando comenzaba a hablar sobre algún tema del cual le gustaba o dominaba hablar. La intensidad en los ojos de Dante volvió y como un imán lo miré mientras lo veía completar:

— Un poco de suerte no te haría mal.

Sonreí; mi pecho se llenó con un sentimiento cómodo, pero también trajo mariposas a mi estómago. Con la punta de mis uñas acaricié el cuello de Dante.

— ¿Crees que funciona como retroactivo? Porque desde donde veo he tenido mucha suerte.

Dante me miró como si quisiera asegurarse de que no estaba bromeando; sin embargo, solo en ese momento me di cuenta de que sí, en muchos aspectos y desde cierta perspectiva había sido muy afortunada. Podría estar ahora mismo a siete pies bajo tierra.

— Es serio — confirmé. — Un cierto gigante sexy me salvó la vida y de alguna manera terminé casada con él; incluso me dio el

beneficio de la duda cuando todo el código moral por el cual fue criado decía que no lo hiciera.

— Digamos que soy un buen juez del carácter… — comenzó él, pero luego su rostro se contorsionó en una mueca al recordar probablemente cómo pensaba al principio sobre cómo yo actuaba al inicio de todo esto. — Quizás no tanto… — Dante sacudió la cabeza espantando el pensamiento. — Pero entonces… ¿cómo vas a llamarla?

Levanté mi barbilla en tono burlón, sosteniendo a la gatita con ambas manos, llevándola hasta la altura de mi rostro; ella ensayó abrir los ojos, buscando aire frente a ella antes de darse cuenta de que su bautizo no valía romper su sueño reparador.

— Ella será mi Cleopatra — decidí sonriendo ampliamente. — Pequeña Cleo.

Dante indicó el asiento del coche:

— Su majestad debe ser llevada a casa ahora, señora Barone.

Solté una risita antes de mirar intensamente a Dante:

— Sepas, señor mío esposo, que no hay nadie en quien confíe más para esta tarea que tú; para esta tarea o cualquier otra.

El pensamiento surgió repentinamente y fue allí donde me di cuenta de algo que ya había sido verdad durante mucho tiempo: estaba completamente enamorada de Dante Barone.



Safira me había hecho falta mucho más de lo que me gustaría admitir. Solo tenerla a mi lado cada noche y sentir su dulce aroma a la distancia no era suficiente, porque en realidad estaba loco por ella. Su olor, su sabor, la textura de su piel… todo era demasiado bueno como para que tuviera que conformarme solo con los recuerdos. Por eso reclamé su boca en el segundo en que pusimos un pie dentro de nuestra habitación, cerrando la puerta a mis espaldas con una patada, mis manos palpando todo lo que podían alcanzar de Safira, despojándola de su ropa al mismo tiempo que mi esposa se deshacía de la mía. Las puntas de mis uñas rasguñaban su piel delicada; el cabello escarlata atrapado en mi puño para tener acceso a su cuello invitante, que imploraba ser besado y tocado. En respuesta, Safira prácticamente escaló mi cuerpo desnudo; el contacto piel con piel provocando una ola de placer que reverberaba dentro de mí cuando ella se colgó de mi cuello, tomando impulso para pasar sus piernas alrededor de mi cintura, jugando con el aro en mi lóbulo antes de susurrar:

— ¿Cómo es que ya estoy tan mojada?

Mi polla se contrajo de inmediato, ávida por enterrarse entre las piernas calientes de mi mujer, en busca del placer que solo ella era capaz de proporcionar. Safira podía ser virgen e inocente cuando nos casamos, sin embargo, entre cuatro paredes no había nada que ella no quisiera experimentar conmigo, lo que la convertía en una excelente alumna y una verdadera musa del sexo. Mi musa del sexo. De nadie más.

— ¿Estás? — devolví en el mismo tono, succionando sus labios una última vez antes de depositar el delicioso cuerpo de Safira en el centro de nuestra cama, para mi admiración. — Disculpa mi necesidad de comprobarlo por mí mismo… — Me uní a Safira en la cama, mi cuerpo flotando sobre el suyo, mi mano comenzando un camino perezoso que iba desde el valle de sus pechos, pasando por su estómago plano, hasta llegar al centro húmedo de su placer, mis dedos jugando con los pliegues hinchados por la excitación, esparciendo toda la humedad por los grandes labios. — Empapada… — dejé escapar con un murmullo de apreciación, llevando mis dedos cubiertos de su humedad hasta mi boca, saboreando el gusto de mujer de Safira y su olor característico. — Exactamente como me gusta que esté. Sabes eso, ¿verdad? Que tu coño se pone delicioso bien mojado…

Safira se sonrojó aún más, desde la base del cuello hasta las mejillas, la visión perfecta de una diosa, desnuda y expuesta ante mí. Sus pechos subían y bajaban al compás de su respiración pesada, sus piernas se abrían más, en una invitación muda.

— Y tú sabes que quiere cuando se pone así, ¿verdad? — preguntó, tragando saliva.

Una risa perversa tomó mis labios, sin pedir permiso.

Claro que sabía muy bien lo que las piernas bien abiertas de mi mujer, aliadas a su intimidad llena de pura excitación significaban. Pero nunca perdería la oportunidad de escucharla decirlo en voz alta y clara.

— ¿Qué quiere ello, Safira? ¿Qué es lo que tu coño rico quiere y solo yo puedo dar? — provoqué, arañando la piel sensible del interior de sus muslos solo para verla mover las caderas, intentando mejorar el contacto.

Me estiré para lamer a mi esposa, su piel sedosa y atractiva, desde su cuello hasta el valle entre sus pechos redondos y suaves, hechos a medida para que pudiera atraparlos.

— Que te lo folles — respondió con una sola voz, sus dedos enredándose en mi cabello como siempre, cada vez que la chupaba, bebiendo su humedad directamente de la fuente.

Estaba ansioso por esa parte también, mientras sentía los restos de su sabor en mi lengua, pero había otras urgencias que necesitaba apaciguar. Tener a mi esposa moviendo las caderas en mi polla mientras yo embestía en sus paredes ajustadas era una de ellas.

— Sabes bien que no me gusta dejarte con ganas… — observé, y eso era realmente cierto.

Dentro o fuera del sexo, no había nada que no daría para hacer feliz a mi mujer, así que le di lo que quería, lo que necesitaba, embistiendo dentro de su cuerpo, mi boca deslizándose para explorar y besar la piel suave y necesitada de atención, hasta encontrar un pezón rosado y succionarlo con fuerza. La sensación era la misma que volver a casa después de mucho tiempo lejos, porque Safira era mi hogar, y tenerla de vuelta en mis brazos, saboreando sus besos apasionados y su entrega, era un bálsamo para mi mente atormentada después de todo lo que había sucedido en los últimos tiempos.

— Te ves aún más hermosa toda llena de deseo por mí, ¿lo sabías? — instigué, sintiendo sus uñas cortas rasguñar desde los costados de mi cuerpo hasta mi espalda, dejando un rastro de un pequeño ardor de placer por donde pasaban.

Cuando levanté el muslo de Safira, intentando ir aún más profundo en su cuerpo receptivo, ella gimió, su cuerpo temblando mientras jadeaba, su pie libre deslizándose hasta mi pantorrilla para formar una especie de palanca, y no necesitaba que me dijera su intención, porque ya lo sabía.

— Dante… — llamó con un susurro, sus músculos internos apretándose deliciosamente alrededor de mi erección. — Es como si hubiera sido hecho para ti…

— Tú entera fuiste hecha para mí… — corregí, porque esa sí era la verdad y no había la menor duda al respecto. No era solo mi polla la que encajaba a la perfección en la intimidad de Safira, sino todo mi cuerpo que se moldeaba al de ella como si hubiera sido hecho para eso.

— Fuerte, Dante — pidió mi esposa, que no era tan inocente. — Amo ser toda tuya…

Y yo amaba hacerla completamente mía. Tomé su boca con mis labios y lengua ansiosos por tenerla, para embriagarme con su sabor y su olor, matando la añoranza de Safira que había tenido que soportar durante lo que me parecía demasiado tiempo. Como de costumbre, las manos de Safira apretaron mi cuello un segundo antes de que su cuerpo entero convulsionara bajo el mío, mientras se deshacía en un orgasmo.

Sin dejar de empujarme dentro de ella, observé su expresión relajada, porque era una hermosa visión para admirar. Su cabello esparcido sobre las sábanas, el rostro extremadamente sonrojado y la respiración entrecortada. Sus piernas rodeando mi cintura, impidiéndome continuar con los movimientos incluso cuando ya estaba satisfecha, solo hacía que me sintiera aún más loco por enterrarme en ella. Y fue lo que hice, rugiendo de placer mientras me derramaba dentro de mi mujer, siendo recibido por sus besos, abrazos y su cuerpo dispuesto. Hundí mis narinas en su cabello perfumado, porque el aroma de este eclipsaba cualquier otro, y luego me acosté de lado, atrayendo a Safira para que se acomodara en mi pecho, y exactamente eso fue lo que hizo. Sus delicadas uñas trazando los contornos de mis tatuajes.

— ¿Dante? — me llamó después de un tiempo, moviéndose en la cama para mirarme mejor, gracias a nuestra posición. — Déjame ayudarte.

— Aún estoy tratando de recuperarme de la última ayuda que recibí de ti… — bromeé, abriendo solo uno de los ojos para mirarla. Ella sonrió con dulzura, pero esa expresión pronto desapareció de sus labios cuando Safira se enderezó en su posición, mirándome mejor.

— Déjame ayudar en la *vendetta* de Don Barone — explicó, y todos mis músculos se tensaron instintivamente.

— No voy a ponerte en riesgo de esa manera — decreté. — Tienes buena memoria fotográfica, puedes hacer un mapa detallado con las instrucciones más precisas que puedas. Eso es más que suficiente.

— Ustedes necesitan el factor sorpresa — replicó, como si fuera obvio. — Y Quintanilla ya me ha quitado mucho, no voy a dejar que

tú estés en peligro innecesario.

— También es mi responsabilidad. No estaré en riesgo, tú estarás allí.

¿Acaso no entendía que Quintanilla también me había quitado demasiadas cosas y que no estaba nada ansioso por que Safira fuera una de ellas? No confiaba en ese ser asqueroso, mucho menos en lo que respectaba a la integridad física de Safira. La boca de mi esposa tocó la mía levemente, de una forma invitante que podría hacerme aceptar cualquier cosa que ella propusiera, pero no podía rendirme tan fácilmente respecto a su seguridad.

— Quiero ayudar — reiteró —, y nadie conoce el rancho como yo. Déjame hacer esto… por ti. Por Don Barone también.

— No podré estar en paz sabiendo que estás en medio del fuego cruzado — admití.

¿Cómo era posible que no pudiera ver eso?

— Puedo ir junto a las mujeres cuando todo comience. No me haré daño — insistió, mordiendo el labio con expectativa. Solté el aire por la boca de forma exhausta.

— Eres la persona más terca que conozco. Ella sonrió, jugando con el aro en su lóbulo.

¿Te has mirado al espejo? — provocó, rodando los ojos al desistir de obtener una respuesta para eso. — Puedo hacerlo. Sé que puedo hacerlo. ¿Prometes que vas a pensar en ello?

Solté un suspiro cansado entre los labios y asentí con la cabeza, parcialmente vencido.

— Hablemos de esto por la mañana, ¿de acuerdo? — sugerí, besando la parte superior de la cabeza de Safi y atrayéndola para que se acurrucara aún más contra mí. — Ahora intenta descansar.



Safira había fallado el objetivo de manera vergonzosa. No era que solo lo hubiera rozado, sino que podría haber acertado cualquier cosa a más de un metro de distancia del lugar que realmente debía alcanzar. Apoyé ambas manos en las caderas, sacudiendo la cabeza de un lado a otro, sin poder creer lo mal que parecía ser.

— Listo. Disparé — anunció, alzando la nariz como si hubiera cumplido su misión.

— Cerraste los ojos — acusé, porque en ninguna circunstancia ese era su rendimiento dando lo mejor de sí. Conocía a mi mujer lo suficiente como para afirmar con convicción que su actitud descuidada no era más que una señal de que había hecho lo que se le exigió, pero no había funcionado.

— Pero disparé — insistió con un suspiro, girando la cabeza hacia atrás para mirarme, su coleta moviéndose con el movimiento y trayendo una nube con el aroma de su champú a mis narinas. — ¿Y cómo sabes que cerré los ojos?

— Porque sé cuando estás haciendo trampa. — Era verdad. Los meses junto a mi Mau Egipcia me habían hecho conocerla como la palma de mi mano. Era una sensación de intimidad potente y, al mismo tiempo, placentera. Nunca pensé que conocer tanto a alguien y dejarme conocer pudiera ser tan reconfortante. — Además — continué —, las otras opciones son: soy un pésimo profesor o tú eres una pésima alumna. — A sus espaldas, levanté los brazos de Safira a noventa grados, posicionando el arma que ella sostenía a la altura correcta. — Vamos, intenta de verdad, con los dos ojos

abiertos, no solo uno de ellos. No eres una francotiradora ni estás usando arco y flecha.

Honestamente, esperaba que mi pequeña provocación tuviera un efecto positivo.

— Dante? — me llamó, con los ojos fijos en el objetivo frente a ella.

— ¿Qué?

— Me desconcentras… — prácticamente ronroneó, y debía parecer patético intentando enseñarle para que Safira intentara disuadirme de esa manera.

— ¿Sabes qué creo? Que estoy siendo muy indulgente contigo; así no se aprenden las cosas. A partir de mañana tus clases serán con Francesco, y será él quien decida si puedes o no participar en la emboscada contra Quintanilla.

Sus hombros se tensaron; podía apostar que sus ojos azules estaban bien abiertos en pura sorpresa.

— No harías algo así…

— Di mi palabra de que no dejaría que nadie te lastimara nunca más y estoy dispuesto a cumplirla. No hay otra posibilidad, Safira; o aprendes a disparar o no vas a ningún lado. Si te quito la concentración, probemos con otro profesor entonces.

Fui incisivo, pero era por su propio bien. No me gustaba nada la idea de que Safira fuera conmigo a Tijuana; sin embargo, era un voto vencido. Mi propia esposa se había puesto en contra mía en tal decisión, mostrando que aunque fiel a la *famiglia* y sus intereses, la obediencia al marido no estaba entre sus atributos.

¡Mexicana terca!

— Pero ya estoy tan satisfecha con el profesor que tengo… — Safira se giró hacia mí, pasando los brazos por mi cuello. — No necesito a Francesco. — Depositó un beso en mi mandíbula. — Prometo comportarme. ¿Gano una recompensa si acierto?

Los ojos azules brillaron mientras miraban los míos y me vi perdido en ellos, sin la menor posibilidad de ser firme con Safira como ella necesitaba que fuera.

— Si digo que sí, ¿eso ayudará en tu rendimiento? — pregunté, levantando una ceja hacia ella; respondió moviendo la cabeza

efusivamente mientras sonreía sin mostrar los dientes.

— Seré la alumna más enfocada y decidida que hayas tenido…

— No será difícil ya que eres mi primera alumna y planeo retirarme pronto.

Si mi desempeño enseñándole a Safira a disparar me demostró algo fue mi ineptitud para transmitir conocimiento.

— Muéstrame lo que sabes y a cambio te daré lo que quieras.

Apoyé mis manos en sus hombros, girando su cuerpo para que volviera a mirar hacia adelante y deposité un beso en su nuca expuesta como incentivo.

— No puedes retirarte hasta enseñarles también a nuestros hijos cuando tengan la edad — murmuró, demasiado concentrada en lo que estaba por hacer; constaté que sus palabras no me causaron ninguna vacilación al igual que tampoco le causaron a ella. Tener hijos con Safira era el curso natural de las cosas y no solo por lo que la *famiglia* esperaba de nosotros.

Respirando hondo, mi mujer realizó un nuevo disparo. Aún no era bueno, pero esta vez llegó mucho más cerca del objetivo.

— ¿Por qué tiene que dar un rebote? — reclamó con las cejas fruncidas volviendo a empuñar el arma para disparar nuevamente, alcanzando apenas el brazo del muñeco que usábamos como objetivo.

— ¡Ay, Dios mío! — dejó escapar aturdida, cubriéndose la boca con una mano. — ¡Acerté! ¡Acerté! ¡Dante, acerté!

Se giró hacia mí; el orgullo inconfundible moldeaba su tono de voz e instalaba un brillo hermoso en sus perfectos ojos. La imagen de belleza e inocencia en el rostro de muñeca de mi esposa hacía que realmente fuera lo más lindo del mundo.

Sin poder resistirlo tomé su rostro entre mis manos, besando esos labios sedosos siempre dispuestos a recibirme y depositando un beso en la parte superior de su cabeza justo después.

— ¿Ya te dije cuánto he extrañado tu sonrisa?

Días después de nuestra reconciliación y del bálsamo que fue tener a Safira nuevamente en mis brazos aún no estaba seguro de haber expresado cómo su ausencia fue un completo tormento, algo por lo cual no quería volver a pasar.

— No específicamente… — consideró; aunque pensaba que eso era una mentira volví a besarla, dejando claro cuánto la deseaba y cómo eso nunca iba a cambiar.

— Tu puntería sigue siendo pésima, Safira; ahora entiendo por qué.

Era la voz de Francesco. Siempre afilada, aunque nunca mostrara ninguna emoción real, casi como si mi *consigliere* fuera un robot. Pasaron años y nunca vi cambiar la expresión de ese hombre ni un milímetro, excepto por las pequeñas arrugas comenzando a formarse en su rostro gélido.

— El vuelo está programado para dentro de cuatro días — continuó cuando ganó nuestra atención —, si no logras hacerlo mejor que esto, *mucho mejor* que esto, no hay forma posible de irte a Tijuana.

Safira asintió casi solemnemente. Una reacción muy distinta de las que yo lograba obtener.

— Voy a mejorar. Ya estoy mejorando — murmuró, señalando con la cabeza hacia el objetivo alcanzado de manera superficial. — Ya casi soy buena.

— Estás lejos de ser mínimamente aceptable, si quieres saberlo — devolvió Francesco, sin preocuparse por usar palabras más sutiles, y luego se volvió hacia mí antes de continuar: — Don Santoro solicitó una reunión contigo esta tarde. No te preocupes, yo me encargaré del entrenamiento de Safira — añadió al verme abrir la boca para protestar. No había nada realmente que pudiera hacer. Aun así, miré entre Safira y Francesco, mis ojos yendo hacia el objetivo antes de volver a mi mujer.

— Te lo mereces un poco, por no haber valorado mis enseñanzas antes — susurré para ella, observando cómo su boca se abría en un perfecto O antes de alejarme de allí, dejándola bajo el cuidado de Francesco.

La mejor parte de la reunión con Don Santoro y los demás miembros del Consejo fue cuando llegó a su fin y pude volver a casa. Después de horas hablando sobre Quintanilla, estrategias y tantas otras cosas que podrían salir mal, finalmente llegar a casa y respirar el mismo aire que Safira era reconfortante, por decir lo menos. Era casi como si dependiera de ella para vivir, lo cual no tenía sentido. Pocos meses atrás, ella no significaba absolutamente nada para mí. Sin embargo, ahora era mi mundo entero y la única cosa capaz de traer luz a mi vida.

Era tarde en la noche y, aunque mi estómago reclamaba comida, solo quería irme a la cama lo antes posible, acurrucarme junto a mi esposa y asegurarme de que estuviera bien. Algo que no sería posible una vez que estuviéramos en Tijuana. Un segundo lejos de mis ojos podría ser suficiente para que Quintanilla le hiciera daño, y no creía que pudiera vivir si eso sucedía. Daría todo para que Safira no fuera más que una gatita dócil que aceptaría quedarse en casa, protegida con Cleopatra, mientras se resolvía la situación con Quintanilla. Pero entonces no sería la Safira que conocí, así que ninguna opción era realmente satisfactoria. Con un suspiro acaricié su cabello esparcido sobre la almohada, inclinándome para depositar un beso en su frente mientras inhalaba el aroma de su champú.

— ¿Dante? — llamó la voz somnolienta de Safira, parpadeando aturdida y sonriendo tan pronto como pudo enfocar mi rostro. — Uhmm… soy maravillosa en el tiro al blanco, ¿te lo contó Francesco? — preguntó, cerrando los ojos y acurrucándose junto a una Cleopatra totalmente dormida que compartía la almohada con Safira. — Incluso te traje el cartel del hombre perforado.

Indicó la silla con un movimiento ausente y mis ojos se dirigieron rápidamente hacia ese lugar.

— Francesco me hizo disparar mil veces…

El aire salió de mis narinas en forma de una sonrisa incrédula. Esa mujer era realmente sensacional y tenía suerte de que fuera mía. De nadie más.

— Puedes mostrármelo después; ahora vuelve a dormir, necesitas descansar — le instruí, depositando un beso prolongado en su frente y atrayéndola hacia mi pecho. Más tarde me ocuparía de quitarme la

ropa y tomar una buena ducha; mi prioridad en este momento era hacer que Safira volviera a quedarse dormida, ya que fui yo quien la despertó.

— ¿Estás nervioso? — quiso saber ella, acurrucándose contra mí. — ¿Por la invasión al rancho? ¿O Dante Barone desconoce lo que es temer algo?

— ¿No estás nerviosa? — devolví, acariciando su suave cabello.

— Un poco — mintió, frunciendo el rostro hasta que Safira abrió un solo ojo. — Mucho — confesó, soltando un largo suspiro. — Pero sé que todo saldrá bien. Y haría mil veces lo mismo por Don Barone… por ti.

— Ya has hecho suficiente — aseguré, mirando hacia una Cleopatra cómoda sobre la almohada de mi mujer. De hecho, una perezosa y una holgazana.

— Claro que preferirías… — concordó Safira, estirándose para depositar un beso en mi mandíbula, mirándome con toda la atención que podía reunir desde su estado somnoliento. — Pero no me sentiría menos nerviosa si estuviera en casa. Tal vez estaría aún peor de los nervios.

Volvió a acurrucarse contra mí lanzando una pierna sobre las mías y usando mi pecho como almohada.

— Todo estará bien, Dante. Ya verás.

Mi respuesta fue apretarla entre mis brazos tratando de ahogar el miedo que amenazaba con devorarme con solo pensar que tal vez ya no podría abrazar a Safira en un futuro cercano.



— Nena, ¿qué está pasando?

Odié ver los ojos asustados de María. Odié ver a todas las mujeres y niños encogidos mientras los disparos sonaban a lo lejos. Ellas se verían libres de Quintanilla, la *famiglia* asumiría los negocios del cartel y la vida mejoraría. Pero en ese momento, sabía que todo lo que pasaba por sus mentes era puro terror y desesperación.

— Todo va a estar bien, lo prometo — susurré a María, girándome hacia el cuarto y hablando con todas las demás mujeres presentes. — No les va a pasar nada — aseguré.

— ¿Es cosa de tu marido? — me preguntó María, atrayendo mis ojos hacia ella. Acaricié su cabello recogido, el negro marmoleado por los hilos blancos de la edad que nunca había ocultado. Finalmente, asentí con la cabeza en un gesto afirmativo.

Las cejas de María se fruncieron.

— ¿De verdad confías en él? — quiso asegurarse. La respuesta, en ese momento, era demasiado fácil.

— Con mi propia vida.

Los ojos de María se ablandaron, sus labios formando una sonrisa llena de líneas de expresión.

— Me alegra que hayas encontrado la felicidad, mi Safi.

Sonreí de vuelta, abrazándola con fuerza.

— Las cosas van a mejorar mucho para ustedes cuando esto termine — garantí. — Podrás visitarme siempre; quién sabe, tal vez

incluso venir a vivir conmigo — sugerí, aunque era más un pedido que cualquier otra cosa.

— ¿Tu marido te dejará?

— Soy la señora de su casa — informé, como si eso respondiera todo, y solté una risita.

María me llenó de besos en la cara, blindándome con un cariño que ni siquiera imaginaba cuánto me había hecho falta. Quería más que nada entregarme a ese momento, pero algo en la expresión de Michele, guardando nuestra puerta, hizo que activara algún instinto dentro de mí. Tal vez realmente fuera una Mau Egipcia.

Me acerqué a la puerta que Michele acababa de cerrar mientras hablaba algo por el comunicador.

— Quintanilla… posición.

Estática venía del aparato, pero estaba segura de que se trataba de Dante y agudicé aún más mis oídos.

— Negativo — respondió otra voz.

— Negativo — respondió otro hombre.

— Negativo.

— ¿Quintanilla ha escapado? — pregunté en voz alta antes de darme cuenta, abriendo la puerta solo para recibir la mirada reprobadora de Michele sobre mí.

— Señora Barone, tiene que volver adentro.

Lo ignoré.

— ¿Mi padrino ha escapado, Michele? — exigí una respuesta.

— Por supuesto que no — replicó él.

Bufé, sacudiendo la cabeza.

— Escuché el comunicador. Puedo ayudar…

— Dante me mataría si sales de ahí dentro.

Era la primera vez que casi perdía la compostura. Aun así, casi rugí odiando eso. Jamás podría entrar y fingir que Quintanilla no había escapado. Jamás podría quedarme con los brazos cruzados.

— Lo vamos a encontrar; es solo cuestión de tiempo.

El tono de Michele era suave como si intentara tranquilizarme.

— Tú misma dijiste que no hay forma de escapar del rancho sin ser vista.

Asentí con la cabeza, tratando de contener la inquietud que crecía dentro de mi pecho.

— Déjame saber si algo cambia, *¿va bene?*

Pude jurar que vi una pequeña sonrisa en la esquina de los labios de Michele como si aprobara algo que no tenía idea qué era.

— *Va bene*, *signora* Barone.

Excepto que nada estaba bien. Volví al interior del cuarto, listando mentalmente los lugares donde Quintanilla podría estar y por dónde podría haber escapado porque Michele tenía razón: no había forma de salir del rancho sin ser visto. Pero había forma de salir volando. Mi corazón amenazó con saltar fuera del pecho mientras me daba cuenta de que había cometido un error terrible. Había dejado atrás un detalle que tal vez pudiera hacer toda la diferencia.

María junto con su sobrina se acercaron a mí.

— ¿Safira?

— Creo que sé dónde está — murmuré más para mí misma que para ellas. — El viejo establo.

— El helipuerto desactivado — fue Laura quien completó.

María entrecerró los ojos mirando entre nosotras dos.

— Quintanilla solía tomar los helicópteros en el patio del rancho, pero hay un helipuerto encima del establo. Lo vimos una vez… — murmuré mirando a Laura; ella asintió.

— Íbamos a jugar allí cuando nadie nos veía. ¡Quintanilla intentaría escapar por allí!

María juntó las manos en una oración silenciosa.

— Safi, tienes que hablarle al chico guapo en la puerta!

¡Sí! ¡Tenía que hacerlo! Pero cuando estaba a punto de darme media vuelta para contarle a Michele, me detuve en seco.

Dante me mataría si saliera de ahí dentro.

— Si voy por los arbustos… por aquel viejo atajo entre los arbustos…

Mis ojos buscaron los de Laura.

—¿Todavía existe?

Ella asintió afirmativamente y sonreí, sintiendo el peso del arma en el costado de mi pantalón.

— ¡Puedo llegar allí en menos de diez minutos!

María abrió los ojos como platos.

— Nena… ¡no! No puedes ir tras tu padrino.

Suspiré con el corazón acelerado.

— Michele no me dejará salir del cuarto; tomará minutos preciosos hasta explicarle todo, suficiente para que Quintanilla escape. No puedo permitirlo.

Mis manos tomaron las suyas mientras sus ojos estaban muy abiertos.

— Cinco minutos; espera cinco minutos; solo el tiempo necesario para evitar que Michele me impida salir y entonces tú le explicas todo, ¿sí?

Por un momento pensé que iba a negar, pero entonces sus ojos adquirieron un fuego inusual y Laura apretó mis manos nuevamente.

— Encuentra a ese desgraciado, Safi; por favor.

Corría un rumor sobre Laura siendo hija bastarda de Quintanilla, pero María nunca dijo nada al respecto. En ese momento ese rumor parecía ser una verdad clara como el agua.

— Él fue al viejo helipuerto, lo siento, y no va a escapar. Cinco minutos y luego avisas a Michele.

Ella asintió mientras yo me preparaba para escapar por la ventana.

— Ten cuidado, Safi.

Estaba en lo cierto. Tan pronto como subí la rampa de acceso, con el corazón casi saliéndose de mi pecho y la mano empuñando la pistola plateada que Dante me había dado, lo vi. Y él me vio.

Algo terrible recorrió mi columna vertebral cuando me di cuenta de que no había pensado en esa parte del plan. En la parte en que encontraría a Quintanilla, en la parte en que tendría que retrasarlo hasta que los soldados de Dante llegaran. El único as bajo la manga que tenía era mi arma, una de las muchas condiciones que Dante impuso para que viniera, y sabía cómo usarla.

El problema era que Quintanilla también tenía un arma. Sus manos fueron hacia ella, hacia la pistola de cañón largo alojada en una funda en sus caderas; sin embargo, cuando vio que estaba sola, algo le impidió sacarla. Como si yo no representara ningún peligro.

Levanté mi arma, apuntándole.

— Vaya, vaya, si no es la hermosa traidora. — Su sonrisa despectiva apareció y, con ella, el diente de oro. — Esa arma en tu mano es patética.

Quizás realmente parecía patética. Sabía cómo disparar, pero ¿sabría cuándo? ¿Dispararía para evitar que él sacara su propia arma? ¿Podría hacerlo? Solo apretaría el gatillo si no hubiera más solución. ¿Y si dejaba eso para el último recurso? ¿No sería demasiado tarde? ¿No debería disparar ahora mismo?

— Dante me enseñó a disparar — aseguré.

Quintanilla no pareció importarle, ajustándose el cinturón de los pantalones apretados como si su propio imperio no estuviera colapsando a pocos metros de allí. Siempre había sido así. No le importaba la gente. No le importaban sus propios hombres. Estaba allí, huyendo solo; ni siquiera Nacho estaba con él, porque todo lo que le importaba era sí mismo. Jamás podría imaginar a Dante abandonando una pelea. O a Don Barone. Pero ese papel le quedaba como anillo al dedo a mi padrino; encajaba con el cobarde egoísta que ahora podía ver que era.

— ¿Cómo pudiste hacer esto? — fue lo que me preguntó, provocando una turbulencia nada bienvenida dentro de mí, porque la verdadera pregunta era otra:

— ¿Cómo pudiste asesinar a Don Barone? — contraataqué.

La mirada de shock en su rostro era una mezcla de asombro y comprensión.

— ¿Eso te dijeron? — preguntó de vuelta, frunciendo las cejas en el proceso como el perfecto disimulado que era.

— ¡Es la verdad! — grité, poco inclinada a dejar que dudas se implantaran en mi cabeza.

— ¿Es eso lo que cree tu marido? — insistió Quintanilla formando una sonrisa misteriosa en sus labios — ¿O solo te está usando?

— Es la verdad… — repetí una vez más.

Dante jamás me engañaría.

La cabeza de mi padrino se movió como quien acepta una realidad con la cual no se puede luchar; sus ojos miraron lejos hacia los disparos y las voces masculinas antes de volverse hacia el cielo, probablemente buscando su helicóptero. No había ninguna señal de él. Entonces se volvió hacia mí, con la pistola aún en su funda, pero los ojos ardiendo como un arma peligrosa.

— ¿Quieres un poco de verdad? ¿Estás segura? — quiso saber con una entonación diferente en su voz que me hizo agarrar mi arma con más fuerza y dar un paso atrás cuando él dio uno hacia mí. — Quizás un poco de verdad sobre tus padres…

Fruncí el ceño.

— ¿De qué hablas?

— No fueron asesinados por un cartel enemigo, Safira — la voz de Quintanilla casi siseó antes de que su diente dorado amenazara con cegarme. — Yo mismo los maté.

— Mentiroso — repliqué inmediatamente.

Era mentira. Era claro que diría cualquier cosa para descontrolarme. A Quintanilla no le pareció importar mis negativas y continuó hablando:

— Tu padre era un hombre demasiado peligroso para su propio bien. Los hombres del cartel lo respetaban; podrían ser fácilmente conducidos a una rebelión por él. Y quería ocupar mi lugar.

— ¡Él tenía honor! ¡Cosa que tú no tienes! — lo ataqué.

— Honor… esa cosa subestimada por los italianos… — Quintanilla rió como si lo hubieran enviado de regreso al pasado. — Y las cosas no mejoraron necesariamente cuando descubrió sobre mí y tu madre…

La frase murió, dejando un millón de lagunas en el aire. Debería dejar las cosas así; no caer en la trampa de Quintanilla; no hacer exactamente lo que él quería: morder el anzuelo. Sin embargo, no pude contenerme.

— ¿Tú y mi madre qué?

Sus ojos recorrieron mi cuerpo desde los pies hasta la cabeza.

— Quería follármela, por supuesto — respondió como si nada mientras yo jadeaba. — Pero ella no pudo simplemente quedarse

callada y disfrutarlo, ¿verdad? Un simple toque y armó un escándalo; le contó a tu padre… así que tuve que actuar.

No dije nada mientras esas palabras entraban en mi cabeza y partían mi corazón. Mi silencio era todo lo que Quintanilla necesitaba para continuar.

— Los maté, Safira; fueron las balas de mi propia arma y siento un placer absurdo por ello.

Era verdad. Cada maldita palabra era verdad. Mis labios temblaron; mi vista se nubló; mi pulso amenazaba con explotar en mi cuello. Mi dedo índice quería contraerse sobre el gatillo. Pero Quintanilla solo sonrió.

— No puedes apretar ese gatillo; te falta valor. Al menos tu madre intentó luchar.

Di un paso adelante.

— ¡Podría apretar el gatillo, si fuera necesario!

Y como si mis palabras fueran una especie de señal, noté cuando la figura de mi marido se deslizó detrás de Quintanilla con su propia arma empuñada y el dedo índice sobre los labios, pidiéndome silencio.

Mi Dante.

— Acabo de contarte cómo asesiné a tus padres a sangre fría, cómo disfruté… y aun así no has apretado ese gatillo. Eres débil y patética…

En un gesto inesperado, Quintanilla sacó su arma y me apuntó.

— Vamos a jugar a quién dispara primero, niña.

Tragué saliva, pero no necesitaba tener más miedo. Dante estaba sobre Quintanilla, golpeando su brazo por detrás y disparando el arma en un estruendo ensordecedor hacia el cielo. Cerré los ojos con fuerza, pero escuché cuando la pistola cayó al suelo, obligándome a abrir los ojos de nuevo solo para ver el brazo de mi marido contra el cuello de Quintanilla, un agarre feroz y mortal. El arma de Dante presionada contra la sien de él. Finalmente pude respirar, y junto con eso vinieron las lágrimas y un grito de rabia que abandonó mis labios, atrapado todo este tiempo dentro de mi garganta. Bajé el arma que parecía pesar dos toneladas, todo mi

cuerpo temblando, mis ojos levantándose solo para encontrar una versión borrosa de Dante.

— Él mató a mis padres… — susurré, porque mi marido tenía que saberlo. — Él los mató, Dante. — Sollocé. — ¡Fue él quien me los quitó!

La mandíbula de mi gigante se contrajo. Quintanilla se rió, pero el gesto pronto se convirtió en una tos incontrolable por la presión en su garganta.

— Dante no se preocupa, Safira. No se trata de ti; nunca se tratará de ti. Entonces, ¿por qué no disparas?

Sentí el fuego ardiendo en mi cuello, en mi espalda, en mis mejillas, en la raíz de mi cabello. Todo un sentimiento extraño e incómodo amenazando con apoderarse de mí mientras levantaba y apuntaba el arma hacia Quintanilla otra vez. Dante pateó la parte trasera de la rodilla de Quintanilla, haciéndolo inclinarse hacia adelante; el peso de su cuerpo sirviendo para ahorcarlo antes de que Dante lo dejara caer al suelo.

La poderosa voz de mi marido sonó poco después, un murmullo más ensordecedor que cualquier grito:

— ¡Cállate, *cazzo*! Cualquier influencia que tuviste sobre Safira ya ha terminado y no obtendrás la muerte rápida que deseas.

¿Era eso lo que quería Quintanilla? ¿Una muerte rápida? ¿Por eso seguía provocándome? ¿Llevándome al límite?

Quintanilla mostró su sonrisa dorada, sus ojos mirando a Dante justo después:

— Ella es buena así, ¿eh? Dime, Barone, ¿cuánto dinero habría ganado poniéndola en prostitución? Ciertamente lo consideré.

Sus ojos vacíos se volvieron hacia los míos.

— Tenía cámaras en tu baño, corazón. El dinero que hice vendiendo tus videos a mis amigos…

Abrí los ojos como platos y me encogí, pensando en cada vez que había entrado a mi baño; cada vez que me duchaba y miraba mi cuerpo desnudo en el espejo. Entonces escuché el sonido del hueso rompiéndose y parpadeé justo a tiempo para entender que el puño de Dante acababa de golpear la mandíbula de Quintanilla; la cabeza

de mi padrino hizo un ruido hueco al encontrarse con el suelo en un fuerte golpe.

— Eres un cobarde patético; eso es lo que eres — escupió Dante, sacudiendo la cabeza. — Solo lograste ser temido porque pusiste a tus matones a hacer el trabajo sucio ya que no tienes agallas para hacerlo.

Dante caminó a lo largo del cuerpo hasta que su puño agarró el cabello de Quintanilla; un montón de mechones escapando entre los dedos de mi marido.

— No te daré el privilegio de una muerte rápida. He pasado demasiado tiempo planeando este momento; necesito hacerlo durar.

Un nuevo golpe arrancando sangre de su nariz. Y luego los zapatos italianos de mi marido encontraron directamente entre las piernas de Quintanilla. Abrí los ojos mientras solo podía pensar que no debería haber quedado mucho para contar una historia. Quintanilla rugió, contorsionándose en el suelo, completamente tomado por el dolor.

Entonces Dante vino hacia mí; sus dedos acariciaron mi rostro; sus pulgares secaron mis lágrimas; su boca contra mi frente mientras tomaba mi arma.

— No necesitas esto más — susurró contra mi rostro. — Estás a salvo ahora.

Respiré con dificultad; mis ojos fijos en Quintanilla y luego en mi marido.

— Él mató a mis padres… — repetí sin saber por qué; como si Dante no hubiera escuchado la primera vez. — Quería a mi madre y mató a mis padres… tenía miedo de que mi padre… robara su cartel.

Las manos de Dante rodearon mi rostro haciéndome levantar la barbilla mientras él se inclinaba y nuestras frentes se encontraban.

— Haré que pague — me aseguró con los ojos fijos en mí como si fuera una promesa. — Pero para eso necesito que salgas de aquí; busca a Michele y espérame, ¿está bien?

Asentí con la cabeza, tratando de estar de acuerdo con Dante; intentando también alejarme del pensamiento que no salía de mi cabeza. No salía por nada del mundo.

Él mató a mis padres. Él mató a mis padres.

— ¿Safira? — La voz de Dante me despertó, haciéndome levantar la mirada hacia él una vez más.

— Necesito que encuentres a Michele… ¿me entiendes? Las cosas no van a ponerse nada bonitas por aquí.

Él iba a matar a Quintanilla. Pero ¿sería suficiente?

Cerré los ojos con fuerza, tratando de alejar todo eso.

— Michele — murmuré. — Vale.

Dante me besó una vez más en la frente y di media vuelta, casi corriendo por la rampa de acceso. Quintanilla dio un nuevo rugido de dolor y mis pies se detuvieron en medio de la rampa. No sabía por qué; no entendía por qué no podía irme. Solo podía ver a mis padres y recordar lo que era sentir su presencia. No los había perdido; habían sido arrancados de mí. Arrancados por Quintanilla.

Mi cuello giró sin poder luchar contra ello, mis ojos enfocándose primero en Dante y luego en Quintanilla, ninguno de los dos consciente de mi presencia ni del hecho de que no me había ido.

— Podría decir que no maté a Don Barone… — provocó Quintanilla. — Pero tu cabeza ya ha decidido eso, ¿no?

Vi cómo los puños de Dante se apretaban. Quintanilla no tenía idea del peligro al que se estaba exponiendo. Sabía que dentro del corazón de mi marido había un animal encerrado y todo lo que había querido durante tanto tiempo era acabar con Alberto Quintanilla.

— A estas alturas ya no importa más — respondió Dante como un depredador decidiendo por dónde comenzaría primero. — Lo único que no me hace falta son motivos para asegurarme de que vayas directo al infierno.

Los zapatos italianos se acercaron con esa elegancia tan intrínseca a él y tan contrastante con la violencia inminente que estaba por suceder. Pero yo no podía moverme; estaba congelada sobre mis pies.

— Esto es sobre todo por mi mujer.

Mi pecho se infló; mis ojos se abrieron como platos cuando Dante desechó su propia arma. ¿Cómo iba a matar a Quintanilla si…? Inspiré profundamente, deteniendo ese pensamiento en seco. Dante no necesitaba un arma.

Rompió un dedo de Quintanilla.

— ¿Quién tiene los videos de Safira?

Mis videos. Yo, cada vez que entré en ese baño sin saber que era objeto de la visualización y satisfacción de alguien. ¿Cómo pudo hacer algo tan horrible? Sentí la bilis subiendo por mi garganta. No bastaba con haberse forzado sobre mi madre, haber matado a mis padres. No bastaba con haberme criado como una prisionera, obligándome a llevar dinero escondido en el cuerpo a través de la frontera. Él había tomado aún más de mí.

Quintanilla no respondió; solo un grito terrible salió de sus labios.

— Pregunté… — retomó Dante, con una voz peligrosamente calmada. — … ¿quién tiene los videos de Safira?

Nada. Un nuevo dedo roto. Un nuevo grito.

— Voy a romper cada hueso de tu cuerpo hasta… — Otro dedo. — … que… — Más un dedo. — … tú… — Y otro más. — … me digas.

Cinco dedos perfectamente retorcidos.

— ¡Nadie! — respondió Quintanilla, ahogado entre los gritos de dolor.

Una sonrisa apareció en los labios de mi marido y supe que la bestia interior de él escuchaba esos gritos de dolor con felicidad explícita.

— No puedes esperar que realmente crea eso.

— ¡Es la verdad! — gritó Quintanilla antes de que Dante alcanzara los dedos de su otra mano. — Los videos están en mi computadora personal; enviaba un enlace de visualización única, era lo que siempre pedían y pagaban por más de tu Safira.

Me atraganté. Aún allí, él provocaba. Dante le dio un puñetazo a Quintanilla y luego otro con la otra mano, golpe tras golpe. El olor metálico de sangre en el aire. Un ruido como cáscaras de huevo siendo pisadas que solo podían ser los huesos del rostro de Quintanilla desmoronándose. Dante arrancó el diente dorado con un golpe y sonrió. Vi el diente rodando por el suelo, bajando por la rampa, deteniéndose a pocos metros de donde estaba yo, casi como si fuera lo único que supiera que yo estaba allí.

El oro aún brillaba, bañado en sangre. Pero ya no tenía ningún poder. Ningún poder para causarme escalofríos, para esperar el próximo golpe que Quintanilla me daría o para hacerme entrar en

modo supervivencia. Era solo un diente dorado, aún más patético allí, cubierto de sangre y en medio del polvo.

Levanté la cabeza, dándome cuenta de que los golpes habían cesado y que Dante tenía una extraña expresión final en su rostro. Entonces mi marido llevó sus pulgares hacia los ojos de Quintanilla y los hundió allí.

Tapé mi boca mientras observaba inmóvil cómo los dedos de Dante se metían cada vez más en las órbitas oculares de Quintanilla; su cuerpo se contorsionaba mientras intentaba golpear a mi marido con las manos. Y entonces sus ojos estallaron bajo la fuerza de los dedos de Dante.

Había terminado. ¿No había terminado? La respuesta fue un grito de horror que me decía que no; aún no.

Cierra los ojos, Safira.

Pero no podía, porque cuando cerraba los ojos veía a mi padre y a mi madre muriendo.

Las manos de Dante se cerraron alrededor del cuello de Quintanilla; un agarre feroz, sin escapatoria, mientras mi marido observaba de cerca cómo la vida se desvanecía en él. No parecía suficiente para la bestia dentro de Dante; tal vez había estado sin ese alimento durante demasiado tiempo.

Entonces, en un acto final, mi marido rompió el cuello del hombre que alguna vez había sido mi padrino.

Sangre. Huecos sangrientos en lugar de ojos mirándome cuando su rostro se inclinó hacia abajo. Cinco dedos y un cuello dislocado. Un cuerpo sin vida en el suelo.

Quizás debería sentir horror. Quizás debería sentir que había sido vengada. Pero allí mismo no sabía qué sentir.

Dante se levantó y luego su rostro se volvió hacia mí. Fue cuando me vio; fue cuando supo que había estado allí todo el tiempo y pude jurar que vi cómo daba un paso incierto hacia atrás antes de que sus ojos se abrieran como platos.

Era el segundo asesinato que cometía y yo presenciaba, pero esta vez no quería salir corriendo.



Quintanilla estaba muerto. Yo mismo aseguré su pasaje al infierno con mis propias manos, escuchando con un placer inexplicable sus gritos de dolor, la viscosidad de su sangre podrida bañando mi piel…

Fue satisfactorio; sería hipócrita de mi parte negarlo, pero estaba lejos de ser suficiente. Después de todo, no importaba cuánto lo hiciera sufrir, jamás se acercaría al daño que él causó a Safira y a mí cuando se atrevió a quitarnos a personas tan preciosas. Sin embargo, no podría culparlo si mi comportamiento animal me hacía perder a Safira. A pesar de que ella había sido criada por un sinvergüenza como Quintanilla, solía mantenerse al margen de los negocios, cuando no estaba llevando dinero a través de la frontera. Las cosas cambiaron desde que nos conocimos…

Safira me había visto matar a dos hombres a sangre fría, sin dudar ni un instante ni preocuparme por lo que eso haría de mí. Un hombre de honor. Eso era yo. Pero tal vez mi esposa tuviera una opinión diferente sobre eso.

Revisé mi apariencia en el espejo de la suite que solía ser solo mía, pero que ahora compartía con Safira desde que nos casamos. Con la toalla blanca alrededor de mis caderas, sequé un poco más el exceso de agua de mi cabello con una toalla facial, asegurándome de que no quedara ningún rastro de la sangre de Quintanilla en mí antes de ir a unirme a Safira en el dormitorio.

Ella estaba especialmente introvertida durante el trayecto de regreso desde Tijuana y, aunque sabía que el descubrimiento sobre

el asesinato de sus padres le había afectado, quería asegurarme del porcentaje en que mi comportamiento influía en su semblante más serio. El camino de regreso a casa fue en silencio y durante todo ese tiempo Safira estuvo encogida, con expresión de dolor. Quería abrazarla, asegurarle que todo estaría bien y que no necesitaba temer; sin embargo, no me atreví a tocarla porque no sabía si podría soportar si ella se zafaba de mi toque.

Con Cleopatra en su regazo, Safira parecía lista para acostarse y poner fin a ese día extremadamente largo y tumultuoso; sin embargo, yo no.

— ¿Puedo? — pregunté al acercarme a la cama e indicando el espacio vacío junto a Safira, mi lugar habitual.

Ella besó la parte superior de la cabeza de Cleopatra y luego la puso en el suelo. La gata egipcia se estiró, alargando bien su columna antes de dar pasos graciosos hacia la puerta del dormitorio, arañando la madera en su pedido para salir hacia su carrera nocturna.

— Claro que puedes — respondió Safira justo cuando Cleopatra soltaba un ronroneo impaciente exigiendo atención.

Abrí la puerta para ella y la cerré tan pronto como el largo rabo de Cleo desapareció de mi campo visual; luego me dirigí hacia la cama, estirando las piernas y apoyando la espalda contra el cabecero.

— Estás extrañamente callada — comenté cuando ella no pareció dispuesta a decir nada más, demasiado ocupada analizando los detalles del encaje de su camisón negro.

— ¿Alguna vez has vivido algo y luego… todo parece un sueño? Como si realmente no hubieras estado allí — quise saber mientras me miraba por el rabillo del ojo sin asomo alguno de su expresión ligera y divertida.

— Ojalá fuera así. Que tú no hubieras estado allí.

No era un secreto. Hice todo lo posible para proteger a Safira del momento traumático, pero ella no prestó atención.

— Pero necesitaba saber — replicó. — Necesitaba escuchar cada una de esas verdades que salieron de la boca de Quintanilla. No parece correcto que él muriera y eso quedara cubierto. Tenía que

saberlo. Aunque parte de mí quiera actuar como si aún no supiera. Él mató a mis padres Dante. — Su mirada confusa se encontró con la mía y había una punta de dolor en ella. — Porque mi madre no quería quedarse con él, porque mi padre aparentemente era una amenaza; ¡y crecí bajo el techo de Quintanilla! Todo este tiempo esforzándome por nunca desagradarlo.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y Safira mordió su labio tembloroso entre los dientes.

— No tenías cómo saber nada de esto — le recordé mientras llevaba mi mano para secar una lágrima que caía por su rostro. Sin embargo, me detuve. No nos habíamos tocado desde que puse fin a Quintanilla. ¿Y si presenciar esa escena había hecho que Safira tuviera miedo de mí?

— ¿Qué pasa ahora? — me apresuré a preguntar. — ¿Qué quieres hacer?

— Estoy asustada, Dante — admitió en un susurro. — Nunca pensé que sentiría lo que estoy sintiendo con la muerte de Quintanilla. Porque parte de mí me dice que debería estar en duelo y otra dice que debería sentirme vengada; pero no siento… nada. Él murió… y todo lo que significaba murió con él. No le debo nada más y eso es todo en lo que puedo pensar.

— Nunca le debiste nada — reafirmé por lo que parecía ser milésima vez. — Nunca. Todo lo malo que te ha pasado es culpa suya.

Inclusive nuestra unión, completé en pensamiento con la mandíbula apretada. Odiaba saber que mi matrimonio con Safira también fue una forma más en la que ese desgraciado manipuló su vida. Como si no bastara haber asesinado a sus padres o vendido imágenes suyas para el deleite de hombres asquerosos y sin escrúpulos… fue Quintanilla quien empujó a Safira hacia mis brazos.

— En la *cosa nostra* los matrimonios están hechos para durar para siempre — comencé como recordatorio para Safira; después de todo ella ya sabía eso muy bien a estas alturas. — Pero nosotros somos la excepción para muchas reglas; esta puede ser solo otra más, si así lo deseas.

Mis ojos buscaron los ojos de Safira y los suyos se abrieron como platos mientras su mandíbula caía ligeramente en el proceso. Tragué saliva, forzándome a no mostrar el malestar que esas palabras me hacían sentir.

— ¿Quieres separarte de mí?

Mis cejas se fruncieron al mismo tiempo en desentendimiento. ¿No había sido claro?

— Dije "si tú quieres" — enfaticé para asegurarme de que Safira no tuviera ninguna duda de que esa decisión dependía únicamente de ella y nadie más. Si era su voluntad, encontraría una manera de que fuera libre, aunque el precio fuera mi propia alma.

— Pero tú quieres? — insistió mientras se arrastraba hacia mí, montándose sobre mis piernas como solo ella tenía libertad para hacerlo. Sus pequeñas manos suaves volaban hacia mi cuello mientras clavaba sus ojos en los míos. — Porque no quiero separarme de ti, Dante.

Apreté su cintura estrecha, sintiendo la seda del camisón deslizarse bajo mis dedos mientras acariciaba el hermoso rostro de mi mujer entre mis manos.

— ¿Crees que no me habría aprovechado la sugerencia de mi madre si quisiera alejarme de ti? — cuestioné, preguntándome cómo aún podía tener dudas sobre cuán locamente dependiente me había vuelto de ella desde que la tuve entre mis brazos por primera vez. — Solo que tampoco quiero que mi esposa me tenga miedo — continué diciendo, porque era importante que supiera. Porque eres la persona más buena del mundo entero, y yo no quiero que eso cambie; porque no soportaría saber que fui responsable de apagar tu luz.

Sus labios dulces tocaron los míos de manera delicada, antes de abrirse en una sonrisa.

— No tengo miedo de ti — me aseguró, antes de tomar mi boca en un beso más atrevido. — Te necesito… Safira movió las caderas sobre mi regazo, su intimidad cubierta solo por una pequeña braguita rozando mi polla a través de la toalla, amenazando con robarme la capacidad de pensar con claridad.

La tuve entera para mí la noche anterior, allí mismo, en nuestra cama, pero eso no hacía que la deseara menos; tenía el efecto

opuesto. Y me encantaría dejarme llevar por el momento, hundirme profundamente en mi esposa como sabía que a ella le gustaba, pero necesitábamos aclarar algunas cosas primero.

— Espera… — pedí, poniendo fin al beso apasionado y tomando las manos de Safira, que aún descansaban en mi cuello, besando el dorso. — Necesitamos hablar. — La miré profundamente a los ojos azules y bonitos. — Me dijiste eso una vez, ¿no? Que huir del tema no resuelve nada — le recordé. — Te casaste conmigo porque un monstruo te obligó, y ese monstruo ya no existe. Solo que, tal vez, yo no sea mucho mejor que él — admití a regañadientes.

Sabía muy bien que la *cosa nostra* no era un parque de diversiones; sin embargo, nuestro código de honor, nuestro respeto por la *famiglia*… esas cosas siempre me habían hecho sentir diferente — superior, incluso — a organizaciones como los cárteles mexicanos. Sin embargo, después de haber matado a Quintanilla, ya no estaba tan seguro de eso.

— Dios sabe que no soy lo suficientemente bueno para ti… — dije cuando Safira no dijo nada. — Puedes ser libre, Safira. Sin el cartel, sin la *cosa nostra*… libre como nunca has sido antes.

Sus ojos se llenaron de una emoción que no sabía definir, pero tuve miedo. Miedo de que Safira hubiera vislumbrado un futuro prometedor lejos de mí.

— No eres como Quintanilla — negó ella, sacudiendo la cabeza de un lado a otro. — No harías con una niñita lo que él hizo conmigo. — Safira parpadeó y lágrimas gruesas rodaron por sus mejillas. — No digas esas cosas… no puedo perderte… no quiero perderte. Vivir sin ti no es sinónimo de libertad para mí, nunca lo será.

— Tal vez pienses así ahora, pero ¿qué hay del futuro? — presioné. — Los enfrentamientos con mi madre, los secretos que tal vez necesite guardar de ti por ser el nuevo Jefe de The Arm. — Suspiré, sintiendo los hombros tensos, como si solo entonces el cansancio de ese día hubiera caído sobre mí. — Perderte es lo último que quiero, créeme, pero no hay nada en el mundo que no haría para verte feliz. Nada.

Y era verdad. Cualquier cosa que asegurara la felicidad y la seguridad de Safira… haría cualquier cosa.

— Te amo, Dante Barone — murmuró Safira en un susurro tan bajo que llegué a dudar si las palabras realmente existieron o si eran fruto de mi mente. — Amo al hombre gentil, pero también amo al animal enjaulado que vive aquí. — Apoyó la palma de su mano en mi pecho sin desviar la mirada de la mía. — Amo todos tus matices, entre un extremo y otro. Así que no me pidas que te deje, porque cada paso lejos de ti es un paso más lejos de mi felicidad.

Mis ojos ardían de una manera extraña, poco común. Mi corazón acelerado y la garganta extremadamente seca. Tenía que ser una alucinación. Después del estrés de los últimos días, con la adrenalina pulsando fuerte en mis venas… tener a Safira declarándose a mí era un bálsamo creado por mi mente perturbada para aliviar la culpa que sentía por no haber garantizado que Safira no estuviera cerca para presenciar la muerte del hombre al que alguna vez llamó padrino.

— No necesitas decirlo de vuelta… — completó ante mi silencio. — Solo necesitas saber que te amo y que no tienes que esconder ninguna parte de ti ante mí. No tengo miedo de ti y sé que nunca me harías daño. ¿Va bene?

Había mil cosas que podría decirle a Safira en ese momento; sin embargo, antes apreté su cuerpo entre mis brazos y tomé su boca en un beso arrollador, mi lengua sumergiéndose para entrelazarse con la suya, sintiendo su calor y humedad. La sensación agradable de tener a mi mujer entre mis brazos… tan suave, fragante y entregada a mí, su cuerpo moldeándose al mío con perfección.

— Te amo, *bellissima* — confesé entre besos, permitiéndome nombrar el sentimiento por primera vez. — Te amo tanto… más que a mi vida… — Rocíe besos por todo el rostro de Safira, mis manos apretando sus muslos de manera posesiva. — ¡Estoy loco por ti!

Giré a Safira en la cama, arrancándole una risa deliciosa y posicionándome sobre ella, entre sus piernas. La conversación había llegado a su fin, aunque, aparentemente, no podía dejar de murmurar palabras de adoración para mi esposa.

Nada que no pudiera ser tenido mientras la liberaba de su camisón, sin embargo…

— Mi mujer… mi amor… te quiero tanto, mi vida…

— Tu mujer… — confirmó con un gemido arrastrado, cuando mi lengua trazó el camino de su cuello.

— *Ti amo così tanto, amore*.

Sus uñas cortas rasguñaron mi espalda como la gatita mimosa que era, y mi polla ya estaba lista para enterrarse en el coño húmedo de mi mujer para hacerla gritar mi nombre en puro éxtasis.



No tenía idea de por qué el Consejo quería que estuviera en otra reunión cuando Quintanilla ya estaba bien muerto y enterrado. Sin embargo, esta vez mi nerviosismo, siendo la única mujer presente en esa sala de hombres importantes y letales, era considerablemente menor, todo porque tenía a mi lado al más importante y letal de todos ellos. Mi Dante. Mi marido. El hombre que amaba. Nada de lo que ese Consejo dijera cambiaría el hecho de que finalmente estábamos en la misma página, y ese pensamiento me hizo entrelazar mi brazo con el de mi marido, mi mano acariciando su antebrazo musculoso, solo para ser envuelta por sus dedos largos un segundo después.

Nicola Santoro se levantó de su lugar, sacándome de mi ensueño, con pasos largos hasta donde estábamos Dante y yo, un mero movimiento de cabeza potente suficiente para que los pocos cabellos que caían sobre su frente salieran de delante de sus ojos. Colocó las manos en los bolsillos del pantalón antes de decir:

— Me temo que no hemos sido completamente honestos sobre la cuestión Quintanilla.

Fue como recibir un golpe entre mis cejas, de modo que mis ojos se volvieron sorprendentemente hacia Dante. Los ojos de mi marido se estrecharon en incomprensión.

— ¿Qué quieres decir? — exigió saber Dante.

— Cuando Quintanilla propuso un matrimonio entre ustedes dos, poniendo así una amenaza en el corazón de la *famiglia* The Arm, este Consejo consideró una alternativa. — Nicola deslizó el anillo de

Don por su dedo antes de continuar. — Un plan que tu padre conocía y ayudó a forjar.

El piercing en la nariz de Dante se movió, uno de los primeros indicadores de que estaba perdiendo la paciencia.

— No entiendo, Don Santoro.

Toda mi aparente tranquilidad amenazaba ahora con desvanecerse como por arte de magia. Podía sentir el ambiente denso, como si todos allí supieran un secreto que podría cambiarlo todo. Y, de hecho, sabían algo sobre lo cual ni yo ni mi marido teníamos idea. Solo quería que lo dijeran pronto antes de que mi cabeza pudiera formular cientos de alternativas potencialmente peores que la verdad.

— No soy el hombre adecuado para aclarar todos los detalles. — Sus ojos astutos se volvieron hacia mí. — Pero antes, pido a la *signora* Barone que nos perdone si en algún momento se sintió acusada de participar en la muerte del Don Barone.

Dante y yo nos miramos; un sutil movimiento de su cabeza me hizo saber que estaba bien.

— No hay nada que perdonar, Don Santoro — informé en mi italiano recién aprendido, con un acento marcado que aún estaba aprendiendo a disimular. Dante levantó una ceja en señal de admiración, y fue todo lo que necesité para saber que había sido perfectamente entendida.

Don Nicola Santoro asintió hacia mí antes de hacer una señal al hombre que guardaba una de las puertas.

— Creo que es hora de ustedes reencontrarse con un viejo conocido.

Entonces un hombre pasó por la puerta.

No.

Mi corazón se heló, el aire abandonó mis pulmones; el tiempo se congeló durante un segundo entero.

No podía ser.

— Dios mío — murmuré, reflejando a Dante cuando él se levantó abruptamente, aunque mis piernas parecían dos pesos muertos y la sala se oscureció repentinamente, como si estuviera al borde del desmayo. No podía ser. Pero era.

El traje impecable, el cabello canoso peinado perfectamente hacia atrás; la nariz, los ojos y las cejas eran los mismos que los de Dante. El retrato del más elegante de todos los fantasmas. Sus ojos alcanzaron a mi marido.

— Don Barone — saludó a Dante, generando aún más confusión dentro de mí ya que así es como yo lo llamaba: Don Barone. Entonces esos mismos ojos danzaron hacia mí.

— *Signora* Safira Barone. Felicitaciones por el matrimonio.

No pude contenerme; cuando me di cuenta ya estaba corriendo hacia Don Barone, prácticamente lanzándome a sus brazos y abrazándolo con fuerza. ¡Estaba vivo! Mi corazón sollozó cuando él me abrazó, besando la parte superior de mi cabeza mientras yo enterraba mi rostro en su chaqueta.

Sin embargo, Don Barone no permitió que permaneciera así por mucho tiempo; sus manos gentilmente apartaron mi rostro para poder mirar en mis ojos, sus pulgares limpiando las lágrimas que ni siquiera sabía que había derramado.

— Do-Don Barone! — murmuré incrédula. — ¿Cómo? No puedo creer… ¿que usted… está… vivo?

¡Don Barone estaba vivo! Solté una risa antes de poder contenerme y busqué a mi marido; extendí mi mano hacia él cuando me di cuenta de que Dante parecía una obra maestra esculpida en piedra en medio de la sala.

— Dante… tu padre… ven.

Don Barone besó nuevamente la parte superior de mi cabeza antes de arquear una ceja hacia Dante.

— ¿Qué te pasó, *figlio*? Pareces haber visto un fantasma…

Sonreí incrédula, pero eso pareció ser suficiente para mover a Dante. Mi gigante se acercó y abrí espacio para que abrazara a su padre mientras colocaba una mano sobre ambos hombros: los dos Barones a quienes más amaba.

— ¿Cómo es esto posible? — susurró Dante en italiano mientras miraba a su padre con ojos encendidos.

Don Barone solo sonrió mientras le daba palmaditas en los hombros a Dante.

— Es una historia larga y compleja. Pero creo que ustedes tienen tiempo suficiente para esa conversación… o ¿el nuevo Don de The Arm tiene algún compromiso urgente?

Ningún compromiso podría ser más urgente que tener a mi suegro nuevamente aquí.

— ¿Fue usted quien ordenó que le dispararan? — pregunté, sin intentar contener mi confusión, porque estaba genuinamente muy confundida. Y asustada. Porque si ese plan hubiera salido mal… Don Barone acababa de contar cómo su muerte no había sido más que un plan para detener a Quintanilla. No había sido orquestada por el hombre que fue mi padrino, sino para que él fuera culpabilizado y destruido por la *famiglia* sin que todo se convirtiera en una guerra.

— Sí y no — me respondió Don Barone. — El tiro no fue de verdad. Fue una medida extrema, pero nunca estuve en peligro real. Todos corríamos un peligro mucho mayor si le dábamos una oportunidad a Quintanilla para hacer lo que quisiera. Era un problema que necesitaba ser cortado de raíz.

Su mano tocó la mía, y miré ese toque cariñoso antes de volver a encontrar los ojos de Don Barone.

— Siento mucho tu pérdida.

Tragué en seco, luchando contra el súbito ardor en mis ojos, encogiéndome al pensar en aquel diente de oro.

— No he perdido nada. Él mató a mis padres — confesé en voz baja —, fue él, todo el tiempo.

Los ojos de Don Barone se enternecieron, pero no había sorpresa en ellos, lo que me hacía creer que ya había sido informado de ese último descubrimiento. El brazo de Dante me envolvió por los hombros, acercándome más a él en el sofá donde estábamos sentados. Era como si sintiera los cambios en mi cuerpo y un mero toque pudiera protegerme y confrontarme al mismo tiempo. Mi mano izquierda, con el símbolo de nuestra unión, acarició su rodilla.

Don Barone se inclinó hacia mí.

— Sabes entonces, después de todas las cosas que pudimos descubrir sobre él, que no hemos quitado una vida inocente.

Asentí con la cabeza.

— Lo sé.

Don Barone sonrió, sus ojos astutos volviéndose hacia Dante:

— Y me has dado mucho orgullo actuando como lo hiciste. Francesco me dijo que no tuvo que disuadirte ni una vez para ir tras Quintanilla tan pronto recibió la llamada de Nicola.

Sonreí, porque esa acción impulsiva habría encajado perfectamente con Dante. Excepto que, por más impulsivo que pudiera ser mi gigante, siempre había un hombre honorable detrás. Un hombre que ahora era responsable de muchos otros y de familias enteras. Y no podía contener mi alegría ante el hecho de que Dante finalmente podía escuchar de boca de su propio padre que Don Barone estaba orgulloso del liderazgo de su hijo.

Mi marido, claro está, bufó como si esa información realmente no hubiera alimentado su ego. Pero yo lo conocía demasiado bien a estas alturas.

— Bueno, ahora puedo volver a ser el heredero rebelde mientras tú y Francesco conspiran a mis espaldas.

Dante estaba a punto de quitarse el anillo de Don cuando Don Barone lo detuvo con un gesto de la mano.

— No, Dante. No puedo simplemente volver como si nada hubiera pasado. Lo sabía desde el principio. Con la ayuda de Francesco y Alessandro sé que harás un excelente trabajo como mi sucesor, ya que estoy oficialmente retirado. La próxima semana estaré de vuelta en Italia definitivamente después de haber servido a la *famiglia* lo mejor que pude.

¿Qué?

¿Iba a irse a Italia? ¡Pero acabábamos de recuperarlo!

Como si hubiera escuchado mis pensamientos mi suegro — ya que el título ahora pertenecía definitivamente a mi marido — se volvió hacia mí.

— Esto te facilitará mucho la vida, querida, ya que Patrizia es mi cruz para llevar donde quiera que vaya.

Solté una risita que vergonzosamente se convirtió en un pequeño ahogo antes de poder evitarlo. Luego tapé mi boca, porque no debería estar riendo por eso.

— Pero te voy a extrañar… — repliqué. — ¿Sabes cuántas partidas de ajedrez me debes?

Los labios de mi suegro se curvaron en una sonrisa.

— Eres la mejor esposa que Dante podría haber encontrado — declaró, y yo abrí los ojos, sorprendida y emocionada. — Quintanilla cumplió su propósito vital cuando sugirió esta unión. No estaba en mis planes originales concretar este matrimonio, pero gracias a la rebeldía de Dante las cosas salieron lo mejor posible.

Lo miré mientras veía cómo se encogía de hombros antes de que mi suegro continuara:

— Un poco de rebeldía queda bien en la Silla de The Arm.

No podría estar más de acuerdo. Volví mis ojos hacia Don Barone.

— Es bueno que pienses eso sobre mí, porque ya es demasiado tarde; ya tienes una nieta — disparé, sabiendo que el uso de esa palabra lo confundiría mientras disfrutaba internamente al ver su expresión mezcla de asombro y felicidad. Cuando pareció demasiado feliz, comencé a sentirme culpable y continué: — Una nieta llamada Cleopatra, y Dante dice que es tan expresiva como yo…

Sonreí al ver cómo Don Barone se desinflaba y le di un beso en la mejilla como premio consuelo.

— De todos modos, no puedo esperar para conocerla — declaró antes de levantarse y arreglarse el traje ya impecable. — Y ver la expresión en el rostro de Patrizia cuando descubra que aún no ha logrado deshacerse de mí.

Sonreí cómplice, pero no era cierto lo que decía mi suegro. A su manera siempre supe que doña Patrizia había sufrido por la muerte del marido. Nunca olvidaría el grito desgarrador que dio cuando mi suegro cayó aparentemente muerto en aquella iglesia o cómo me sentí culpable por decirle que no lo merecía cuando la vi día tras día aumentar el tiempo dedicado a rezar junto a una foto del mío suegro. Quizás todos nos sorprenderíamos con su reacción.



Safira estaba corriendo lejos de mí, exactamente como lo hizo la noche en que nos conocimos, guardadas las debidas proporciones. Estábamos en la parte trasera de la propiedad de los Barone, con los rayos del sol golpeando su cabello rojo y haciéndolo brillar aún más. Cleopatra estaba a su lado ahora, sus patitas golpeando el suelo con fuerza mientras dejaba atrás a Safira, demostrando que era una verdadera gata egipcia. Una que no tenía la menor oportunidad de alcanzar.

Si hace un año alguien me hubiera dicho que estaría casado con una mexicana, completamente enamorado de ella y protagonizando una pequeña persecución en nuestro jardín… no lo habría creído. ¿Y cómo podría? La ligereza y felicidad que Safira me hacía sentir siempre parecieron imposibles para mí dentro de un matrimonio arreglado. Sin embargo… mi esposa y yo éramos la prueba de que todo era posible.

— Te atrapé — murmuré en su oído, agarrándola por detrás, levantando los pies de Safira del suelo y girando con ella alrededor de nuestro propio eje. Ella inclinó la cabeza sobre mi hombro, golpeando sus pies en el aire mientras se reía a carcajadas.

— Siempre me atrapas… eventualmente — provocó entre su respiración entrecortada, y besé su sien lentamente, inhalando el dulce aroma de su cabello.

— ¿Qué dirán las personas si encuentran a la señora Safira Barone corriendo descalza y despeinada?

— Que su marido es un hombre extremadamente afortunado, estoy segura —respondió, alzando la nariz con ese aire convencido recién adquirido que le quedaba muy bien.

— De eso no hay duda. Pero tenemos invitados a punto de llegar para tu cumpleaños, y Stefania ya debe estar revolviendo tu armario buscando algo perfecto para que te pongas. — Deposité un beso prolongado en su frente. — Vamos, prometo que no será una recepción aburrida.

Y yo era un hombre de promesas, como bien sabía mi mujer. Además, sería imposible que Safira se sintiera aburrida cuando tenía a Stefania. Se habían acercado mucho desde nuestra boda, lo cual era bueno, porque significaba que Safira tendría a alguien con quien hablar y distraerse. No quería que terminara encerrada en casa la mayor parte del tiempo, corriendo el riesgo de convertirse en una persona amargada como mi madre.

Sin embargo, necesitaba ceder y admitir que doña Patrizia estaba siendo solo sobreprotectora. No es que eso justificara cómo trató a Safira al principio, claro está. Pero si iba a ser sincero, tampoco traté a mi Gata Egipcia como merecía al principio de todo. Por eso sospechaba que el Barone favorito de Safira seguía siendo y siempre sería mi padre.

— ¿Podré robarte de las conversaciones con los otros hombres para bailar conmigo? — preguntó ella, con los ojos brillando de expectativa.

— No necesitarás robarme. Siempre estaré a tu disposición.

— Nada aburrido, tal como dijiste.

Safira abrió una sonrisa deslumbrante y presionó mis labios contra los suyos en un breve beso gracias a la interrupción de Cleopatra, quien apareció metiéndose entre mis pies y los de Safira, probablemente aburrida por haber sido forzada a correr sola. Deshicimos nuestro abrazo y Safira se agachó para levantar a Cleo en brazos.

— Vamos a ver qué ha preparado tu tía Stefania esta vez.

Entonces ellas tomaron el camino que habíamos recorrido hasta allí hacia la parte trasera de la casa; una entrada discreta que contrastaba con la presencia de Safira. Para ella era difícil pasar

desapercibida con ese enorme cabello rojo cayendo alrededor de su rostro y descansando en la línea de su cintura. Causar revuelo no era lo suyo, pero algo en ella parecía magnético… o tal vez solo era para mí.

De cualquier forma, observé las patitas de Cleo escalando el cuerpo de Safira; su cabecita se posó sobre el hombro de mi esposa mientras sus ojitos astutos se clavaban en los míos como si me incitaran a hacer pronto lo que había estado planeando.

— ¿Safira? —la llamé impulsivamente, sin siquiera tener certeza de lo que demonios estaba haciendo; ella se volvió hacia mí al instante.

— *Sì?* — respondió con su mejor acento italiano. Era solo una palabra, pero por alguna razón escucharla usar mi idioma materno calentaba algo dentro de mí; así que estuve seguro de que Cleopatra tenía razón: ese era realmente el momento propicio para hacerle a Safira la pregunta que había estado guardando durante tanto tiempo.

Mi rodilla derecha alcanzó el suelo y solo después calculé que acababa de ensuciar mis impecables pantalones elegidos para la recepción del cumpleaños de mi mujer. No importaba más. Había docenas de otros trajes que podría usar para la ocasión; allí mismo solo había una cosa digna de mi pensamiento.

— Safira Barone… — comencé, sacando una mano del bolsillo interno del saco. Saqué la joya con la cual había estado caminando todo el día mientras ensayaba el mejor momento para protagonizar esa escena. — Estoy completamente enamorado de ti y nada me haría más feliz que escucharte decir sí a esta pregunta: ¿quieres ser mi esposa? — pregunté, sosteniendo el anillo blanco dorado con diamantes que me aseguré de elegir personalmente. Era una propuesta ridícula; entre todas las versiones ensayadas en mi cabeza aquella sin duda parecía ser la peor. Y aun así fue lo que salió por mis labios con la desventaja de no poder simplemente sacudir la cabeza como si así disipara las palabras y borrara esa escena vergonzosa.

Esta vez tenía público: dos pares de ojos curiosos se abrieron ante mí como si no creyeran lo que estaban viendo.

— Pero ya soy tu mujer, Dante — me recordó Safira usando esa misma condescendencia como si hablara con un niño pequeño.

Un calor incómodo subió por mi cuello, provocándome una picazón que ignoraría.

— Ahora es diferente — insistí, sonriendo ante esa expresión confusa y adorable mirándome nuevamente. — Soy yo aquí, arrodillado, pidiéndote ser mía sin otras personas diciéndonos qué hacer.

Al final eso seguía siendo un problema para mí: el hecho de haber sido Quintanilla quien la empujó hacia mis brazos sin darle una elección real. Es cierto que le ofrecí una salida, pero ella me aseguró ser feliz a mi lado y no querer irse a ningún lado; aun así le debía un pedido acorde a su valor: arrodillado implorándole aceptarme como merecía.

Ella asintió una única vez con la cabeza, acomodándose mejor Cleopatra en sus brazos; la inmensidad azulada de sus ojos brillaba llenos de lágrimas contenidas.

— Y esta soy yo respondiendo a un pedido sin nadie forzándome a hacer nada…

Sin ceremonia alguna, caminó hacia mí, arrodillándose justo frente a mí; preocupándose más por buscar mis ojos que por intentar medir el tamaño del diamante que pronto adornaría su dedo anular.

— Claro que sí.

La besé, sintiendo el sabor salado de sus lágrimas recorriendo su rostro junto con esa sensación de la sonrisa incapaz de contenerse por parte de Safira; como si realmente no fuéramos más que una pareja enamorada lista para comenzar una vida juntos en lugar del vínculo interconectado tan fuerte entre nosotros.

— Es la primera vez que pones un anillo de compromiso en mi dedo, ¿sabías? —observó cuando deslicé la joya por su anular junto con nuestra alianza. El anillo comprometido anteriormente pertenecía a familia y seguiría perteneciendo a Safira; mi señora Barone, aunque necesitaría encontrar otro dedo donde adornar ese símbolo familiar.

— Aún tendremos muchas primeras veces, señora Barone, te lo prometo — aseguré colocando un mechón sedoso detrás de su oreja mientras observaba cómo esa sonrisa deslumbrante se abría ante mí. Y nunca quise cumplir tanto una promesa como deseaba cumplir aquella.



¿Quién inventó el absurdo de que no podía dormir con mi propio prometido un día antes de nuestra boda?

Stefania, por supuesto, apoyada por Laura. Dos traidoras.

Sonreí al pensar en Stefania, la italiana que alguna vez vi como una especie de rival y que resultó ser una verdadera amiga. Fue Stefania quien me enseñó, de una manera mucho más paciente y bondadosa, todos los códigos de la *cosa nostra*. Me enseñó a vestirme adecuadamente para el puesto que asumí como primera dama de Dante, pero también me enseñó cómo resaltar todos mis atributos dentro del código de vestimenta. Muy diferente a mi suegra, que al principio elegía las prendas más cubiertas y pálidas solo con la intención de sabotearme.

Sin embargo, ya no guardaba rencor por eso. De todos modos, estaba agradecida con Stefania. Excepto cuando venía con ideas absurdas sobre aumentar la emoción de la boda dejándome estar sin Dante por una noche. ¿Acaso había perdido algún capítulo de mi historia para sugerir que necesitaba más emoción? Además, la regla sobre las bodas era clara: el futuro marido no podía ver el vestido de novia antes del matrimonio. En ningún lugar decía nada sobre no ver a la novia. Y tenía una idea clara de lo que quería como despedida de soltera.

Ajusté el abrigo largo en mi cuerpo una vez más mientras me escabullía por los pasillos de la mansión Barone en Italia, donde mi suegro y mi suegra habían comenzado a vivir; el lugar que mi marido y yo habíamos elegido para nuestra tercera ceremonia. Para

mi decepción, Dante no estaba en la habitación designada para él esa noche. Un contratiempo que no me haría desistir en absoluto, ya que había una necesidad entre mis piernas que solo él podría satisfacer.

Así que allí estaba yo, dirigiéndome al segundo lugar más probable donde encontrar a mi marido, prometido por una noche: la oficina. La luz tenue que pasaba por el umbral de la puerta me dejó caliente y emocionada. Llamé, ansiosa por una respuesta, que pronto llegó revestida del tono ronco que me provocaba escalofríos de deseo.

— Puedes entrar, Safira.

Me encantaba cómo reconocía incluso el golpe de mis dedos. Siempre intentaba cambiar el ritmo, pero de un modo desconocido para mí, Dante era un experto en detectarme. Abrí la puerta y la cerré rápidamente detrás de mí, demasiado consciente del abrigo negro y las botas que llevaba puestas. Dante pareció absorberlo todo y entender las entrelíneas de mi visita; sus ojos se estrecharon haciendo que mi cabeza se inclinara hacia un lado como si tuvieran control sobre mi columna vertebral.

— ¿Trabajando, Don Barone? — murmuré provocativa mientras mis pies me guiaban hacia la bandeja con whisky en el aparador, sirviendo el líquido en uno de los vasos de cristal. Sentía los ojos de Dante quemándome durante todo el proceso.

— Me parece mal que así pases tu última noche como soltero… — continué hablando como nada, cuando estaba armada con las mejores intenciones. — ¿Problemas para irte sola a tu habitación?

Me giré hacia Dante con el vaso en mano; él se recostó cómodamente en su silla, sus piernas abriéndose más en puro reflejo o para disminuir la fricción con su miembro también escandaloso. Dante me analizó como si sus ojos pudieran ver más allá de cada centímetro de ropa que me cubría.

— ¿Tienes una mejor sugerencia sobre cómo debería pasar mi noche?

— De hecho, sí… — susurré, entregándole el vaso de whisky; él lo sorbió, ajeno a lo que siempre hacía su nuez de Adán conmigo.

— No sé si lo sabes, pero hoy también es mi despedida de soltera — continué, escurriéndome detrás de su silla; mis manos sintiendo el costoso tapizado antes de encontrar los anchos hombros de mi marido.

— Qué interesante… — puntualizó Dante como si la noticia lo hubiera tomado desprevenido. — Pero permíteme corregirte: en realidad ya estoy casado. Solo voy a renovar los votos.

Me incliné; mis labios coqueteando con el lóbulo de su oreja.

— Tan bien casado… — acordé, jugando con su pendiente dorado; el contacto del metal frío me excitaba aún más.

— Aun así, mereces una noche memorable — decidí mientras mis manos se deslizaban sobre su pecho, sintiendo los músculos bajo la camisa formal.

— Adivina, *amore*… ¿cuál es el color de la lencería que elegí para ti? — provocando mientras mis dedos encontraban la hebilla del cinturón. — Roja para combinar con mi cabello?

Mis manos bajaron más encontrando la cabeza del miembro de Dante aún sobre los pantalones.

— Negra para combinar con los negocios? — continué provocándolo, siguiendo la protuberancia hasta su base.

— ¿O blanca porque soy la novia, después de todo?

Dante gruñó exactamente como amaba escucharle hacerlo; ese pulso entre mis piernas siempre crecía cuando él mostraba el poder que tenía sobre él.

— Me gustaría que fuera ninguna…

Sonreí genuinamente masajeando su polla mientras mordía su fuerte cuello; mis labios viajaron nuevamente hasta su oído para susurrar:

— Nunca vi un deseo cumplirse tan rápido…

Fue como si Dante recibiera una descarga eléctrica; la silla giró instantáneamente mientras sus poderosas manos se dirigían al nudo del abrigo sin pedir permiso, deshaciéndolo con un solo tirón, haciéndome dar un paso más cerca de él. Los ojos de Dante absorbieron mi desnudez; su rostro transformándose en una máscara maliciosa que me hacía querer sentarme sobre su boca.

A pesar del tirón violento que me liberó del abrigo cuando finalmente tocó mi piel fue como si estuviera hecha cristal; la gentileza y preliminar deliciosa envuelta en ese gesto provocando una oleada escalofriante alrededor de mi cintura. Sus manos potentes rodearon mis caderas; su nariz hundiéndose en mi piel como si me olfateara y luego mordió mi vientre, haciéndome gemir descaradamente.

— ¿Ya te dije cuánto adoro tu incapacidad para seguir reglas?

Levanté una ceja mientras mis manos rodeaban su cabeza mientras él distribuía besos hasta llegar a mi ingle.

— A-adoras?

— Bueno… solo cuando me favorece como ahora — las grandes manos llegaron hasta mis senos, sosteniéndolos mientras su lengua subía por mi abdomen hasta envolver uno de mis pezones lentamente chupándolo.

Suspiré profundamente.

— Amo cómo me haces sentir, marido… ¿ya te lo dije?

— No me canso nunca escucharlo… — murmuró Dante, volviendo su boca hacia otro seno abocanándolo entero y chupándolo intensamente. — Vamos a tener sexo toda la noche, *signora* Barone; pero primero vas a pagar el precio por atreverse a pasear por los pasillos vistiendo solo esto…

Ah, sí, por favor. Mi tipo favorito de castigo.

— ¿Voy? — provoqué, la falsa duda danzando en mi voz, haciendo que mi marido rugiera contra mi pezón mientras sus ojos hambrientos me encontraban. — Siempre cumplo mis promesas, Safira. Ya lo sabes.

En un abrir y cerrar de ojos, fui girada hacia la mesa; mis pechos presionados contra la madera me hicieron delirar. La mano grande de Dante abarcó mi intimidad, sus dedos infiltrándose en mis pliegues.

— Dante… — gemí. Él amenazó con introducir su dedo medio en mí.

— Claro que ya estás empapada.

Ah, sí. Lo estaba. De hecho, había estado mojada desde el momento en que salí de mi propia habitación para buscarlo. Escuché

el sonido del cinturón de Dante y esperé el característico sonido del zipper a continuación, pero no llegó. Me moví en anticipación, pero las manos de mi marido me dejaron inmóvil; entonces sentí el contacto del cuero en mis muslos mientras Dante cerraba mis piernas con el cinturón, un tirón haciendo que se unieran antes de asegurarse de que quedaran bien sujetas.

Suspiré, mis manos aferrándose a la madera, tratando de compensar el hecho de que no podía abrir las piernas, aunque quisiera.

— Dante… — gemí de nuevo, a punto de entrar en combustión. Entonces el sonido del zipper me golpeó y casi pude sentir mi excitación escurrirse hacia el cinturón. Dante apretó mis nalgas con ambas manos, abriéndome más para él. Y así era irresistible.

— Sigue… — imploré.

Dante se arremetió dentro de mí; mis paredes se abrieron al máximo para recibirlo. Grité, presionando mi boca contra la superficie de madera para ahogar el ruido y gemí cuando escuché a Dante rugir sobre mí. Besó mi espalda mientras una mano tiraba de mi cabello para tener acceso a mi cuello.

— Tu coño está tan apretado como si estuvieras viniendo para mí ahora, *signora* Barone. — Sus grandes manos recorrieron mis brazos, posicionándose sobre los míos. — ¿Puedes manejar esto?

Lo apreté un poco más dentro de mí, sacando un gemido ronco de mi marido y un lamento mío.

— ¡Safira! — exigió saber Dante, mordiendo mi hombro.

— P-puedo. Puedo.

Él se movió lentamente, saliendo hasta la mitad para arremeter nuevamente. Duro. Apretado. Mi clítoris parecía estar al borde de una combustión.

— Si es demasiado para ti… tienes que decirlo.

Dante se movió dentro de mí; un nervio fue golpeado haciéndome temblar sobre la mesa.

— ¿Quieres que pare?

— ¡Nunca! — respondí al instante con la respiración entrecortada. — Dante, fóllame.

Y él arremetió. Y arremetió. Y arremetió. Y apenas podía esperar a que siguiera arremetiendo toda la noche.

Nuestro matrimonio fue al atardecer, y había sobrevivido a mi excursión nocturna para decirle que sí a Dante, por tercera vez. Bajo el cielo abierto, en el césped, con la decoración en blanco y azul, la ceremonia fue íntima y absolutamente perfecta. Elvis estaba presente, con "Love Me Tender", como siempre había querido. Esta vez, sin embargo, no hubo vestidos rojos ni tiroteos. Solo yo, Dante y nuestro lazo renovado por la eternidad ante las personas que importaban.

"No quiero casarme con Dante Barone."

La voz de una Safira mucho más ingenua resonó en mi cabeza, y me pregunté qué habría dicho si alguien le hubiera contado todo lo que estaba a punto de suceder. Si alguien le hubiera dicho que siempre elegiría a Dante.

Dante y yo bailábamos el vals de recién casados por primera vez, y amaba nuestras primeras veces. No sabía muy bien por qué, pero era como si corrigieran las lagunas de lo que ambos habíamos dejado de hacer en el pasado, cuando éramos demasiado ciegos para entender que ya pertenecíamos el uno al otro. Siempre pertenecimos.

En el momento en que corrí de Dante por primera vez, me convertí en suya. En el momento en que él me atrapó, nuestros mundos colisionaron. Y cuando me llevó con él, nuestro destino ya estaba trazado.

Miré a los ojos de mi marido, en esas dos hendiduras potentes y violentas; allí dentro vi cuán completamente loco estaba por mí. Vi la fuerza y el vigor que siempre me ofrecería, ya fuera para amarme o protegerme. Y lo más importante de todo: vi al hombre que amaba por completo con toda la fuerza que existía dentro de mí y el brillo de felicidad de mis propios ojos reflejados en los suyos.

Me casaría con él un millón de veces más. Y tendría una centena de primeras veces.



EPÍLOGO

Grité ante la nueva contracción que parecía querer cortarme por la mitad. Claro que tenía que venir de madrugada. Mi hijo ya comenzaba su vida mostrándose como un bebé con muchas ganas. Sonreí, por más improbable que fuera, antes de que el dolor pulsante cortara mi espalda y me diera ganas de contener la respiración, cuando todo lo que tenía que hacer era empujar y respirar hondo. El dolor hizo una pausa y mi cabeza se inclinó hacia atrás mientras intentaba tomar aire antes de que llegara la próxima contracción. Dante secó mi frente del sudor de mis dos horas de trabajo de parto y apreté su mano con más fuerza.

— Siento que estoy pariendo un gigante… — confesé, buscando sus ojos. — Y la culpa es tuya.

Mi marido permaneció impasible ante la acusación, aunque era cien por ciento verdadera.

— O tal vez sea culpa de la cantidad absurda de flanes que has estado comiendo últimamente con la excusa de que te alimentas por dos — sugirió, teniendo la audacia de levantar una ceja.

— ¡Me estoy alimentando por dos! — contraataqué, horrorizada, aunque en el fondo sabía que esa era realmente mi excusa favorita y que la extrañaría mucho.

Las enfermeras presentes no pudieron evitar sonreír mientras Dante llevaba mi mano — que agarraba la suya — hasta su propia boca.

— Claro que sí, *amore mio* — susurró, limpiando mi frente con el paño una vez más y apartando mis cabellos, que debían estar en completo caos ahora.

— Estás haciéndolo muy bien, y Vittorio va a nacer fuerte y saludable. Vittorio Luigi Barone. Nuestro Vittorino.

Aún recordaba la emoción en el rostro de mi suegro al escuchar nuestra elección del nombre. Asentí, observando mi enorme barriga de nueve meses, dándome cuenta de que esos eran los últimos momentos en los que Vittorio estaría dentro de mí, protegido de todo y todos. Pero apenas podía esperar para conocerlo.

Estábamos en Italia, como dictaba la tradición de la *cosa nostra*. Había elegido un parto humanizado en casa, lo cual fue bastante fácil, gracias a todo el equipo médico que el negocio de la *famiglia* mantenía.

— ¿Señora Barone? — el médico llamó mi atención y volví a enfocarme en él. — El bebé está coronando; necesito que empuje con todas sus fuerzas cuando llegue la próxima contracción, ¿va bene?

Sopló aire con fuerza mientras asentía en señal de entendimiento. La mano de Dante apretó la mía, haciéndome mirarlo brevemente solo para sentir cómo mi pecho se llenaba con una extraña calma ante las facciones completamente seguras de mi marido. Y entonces llegó la contracción. Empujé con toda la fuerza que tenía, soltando un grito como si desahogar así pudiera hacerme aún más fuerte. Fue entonces cuando lo sentí. Escurriéndose desde dentro de mí. Y luego el llanto fuerte, mucho más alto que mis gritos. El alivio. Lloré y sonreí al mismo tiempo mientras revisaba la visión borrosa de mi hijo llorando en manos del médico.

Perfecto. Mi corazón fuera del pecho.

Dante corrió a verlo; su expresión impasible se rompió en el momento en que vi sus ojos posarse sobre Vittorio. Tanto amor, orgullo y protección fluyendo desde mi marido hacia nuestro hijo. Extendí mis brazos, ansiosa por sentirlo, desesperada por callar su

llanto contra mi pecho. Una de las enfermeras tomó a mi gran bebé en brazos y lo trajo hacia mí, envolviéndolo en una mantita. Era tan absolutamente perfecto.

— Hijo… soy mamá… Vittorino… has llegado para *mamma*, y *papà*.

Sus ojitos aún hinchados parpadearon; el llanto cesó, llevándome a derramar aún más lágrimas de emoción. El médico trabajó en el cordón umbilical extendiendo a Dante las tijeras en el último segundo.

— ¿Te gustaría hacer los honores, Don Barone?

El pecho de mi marido se infló mientras asentía marcando el inicio de la vida de Vittorio como individuo. Le sonreí antes de volver mis labios a la frente de mi hijo; mis ojos embebidos en él. El color indefinido de sus ojitos y su cabello oscuro como el de Dante.

— La distancia entre las cejas y los ojitos… — Busqué a Dante, teniendo que parpadear para disipar las lágrimas. — Es todo tú.

— Es perfecto — susurró Dante con voz entrecortada, acariciando mi mejilla. — Y en eso es igual a ti.

Así, desde cerca, pude notar que los ojos de mi marido eran dos charcas contenidas; vi cómo le daba su sonrisa más rara y hermosa a nuestro hijo y luego a mí antes de besarme enseguida. Dante tomó la manita pequeña de Vittorio, besándola con adoración.

En algún momento logré escuchar unos golpes en la puerta; su urgencia me hizo sonreír aún más.

— Deja entrar a tus padres… — susurré a Dante.

Mis suegros disputándose espacio para pasar por la puerta era una escena definitivamente inolvidable para mí. No sabía qué era más chocante: el saco desaliñado de mi suegro o el hecho de que parecía poco importarle siempre y cuando tuviera una buena vista del pequeño Vittorio.

Limpié el rostro del bebé con el paño tibio que me pasó la enfermera como si lo preparara para su primer encuentro con los abuelos. Mi suegra llevó una mano a su boca cubriendo parcialmente su expresión emocionada mientras con la otra agarraba el brazo del abuelo orgulloso.

— ¡Es perfecto! La cosa más linda del mundo — murmuró pareciendo ahogada; lágrimas brillaban en los ojos de ambos. — Nuestro primer nieto…

Mi suegro apuntó hacia él; tanto orgullo en su voz me hizo sonreír aún más. Extendí a Vittorio hacia Dante, quien lo tomó con cuidado. Nuestro hijo, un bebé gordito y saludable, parecía demasiado pequeño sostenido por los enormes brazos del padre, quien lo exhibió ante los abuelos babosos.

— Conozcan al más nuevo Vittorio Barone — proclamó Dante, besando la cabeza de Vittorino.

— Es un mini Dante — constató mi suegra, las lágrimas abandonando sus ojos.

— También es nuestro niño, no seas tonta — replicó mi suegro con una sonrisa boba en el rostro.

— Y lo mimaré sin límites — externó doña Patrizia, algo que ya había quedado más que evidente durante mi embarazo. Me gustaba cómo ella y yo habíamos borrado el inicio tumultuoso de nuestra relación. Especialmente ahora, con la llegada de mi hijo, quería que él tuviera la familia más unida y armónica posible. Porque eso era lo que todo niño merecía.

Mi suegra se estiró, los dedos jugando con la mejilla de Vittorino, y pude jurar que sus dedos estaban ansiosos por llevarlo en brazos.

— Deja que su madre lo sostenga, Dante… no seas egoísta.

Mi marido me miró entrecerrando los ojos, como si dijera: "soy egoísta, no voy a dejarlo". Pero doña Patrizia ya tenía los brazos extendidos, así que no tenía mucha opción. Mi hijo fue acurrucado en los brazos de su abuela, quien lo meció como el cristalito que definitivamente era; pero entonces sus ojos subieron hasta los míos:

— *Grazie*, Safira.

Sonreí abriendo, moviendo la cabeza en nuestro oficial intercambio de miradas de bandera blanca, porque sabía que ella agradecía por mucho más que solo sostener a Vittorio en sus brazos.

Amamantar a Vittorio al principio fue un verdadero desafío, pero con las técnicas que María me había pasado, mi hijo y yo rápidamente nos alineamos en ese aspecto. Aún era desafiante, pero se convirtió en mi momento favorito con él, donde parecíamos ser solo nosotros dos, incluso cuando estábamos rodeados de gente. Mi hijo abandonó mi pezón, mostrando que estaba satisfecho, y acaricié su barriguita gorda, como si no supiera que volvería por más en menos de cuatro horas. Lo admiré, como la mamá deslumbrada que sin duda era, mi dedo acariciando suavemente su frente y deslizándose hacia sus pequeñas sienes. Los ojos de Vittorio, completamente hipnotizados por mi cabello, se estrecharon en una sonrisa mientras mostraba sus encías. Las encías más lindas del mundo entero, estaba segura.

— Uhmm… te gusta esto, ¿verdad? — lo incité, haciendo círculos con mi dedo en su pequeña sien. — Es un movimiento muy relajante… y vas a necesitar mucha relajación, porque tienes un futuro desafiante por delante, sí.

Besé su cabello castaño heredado de Dante e inspiré el delicioso olor de mi bebé.

— Pero no te preocupes. Es el papel de mamá hacer que esa sonrisa siempre permanezca bien ahí — le aseguré, jugando con su boquita, que se abrió en una nueva sonrisa para mí. — Y tu *papà* te enseñará todo lo que necesitas saber para que esa misma sonrisa no sea vista como debilidad. Cosas como honor, deber, estrategia… tu *papà* es un hombre increíble; ya verás…

Incluso yo podía escuchar el orgullo arraigado en mi voz. De alguna manera, tener una mini versión de Dante que era mitad mía logró hacerme sentir aún más enamorada de mi gigante original. Vittorino sollozó y solté una risita, lo que hizo que mi hijo, en su aparente buen humor, también sonriera. Lo llevé contra mi pecho, abrazándolo lo mejor que podía y dándole suaves palmaditas en la espalda para estimular el eructo.

— Todo lo que necesitas saber es que los dos te amamos mucho, mucho, mucho. *Va bene?*

Manos conocidas rodearon mi cintura desde atrás; la sorpresa por no haberlo escuchado entrar dio paso al deleite cuando mis espaldas se apoyaron en su fuerte abdomen.

— Mucho, mucho, mucho — confirmó Dante, besando la cabecita de Vittorio antes de besar mi frente y luego mi cuello.

Me giré en su abrazo para poder mirarlo a los ojos.

— Cuando haces eso hasta me haces olvidar el dolor del parto; podría ser fácilmente convencida de darte un equipo de fútbol, ¿sabías?

Dante sonrió maliciosamente.

— Acepto cualquier cosa que me ofrezcas, *signora* Barone — declaró mientras tomaba mis labios.

— *Ti amo, bellissima.*

Mi corazón galopó tan pronto como la frase salió de sus labios, porque aparentemente nunca me acostumbraría a eso. Con la mano libre toqué el lado del cuello de Dante; mis uñas deslizándose en una caricia que mis ojos siguieron antes de volver a los suyos.

— Haría todo de nuevo por ti. Desde el principio — confesé, recibiendo un fruncir de ceños.

— Estoy muy feliz de que tus intentos de fuga no hayan funcionado.

Solté una risita.

— Está bien —condescendí—, viviría todo de nuevo excepto la parte de la fuga. ¿Cómo suena eso?

Los labios de Dante se unieron a los míos una vez más. María decía que era el peligro del posparto: tanto deseo acumulado que cuando finalmente fuéramos liberados para tener sexo era posible quedar embarazada nuevamente justo después del nacimiento de Vittorio. No es que ella hubiera dicho exactamente esas palabras. Dante mordisqueó mi labio inferior.

— Me hiciste el hombre más feliz del mundo, mi Gata Egipcia. Nunca lo olvides.

Lo miré, sonriendo con toda la felicidad y adoración que apenas cabían en mí.

— Te amo, mi gigante. *Più di tutto. Per sempre.*

Sobre la autora

Tabatha Foster siempre ha sido una lectora voraz, y su amor por los libros la llevó a querer escribir sus propias historias. Lo que comenzó como un pasatiempo en diversos grupos de WhatsApp, donde compartía consigo misma una serie de personajes y escenas aleatorias, se convirtió en un sueño hecho realidad cuando su primera novela llegó a Amazon y conquistó el corazón de innumerables lectores.

Con un pie en lo sombrío y un corazón arrebatado por los clichés, lo que realmente ama Tabatha es contar historias sobre parejas cautivadoras que están hechas la una para la otra, incluso si ni ellos se dan cuenta de ello en un primer momento.

Sígueme o contáctame por Instagram; ¡me encantaría conversar contigo! <3